

An illustration of two legs from the knees down, wearing boots and standing in a field of green grass with small blue and white flowers. The leg on the left is wearing a reddish-brown skirt and a matching leather boot with laces. The leg on the right is wearing dark, patterned leggings and a dark brown leather boot with laces. The text "ENTRE LAS FLORES TE ESPERO" is written in a reddish-brown, serif font in the center of the image.

ENTRE
LAS
FLORES
TE
ESPERO

A L B A R . D E L A M O

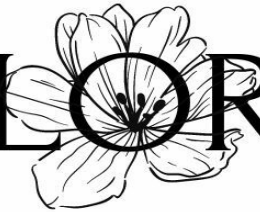
Entre las flores te espero.

© Alba R. del Amo. All rights reserved.

Kindle Direct Publishing

Paperback edition 2024

ENTRE
LAS
FLORES
TE
ESPERO



*A mi madre, porque tú no elegiste ser fuerte
simplemente, te tocó serlo
y quizás, algún día, puedas ver lo increíble que eres.
A ti, te regalaría todas las flores del mundo
Y, aún así, seguiría sin poder demostrarte lo mucho que te quiero.*



*Había algo en ti que ahora no puedo recordar
Esa es la maldita cosa que hizo que mi corazón se rindiera
Y te echaré de menos en un tren
Te echaré de menos en la mañana.*

The 1975 - About you

Siento el peso de todas las miradas, todos esos ojos, la mayoría desconocidos, puestos en mí. Supe que algo iba mal desde el momento en el que Leo se había levantado de su asiento, mirándome algo nervioso pero también emocionado. Supongo que también debería haber sospechado de las sonrisas que sus padres no paraban de regalarme o como su hermana, con la que nunca había tenido una gran relación, me había dado un pequeño abrazo minutos antes de entrar en el restaurante. Quizás, si hubiera estado más atenta a esos detalles, podría haber reaccionado antes, impedir que todo esto sucediese. Pero ahora que Leo se encuentra arrodillado delante de mí, con un brillante anillo entre sus manos, sé que es demasiado tarde para hacer algo.

No logro escuchar ninguna de las palabras que salen por su boca, pues a mi alrededor todo ha comenzado a dar vueltas. Tan solo puedo oír mis ruegos silenciosos, como cada parte de mi cuerpo parece gritar que pare, que detenga esto, pero por mis labios no sale nada.

Entonces, él dice:

— Olivia, ¿quieres casarte conmigo?

Y el restaurante se queda en silencio; los camareros paran de hacer su trabajo y las conversaciones de las mesas ajenas mueren. Todo el mundo se encuentra pendiente de nosotros, de mí, y de mi respuesta. De repente, me he vuelto una especie de espectáculo al que yo no había dado ningún tipo de consentimiento, la protagonista de una película que no quería protagonizar.

No contesto de inmediato, y Leo sonríe, pero noto como su sonrisa comienza a flojear. Ese tipo de silencio tras una pedida de mano nunca trae nada bueno y supongo que mi reacción está muy lejos de la que se espera. Quizás Leo, y el resto de la gente, tan solo está esperando a que me lance a sus brazos, a que le declare mi amor de la misma forma que él ha hecho... pero nada de eso sucede porque todo mi cuerpo está congelado y tan solo puedo mirar aquel anillo que sigue sujetando.

Segundos después, el ambiente comienza a ser tenso e incómodo.

Creo que todo el mundo ha comenzado a ser consciente de que yo no iba a ser esa clase de novia, que no habría ningún aplauso después de esto.

Y entonces, pienso en él.

En Tristan.

Es la última persona en la que debería estar pensando en estos momentos pero su rostro es el único que puedo ver ahora. De alguna forma, siempre parece encontrar la manera de atormentarme. Y mientras Leo sigue arrodillado delante de mí, yo tan solo puedo pensar pensar en todas las veces que soñé que fuera Tristan el que hiciera aquello. Recuerdo que él decía que el matrimonio era la cosa más absurda e inútil del mundo, pero que no le importaría casarse si fuera conmigo. Incluso creo oír su voz en mi cabeza, esa voz que hacía tanto tiempo que no escuchaba y que, aún así, no lograba olvidar.

Me obligo a volver a la realidad, al presente, porque Leo todavía está esperando una respuesta por mi parte.

— ¿Cómo puedes estar haciéndome esto? — pregunto, entre dientes, cuando por fin creo tener las fuerzas suficientes para hablar. Y cuando hablo, me doy cuenta de lo enfadada que estoy. ¿Acaso tengo derecho a enfadarme cuando él está a punto de ser rechazado delante de decenas de personas? Probablemente no.

— ¿De qué estás hablando? — murmura y sé que ahora desea no haber hecho esto público. Aún sigue sonriendo pero hay inseguridad y miedo en sus ojos. Tiene que estar arrepintiéndose de todo, incluso de haberme conocido

Dejo de mirarlo y echo un vistazo a mi alrededor; la gente sigue mirándonos pero ahora con mucha más atención que antes. Ya no éramos una simple pareja a punto de comprometerse, ya no estaban a punto de presenciar un momento bonito, sino que ahora podían ser testigos de una humillación, algo mucho más entretenido.

La sonrisa se ha borrado de los rostros de los padres de Leo, su hermana ha guardado la cámara con la que había comenzado a grabar y creo que el camarero ha escondido tras su espalda una botella de champán.

Y yo sé que estoy a punto de convertirme en la villana de la historia.

— No — es lo único que puedo decir antes de coger mis cosas, y comienzo a correr hacia la puerta, sintiendo una vez más las miradas, oyendo los murmullos de todas esas personas que no conozco pero que se creen con el derecho a juzgarme.

Antes de salir del restaurante, puedo oír claramente como su hermana dice:

— Os lo dije, os dije que estaba cometiendo un error. Está chiflada.

1

Un corazón roto tarda mucho en ser reparado y, en ocasiones, no creo que pueda hacerlo del todo. Al menos, no volverá a ser como antes. Siempre habrá alguna pieza que no encaje del todo o algunas otras que quizás se hayan perdido para siempre. Nunca volverá a estar completo.

Y mi corazón se rompió siete años atrás.

Cuando sientes un dolor así, cuando algo dentro de ti se desgarrar de esa forma, sabes que es muy posible que sobrevivas a ello pero que nunca nada va a ser del mismo modo. Y aunque durante un tiempo pienses que lo has superado, que por fin lo has dejado atrás y que ya no sientes ese deseo de morir al recordarlo, ocurre algo que hace que todo vuelva de nuevo y que, esas mismas cicatrices que tanto tiempo habías tardado en sanar, vuelvan a abrirse y sangrar una vez más. Es entonces cuando te das cuenta de que quizás has estado viviendo por inercia todos estos años, como si hubieras sido anestesiada, y algo hace que vuelvas a conectar con aquello que una vez te destrozó y todo se derrumba.

— Creo que es hora de vender la casa, Olivia — dice mi tía, usando ese tono suave que tan solo emplea cuando habla del pasado.

Y yo siento que estoy a punto de romperme, pero no me lo permito. Ni si quiera reacciono, como si apenas me importara. Fingir que algo no me importa ha sido lo único que me ha mantenido a salvo todo este tiempo.

— De acuerdo — suelto y puede que ella no note la debilidad en mi voz, pero yo si lo hago — . Pero no voy a ir. Puedo hacer todo lo necesario desde aquí.

Ella suelta un ligero suspiro, como si ya hubiera sabido que esa sería mi respuesta.

— Lo sé, pero creo que te vendría bien este viaje. Hace años que no pisas ese lugar y fue el sitio donde creciste. ¿No sientes curiosidad por ver como siguen las cosas por allí?

— La verdad es que no.

— Podrías ver a tus antiguos amigos.

— Yo no tengo amigos allí — contesto, pero no es del todo cierto; si que había tenido amigos allí, gente que había querido, personas que me habían querido... hasta que los aparté de mi vida. Es probable que ni si quiera se acuerden de mi y, si lo hacían, no sería de la mejor manera — . Además, aún tengo un trabajo aquí. No puedo marcharme como si nada.

— Me dijiste que te deben más de un mes de vacaciones.... cógelas ahora, es un buen momento. Ya sabes que en Valenia el verano dura hasta navidad.

Me quedo en silencio durante un instante, buscando la mejor manera de decirle que, el simple hecho de volver a aquel lugar, hace que quiera dirigirme a esa ventana que tiene a sus espaldas y tirarme por ella.

— Y sé que no quieres hablar del tema, pero, después de lo que ha pasado con Leo... no sé, creo que desconectar y estar en un lugar nuevo te ayudará.

Casi me echo a reír.

— Estás hablando como si estuviera dolida por lo de Leo cuando no es así. Fui yo la que lo dejó.

— Lo sé, pero una ruptura nunca es fácil.

— Esta si lo es — y lo peor es que estoy siendo totalmente sincera. Quizás debería haberme dolido más el hecho de haber terminado una relación de dos años. Incluso me había forzado a llorar, a sentirlo de verdad, pero no he logrado derramar ni una sola lágrima.

Sin embargo, ahora que pienso en el hecho de volver al lugar donde crecí, creo estar a punto de derrumbarme; porque ahora también he comenzado a pensar en mis padres y en Tristan, en todo lo que sucedió... y mi corazón no podía soportar tanto.

— No puedo ir, tía. No puedo.

Ella se acerca a mi con cierto cuidado, como si yo fuera una especie de granada a punto de explotar. Sé que está tratando de ser cuidadosa con sus palabras, pero siempre le ha sido difícil hablar conmigo y yo nunca se lo he puesto fácil.

— Claro que puedes, Olivia. Todo este tiempo has estado haciendo como si tu pasado nunca hubiera existido, pero es tuyo. No puedes vivir una vida haciendo como si lo malo nunca hubiera sucedido.

— Pues me ha funcionado bastante bien todo este tiempo, la verdad — respondo, con cierta sorna, pero aún sintiendo esa punzante sensación cerca de mi corazón — . Ahora estás hablándome como si no hubiera superado lo ocurrido, pero lo he hecho. He tenido mucho tiempo para ello.

— ¿Tú crees? — pregunta, mirándome — . No pensar en algo no quiere decir que lo hayas superado. ¿Cuánto hace que no hablas de tus padres? Cada vez que intento hablar de ellos te levantas y te vas. Eso no es superar las cosas, eso es huir de ellas.

— Estás hablando sin saber.

— Llevas años huyendo, Olivia.

No sé si el enfado que siento se debe a la manera en la que me está hablando, como si yo fuera alguien demasiado frágil, o si tan solo me molesta el hecho de que sé que tiene razón. Sé que soy una cobarde, que lo he sido todo este tiempo, pero eso no quiere decir que me apetezca estar escuchando como ella me lo dice.

Así que me levanto del sofá y cojo mis llaves, dirigiéndome hacía la puerta.

— No tengo por qué escuchar todo esto, no después de tanto tiempo.

Pero mi tía también se levanta y no trata de hacerme parar ni tampoco de alcanzarme. Tan solo se queda en su sitio, mirándome.

— Y ya estás huyendo una vez más.

Pego un portazo, intento calmarme... y no lo consigo. Comienzo a llorar en mitad del portal, pero

ni si quiera sé el motivo de mis lagrimas. Trato de convencerme de que son por Leo, que por fin he comenzado a sentir algo, pero su rostro no es el que veo. Son los rostros de mis padres, tan borrosos y fugaces, y después tan solo puedo verlo a él, de una manera demasiado clara; porque mis padres no estarían en aquel pueblo, pero él sí.

Y puedo estar preparada para el fin del mundo, para una invasión de extraterrestres o para la desaparición total de la tecnología pero, nunca, ni en un millón de años, estaría lista para enfrentarme de nuevo a Tristan Hann; esa persona que, años atrás, había agarrado con sus dulces manos mi corazón y, después, lo había aplastado con mucha fuerza, hasta destruirlo.

No hablo con mi tía en los siguientes días pero no dejo de pensar en nuestra conversación. Quiero creer que tan solo dijo tonterías, que todo era parte de un retorcido plan que tenía para hacerme sufrir y ser una miserable toda mi vida. Sin embargo, la parte razonable que aún existe en mi, es consciente de que, simplemente, tiene razón y que todas y cada una de sus palabras fueron ciertas.

Yo no enfrentaba las cosas, yo huía de ellas. No era una persona valiente, tan solo era una cobarde con muy mala suerte.

Así que sigo ignorando las llamadas de Leo y continúo con mi trabajo pero, sin saber por qué, he comenzado a llevar aquel billete con destino a Valenia a todas partes. Se supone que ya he tomado una decisión pero, cada noche, me voy a dormir con la idea de volver a aquel lugar y, en cada madrugada, me despierto y vuelvo a coger el billete, leyendo una y otra vez el destino, repitiendo la palabra Valenia hasta que, al final, ésta sonaba de una manera extraña, perdiendo su significado.

El autobús saldría dentro de dos días, pero no tenía por qué importarme.. pues no iba a ir.

Sin embargo, la noche de antes, me encuentro haciendo la maleta.

Y ahora que estoy sentada en el asiento del autobús, a tan solo una hora de distancia, comienzo a preguntarme si es demasiado tarde para dar media vuelta. Sería capaz de volver caminando a casa. Puede que incluso eso fuera lo más fácil, lo más sensato... porque esto no es buena idea. De hecho, es una auténtica locura.

Ni si quiera he llegado a Valenia pero ya noto como me cuesta un poco más respirar y creo poder oler el incienso que rondaba siempre por mi antiguo hogar. Incluso ahora, si me esfuerzo lo suficiente, estoy convencida de poder percibir el perfume de Tristan... y siento como el estomago se me revuelve.

No.

Por supuesto que esto no es una buena idea.

Y, aun así, he acabado haciéndolo de todos modos. Quizás tengo algo de masoquista. O quizás, una parte de mi siempre ha querido volver, quizás una parte de mi nunca quiso irse. Supongo que es inevitable el desear volver al lugar donde una vez fuiste tan feliz, aún cuando ese lugar también es el mismo donde tuviste que vivir los peores momentos de tu vida.

Pero ni si quiera sé que es lo que espero obtener de todo esto, pues no estoy muy segura de querer encontrarme con toda la gente de mi pasado, ni tampoco pasear por los mismos lugares que, ahora me parecerían tan extraños, pero que en un momento formaron parte de mí. Y todo esto tan solo me lleva a preguntarme si este viaje es lo que tanto tiempo llevo necesitando o si bien será lo que acabe por destrozarme de una vez por todas.

Solo sé que no quiero pasarlo mal, algo que creo que sucederá.

Leo vuelve a llamar y yo lo ignoro una vez más, a pesar de que quizás esté siendo injusta con él.

Entonces, la voz de mi tía vuelve a reproducirse en mi cabeza.

Y ya estás huyendo una vez más

Puede que huir sea lo que mejor sé hacer. Cada vez que había un problema o algo se ponía complicado, yo simplemente decidía alejarme, ignorar lo que sucedía, y tan solo esperar a que el tiempo pasara para que, así, todo se convirtiera en un recuerdo borroso que solo podía vislumbrar si me esforzaba demasiado. De este modo, el problema quedaba enterrado en una parte muy profunda de mí y ahí se quedaba, pudriéndose o echando raíces que quizás en un futuro llegarían a ahogarme.

Huí de aquel restaurante y huí de pasar el resto de mi vida con Leo. Desde entonces, no he vuelto a hablar con él y tengo previsto que continúe así. Él encontrará una nueva chica, alguien que de verdad consiga quererlo y yo pasaré a ser parte de su historia, un capítulo que seguramente deseará borrar.

Creo que Tristan se hubiera reído al saber lo ocurrido con Leo. Los dos nos hubiéramos reído. Él siempre decía que nunca se podía poner a alguien en esa situación, que ese tipo de cosas eran mejor hacerlas en privado, sin presiones.

Tristan jamás me hubiera pedido matrimonio en un restaurante rodeado de gente. Él habría hecho las cosas diferentes.

Pero, ¿por qué pienso tanto en él ahora? Hacía años que mi mente no volvía a él y a todo lo que habíamos pasado juntos... o quizás no había sido así. Quizás él siempre ha estado conmigo, quizás nunca he conseguido borrar su recuerdo del todo. Quizás, muchas noches antes de quedarme dormida, su rostro aparecía en mitad de la oscuridad, mientras un chico que no era él dormía plácidamente a mi lado.

Lo odio. Lo odio tanto que incluso resulta agotador porque sé que, para odiarlo tanto, también tuve que quererlo demasiado en su momento.

No estoy preparada para esto, para este viaje, para esta vuelta al pasado. Simplemente, no lo estoy.

Y entonces, llego a Valenia.

El autobús comienza a parar y no me atrevo ni a mirar por la ventana pues creo que el miedo que me ha paralizado todo el cuerpo.

No puedo hacerlo. No puedo salir.

Y sin embargo, tengo que hacerlo.

Así que trato de ser fuerte, trato de convencerme de que lo soy.

Una suave y agradable brisa me golpea el rostro en el momento en el que estoy fuera y, a pesar de que es octubre, siento como el jersey que me he puesto me sobra. Aún así, no me lo quito, como si pudiera protegerme de algún modo.

La parada del autobús es vieja y está casi vacía; no hay muchas personas que vengan de la ciudad hasta aquí. Tan solo son necesarios unos cinco minutos andando para llegar al centro del pueblo y creo que estoy a punto de llorar en el momento en el que llego y me doy cuenta de que nada ha cambiado pero, al mismo tiempo, todo lo ha hecho. Las calles siguen siendo las mismas, los negocios no se han movido de sus sitios y las casas todavía mantienen sus colores vivos, con las flores en sus ventanas, pero nada es igual.

Yo no soy la misma.

Así que camino con la cabeza agachada, cubriendo mi rostro con el pelo, como si, de todos modos, alguien fuera a malgastar su tiempo en mí. Supongo que tengo que hacerme a la idea de que yo ya no soy nadie aquí; ahora tan solo soy una turista con un jersey puesto. Y resulta raro sentirse una completa extraña en un lugar que antes había sido tuyo, caminar por las calles que antes habías considerado tu hogar y que ahora parecían recibir a una auténtica desconocida.

Y no me siento bien. Creo que estoy triste, demasiado triste porque la vida ha pasado, los años han ido agotándose y siento que nada ha mejorado.

2

La casa ya no huele a incienso. Algunos de los muebles que antes la decoraban ya no están, pero hay otros tantos que siguen aquí y no sé si es peor el hecho de que haya cosas distintas o ver que algunas siguen igual. El sofá que hay en frente del televisor es distinto pero los muebles de madera oscura del salón siguen siendo los mismos. Los cuadros, las fotos y los libros también han desaparecido pero las estanterías siguen en el mismo lugar, vacías. La cocina está prácticamente igual, aunque la nevera parece nueva y el microondas se encuentra en otro sitio y, no sé por qué, pero lo cojo y lo pongo en el mismo lugar que mi madre una vez lo puso.

Lo peor de todo es el silencio, pues ya no hay música.

Y estar aquí después de tanto tiempo es demasiado extraño; desde que he entrado por la puerta, no he parado de tener la sensación de que el tiempo aquí se ha congelado, de que los años no han pasado, que sigo teniendo dieciocho y que, de pronto, mis padres van a bajar por las escaleras y que Tristan va a venir en cualquier momento.

Pero nada de eso va a suceder porque mis padres ya no están y hace años que no veo a Tristan.

Así que, al final, me derrumbo. Las piernas de repente me fallan y creo que me cuesta un poco

respirar. De un momento a otro, acabo tirada en el suelo, sintiendo como las lágrimas caen por mis mejillas, sin poder controlarlas.

Y esto no está bien.

No debería estar reaccionando de esta forma. Se supone que lo había superado, que me había costado, pero que lo había conseguido. Llevo años convenciéndome de que había salido adelante... pero, ahora, no creo que sea verdad. Quizás salir hacia delante y continuar con tu vida no tenía nada que ver con estar bien.

Siento un intenso dolor justo al lado del corazón en todo momento; voy de un lado a otro, tratando de fijarme en todos los detalles nuevos, tratando de no pensar en todos los momentos vividos... es como si la casa estuviera embrujada, como si pudiera ver a los fantasmas de mis padres y, al mismo tiempo, también al mío, a esa versión más joven que existía de mí y que alguna vez fue feliz.

Ni si quiera sé por qué me estoy haciendo esto.

No subo a la planta de arriba donde están los dormitorios, pues no creo ser tan fuerte, y estoy notando ahora el cansancio después de tantas noches sin dormir pues, cuando me quiero dar cuenta, me he quedado dormida en el suelo.

Al abrir los ojos, miro por la ventana, y veo que ya es de día. He debido de dormir del tirón toda la noche, aunque no sé como he sido capaz de hacerlo.

Aún sigo tan adormilada que, cuando me dirijo a la cocina para preparar un café, por un momento, creo que nada ha sucedido, que este viaje nunca ha ocurrido,... y, entonces, comienzo a abrir los armarios para coger una taza y me doy cuenta de que todo está vacío.

La realidad me golpea de nuevo y me gustaría decir que no me siento igual de triste que la noche anterior pero no es cierto.

Salgo de casa, siento que estoy a punto de ahogarme en estas paredes pero estando afuera, también me cuesta un poco respirar. Sé que tengo que conseguir algo de comida si no quiero morir de hambre en los siguientes días pero tampoco me apetece volver al pueblo, pues no sé que puede pasar una vez que lo haga. No quiero encontrarme con la gente, de verdad que no; siete años podían ser suficientes para olvidar a alguien pero yo sigo recordando a todas y cada una de esas personas que una vez formaron parte de mi vida. Y cuando el momento llegase; ¿me dolería más que se acercaran a mí o que no lo hiciesen? ¿Quiero que sigan recordándome o me tranquilizaría más el saber que me habían olvidado por completo?

Tengo que quitarme el jersey de lana; el sol había salido y, mientras fumo un cigarro en el porche, vuelvo a pensar en el silencio que hay. En la casa de al lado, las ventanas siguen cerradas y, entonces, recuerdo que aquel agradable matrimonio ya era muy mayor cuando me fui y me pregunto si seguirán vivos. El pensamiento de que no sea así me pone demasiado triste así que trato de no pensar en ello.

Y necesito un café, lo necesito de verás pero, según me voy acercando al centro del pueblo, contemplo la idea de dar media vuelta y huir, marcharme, volver a la ciudad... sin embargo, hay algo que sigue enganchándome aquí, que hace que quiera seguir caminando por sus coloridas y estrechas calles; porque todo sigue tan bonito como lo recordaba y las flores siguen aquí, lo que

me consuela. Las flores siempre habían sido mi parte favorita de este lugar, junto a todos los gatos que paseaban libremente por todas partes.

Valenia no era un pueblo madrugador. Los comercios no abrían hasta pasadas las diez de la mañana e incluso las cafeterías solían tomarse su tiempo. Es por eso por lo que acabo yendo a la única que sé que está abierta a estas horas, la única que abría sus puertas a las ocho de la mañana.

Desde fuera, veo que el local está casi vacío.

Menos mal.

Siento de nuevo un pequeño pinchazo al ver que sigue teniendo el mismo aspecto que antes, incluso el olor es el mismo... y, justo ahí, al fondo del todo, sigue el gran jarrón de flores que pinté en su pared, dando así color a todo el lugar. Tenía quince años cuando lo hice y fue gracias a mi padre, quien no paraba de repetir a todo el mundo que yo era una gran artista. No esperaba que el dibujo siguiera allí. Creí que, al marcharme, todo rastro de mi existencia se habría borrado también.

Y, por extraño que parezca, siento una agradable sensación al ver que sigue aquí, como si de esa forma hubiera habido una parte de mi todo este tiempo, como si no me hubiera ido del todo.

La camarera tras la barra sonríe al verme y en un principio no creo conocerla pero, al observarla mejor, sé que si lo hago, que tan solo ha crecido. Es Bea, la nieta del dueño. Tan solo era una niña cuando me fui, así que no sabe quien soy, aunque siento la necesidad de decirle que yo si conozco a toda su familia, que yo soy la que pintó en aquella pared.

Pero no lo hago.

— ¿Podrías ponerme un café y uno de esos bollos de allí, por favor? — le pido, sin poder evitarlo. Eran mis favoritos; una vez comí tantos que estuve toda una semana enferma.

— *No pienso volver a comer uno de estos en mi vida — le dije a Tristan mientras seguía tumbada, de manera algo dramática, en la cama. Él soltó una risa y me apartó un mechón de la cara.*

— *Yo creo que en cuanto te mejores irás a por uno — y tuvo razón.*

Aparto aquel recuerdo con rapidez.

Al salir de nuevo a la calle, me siento algo mejor y sé que es gracias al café. Así que, por un rato, me permito disfrutar de lo que me rodea; la luz es mucho más bonita aquí. Lo cierto es que Valenia siempre me pareció un lugar mágico y, a día de hoy, sigo pensando lo mismo... a pesar de todo.

Sigo caminando y el café quema en mi mano pero no me importa pues sigo maravillada. Puedo entender el por qué la gente no se va de aquí... yo siempre creí que envejecería en este lugar. Sabía que no había tantas oportunidades y que, para otras personas, podía resultar un lugar aburrido pero a mi siempre me encantó. No había lugar mejor en el mundo. Nunca me hubiese marchado.

Pero, ahora, tan solo deseo huir.

Me paro en el paso de peatones, esperando a que el semáforo se ponga en verde. Lo cierto es que aún no me creo que esté aquí, como si todo fuera parte de un raro sueño del que no sé si quiero despertar.

Y entonces, ocurre.

Veo la figura que está parada justo en la acera de enfrente, separados tan solo por los coches que pasan entre ambos... y él está tan pendiente de mi, mirándome, que ni si quiera ha reparado en que el semáforo está en rojo. Está a punto de dar un paso hacia delante, cuando un coche pasa a toda velocidad, haciéndole frenar.

Así que tan solo nos miramos, inmóviles.

El café se me resbala de la mano y acaba en el suelo, manchándome las botas, pero eso no hace que deje de mirarle; simplemente, no puedo dejar de hacerlo.

Lo miraría durante horas.

Me quedaría mirándolo todo el día.

Toda la vida.

Y me parece injusto el hecho de que apenas haya cambiado, sino que tan solo parece haber mejorado; su cuerpo delgado está más musculoso ahora y su altura sigue siendo exagerada. Después, está su pelo; lo lleva algo más largo y sus rizos siguen manteniéndose, solo que ahora los lleva peinados hacia atrás, dándole así un aspecto más maduro y elegante. Sus pómulos siguen marcados y, a pesar de que estoy lejos de él, sé que sigue teniendo las mismas ojeras alrededor de sus ojos, dándole siempre un aspecto algo cansado pero, al mismo tiempo, misterioso. Me pregunto si esa tristeza sigue ahí.

Está tan guapo que incluso lo odio aún más por ello. ¿Por qué no podía haberse quedado calvo? ¿Por qué no podía haber perdido ese cuerpo atlético? ¿Por qué tenía que ser tan increíblemente atractivo? ¿Por qué, de todas las personas que viven en este pueblo, tenía que ser él quien estuviera delante de mi? Y sobre todo, ¿por qué mi corazón late de esta forma, como si volviese a ser la misma chica que una vez estuvo loca por él?

Puede que esté perdiendo la cabeza y, es que, mi cuerpo está experimentando tantas emociones al mismo tiempo que no sé si voy a ser capaz de soportarlo.

Durante años, he creído que nada nunca volvería a hacerme sentir algo tan intenso, que estaba destinada a vivir una vida sin emociones fuertes. Me había convencido de que era un chica fría, de que todo lo que pude haber sentido ya lo sentí años atrás... pero, tan solo ha hecho falta que él aparezca de nuevo y que se plante delante de mi, para ver que todo eso era una gran mentira.

Creo que si que tengo sentimientos, solo que todos éstos aún le pertenecen a él, a la única persona que no se los merece.

Tristan está aquí.

Y tampoco puede dejar de mirarme, ni si quiera pestañea; sus ojos marrones están muy abiertos y el cigarro que tiene entre sus labios ya casi se ha consumido. Creo que está debatiendo consigo mismo si, acercarse y llegar así hasta mi, o quedarse allí parado y observarme durante toda la eternidad.

Pero yo no puedo permitir ninguna de las dos cosas así que, antes de que el semáforo se ponga en verde, hago lo que mejor se me da.

Salgo corriendo.

3

El tiempo no lo cura todo. A veces, el tiempo no cura nada. El tiempo podía adormecer el dolor, hacer que te olvidaras de éste en ocasiones, pero no lo curaba. El dolor seguía allí, siempre estaría.

Tantos años, tantas lágrimas, tantas personas nuevas y, aún así, seguía derrumbándome por la misma.

Y sé que Tristan no merece ni una sola lágrima pero, desde que estoy en Valenia, parece que no puedo dejar de llorar. Quizás ahora esté destinada a dejar salir todos esos llantos que durante años he estado reprimiendo.

Llego a casa, pero me cuesta respirar. Salgo de nuevo hacía fuera, al porche, y consigo recuperar algo de aire; me obligo a tranquilizarme, a respirar con normalidad... pero ya no estoy acostumbrada a llorar y, sentir todo esto de golpe, parece estar a punto de acabar conmigo.

Creí que era más fuerte, pero, en realidad, soy débil. Soy tan débil que sigo sin superar cosas que pasaron años atrás; esa es la verdad.

Y ahora Tristan lo sabe.

Seguro que se estará riendo de mí, de mi reacción, de ver lo mucho que sigue afectándome cuando a él no podía darle más igual; porque he salido corriendo, he huido de él como un cobarde. Le he hecho saber que aún sigue teniendo cierto poder sobre mí.

Soy una estúpida. Una auténtica estúpida.

Y lo peor de todo es que, ahora, sentada en el porche de una casa que ya no me pertenece, una parte de mí no puede evitar desear verlo aparecer a lo lejos.

Vuelvo a quedarme dormida; esta vez en el sofá. Hacía mucho que no dormía tanto. Cuando me despierto, unas cuantas horas más tarde, me doy cuenta de que estoy hambrienta; no he comido nada desde el día anterior, antes de coger el autobús, y pienso en el café junto a los bollos que dejé caer al suelo, justo en el momento en el que vi a Tristan.

Salir a la calle de nuevo no iba a traerme nada bueno y creo que prefiero morir de hambre a tener que volver a vivir una situación parecida.

Así que me entretengo con la televisión, mirando un programa que ni si quiera me interesa. No hay nada interesante que hacer; ya no hay libros en la casa, el Internet no funciona, y estoy completamente sola.

Y sé que no puedo pasar una semana entera aquí, no si quiero seguir conservando la cordura. Al fin y al cabo, lo había conseguido, ¿no? He venido hasta Valenia, he vuelto a mi antigua casa, me he reencontrado con la persona que más odio... y nada de eso me ha hecho sentir mejor. ¿Qué sentido tiene quedarme cuando sé que las cosas tan solo pueden ir a peor? ¿Acaso no he sufrido ya lo suficiente?

He tomado una decisión.

Cojo mis maletas y me dirijo hacia la puerta. Tan solo son las dos de la tarde, no tengo ni idea de los horarios del autobús, pero tan solo espero conseguir alguno que me lleve de vuelta a la ciudad. O donde sea, pero lejos de aquí.

Es lo mejor que puedo hacer.

Sé bien que no volveré, que una vez salga de esta casa, será para siempre. Y cuando abro la puerta, dispuesta a dar aquel paso decisivo, veo algo en el suelo; en el mismo lugar donde antes había tratado de recuperar el aire. Hay una pequeña bolsa de cartón y, al abrirla, veo un gran vaso de café que ya debe de estar frío y cuatro bollos rellenos de crema... los mismos que dejé caer esta mañana.

De nuevo, veo el rostro de Tristan, pero ahora tan solo es en mi cabeza y, por primera vez, no veo a su versión joven, esa que yo recordaba, sino que ahora veo su versión actual. Y, una vez más, lo odio; lo odio por haber hecho esto, por jugar de esta manera con mi mente... y supongo que me odio a mí misma por no ser capaz de tirar todo a la basura, porque no puedo evitar llevarme uno de esos bollos a la boca y saborear así su sabor. Están tan ricos como los recordaba

y el café, aunque ya está frío y aguado, me sienta de maravilla.

Sé que no tendría que aceptar nada que viniera de él, pero acabo comiéndome los cuatro dulces y ahora que parezco decidida ha seguir cometiendo errores, dejo las maletas dentro.

Después, me dirijo a la planta de arriba.

Juré que no lo haría pero ahora siento la necesidad de hacerlo.

Nunca sería lo suficientemente fuerte como para entrar en la habitación de mis padres, pero si que voy a mi antiguo cuarto, el cual está exactamente igual... tan solo, abandonado.

Las paredes siguen pintadas de verde, del mismo color que Tristan y yo las pintamos aquel verano, y las margaritas que él había dibujado por el techo también permanecen; siento un terrible dolor en el pecho al verlas y recordar como se tiró toda una noche sin dormir tan solo para sorprenderme a la mañana siguiente con ello.

- *Es como si durmieras todas las noches en mitad de un jardín. Además, son tus flores favoritas*
- dijo al verme, manchado de pintura.

Todo está tal cual lo dejé. Incluso hay algunos libros en las estanterías. Supongo que los antiguos inquilinos apenas utilizaron la planta de arriba; eran mayores y tenían su propio cuarto en la planta de abajo. Es como si el cuarto siguiera siendo mío, como si tan solo me hubiera ido durante un tiempo pero estuviera destinada a volver.

Y no sé por qué lo hago, soy consciente de que no traerá nada bueno, pero cuando me agacho y levanto el trozo de madera del suelo que aún sigue suelto, encuentro lo que estoy buscando; aquel pequeño hueco de mi habitación guardaba parte de una historia que quizás nunca debió empezar. Veo las entradas de cine, los tickets de los restaurantes, alguna polaroid que ni si quiera me atrevo a mirar del todo, demasiados dibujos, retratos... y el pequeño cuaderno marrón.

Así que, aún sabiendo que voy a arrepentirme, lo abro, y reconozco mi letra de inmediato. Aunque ya no puedo sentir la emoción que una vez sentí al comenzar a escribir.

Mamá una vez me dijo que cuando conoció a papá, lo primero que hizo fue escribir sobre él. Dice que le gustaba escribir sobre los chicos que conocía para que así, de alguna forma, todo lo que vivía con ellos se quedara grabado y poder volver a ello cada vez que quisiera. Así que, eso estoy haciendo yo ahora, solo que es probable que sea una peor escritora. Nunca antes había escrito realmente sobre ningún chico, ninguno me había provocado lo suficiente como para hacerlo. Es cierto que escribí una vez sobre Erik, el chico que me gustó durante todo un trimestre en el instituto, pero dejé de hacerlo en cuanto me di cuenta de que, quizás, tan solo me gustaba el hecho de que yo le gustaba a él.

Pero esta vez es distinto. Esta vez, creo que me he enamorado. En realidad, no tengo ninguna duda de ello. Y me he enamorado, nada más y nada menos, que de Tristan Hann.

Todo comenzó una semana atrás. Alguna gente dirá que quizás es demasiado pronto para enamorarse de alguien pero , si esa persona es la correcta, simplemente ocurre y ya está.

Tengo que cerrar los ojos con fuerza, sintiendo pena de mi yo del pasado, aquel que anhelaba un

amor como el de los libros que leía. De verdad que creía que había una persona destinada a ti y que, una vez que la encontrabas, nada podría con ello.

Realmente me enamoré de él, me enamoré desde el primer momento.

Todo empezó en la librería del centro, la del señor Hathorne. Esa tarde, entré simplemente a mirar las nuevas novedades, pues no llevaba dinero encima, pero, aún así, me gustaba dar una vuelta, recorrer las estanterías y ver cuales serían los siguientes títulos que compraría. Y entonces, en el pasillo de arriba, lo vi. Era la primera vez que veía a Tristan allí o quizás nunca antes me había fijado lo suficiente. Creo que, por eso, no pude evitar mirarle más tiempo del que sería necesario.

Tristan estaba concentrado, observando los tomos que había delante suya y, entonces, cogió uno de ellos, se lo metió en su chaqueta vaquera y se fue hacía la puerta, como si nada hubiera sucedido.

No pude dejarlo pasar, así que fui tras él.

Y aún sigo recordando nuestra conversación.

— *He visto lo que has hecho* — dije, haciendo que parara en seco. Tristan se dio la vuelta y me miró serio, aunque él siempre estaba demasiado serio.

— *No sé de que estás hablando* — respondió, tan seguro que incluso me hizo dudar de mí misma.

— *Estoy hablando del libro que llevas escondido en la chaqueta. He visto como lo robabas.*

No se mostró sorprendido por haber sido pillado. Seguía estando tranquilo, serio, y me miraba a los ojos. Creo que me gustó eso, la manera que tenía de mirarme. Lo malo de Tristan es que, cuando te miraba así, era imposible permanecer serena. Había algo en sus ojos, esos que siempre parecían estar tristes, que provocaron algo en mí desde el primer momento. Me pusieron nerviosa.

Y creo que lo vi sonreír, de manera algo engreída, pero lo hizo.

— *No sabía que eras policía.*

— *Y yo no sabía que tú eras un ladrón.*

Aquellas palabras hicieron que dejara de hacerlo.

— *No soy un ladrón.*

— *Bueno, has cogido el libro sin permiso y después te lo has llevado sin pagar... eso se asemeja bastante a robar* — y él no respondió, tan solo siguió mirándome, por lo que me vi obligada a

llenar el silencio — . ¿Por qué lo haces? Tus padres son, literalmente, las personas más ricas del pueblo.

Vi la expresión que adquirió su rostro. Había dicho algo que no debía, aunque no supe el que.

— Él no es mi padre — soltó, de manera fría — . Y el dinero es suyo, no mío.

Por aquel entonces, no tenía ni de lo que ocurría realmente con Charles, su padrastro.

Entre los dos se formó un incómodo silencio y, una vez más, me vi obligada a romperlo.

— Lo que quiero decir es que estás cometiendo un delito. Podrías ir a la cárcel por esto, ¿sabes?

Me relajé al ver que volvía a sonreír.

— ¿Tú también conoces el caso de aquel chico al que le cayó pena de muerte por haberse llevado dos libros? Parece bastante exagerado pero, en realidad, yo creo que se lo merecía.

Comprendí que se estaba riendo de mí. Yo no era tonta: por supuesto que sabía que nadie iba a la cárcel por robar un libro... tan solo quise hacerle ver que lo que había hecho no estaba bien.

— Muy gracioso — respondí, entrecerrando los ojos — . Pero cuando te pillen, te acordarás de mí.

— Espero que, para entonces, vayas a visitarme a la cárcel.

Solté una risa.

— Lo haré y te llevaré libros que de verdad merezcan la pena — dirigí mi mirada a la parte interior de su chaqueta, donde asomaba la esquina del ejemplar que había cogido — . Ya que estás cometiendo un delito, por lo menos, asegúrate que sea por un buen libro.

Tras decir aquello, me di media vuelta, deseando salir de allí. No era que quisiera perderlo de vista... simplemente, su presencia hacía que mi corazón latiera demasiado deprisa y creía que, si me quedaba allí más tiempo, éste al final acabaría saliendo de mi pecho.

— No vas a chivarte, ¿verdad? — preguntó cuando comencé a alejarme. Es cierto que sonreí un poco al atisbar ese toque de temor en su voz, como si yo fuera quien tuviera ahora el poder.

— Depende — respondí, dándome la vuelta otra vez, hacía él. Su frente se arrugó un poco y pude ver cierta curiosidad tras esos tristes ojos.

— ¿Depende de qué?

— Del tatuaje que me hagas.

— ¿Un tatuaje?

— He oído que eres tatuador, ¿no? Pues eso es lo que quiero... un tatuaje. Gratis, obviamente.

Tristan sonrió, pero no de esa forma arrogante que había mostrado antes, sino que esa vez pareció sonreír de verdad, como si simplemente no hubiera podido evitarlo. Y entonces, una vez

más, algo dentro de mi se agitó.

Tenía una sonrisa muy bonita.

— Eso es chantaje, lo sabes, ¿verdad? — comentó al mismo tiempo que daba un paso hacía delante, acercándose un poco más. Aún había cierta distancia entre nosotros pero, aún así, ese simple acercamiento fue suficiente para mi; sentía que estaba a punto de desmayarme — . También es considerado un delito.

— Bueno, no creo que la ley a ti te importe demasiado — respondí, alzando un poco la barbilla para así fingir toda esa seguridad que no sentía. Él se quedó observándome un instante, quizás preguntándose si iba en serio o pensando en lo estúpida que era. Pero... si sé que nunca antes nadie me había mirado de esa forma; como si intentara mirar dentro de mi, como si lo estuviera logrando. Me vi obligada a hablar una vez más, pues no creía poder seguir soportando el peso de sus ojos — . Entonces, ¿tenemos un trato?

— Sabes que puedes ir a un tatuador profesional, ¿no? Yo apenas estoy empezando.

— Entonces no sería gratis. ¿Es que no te atreves? No te tenía por un chico inseguro.

De nuevo, él sonrió, y dejó de importarme si podía estar riéndose de mi. Lo importante era que me estaba sonriendo. A mi. Era más que suficiente.

— Claro que me atrevo, Olivia — aseguró, pronunciando mi nombre de una manera distinta, como si quisiera darle cierta importancia. Sentí un ligero cosquilleo al oírlo; sabía que había agregado mi nombre a la oración tan solo para hacerme saber que él sabía como me llamaba. Vivíamos en un pequeño pueblo, era probable que todo el mundo supiera el nombre de todos, yo también me sabía el suyo, pero... de alguna forma, me hizo sentir especial. — . ¿Mañana en tu casa?

— ¿Mañana? ¿Ya? — pregunté, con un hilo de voz. A decir verdad, ni si quiera estaba segura de que quisiera hacerme un tatuaje. Creo que ni si quiera iba en serio con todo aquello.

Una expresión divertida cruzó su rostro.

— ¿Qué pasa, Olivia? — volvió a pronunciar mi nombre, como si supiera que aquello me debilitaba un poco — - ¿Acaso no te atreves? No te tenía por una cobarde — comentó, usando las mismas palabras que yo antes había soltado y volviéndolas en mi contra.

— ¡Claro que me atrevo! — mentí y le miré directamente a los ojos, tan solo esperando que él no viera la duda tras los míos — - Mañana no vemos, entonces.

A pesar del dolor que aquel recuerdo me trae, noto como estoy sonriendo, pero dejo de hacerlo al recordar que todos aquellos bonitos momentos a su lado ya no tenían sentido alguno.

Leo las últimas líneas que escribí en aquella página.

Y lo cierto es que me muero de ganas por volver a verlo pero, al mismo tiempo, deseo no cruzarme nunca más con él.

Irónico como a día de hoy, siete años después, sigo identificándome con aquello.

4

Lo cierto es que rápido me aburrí de escribir en aquel diario, pero puedo recordar todas y cada una de las cosas que cuento en éste. En mi cabeza todo sigue estando demasiado vivo a pesar del tiempo. Soy capaz de recordar una de las cosas que Tristan me dijo aquella tarde mientras paseábamos al lado de lago pero, sin embargo, apenas puedo rememorar el primer beso con Leo.

Lo peor de todo es que, desde que he vuelto, los recuerdos no paran de venir; me golpeaban y me tiraban al suelo para así seguir golpeándome una y otra vez. Cierro los ojos y veo la primera vez que cogió mi mano y, después, los abro y creo escuchar su risa, esa que en un principio me fue tan difícil oír.

Y, sobre todo, pienso en sus ojos, en como me ha mirado antes. Nunca seré capaz de explicar su mirada; parecía haber un mundo gris tras ésta, demasiada oscuridad... pero, en ocasiones, esa oscuridad desaparecía y sus ojos brillaban, haciendo que todo él se iluminara. Decía que yo era la responsable de esa luz, lo que resulta sorprendente pues, aún así, se las había ingeniado para romperme.

Así que sigo pasando las páginas hasta que me encuentro con lo que estoy buscando; aquel pequeño dibujo, ese delicado boceto que marcó el principio de todo. Noto un ligero pinchazo en la parte trasera de mi hombro, donde ese mismo diseño se encuentra grabado.

Si pudiera, me arrancaría la piel con mis propias manos.

Me he tirado todos estos años ignorando el hecho de que el tatuaje estaba allí, tratando de no pensar en que llevo una parte de él en mi piel. Cada vez que me miraba al espejo, nunca me daba la vuelta para observarlo, y lo cierto es que había sido fácil hacer como si nunca hubiera estado. Pero ahora, siento como si esa misma zona me quemase y, de manera inconsciente, me llevo los dedos hasta el lugar, pensando en como hubo un momento en el que fueron los dedos de Tristan los que me acariciaron.

Estoy a punto de leer lo que escribí en el cuaderno acerca de aquel día pero, entonces, tres golpes secos golpean la puerta y todo mi cuerpo se congela. Me quedo muy quieta, esperando que tan solo me estuviera volviendo loca y que todo hubiera sido parte de mi imaginación, pero una voz femenina comienza a gritar.

— ¡Sé que estás en casa! — chilla esa persona que tan bien conozco. — ¡Y no me voy a ir hasta que me abras!

Es capaz de ello.

Vuelve a gritar mi nombre y sé que no puedo verla. No quiero enfrentarme a ella, no cuando aún sigo sin saber como gestionar lo anterior, lo de Tristan, pero también sé que no va a marcharse.

Espero unos segundos, pero sigo escuchando su voz.

Sigo esperando, pero ella sigue.

En contra de mi voluntad, me dirijo hacia la puerta, bajo las escaleras con lentitud, retrasando el momento, esperando que se marche. Y cuando agarro el picaporte, intento prepararme para lo que está a punto de suceder.

Me imagino todas las cosas que ella va a decirme, todos los reproches, todo lo que durante años ha debido de estar guardando.

Pero, cuando abro y me encuentro con Anne, ella tan solo me mira con los ojos muy abiertos, como si hubiera visto un fantasma, y no dice nada; simplemente me abraza, lo que me parece peor aún. Nunca creí que nuestro reencuentro sería de esta forma.

— No puedo creer que seas tú — murmura, todavía abrazándome. Al separarse, por fin veo su rostro y me sorprende el ver que parece feliz — . Cuando Ross me dijo que creía haberte visto por el pueblo pensé que se había vuelto loco, pero parecía tan convencido que tuve que venir... y, entonces, vi las luces encendidas.

Habla muy deprisa, algo que solía hacer cuando estaba emocionada. Sus ojos siguen achinándose tanto al sonreír que casi desaparecen de su rostro; siempre me pareció muy bonito aquello.

— Ahora eres rubia — suelto y no sé por qué eso es lo único que puedo decir.

Anne parece algo decepcionada pero vuelve a sonreír.

— ¿De verdad que eso es lo único que vas a decirme después de tanto tiempo? — pregunta, esperando más. A estas alturas debería saber que no se puede esperar nada de mi.

— Es que... no esperaba verte por aquí.

— Bueno, yo tampoco esperaba encontrarte aquí — responde, sin dejar de sonreír, mientras que yo soy incapaz de cambiar la expresión de mi rostro.

Nos quedamos en silencio durante un instante y me pregunto si, para ella, está siendo igual de incómodo que para mi.

— ¿Puedo entrar? — termina preguntando y quiero decirle que no pero no soy capaz de ello así que tan solo acabo echándome a un lado, dándole vía libre.

Sus marrones ojos recorren la casa, inspeccionando cada rincón, quizás buscando que partes habían cambiado. Quizás se ha dado cuenta de que el sofá es distinto o puede que, ahora que está mirando las escaleras, recuerde aquella vez que se cayó por éstas después de haber bebido demasiado. Mis padres tuvieron que llevarla al hospital.

— No ha cambiado mucho — comenta y siento una especie de rabia recorrer todo mi cuerpo. Quiero decirle que no tiene ni idea, que todo ha cambiado, que no debería decir esas tonterías.

Pero, tan solo digo:

— El olor ya no es el mismo. — No sé por qué estoy tan obsesionada con eso.

Anne sonríe un poco, con cierta melancolía.

— Es cierto, aunque el incienso siempre me mareaba un poco.

Lo recuerdo.

De nuevo, el silencio vuelve a hacerse presente y, una vez más, ella es quien lo rompe.

— ¿Qué tal estás, Olivia? — y veo en sus ojos que de verdad le interesa, que no es una simple

pregunta formal.

Cuando me fui, Anne trató de mantener el contacto conmigo. Me llamaba por teléfono todos los días y, durante las primeras semanas, yo le permití que siguiera haciéndolo, aunque apenas hablaba en todas esas conversaciones, siempre deseando que acabaran.

Anne siempre lo intentó.

Intentó estar conmigo y trató de ayudarme, pero yo simplemente acabé echándola de mi vida como quien se deshace de una camiseta que ya no le sirve. Cuando dejé de contestar a sus llamadas, ella poco a poco dejó de intentarlo.

— He estado bien — le respondo, pero no soy capaz de mirarla al hacerlo — . ¿Y tú?

Todo es tan raro y la conversación parece tan forzada y extraña por mi parte que no puedo evitar desear que se marche. Sin embargo, quiero que me diga que ha estado bien, que en estos años ha sido la persona más feliz del mundo.

— Bueno, me caso en unos meses... así que, supongo que no me ha ido mal.

Si hubiera aceptado la propuesta de Leo, quizás yo también estaría diciendo aquello. Aunque sé que jamás me habría mostrado tan orgullosa como ella ahora.

— Con David — añade y me mira, esperando mi reacción, y yo apenas puedo disimular la sorpresa.

— Así que seguís juntos — musito y, a pesar de que estoy feliz por ella, no puedo sonreír. Me alegro de que las cosas hayan salido bien para ellos pero, dentro de toda esa felicidad, también hay un ligero toque de envidia y rabia. Siempre pensé que seríamos Tristan y yo los que terminaríamos así; que seríamos ese tipo de pareja que, según pasaban los años, la gente aún seguía sorprendiéndose al ver juntos.

Anne asiente, orgullosa.

— Hemos tenido nuestras cosas pero... sí, aquí seguimos — y de nuevo, otro silencio — . Estás invitada a la boda, por cierto... siempre lo has estado. Y me alegro de que estés aquí ahora para que así pueda decírtelo en persona porque pensé en mandarte la invitación por correo pero ni si quiera sé si sigues viviendo en la casa de tu tía.

Ahora está nerviosa y yo siento un ligero pinchazo en el pecho al ver como, a pesar de todo, sigue intentándolo.

— No sé si estaré aquí para entonces. Solo estoy de paso — le respondo y aparto la mirada para no ver, una vez más, la decepción en ella. Tendría que haber dicho otra cosa, haberme mostrado más agradecida, así que añado: — pero gracias por la invitación.

Su rostro se entristece un poco, pero trata de no borrar la sonrisa.

— Es lo que siempre hablamos, ¿no? Estar en la boda de la otra y todo eso.

Y yo no respondo, por lo que volvemos a quedarnos sin nada que decir. Anne sigue concentrada en lo que nos rodea y yo aprovecho así para mirarla; su pelo ya no es marrón y largo, sino que

ahora es rubio y se lo ha cortado a la altura de la mandíbula. Su cara esta algo más afilada, pero sigue teniendo esas mejillas redondeadas que siempre le hicieron parecer más joven. Está muy guapa, y me gustaría decírselo, pero no lo hago.

— ¿Por qué estás siendo tan amable conmigo? — acabo preguntando, porque no puedo evitarlo, porque no logro entenderlo. No creo merecer esta amabilidad ni cariño.

— ¿Por qué no debería serlo?

— Hace años que no hablamos y yo no me porté bien contigo. Quiero decir, te ignoré durante meses y..., aún así, tú vienes aquí y me abrazas, me invitas a tu boda y no me dices que he sido una amiga de mierda.

Se queda mirándome y tarda un poco en responder.

— Creo que las cosas no han sido fáciles y mucho menos para ti. No veo cual sería el sentido de venir aquí y gritarte por todo lo que consideras que has hecho mal — dice y me sorprende al ver lo madura que suena — . Así que, ¿qué te parece si dejamos los reproches y los malos recuerdos para otro momento y simplemente nos ponemos al día como dos viejas amigas que hace años que no se ven?

Lo cierto es que me siento aliviada; resulta tranquilizador el saber que alguien quería seguir a tu lado aún cuando, quizás, no lo merecías del todo.

— Además, me muero de hambre. Vamos a cenar algo mientras hablamos — así que se dirige a la cocina con confianza, como si volviéramos a tener diecisiete años y ésta siguiera siendo su segunda casa. Pero ahora, una vez que echa un vistazo a los armarios, dice: — Olivia, esto está vacío. ¿Cómo piensas alimentarte estos días?

— No tengo pensado estar aquí demasiado tiempo, la verdad.

— Bueno, pero tendrás que comer mientras tanto. Venga, coge tu bolso. ¡Te invito a cenar!

Pero yo no quiero salir.

— No sé si es buena idea.

— Me parece una peor idea quedarse aquí y morir de hambre — responde, entrelazando su brazo con el mío, con naturalidad, como antes — . Tienes que probar las hamburguesas que hace Ross. Montó un local hace unos años y está siendo todo un éxito.

Y tiene razón: el lugar donde me ha llevado está lleno de gente, lo que tan solo hace que me ponga más nerviosa. Quiero volver a casa, a la soledad de ésta, incluso a su silencio.

Veo como Anne agita su mano, saludando a una mesa del fondo y, cuando sigo su mirada, veo a Ross y a su lado están Layla y Esther sentados, lo que hace que, de repente, me cueste un poco respirar.

— Esto no es buena idea — le digo, parándome, obligando a que ella también lo haga.

— ¿Por qué no? Están deseando verte.

— ¿De verdad? — pregunto, sin poder creerlo, porque no podía ser posible.

A mi lado, Anne se ríe.

— Olivia, tienes que dejar de pensar que todo el mundo aquí te odia.

De un momento a otro, me veo envuelta en abrazos y me siento tan abrumada y confusa que tan solo me quedo quieta, como una estatua, esperando que el momento acabe. Nunca había imaginado que volvería a ver a estas personas, mucho menos que se abalanzarían con los brazos abiertos hacia mi.

Había crecido con todos ellos, nos habíamos conocido en todas nuestras etapas, pero ahora me siento una completa desconocida. No logro sentir nada, tan sé que no me encuentro bien.

— ¿No quieres sentarte? — pregunta Layla, con los ojos muy abiertos.

Lo hago. Todas sus miradas están puestas en mi, como si estuvieran esperando algo, pero yo no sé que puedo decirles.

Por suerte, Esther es quien habla.

— Nos alegra mucho verte, Olivia. Ha pasado tanto tiempo... — tiene el pelo más largo y ya no viste sudaderas anchas para tapar su cuerpo, sino que ahora va con un vestido apretado que le sienta de maravilla. Me gustaría decirle que está preciosa y creo que ver la sonrisa que esbozaría después de aquello, haría que este viaje hubiese merecido la pena...pero, una vez más, no digo nada.

Los tres comienzan a hacer decenas de preguntas, de todo tipo, como si quisieran saber todo lo posible, pero por mi parte tan solo salen monosílabos y movimientos secos de cabeza. No soy capaz de más.

— Oye, no la agobiéis. Acaba de llegar y ya la estáis volviendo loca — les interrumpe Anne y supongo que sigue conociéndome tan bien que ha notado lo incómoda que me estoy sintiendo.

Los demás bajan un poco su intensidad, pero aún siguen pendientes de mi.

— Te vi esta mañana por el pueblo. Les dije que eras tú pero ninguno quiso creerme... parecías con prisa, por eso no te dije nada.

Entonces, lo recuerdo. Claro que iba con prisa; acababa de ver a Tristan. Estaba huyendo de él.

— Había visto a Tristan — les digo, sin saber por qué. Quizás en el fondo tan solo deseo hablar de él y que me cuenten como está.

Pero en la mesa se instala un extraño silencio, uno que no sé interpretar.

— ¿Has hablado con él? — pregunta Layla; tiene la misma cara que cuando iba al instituto, con sus pecas alrededor de la nariz y los ojos tan grandes y azules.

Niego con la cabeza. No les menciono los bollos de crema que me ha dejado en la puerta de casa, ni tampoco les digo que he estado toda la tarde pensando en él, al igual que, tampoco, les cuento como quedaron las cosas entre nosotros. Ellos ya deben saberlo.

— ¿Soléis estar mucho con él? — les pregunto y ellos se miran con incomodidad.

— No mucho — y noto que no quieren hablar de ello. Que no quieren hablar de Tristan.

Nunca tuvo demasiados amigos. La gente siempre se dejó llevar por la imagen que a él le gustaba transmitir; la de chico conflictivo que no paraba de meterse en problemas... pero él era mucho más o, al menos, eso creí. Nadie nunca trató de conocerlo del todo, hasta que yo lo hice, y ellos también lo hicieron; conectó con todos y con Ross siempre pareció tener una conexión especial. Pero, al parecer, todo eso había desaparecido.

¿A quien tiene Tristan ahora? ¿Quien le quedaba? Y sobre todo, ¿por qué me importa tanto? Al fin y al cabo, merecía quedarse solo, ¿no?

Estoy a punto de preguntarles si sigue viviendo en su antigua casa pero, para entonces, ya han cambiado de tema y yo no creo seguir aguantando mucho más aquí.

— En realidad, tan solo vine para saludar. Tengo algunas cosas que hacer — digo, levantándome de la mesa y trato de sonreír aunque creo que mi rostro ha debido de adoptar una extraña expresión.

Todos me mira, supongo que no entendiendo nada, y no puedo culparlos. Seguro que están pensado que se me ha ido la cabeza.

— ¡Pero si aún no hemos cenado! — se queja Anne y yo no sé por qué siento que me cuesta tanto respirar.

Tan solo quiero estar sola.

— Perdona, tengo que irme — y no escucho ninguna de sus respuestas pues, para entonces, ya me he dado media vuelta.

Acabo de salir de la ducha y llevo un rato parada en el baño, frente al espejo, aún con la toalla alrededor de mi cuerpo, observando el tatuaje que hay en mi hombro, ese que hacía años que no veía. Lo acaricio con delicadeza, casi con cariño, y, al hacerlo, los recuerdos vuelven de nuevo.

— ¿Has pensado ya en lo que vas a hacerte? — preguntó, ambos sentados en cada extremo del sofá

Estaba nerviosa por tenerlo allí, en mi casa, pero él parecía tranquilo.

— *No estoy del todo segura.*

— *¿Quieres que te haga un tatuaje pero no sabes cual?*

— *Bueno, es que tengo varias ideas — mentí, tratando de defenderme — . Y no sé muy bien cual elegir.*

Tristan sonrió, como si supiera que estaba mintiendo.

— *No tienes que hacerte nada si no estás segura. Es para toda la vida — dijo, hablándome como si fuera una niña pequeña, cuando él tan solo me sacaba dos años.*

— Si lo que te da miedo es no ser lo suficientemente bueno, tan solo tienes que decirlo.

Volvió a sonreír y pareció orgulloso con mi respuesta. Lejos de enfadarle, creo que le divirtió.

Tristan había venido preparado, con un mochila en la que guardaba todos sus materiales. Iba en serio. Sin embargo, él no había venido hasta mi casa por miedo a que pudiera delatarlo. Él no tenía miedo a las consecuencias que podrían acarrear el haber robado un libro y lo máximo que podría ocurrirle sería pagar el ejemplar o devolverlo.

Ambos lo sabíamos.

Supongo que él también quería venir, que quizás sintió la misma curiosidad por mi que yo sentía por él.

— ¿Todos esos libros son tuyos? — me preguntó entonces, observando la estantería que había delante. Se levantó y fue hacia ésta para así mirar los ejemplares de cerca.

— Algunos son de mis padres, pero la gran mayoría son míos. En mi habitación hay más, si quieres te la enseño.

— ¿Quieres llevarme a tu habitación? — preguntó, de manera divertida y pícara, haciendo que el calor subiera con prisa hacía mis mejillas.

— Quiero decir, a mirar los libros. Ir a mi habitación para así enseñarte los libros que tengo y que los veas y...

— Te he entendido, Olivia — me cortó, antes de que siguiera hablando sin parar. Parecía tan divertido que yo tan solo me sentí más avergonzada — . Me gustaría verlos. Los libros, me refiero — añadió, siguiendo así con la broma.

— Pero no me robes ninguno. Te puedo dejar el que quieras.

No era la primera vez que llevaba a un chico a mi habitación, pero sí era la primera vez que me ponía tan nerviosa. Mi cuerpo reaccionaba de una forma algo loca cuando él estaba cerca... pero también era agradable.

— Nunca había visto a alguien que tuviera tantos libros — murmuró, con los ojos abiertos al ver las estanterías llenas. Tocaba los lomos de los libros, los cogía y abría como si fueran suyos, pero con mucho cuidado — . Te gusta mucho leer, ¿no?

— Sí — respondí y él me miró, nuestros ojos se encontraron, y, entonces, lo vi sonreír de una manera distinta, de una que nunca antes había visto en él. Me hizo sonreír a mi — . ¿Hay alguno que te interese?

— Alguno hay.

— Puedes cogerlo.

— Dejar un libro es algo bastante importante. ¿Acaso estás ligando conmigo, Olivia?

Supé que se estaba riendo de mí pero, de nuevo, no me importó. Él soltó una risa y sonó tan bien que deseé volver a escucharla. Era la primera vez que le oía reír.

— Tranquila, estoy bromeando.

Bajamos al salón y un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando él se puso los guantes.

— ¿Crees que me dolerá mucho? — pregunté y él volvió a sonreír.

Creo que nadie nunca le había visto sonreír tanto en tan poco tiempo.

— Apenas lo notarás.

Lo cierto es que tan solo elegí el hombro porque, de ese modo, no tendría que mirarle en todo ese tiempo. Le pedí una rosa pequeña, tan solo porque fue lo primero que se me ocurrió.

Y en su rostro se formó una mueca.

— ¿Qué pasa?

— Vas a tener que dejar que improvise un poco — y no sé por qué accedí a que lo hiciese. Así que creó un boceto, lo hizo por su propia cuenta, y pareció satisfecho al terminarlo.

— ¿Puedo verlo? — le pregunté.

— Lo verás cuando esté en tu piel.

— No puedo tatuarme algo sin saber lo que es.

— Te va a gustar, Olivia. Confía en mi.

Quizás fue la manera en la que lo dijo, como pronunció mi nombre, o la forma en la que me miró directamente a los ojos. Creo que le hubiera confiado cualquier cosa en aquel momento.

Un agradable hormigueo recorrió todo mi cuerpo en el momento en el que noté su toque, pero me encogí un poco en cuanto la aguja penetró en mi piel.

— ¿Estás bien? — preguntó y yo tan solo asentí, pidiéndole que siguiera.

Ninguno de los dos habló durante la siguiente hora; tan solo escuché el sonido de la maquina, su respiración y los latidos de mi corazón.

— No me estarás tatuando ninguna parte íntima, ¿verdad? — le pregunté. No lo veía capaz pero tampoco lo conocía realmente.

Soltó una carcajada y eso me hizo tan feliz.

— No, Olivia, te prometo que no es un pene.

Y yo también reí.

Casi me sentí decepcionada cuando acabó, pues dejó de tocarme, y se alejó un poco de mi.

— ¿Te ha dolido? — preguntó.

— La verdad es que no — aunque supongo que mi cuerpo estaba tan pendiente de él que apenas pudo sentir la aguja.

Y el tatuaje era precioso.

En mi hombro, con un trazo fino y delicado, Tristan había dibujado un libro abierto por la mitad y, entre medias, como si de un marca páginas se tratase, había una flor.

— Es un girasol — me explicó, de manera algo torpe y nerviosa al ver que yo no hablaba... pero, es que, no tenía palabras.

— Lo sé — murmuré y después, alcé la vista para mirarlo — . Es precioso. Es lo más bonito que he visto nunca — le dije, siendo totalmente sincera — . Creo que nunca me cansaré de mirarlo.

Al despedirnos, cuando él ya estaba en la puerta, le pregunté:

— ¿Por qué un girasol?

— Una rosa era demasiado típico.

— Pero... ¿por qué un girasol? ¿Qué significado tiene?

— Es solo una flor.

— Todas las flores tienen un significado.

Tristan sonrió de medio lado y se encogió de hombros.

— Creo que son bonitos y llamativos; es imposible no quedarte mirando uno cuando te lo encuentras — respondió — . No lo sé, Olivia, creo que pega bastante contigo.

Tras decir eso, salió de mi casa, y yo me quedé observando como se alejaba, con el corazón a punto de salirse de mi pecho. Era la primera vez que alguien provocaba aquello en mí.

No tenía ni idea del amor, nunca había estado enamorada antes, pero pensé que debía ser algo muy parecido a lo que yo estaba sintiendo en aquel instante.

5

Esta mañana me levanté con la intención de marcharme. Pero, simplemente, no pude hacerlo; es como si algo dentro de mí lo impidiese. Quiero irme pero, al mismo tiempo, tan solo quiero pasar aquí el resto de mis días. Es una sensación rara, una que no logro entender.

Y Anne aparece por la noche, invitándome de nuevo al bar de Ross. Al parecer, no le importó lo raro que actué ayer.

En un principio, estoy a punto de decirle que no pero, en realidad, creo que me apetece un poco ir... y no lo entiendo.

— ¿Cuanto tiempo vas a quedarte? — me pregunta Esther. Esta vez tan solo estamos nosotras tres pues Ross ha tenido que ir a ayudar en la cocina.

— Supongo que un par de días.

— Creí que te quedarías más tiempo — dice Anne y no le digo que ni si quiera tengo previsto despedirme.

— Tengo que volver al trabajo.

— Tiene que estar bien trabajar en un hotel, ¿no? ¡Seguro que habrás conocido a un montón de famosos! — exclama Layla, con un brillo en sus ojos. Creo que piensa que mi vida en la ciudad es como en las películas que tanto le gustaba ver. Siempre quiso marcharse del pueblo, pero nunca lo hizo, y me pregunto qué es lo que le sigue atando aquí.

— Tan solo soy la recepcionista y... no es ese tipo de hotel, la verdad — pues, en realidad, se trataba de un hostel en un pequeño barrio cuyas habitaciones no valían mucho más que las hamburguesas de Ross. Pero prefiero no decírselo .

— ¿Sigues dibujando? — pregunta Anne.

— Sí — respondo, agradecida de que aquello fuera una de las pocas cosas que no habían cambiado en mi — . Aunque ahora no tengo tanto tiempo como antes.

— Puedes aprovechar estos días.

Y las horas van pasando y la media noche llega. Cada vez hay más gente en el bar y han subido tanto la música que incluso se hace difícil hablar. La verdad es que me alegra ver que el negocio de Ross va tan bien.

La conversación con las chicas fluye igual que cuando teníamos dieciséis, aunque yo no intervengo demasiado. Todavía me resulta raro el estar aquí con ellas y lo cierto es que me parece algo doloroso el ver como seguían manteniendo el vínculo que una vez creamos, mientras que yo me había quedado atrás. Creí que el paso de los años también habría influido en ellas y que el tiempo había hecho de las suyas, separándolas, pero ha resultado ser todo lo contrario; su amistad seguía manteniéndose, quizás más fuerte aún, mientras que yo llevo años sin saber lo que es tener una amiga. Y todo por decisión propia.

No sé por qué pero, de pronto, me siento algo triste. Creo que he comenzado a pensar demasiado. Y puede que en unos minutos me vuelva a costar respirar.

— Voy a salir fuera un momento — digo, levantándome.

— ¿Quieres que te acompañemos? — pregunta Esther pero yo niego con la cabeza.

Necesito estar sola. Necesito fumar.

Por desgracia, la nicotina me hace sentir un poco mejor. Me alejo de la puerta, lejos así de la gente, y me apoyo en la pared, disfrutando de la suave brisa que azota mi rostro.

Y, entonces, me doy cuenta de que no estoy sola.

No me hace falta girarme para mirarlo pues sé quien es, como si pudiera sentirlo, como si pudiera notar su presencia en cualquier lugar; y me gustaría decir que mi cuerpo apenas a reaccionado a él pero el corazón me late tan deprisa que incluso duele.

Diría que verlo de nuevo hace que me rompa, pero él ya me rompió años atrás así que, parece imposible que vuelva a hacerlo... sin embargo, cuando sus labios se curvan en una triste sonrisa, sé que estoy equivocada.

Nos miramos y en sus ojos no veo el odio que sé que los míos reflejan, aunque también sé que el no tiene ningún motivo para odiarme.

Tristan habla, y oír su voz me llena de furia y también hace que quiera llorar.

— Sigues fumando. La última vez que te vi decías que lo estabas dejando.

Tardo un poco en contestar, creo que aún recuperándome de sus palabras.

¿Cómo se atreve a hablar con tanta ligereza del pasado cuando él lo había manchado? ¿Cómo se atreve a hacerme creer que aún recuerda las cosas que había dicho? Lo peor de todo es que, escuchar de nuevo su voz, ha hecho que toda mi piel se erice.

— Bueno, la última vez que me viste, también decía que siempre estaría enamorada de ti. A veces digo muchas tonterías.

Estoy siendo infantil pero decido que no me importe y tengo que dejar de mirarlo porque no creo soportar el dolor que ha aparecido en su rostro. Un dolor que tan solo puede ser fingido.

Tristan alza ambas cejas y asiente, pegando una calada a su cigarro.

— Supongo que me lo merezco.

Durante unos segundos, tan solo hay silencio, y todo parece tan extraño y doloroso que no entiendo el por qué ninguno de los dos no ha salido ya corriendo.

— No sabía que habías vuelto — murmura.

— Tampoco deberías porqué saberlo.

Suelta una pequeña risa pero lo conozco tan bien que sé que no hay nada que le haga gracia de todo esto.

— Me odias de verdad, ¿eh?

— No te creas tan importante. Para odiarte deberías significar algo para mí y no es así.

Quizás vuelvo a hacerle daño y, al hacerlo, también me lo hago a mí. Y daría lo que fuese para

hacer que mis palabras fueran ciertas, por sentirlas de verdad, pero sé que no es así, sé que estoy mintiendo y, si Tristan sigue conociéndome tan bien como antes, entonces él también se daría cuenta.

Pero él ya no me conoce; ahora tan solo éramos dos extraños el uno para el otro.

— Quiero pensar que no lo dices en serio.

— A diferencia de ti, yo no suelo mentir.

— Olivia... — murmura y su voz se ha suavizado. Me está mirando directamente a los ojos y es tan guapo y su voz suena tan bien que tengo que dar un paso hacia atrás. Además, me está mirando de esa forma, de esa que tan solo él sabe; como si yo fuera alguien digno de ver...y no es justo.

— No — le corto — . No me hables.

— Pero es que creo que deberíamos de hablar. Quiero hablar contigo.

— Pues yo contigo no — suelto, mirándole directamente a los ojos — . No sé como puedes presentarte aquí y hablarme como si nada hubiera pasado. No quiero hablar contigo, ni si quiera quiero que estés cerca de mí. Y tienes razón, te he mentado; si que te odio. No hay un solo día en el que no me arrepienta de ti.

Tras eso, me voy; no porque tema su respuesta, sino porque me temo a mí misma y a todo lo que puedo seguir diciendo. Porque temo la mirada en su rostro, lo destrozado que parece ante mis palabras, aún cuando sé que es toda mentira, que él no siente nada.

Cuando llego a casa, estoy llorando de nuevo; no de manera desconsolada, tan solo las lágrimas han comenzado a caer y yo he decidido no pararlas. Y durante un instante, espero que mi madre baje por las escaleras y me consuele. Quiero que me abrace, que dijera que todo iba a estar bien y que luego mi padre decidiera preparar algo de comer para así animarme.

Pero la casa está vacía y ya nadie me consuela.

Así que pienso en Tristan y en la conversación que habíamos mantenido, la primera después de tantos años. Estaba desesperada por hacerle daño y quería que sufriera.

Pero ahora, después de haberle dicho aquello, no me siento mejor.

Tristan y yo nos habíamos vuelto amigos, algo que nunca creí posible ,y todo había comenzado por los libros .

Tres días después de que me hiciera el tatuaje, nos volvimos a encontrar en la librería.. No habíamos hablado desde entonces, pero yo no he dejado de pensar en él y me gusta creer que a Tristan le ha pasado lo mismo, aunque no ha hecho ni el mínimo esfuerzo por volver a verme.

Lo vi entrar en la librería y sé que él también me vio a mi, pues comenzó a acercarse al lugar donde yo estaba, situándose a mi lado. Ambos mirábamos la estantería que teníamos en frente pero creo que no estábamos prestando atención a los libros.

Una vez más, vuelvo a recordar todo.

— ¿Estás pensando cual vas a robar? — le pregunté y por el rabillo del ojo pude ver que sonrió.

— Puede — cogió uno de los libros y comenzó a ojearlo pero no pareció demasiado interesado — . ¿Qué tal llevas el tatuaje?

— Lo llevo bien. No me duele.

— Bien.

Aún no nos habíamos mirado a la cara y él cogió otro libro.

— Ese no — le dije y sé que volvió a sonreír, aunque no pude comprobarlo. Dejó el ejemplar de vuelta en la estantería, sin pensarlo, como si confiara plenamente en mi criterio.

Tras eso, sacó de su bolsillo una pequeña novela, una que yo conocía.

— Este me gustó bastante pero odié el final. Si yo hubiese escrito este libro, habría matado al protagonista.

Me quedé mirándolo.

— Al final me robaste un libro — dije, casi resignada, como si no me hubiera sorprendido.

— Tú me dijiste que podía coger el que quisiera.

— También te dije que no hacía falta que lo robaras.

Tristan sonrió como si nada, encogiéndose de hombros, y comenzó a caminar hacia la salida, como si supiera que yo iba a seguirle.

Y lo hice.

— El protagonista no podía morir. Si hubiese muerto, la historia no habría tenido ningún sentido; todo lo que pasó no habría servido para nada — le expliqué una vez que estuvimos fuera, caminando tras él.

— Es que, a veces, haces cosas y no sirven para nada.

— Pero estamos hablando de ficción. Prefiero los finales bonitos y ficticios a los realistas y

tristes.

Tristan se me quedó mirando durante unos segundos y, después, me devolvió el libro.

— Me han gustado las partes que has señalado. Yo también he marcado algunas.

Esa noche me quedé hasta tarde observando cada página del libro, descubriendo todas las frases y escenas que él había marcado, esas que habían llamado su atención y tratando descubrir el por qué, intentándolo conocer más de esa forma.

— ¿Quieres que te deje otro? Si te gustan los libros tristes, tengo algunos para ti.

Él sonrió, como si estuviera encantado con mis palabras. Tras eso, fuimos a mi casa.

Ahora estoy sentada debajo del puente de piedra que conecta ambas partes del pueblo; es el mismo que aún tengo que cruzar cada vez que quiero llegar hasta el centro, el mismo que cruzaba cada día. Y aquí, justo debajo, en el campo que rodea al río, lleno de pequeñas flores amarillas y blancas, Tristan y yo nos dimos nuestro primer beso.

El primero de muchos.

Fue bonito, quizás no el mejor de todos, pero fue el primero, el que inició todo, el que me hizo darme cuenta de lo mucho que me gustaba.

Ni si quiera sé por qué he decidido venir aquí, ni por qué sigo torturándome, pero estar en casa tampoco me hace sentir mejor. Cada lugar de este pueblo, cada esquina, cada calle, cada centímetro, contiene un recuerdo. Un recuerdo que durante mucho tiempo he estado tratando olvidar. Y ahora, estar parada aquí, justo donde sentí lo que era amar a alguien por primera vez, lejos de hacerme sentir bien... me rompe; me rompe porque ahora sé que, todo ese amor que una vez di, no sirvió para nada, pues dirigido a la persona equivocada.

El sol me da directamente en la cara, justo igual que aquel día y, durante un instante, casi puedo sentirlo a mi lado, a su versión más joven, mirándome. Recuerdo lo mucho que deseaba que me besara y no puedo evitar esbozar una pequeña sonrisa al recordarlo... porque todo habría sido tan fácil si el tiempo se hubiera congelado en ese preciso instante, si hubiera podido vivir en él para siempre; mis padres estarían esperándome en casa, sanos y salvos, y Tristan me miraría siempre con amor, un amor que quiero creer que alguna vez sintió.

De nuevo, vuelvo a recordar.

— Creo que este ha sido mi libro favorito de todos — me dijo cuando nos sentamos en el césped, el cual aún estaba algo húmedo de la mañana.

— Dices eso de todos los libros que te dejo.

— Eso es porque tienes buen gusto, Olivia.

Llevábamos tres semanas encontrándonos. Yo le dejaba un libro, él lo leía y a los pocos días me lo devolvía. Después, hablábamos de éste durante horas. Me gustaba su forma de pensar, me gustaba como pensábamos cosas distintas pero, aún así, escuchábamos lo que el otro tuviera que decir, como nos dábamos la razón en algunos momentos y debatíamos otros.

Los dos estábamos fumando y Tristan parecía nervioso, algo que nunca antes había notado en él. Estuve a punto de preguntarle si se encontraba bien pero, entonces, saco algo de su bolsillo; otro libro. Esa vez no era mío.

Me lo acercó.

— ¿Qué es esto? — le pregunté, confundida.

— Creí que a estas alturas ya sabrías lo que es un libro, Olivia — respondió, provocando que pusiera los ojos en blanco y él sonrió de manera abierta. La gente siempre decía que Tristan era un chico frío de rostro serio pero no había sido así conmigo, pues había estado regalándome tantas sonrisas que casi me sentía una privilegiada — . Es para ti.

Lo cogí y comencé a ojearlo, como si se tratase de una especie de objeto delicado y muypreciado.

— No tienes que devolvérmelo — añadió él, provocando algo en mi corazón.

— ¿Me estás regalando un libro? — le pregunté, abriendo mucho los ojos. Creo que nunca antes me había sentido tan feliz al lado de un chico. Tristan ya me gustaba; apenas hablábamos de nosotros mismos cuando nos veíamos, solo de los libros que leíamos pero, para mí, era más que suficiente. Me gustaba mucho — . ¿Por qué?

— ¿Y por qué no? — se quejó, expulsando una nube de humo por sus labios — . Es de mis libros favoritos y, si no te gusta, creo que no podremos volver a vernos.

— ¿Es esto una especie de prueba por tu parte? — bromeé, sonriendo como una estúpida, pero él también lo estaba haciendo.

— Quizás.

— En ese caso, tendré que hacer un gran esfuerzo para que me guste.

— Eso espero... porque me gustaría seguir viéndote, Olivia.

Me puse tan nerviosa que tuve que apartar la vista y volví al libro. Era una historia de ciencia ficción, una que pegaba bastante con él, y lo abrí por la primera página, creyendo que estaría en blanco, pero no fue así. Había algo escrito a mano en ella.

Era la letra de Tristan.

— Es uno de mis poemas favoritos — me explicó y creo que sus mejillas se pusieron algo rojas — . Siempre escribo algo en mis libros, es como si así fueran más... míos, si eso tiene algún sentido.

— Claro que sí — respondí, con el pecho lleno de amor. Cada cosa que descubría de Tristan me maravillaba más. — No sabía que te gustaba la poesía. No tienes pinta.

— ¿De que tengo pinta según tú?

— De persona que roba en tiendas y le gusta meterse en problemas — respondí, en parte bromeando y en parte diciendo la verdad. Aún así, Tristan no se ofendió y tan solo soltó una

carcajada.

— ¿Y quien dice que no se pueden ser las dos cosas? — contraatacó y entonces yo reí. Lo cierto es que me fascinaba tanto el Tristan amante de la poesía y los libros, como el Tristan rebelde.

Entonces, le tendí el libro que me había regalado.

— Léeme el poema.

— No sé leer poesía.

— ¿Qué importa? Lee de todas formas.

Tristan no pareció muy convencido en un principio. Le daba vergüenza. Pero supongo que también quería complacerme pues, al final, lo acabó haciendo.

Leyó el poema; su voz era grave pero, al mismo tiempo, suave y firme, pero también nerviosa. En aquel momento sentí que podría escucharle hablar durante el resto de mi vida, que nunca me cansaría del sonido de su voz.

— Es muy bonito, pero también es triste, ¿no? — le dije cuando terminó. Seguía pensando en el poema — . Me gusta la última parte. **Entre las flores te fuiste, entre las flores me quedo.**

Él sonrió, como si le hubiera gustado que yo hubiera leído aquello. Y, en ese momento, los dos estábamos rodeados de flores, lo que creo que hizo aquel instante aún más especial.

— Creo que a ti se te da mejor leer poesía — murmuró.

Ninguno de los dos podíamos dejar de mirarnos y no nos movimos, creo que ni si quiera pestañeamos. Estaba muy cerca de mí, nuestras narices parecían estar a punto de rozarse y sus labios, aunque seguían estando lejos de los míos, eran lo más cerca que habían estado el uno del otro.

— Supongo que deberíamos irnos — dijo, pero su mirada estaba puesta en mi boca.

— ¿Por qué?

— Porque estoy a punto de besarte — respondió y, entonces, sentí un leve calor recorrer todo mi cuerpo.

Necesitaba que lo hiciera.

— ¿Y por qué no lo haces?

Tras eso, Tristan alzó su vista, y me miró directamente a los ojos.

— Porque quizás sea un error.

Acerqué un poco más mi rostro al suyo.

— No creo que sea un error — le aseguré, en un susurro.

Y entonces, me besó; estrelló su boca contra la mía con algo de fuerza. No fue un beso dulce, es

cierto que hubo cierta dulzura en él, pero también fue apasionado, salvaje, lleno de deseo, un deseo que ambos habíamos llevado dentro todas estas semanas, desde que nos vimos, desde que nuestros ojos se encontraron por primera vez. Su mano se posó en mi mejilla, acunándola, atrayéndome más hacía él, como si con tan solo mis labios no tuviera suficiente, como si necesitara mucho más de mí. Sus labios eran suaves, su lengua se movía con fluidez y sus manos seguían tocándome, haciéndome sentir deseada.

Pensé que quizás Tristan tenía razón, que quizás todo aquello si que había sido un error porque supe que, tras ese beso, nada sería igual... porque, tras ese beso, yo ya no podía imaginarme sin él.

Y, aún así, había tenido que estar sin él.

Todos estos años había estado sin él. Simplemente, había aprendido a hacerlo. Puede que ahora, si pudiera volver atrás, si ambos volviéramos a estar aquí y él volviera a estar en frente de mí, quizás yo me alejaría, evitaría que sus labios tocaran alguna vez los míos. Me hubiese ahorrado muchas cosas.

Ahora me encuentro delante de una gran mansión, la casa más grande que hay en todo el pueblo; el hogar donde Tristan vivió, donde pasó gran parte de su vida, tantos años en los que nunca llegó a ser feliz. Aquel lugar, que tan lujoso y bueno parecía desde fuera, escondía demasiados secretos, demasiadas cosas malas. ´

Me pregunto si sigue viviendo aquí o si logró escapar. Ni si quiera sé por qué se quedó en este pueblo cuando siempre prometió que se iría para no volver.

Las luces están encendidas y la puerta se abre. Veo una figura masculina que reconozco enseguida; sé que es Marc, el hermanastro de Tristan, y siento un ligero escalofrío recorrer mi cuerpo, al igual que una increíble rabia que sé que, a pesar de todo, nunca he llegado a sentir por Tristan.

Espero unos minutos más. Una parte de mí teme que vaya a encontrármelo, que salga por la puerta, y no solo porque no quiera verlo sino porque no soportaría verlo allí, en aquel lugar una vez más. Supongo que una parte de mí se sigue preocupando por él.

Media hora después, me voy.

7

Sigo sin saber los motivos del por qué he decidido quedarme pero, cuando me quiero dar cuenta, ya llevo cinco días aquí y tan solo me quedan cinco más de vacaciones. En un principio tan solo iba a estar aquí un par de noches pero, por extraño que parezca, me aterra irme: no quiero volver a la ciudad y reincorporarme en esa vida que he logrado construir... pero, tampoco quiero quedarme en el lugar donde había dejado atrás esa vida anterior que tanto me gustaba y que ya no existía.

Supongo que estoy hecha un lío.

Este pueblo es especial; creo que hay algo que, una vez que conoces, ya no puedes olvidar. Y para mi, había magia en todos lados; en ese puente donde besé al chico que quería por primera vez, en el lago donde nos bañábamos desnudos esas noches de verano o el prado de margaritas donde dijo que me quería por primera vez. Incluso había magia en aquel parque, donde nos reuníamos todos juntos para beber alcohol barato que más tarde nos sentaría mal. Ese era el mayor problema con Valenia; que, a pesar de su perfección, de todas las cosas maravillosas que había, todas estaban manchadas por los sucesos que después sucedieron, por esas personas que se fueron y esas otras que decidieron hacer daño.

Anne ha vuelto a aparecer por casa. Viene todos los días a visitarme y parece tan feliz todo el tiempo, que no puedo pedirle que deje de hacerlo.

Me habla de David y también vuelve a mencionarme su boda lo que hace que, la parte más cruel de mi, sienta una vez más esa envidia que siempre aparece al ver que los demás sí pueden vivir sus historias de amor.

Así que trato de hacer callar a esa voz malvada que, en ocasiones, se cuela en mi cabeza y trato de sonreír, sintiéndome culpable.

— Me parece increíble que vayáis a casaros — y no estoy mintiendo pero, aún así, siento ese pinchazo en el pecho.

— ¿Tú no estás con nadie? No me creo que no hayas conocido a ningún chico en todo este tiempo.

— Bueno, he salido con chicos — respondo, recordando a aquellos con los que había compartido cama y algún que otro recuerdo bonito, pero que he logrado olvidar con demasiada facilidad. No creo haber pensado en ninguno de ellos después de que nuestros caminos se separaran y alguno de esos rostros ya aparecían borrosos en mi mente — . Aunque no hay nadie especial.

Así que le hablo de Leo y de como me pidió matrimonio. Anne se ríe mientras me escucha, aunque también siente lástima al saber que lo dejé allí tirado en el restaurante. Y entonces, dice algo que me provoca tanto dolor que me deja paralizada durante unos segundos.

— Solo puedo pensar en lo mucho que tu padre se hubiera reído de haberlo visto.

Ella se ríe pero yo no puedo unirle porque, de pronto, siento como si el aire hubiese

abandonado mis pulmones.

De un momento a otro, los recuerdos vienen a mi, y son tan dolorosos que no puedo aguantarlos.

— Olivia, ¿te encuentras bien? — me pregunta, pero no contesto; no puedo contestarla porque en lo único en lo que puedo pensar es en la risa de mi padre y eso, al mismo tiempo, me lleva a la eterna sonrisa en los labios de mi madre, en la manera en la que ellos a veces se miraban y simplemente se sonreían sin ningún motivo, tan solo por tenerse cerca.

Son demasiadas las imágenes que vienen a mi cabeza; de ellos, de nosotros, de esa noche en la que me dijeron que se habían ido, de esos días que siguieron, del momento en el que les tuve que decir adiós. Y de verdad que trato con todas mis fuerzas de apartar todo, de alejar esas imágenes de mi; pongo un muro delante de esos recuerdos, delante de todos esos momentos y finjo que nunca han sucedido, que nunca los he vivido.

Lo he estado haciendo todo este tiempo... pero esta vez cuesta más.

— Olivia, ¿qué ocurre? — vuelve a preguntar Anne y siento como se acerca a mi.

La ignoro.

Cierro los ojos, respiro profundamente y me centro tan solo en ese muro que bloquea todos los recuerdos. Segundos después, creo que lo he conseguido y cuando me tranquilizo un poco, cuando los rostros de mis padres son ya tan borrosos que apenas logro reconocerlos, hablo.

— Preferiría que no hablaras de ellos — y mi voz suena tan fría que apenas la reconozco

Anne me mira confusa.

— ¿De tus padres? No lo he hecho con mala intención.

— No quiero que hables de ellos, Anne.

— Pero, ¿por qué no? — pregunta, con la frente arrugada — . No lo entiendo, Olivia. Eran unas personas muy importantes para mi y creo que recordarlos...

De nuevo, no le dejo terminar pues me levanto de la silla haciendo mucho ruido. Comienzo a recoger los platos de comida que aún no hemos terminado y los lanzo al fregadero bajo la incrédula mirada de la que una vez fue mi mejor amiga.

— Será mejor que te vayas — le suelto y ni si quiera sé muy bien que estoy haciendo. No sé por qué le estoy tratando tan mal ni tampoco la razón por la que mi pecho arde de esta forma... pero sé que siento ganas de llorar, una vez más. Y estoy enfadada, rabiosa y, sobre todo, triste — . Por favor.

Anne sigue mirándome pero no dice nada; no rechista y tampoco intenta discutir. Simplemente, se levanta y comienza a alejarse de mi.

— Sé que lo que te pasó fue duro; no te lo merecías y ellos tampoco, pero esta no es la manera, Olivia. Creo que ellos no hubieran querido esto.

— Tú no tienes ni idea de que hubieran querido — gruño y sé que soy capaz de decir las cosas

mas hirientes posibles si sigo así.

Ella me mira durante un instante y después, suelta un suspiro, dirigiéndose a la puerta.

— Sé que no hubieran querido que los enterraras aún más de lo que ya están.

— ¡Vete! — le suplico y, sin embargo, una parte de mi desea que no lo haga. Quiero que se acerque a mi, que me abrace, que no dijera nada más... pero Anne no puede leer mi mente así que tan solo asiente y se da media vuelta, para así salir de mi casa.

Justo antes de marcharse, le oigo decir:

— Han pasado siete años, Olivia. Creo que es hora de pasar página.

Sin pretenderlo, Anne ha logrado hacer una grieta en ese muro que había construido, ese que me ha mantenido a salvo del pasado y ahora, ya no puedo repararlo; tiro éste como si de un castillo de naipes se tratase y veo todo, recuerdo todo, y veo a mis padres con tanta claridad que me destroza. Todo este tiempo he hecho como si ellos no hubieran existido, como si nunca los hubiera tenido y de esa forma, tampoco los hubiera perdido. No había visto sus fotos, no había dejado que nadie hablara de ellos y no me había permitido nada que pudiera hacerme recordarlos porque sabía que, en el momento en el que lo hiciera, el dolor sería tan grande que apenas podría soportarlo.

Y es lo que pasa ahora.

Apenas puedo soportar esta herida que lleva años dentro de mi y que ahora, una vez más, ha comenzado a sangrar. Así que, dejo que sangre durante un rato más. De todas maneras, ¿qué importaba ya un poco más de dolor?

Sé que tengo que disculparme con Anne; quizás eso me haga sentir mejor. Y también sé que no se merecía ser tratada de esta forma, no cuando se había portado tan bien conmigo. Quizás deba ir a su casa y simplemente decirle que tiene razón, que nunca pasé de página y que no debería haber pagado con ella la tristeza que siento. Me gustaría decirle que, quería tanto a mis padres, que los borré de mi mente durante años porque fue la única manera que encontré para seguir con mi vida; que aquello había hecho que los días fueran algo más soportables. Aunque llevo años queriendo disculparme con Anne por muchas cosas.

Así que voy a su casa; sé que sigue viviendo en la misma calle aunque ahora se ha mudado con David. Voy caminando porque, en un pueblo pequeño como este, todo el mundo va a pie a cada lugar; salgo del estrecho callejón que siempre tomaba como atajo y entonces, veo en frente de mi, justo al otro lado de la acera, algo nuevo. A simple vista parece una bonita casa pero, cuando presto atención, veo que se trata de un restaurante; y quizás un nuevo restaurante no hubiera llamado tanto mi atención sino hubiera sido por las flores que decoran las ventanas.

Girasoles.

Sé que no significa nada, que tan solo es una flor, pero me veo obligada a dejar de caminar

durante un momento y creo sentir un ligero pinchazo en el tatuaje de mi hombro.

Así que, poco a poco, me voy acercando. Es como si hubiese algo en aquel lugar que me estuviese atrayendo.

Y, al final, decido entrar.

Se ve cuidado, limpio y es bonito; de esos sitios en los que simplemente hay buenas vibras. Sin embargo, una vez que estoy dentro, siento como si el lugar me fuese extrañamente familiar, como si ya hubiera una parte de mi dentro... y, entonces, lo comprendo. Lo veo. Siento como el corazón se me acelera y doy otro paso hacia delante, adentrándome un poco más en ese pequeño salón de paredes turquesas y muebles blancos.

Todo aquí parece gritar el nombre de Tristan y al mismo tiempo, también grita el mío.

Sigo mirando sus paredes o, mejor dicho, lo que hay colgadas en éstas. Hay decenas de cuadros, dibujos que conozco muy bien pues fui yo quien los dibujó; de distintos tamaños, con diferentes significados y en varias etapas de mi vida, pero todos dedicados a la misma persona.

— *¿Los has pintado tú?* — *preguntó Tristan mientras pasaba las hojas de la libreta que tenía entre las manos. Se la quité con rapidez y la guarde tras de mí.*

— *¿A ti nunca te han dicho que no debes mirar las cosas privadas de la gente?* — *lo regañé, pero él sonrió. Estábamos una vez más en mi habitación y él iba a escoger otro libro para leer.*

— *No es mi culpa si no sabes guardar bien tus cosas privadas, Olivia* — *respondió, dando un paso hacía mí* — *. Venga, déjame verlos.*

Seguí negándome, aún con la libreta escondida tras mi espalda. Él se volvió a acercar e intentó alcanzarla, rodeando con un brazo todo mi cuerpo, estando de pronto muy cerca de mí. Yo seguí resistiéndome a que la alcanzara y Tristan siguió sin rendirse, abrazando ahora con sus dos brazos mi cintura, mientras yo me retorcí entre risas, tratando de liberarme de su agarre. Al final, de alguna forma, acabé arrinconada contra la pared, mi espalda golpeando ésta. Él ya tenía la libreta pero seguía estando muy cerca,

Yo no quería que se alejase.

— *Eres insoportable* — *le dije mientras seguíamos mirándonos, con nuestros rostros muy cerca.*

— *Y tú eres preciosa.*

Alejo esas imágenes y trato de alejar también la tristeza que éste me trae. Sigo mirando las paredes, aquellos dibujos que una vez dibujé; alguien se había tomado la molestia de encontrar un cuadro para cada uno de ellos y, aunque no tengo ni de que hacen aquí, sé que tan solo hay una persona que ha podido tener algo que ver con esto.

Una mujer bajita que no reconozco está tras la barra y yo me acerco a ella, saludándola. Entonces, le digo:

— *¿Sabe quien ha dibujado estos cuadros?* — *finjo cierto desinterés, como si aquel lugar no me*

estuviera asfixiando con todos los recuerdos que aquellas paredes contenían.

— Lo cierto es que no tengo ni idea — admite ella — . Ya estaban aquí cuando yo entré a trabajar pero, por si se lo pregunta, no están en venta. Se me prohibió venderlos.

— ¿Alguien ha intentado comprar los cuadros?

Ella asiente, sorprendiéndome.

— La verdad es que son muy bonitos. Yo le dije a Joe que sería una buena idea de ganar dinero, pero el chico dijo que de ninguna manera; que ni por todo el dinero del mundo... y los cuadros son suyos. Es él quien decide.

No creo conocer a ningún Joe pero el pecho me duele un poco cuando habla de aquel chico, porque tan solo había un chico que había tenido esos dibujos.

— ¿Trabaja aquí ese chico?

— ¿Tristan? ¡Pues claro! Él fue quien ayudó a Joe con este lugar. Trabaja sobre todo por las noches en la cocina y alguna mañana — una grande sonrisa llena de cariño se forma en su rostro — . Es muy buen chico, un poco serio y algo triste, diría yo, pero muy bueno.

Tristan.

Pero no entiendo nada, ¿por qué ha colgado él mis dibujos? Pensé que habrían acabado en la basura, que los habría desechado de la misma forma que hizo conmigo... pero, no solo los había conservado, sino que también les había dado un lugar.

— *Eres muy buena, Olivia — me dijo una vez que terminó de ojear la libreta que, al final, me había robado. Yo tenía las mejillas sonrojadas, no sé si por los cumplidos o por los besos que habíamos intercambiado.*

Estábamos ahora sentados frente al lago y él seguía mirando mis dibujos como si fueran la cosa más fascinante que hubiera visto, como si él mismo no fuera un artista también.

— *Bueno, tú también eres muy bueno, Tristan — le hice saber y noté como su mirada se iluminaba un poco, pues nunca estuvo acostumbrado a los cumplidos; me encantó verle así, ver esa expresión en su rostro. Así que tuve que immortalizarla. Cogí una margarita que había en el campo y la posé entre sus rizos despeinados — . Quédate ahí y no te muevas.*

Le quité la libreta de su regazo y pasé a una hoja en blanco. Entonces, mis dedos se movieron con rapidez y mi vista iba del papel a él. No sé cuanto tiempo tardé, no creo que fuese mucho.

Una vez que terminé, arranqué la página y se la di.

— *Para ti — le dije y Tristan no habló de inmediato. Durante un instante, temí que no le hubiera gustado pero, entonces, él mostró la más radiante de sus sonrisas y me miró de nuevo con esa luz, con esa felicidad que pocas veces él sentía.*

Creí que me iba a besar una vez más, quise que lo hiciera pero, en su lugar, hizo algo mejor; simplemente me sostuvo la mano, la apretó con fuerza y así nos quedamos, con mi cabeza

apoyada en su hombro y nuestros dedos entrelazados.

Siempre he creído que puedes encontrar arte en cualquier lugar, en cualquier persona y, en aquel momento, descubrí el arte que ambos creábamos al estar juntos.

8

Vuelvo a ir a la antigua casa de Tristan. Estoy bastante segura de que él ya no vive aquí; la ventana donde antes había estado su habitación no se ha levantado en ningún momento y, en todo este tiempo, no le he visto entrar ni salir. Tampoco lo he visto en la parte trasera del jardín, donde estaba el gran árbol en el que se posaba para leer los libros que yo le dejaba mientras fumaba un cigarrillo tras otro. El árbol seguía allí, pero él no. El grabado de nuestras iniciales, una al lado del otro junto a un corazón, también seguía allí. Supongo que era el único corazón que seguía intacto.

La casa sigue igual de espléndida que siempre; resultaba difícil no sentirte algo intimidada al tenerla delante. Parecía uno de esos lugares que tan solo ves en las televisiones, de esos hogares que sabes que ni viviendo diez vidas más podrías llegar a tener. Pienso en los momentos que pasé allí dentro, lo mucho que agradecí tras éstos el haber crecido en la familia en la que lo hice. Y también pienso en todos los años que Tristan vivió entre esas paredes.

Probablemente, de todos los lugares que había en Valenia, aquella magnífica casa era la que más odiaba de todas. Tan reluciente por fuera pero tan podrida y cruel por dentro.

— *¿Por qué nunca me llevas a tu casa?* — *le pregunté una tarde en la que ambos estábamos sentados en mi porche. Mi cabeza estaba recostada en su regazo, mientras él leía en voz alta el libro de bolsillo que tenía en sus manos. Hablé una vez que terminó el capítulo.*

— *No creo que sea un lugar que te guste* — *respondió y yo noté como se tensaba. Llevábamos casi dos meses juntos y apenas hablaba de su familia, a pesar de que en el pueblo era imposible no conocerlos.*

— *¿Por qué no iba a gustarme? ¿A quien no podría gustarle una mansión con piscina propia? Tu casa es, literalmente, un sueño.*

— *Yo prefiero tu casa. Es mucho más bonita y tus padres hacen que sea aún mejor con su olor a*

incienso y la música siempre alta. En mi casa nunca se escucha música.

— Si algún día me llevas a tu casa, yo pondré la música.

Él sonrió y dejó el libro a un lado.

— ¿De que tienes tanto miedo, Tristan? — no pude evitar preguntarle. Puede que Tristan mostrara su parte mas sincera conmigo, que era a mi lado cuando más se dejaba llevar, pero, aún así, sabía que había demasiadas cosas que él no me contaba, una parte de él que nunca quería mostrarme... y tenía que ver con su familia.

No contestó de inmediato pero, cuando lo hizo, sonó más nervioso.

— Supongo que me da miedo que me conozcas realmente, que conozcas todo de mi.

— ¿Y por qué te asusta tanto eso?

— Porque quizás no te guste todo lo que veas. Puede que una vez que conozcas todo lo que hay detrás, cambies tu opinión sobre mi.

No me asustó que hubiera algo terrible en él que desconociera, pues sabía que no había nada que pudiera cambiar mis sentimientos.

— Eso no va a pasar.

Siguió mirándome como, si una parte de él, ya supiera que en algún momento me iba a perder. Más adelante me di cuenta de que Tristan no creía en las cosas buenas, que estaba convencido de que, cada instante de felicidad en su vida, estaba destinado a terminar.

Me pregunto donde vivirá ahora. Me pregunto si alguno de mis cuadros decorarán también las paredes de su nuevo hogar, si ha conseguido el balcón en su habitación que tanto deseaba o si sigue teniendo libros a montones en el suelo. Me pregunto que fotografía hay ahora al lado de su cama, donde antes había una nuestra, y creo que también me gustaría saber si alguna vez piensa en mi antes de quedarse dormido, de la misma manera en la que yo he hecho todo este tiempo.

Sé que no debería importarme, pero me importa.

Acabo haciendo las paces con Anne y aunque me invita a salir esta noche, le digo que no. Supongo que aún me siento algo avergonzada por la manera en la que la he tratado y en teoría, tan solo me quedan dos días más en Valenia por lo que quizás ya no deba verla más.

Hablo con mi tía por teléfono y me pregunta si ya he colgado el cartel de venta en la puerta de casa, algo que aún no he hecho. Le digo que sí, aunque es mentira. Sé que el dinero me vendría muy bien y que, de todas formas, está destinada a permanecer vacía... pero no sé si quiero deshacerme de ella. No otra vez. Y tampoco quiero que nadie más pueda ocuparla: no quiero que otras personas utilicen el dormitorio de mis padres ni que ninguna familia se siente en nuestro salón, que sean felices de la misma manera en al que nosotros una vez fuimos y ya nunca seremos. No me parece justo que alguien pueda disfrutar de lo que a mi me arrebataron.

Y es cierto que siento como si todo el cuerpo me doliese cuando estoy dentro de ella pero, al

mismo tiempo, sé que me pertenece, que es mía, que no quiero venderla.

Así que voy a la tienda del centro para comprar algo de comida. A mi padre le gustaba venir aquí, perderse en los pasillos y luego llegar a casa con varias bolsas.

Cuando salgo, después de haber comprado un par de platos ya preparados, una figura algo más grande se choca conmigo justo al doblar la esquina del edificio. Durante un momento, pienso que es Tristan, quizás incluso lo deseo, pero cuando levanto la vista veo que no se trata de él.

Es mucho peor.

Es Marc. Su hermanastro.

Sonríe al verme, como si ambos fuéramos dos viejos amigos.

— ¡Olivia! — exclama — . Me dijeron que habías vuelto al pueblo pero no me lo creí del todo.

Me pregunto si está mintiendo y si, en realidad, me ha visto alguno de estos días espiar su casa.

— Bueno, no voy a quedarme mucho tiempo. Iba de camino a casa — suelto, porque estoy deseando salir de aquí. No quiero fingir que éramos dos buenos amigos y no quiero quedarme a su lado ni mantener una conversación con él.

— ¿Qué tal has estado? — pregunta, aunque es probable que no le interese para nada.

— He estado bien.

— ¿Hace mucho que volviste?

— Unos cuantos días.

Tiene que darse cuenta de la sequedad en mi voz, de mi falta de palabras, pero él sigue hablando. Después, hace la pregunta que sé que ha estado conteniendo todo este tiempo.

— ¿Has visto a Tristan?

Tardo un poco en responder, apretando los labios antes de contestar.

— No, no lo he visto — le miento, porque nunca he soportado que se metiera en nuestra relación, incluso ahora, cuando ésta ya no existía — . ¿Sigue viviendo en el pueblo?

— pregunto, haciéndome la tonta.

Rueda los ojos, poniéndolos en blanco; siempre habían sido muy oscuros y demasiado grandes.

— Claro, ¿donde iba a ir? No tiene donde caerse muerto — contesta, con cierto desprecio en su voz — . Ahora está viviendo en un apartamento cutre, creo que lo comparte. Aquí nadie lo quiere ya, Olivia. No después de lo que hizo.

Pero, ¿qué es eso que hizo? ¿Por qué decía que nadie lo quería?

Marc siempre había hablado mal de Tristan; para él, siempre sería alguien que no merecería la pena. Y yo lo había despreciado tanto por eso, por haberle hecho sentir de esa forma... sin embargo, esta vez, sus palabras me hacen sentir que quizás esté diciendo la verdad. Aún recuerdo

las miradas de Anne y los demás cuando pregunté por Tristan, como dijeron que ellos ya no hablaban con él. Es comprensible que yo lo odiara pero, ¿por qué todos ellos? Y... ¿por qué me molestaba tanto que fuera así?

— ¿Qué fue lo que hizo?

— Lo que se sabía que iba a acabar haciendo... es Tristan, ya sabemos la clase de persona que es — dice, como si ambos pensáramos lo mismo y odio que crea que es así, que podamos estar de acuerdo en algo que tenga que ver con él. Pero... lo peor es que es cierto que, en parte, si es así, que yo ya no puedo defenderlo más — . Mira lo que te hizo a ti. ¿Qué clase de persona hace eso? Justo en tu peor momento, cuando habías perdido a tus padres y él...

Y necesito que se calle, que no diga ni una palabra más, porque no quiero pensar en ello y tampoco soporto que mencione a mis padres. Él no.

— Tengo que irme, Marc. — le interrumpo, pasando por su lado para seguir caminando.

Él me sigue y se pone a mi lado.

— ¿Cuando te vas? ¿Crees que podríamos ir a comer algún día?

Ni si quiera sé como se atreve a preguntarme eso, pero él es Marc, él siempre haría cosas que no tenían ningún sentido.

— Me voy esta noche — miento — . Quizás para la próxima.

Y antes de que pueda decir nada más, acelero mis pasos y me voy.

La casa de Tristan era mucho más increíble por dentro; los techos eran altos, los muebles de diseño y modernos, sin una mota de polvo en ellos. Y era gigantesca. Pensé en mi casa y en lo diferente que era; mucho más pequeña, desordenada y caótica, con sus paredes de distintos colores.

— ¿No hay nadie? — le pregunté cuando subimos a su habitación.

— Están todos fuera.

— Perfecto, así no molestaremos a nadie — dije, mientras ponía la pequeña radio sobre la mesa de escritorio de su cuarto.

Tristan soltó una carcajada.

— No me puedo creer que de verdad hayas traído esa radio.

— Te dije que yo llevaría la música a tu casa y eso voy a hacer. Ahora, ayúdame a elegir una canción.

*Estuvimos unos minutos rebuscando entre los distintos discos que había cogido a mis padres. Al final, acabamos eligiendo **Come On Eileen** y comencé a bailar sin ritmo alguno, mirando directamente a Tristan y a sus ojos, mientras que él no paraba de sonreír. Entonces, justo antes del estribillo, cogí sus dos manos y le obligué a levantarse.*

— Sabes que no tengo ni idea de bailar, ¿verdad? — dijo, pero pude ver lo feliz que estaba.

— ¡No importa!

Así que, de un momento a otro, los dos estábamos bailando como locos; sin tener ni idea de como hacerlo, inventándonos los pasos y soltando carcajadas que no rimaban para nada con la música.

Creo que él nunca se había reído tanto en su propia casa.

Después, salimos al jardín y allí, bajo el grande árbol, pasamos el resto de la tarde.

— Este es mi lugar favorito en toda la casa — me aseguró y yo no podía entenderlo; no comprendía como, teniendo esa increíble casa, preferiría aquel sitio tan simple y normal, pero no le pregunté. Sabía que él me lo contaría cuando se sintiera preparado para ello.

Y más tarde, lo descubrí.

Los martes eran el único día de la semana en la que su hogar se quedaba vacío, así que solo iba en esos momentos. Escuchábamos música a todo volumen, leíamos las páginas de algún libro, nos bañábamos en la piscina y simplemente pasábamos el rato juntos. Con Tristan daba igual lo que hiciera porque cada cosa a su lado era valiosa, especial. Con él, hasta sentarse debajo de un árbol era mágico.

Esa noche, estábamos en la cocina.

— ¿Tienes frío? — me preguntó al ver mi piel erizada. Siempre hacía frío en su casa y además, tenía el pelo mojado.

— Un poco.

— Espera, voy a mi habitación y te traigo una chaqueta.

Cuando él desapareció, la puerta del salón se abrió. Marc apareció por ésta. Sabía que era el hermanastro de Tristan y lo veía de vez en cuando por el pueblo pero nunca había hablado con él.

Nos quedamos mirándonos durante un instante. Sentí como si me hubieran pillado robando en esa casa, a pesar de que no era así.

— ¿Qué estás haciendo tú aquí? — preguntó al final.

— Estoy con Tristan.

Aquello le hizo sonreír, pero aquella sonrisa pareció casi cruel. No había nada amistoso en ésta.

— No sabía que ese perdedor tenía amigos, mucho menos novia — soltó, y lo dijo de una manera tan tranquila que me costó un momento darme cuenta de que acababa de insultar a Tristan y de que lo acababa de hacer en mi cara — . Tienes que estar muy desesperada para acabar con alguien como él. Además, esta ni si quiera es su casa, debería pedir permiso antes de traer a nadie aquí.

Había maldad en su tono; no se trataba de una broma. Y, por como habló, supe que estaba más que acostumbrado a decir ese tipo de cosas sobre él.

— ¿A ti que te pasa? — le solté, de manera dura. Ya no me sentía intimidada por él. Tan solo estaba enfadada, muy enfadada.

Fue en ese momento cuando Tristan bajó. Su rostro, que tan feliz y relajado había lucido al estar solos, de inmediato se volvió serio y tenso. Miró a Marc, lo hizo de una manera muy fría y, después, me dio su chaqueta.

— No sabía que tenías novia — comentó.

Tristan tan solo se giró hacia mi y sujetó mi mano.

— Te llevo a casa — murmuró y yo tan solo asentí porque vi su mirada, vi sus ojos y la súplica en éstos.

Pasamos por el lado de Marc pero Tristan apenas le miró y yo intenté hacer lo mismo; sentía como su mano apretaba la mía, con algo de fuerza.

Justo antes de que saliéramos por la puerta, escuché como su hermanastro gritó:

— ¡Espero verte de nuevo por aquí, Olivia!

Después de eso, tan solo fui a su casa unas cuantas veces más

9

El encuentro con Marc me deja con una sensación rara el resto de la tarde. No creí que verlo me desestabilizaría tanto, pero lo ha hecho: y no puedo parar de pensar en la aparente soledad de Tristan, la cual sé que se merece pero que, aún así, me preocupa.

He subido a la planta de arriba y esta vez, estoy parada en el pequeño pasillo que lleva a la habitación de mis padres. La puerta sigue cerrada y así lleva años. Ese fue el único requisito que pusimos a los antiguos huéspedes; que permaneciera bajo llave, que nunca se abriese. Creo que fue la decisión correcta pues, de este modo, seguía siendo suya.

Así que me acerco un poco más y durante un momento, creo ser lo suficientemente valiente para entrar. He guardado la llave todos estos años y justo antes de venir a Valenia, la metí en la maleta, como si de verdad hubiese sido capaz de abrirla... pero, en cuanto toco el frío pomo, sé que no puedo. Creo que nunca podré.

Entonces, vuelvo a mi habitación y me dejo caer en la cama, mirando el techo, mirando las flores que él pintó. Siempre pensé que lo único que Tristan quería era ser querido y querer de la misma manera; recuerdo como su rostro se iluminaba un poco cuando mis padres lo invitaban a cenar, o el brillo en sus ojos cuando Anne y los demás se reían con las cosas que decía.

Siempre hubo un vacío en él; ese tipo de vacío que se siente cuando te ha faltado el amor durante gran parte de tu vida.

— *¿Cuanto tiempo llevan tus padres juntos? — me preguntó en una ocasión. Estábamos debajo del puente donde nos dimos nuestro primer beso; nos gustaba tanto aquel lugar por su tranquilidad, porque allí podíamos sentirnos las únicas personas en el mundo. Yo llevaba un vestido amarillo y él me dijo que iba acorde con las flores que nos rodeaban, así que puso una en mi pelo.*

— *No lo sé, ¿unos veinte años? Seguro que mi padre te ha contado su historia, como se conocieron y todo eso.*

— *Unas cincuenta veces, sí — respondió, ambos sabiendo que la escucharíamos unas cincuenta veces más.*

— *Le encanta esa historia.*

Ambos reímos con cariño al pensar en mi padre y en sus cosas. Era una persona habladora, podía hablar con cualquier persona aunque no la conociese de nada y se hacía amigo de todo el mundo.

— *Supongo que lo entiendo. Quiero decir, yo también me veo a mi mismo dentro de veinte años contando una y otra vez como nos conocimos, como me pillaste robando un libro y yo simplemente me enamoré.,*

Me sonrojé al instante. Tristan no tenía ningún miedo en hablar de sus sentimientos, en comentar lo que sentía por mí. Él me decía que estaba enamorado de mí como si fuese la cosa

más fácil del mundo, como si resultara tan sencillo para él. Y a mi eso me encantaba.

— ¿Crees que para ese entonces seguiremos juntos? — le pregunté, no dudando, sino más bien con cierto entusiasmo, con emoción de que aquello pudiera llegar a suceder.

— Claro — respondió, sin ningún tipo de duda.

— Veinte años son muchos años.

— No si son a tu lado — dijo — , en ese caso, necesitaría muchos más.

— Eso dices ahora. Quizás algún día te aburras de mi.

— Nunca podría aburrirme de ti, Olivia.

— Pero es muy complicado permanecer tanto tiempo con una persona y seguir sintiendo lo mismo por ella.

— Bueno, tus padres lo han hecho, ¿no? ¿Por qué no podríamos nosotros?

Lo cierto es que yo no me imaginaba un futuro sin él. No entendía a que venía toda esa inseguridad por mi parte. Supongo que siempre está ese temor de dejar de ser suficiente para alguien.

— No lo sé, siento que mis padres son un caso especial.

En el rostro de Tristan se formó una exagerada mueca.

— Me encanta que tengas tanta esperanza en nuestra relación. La verdad es que me tranquiliza bastante.

Solté una carcajada y rodeé su cuello con mis brazos, trayéndolo a mi.

— Sabes que no me refiero a eso — aclaré pero, para entonces, él ya estaba sonriendo mientras se dejaba abrazar por mi — . Es solo que no soportaría que un día te levantas y decidieras que yo ya no soy lo que quieres.

Creo que ese miedo era por lo mucho que lo quería. Porque tenía miedo de perderlo.

— Creo que no eres consciente de ello, Olivia, pero tú eres la única persona que voy a necesitar siempre — habló — . No sé, a estas alturas siento que ya no sé como vivir sin ti, yo... creo que no soy nada sin ti. — Se quedó en silencio un instante, nervioso por si había dicho más de la cuenta — . Quiero decir, viviría de todos modos, pero sería otro modo de vivir.

Y ahora lo entiendo. Entiendo lo que Tristan me estaba queriendo decir. Ahora sé que, en aquel momento, yo era lo único que tenía, la única persona que después de tanto tiempo le había mostrado lo que era el amor. Él no tenía familia y yo le había llevado a mis padres, quienes lo acogieron como a un hijo, siempre teniendo buenas palabras hacía él, queriéndole de esa manera fraternal que tanto necesitaba. Tampoco había tenido nunca muchos amigos, siempre alejándose de todo el mundo, pero yo le presenté a los míos, que lo integraron de inmediato, haciéndolo sentir uno más, parte de algo. Una vez me dijo que yo le había dado todo y yo siempre creí que estaba exagerando pero supongo que, para él, de verdad fue así pues, sin pretenderlo, yo le había

mostrado un mundo que él desconocía, una forma de querer y ser querido que nunca creyó posible.

Resulta muy mezquino por su parte que, aún con todo eso, me hiriese como lo hizo.

Salgo a dar una vuelta y como si mis piernas tuvieran vida propia, acaban llevándome de nuevo a aquel restaurante. Entro sabiendo que probablemente, tan solo esté empeorando las cosas.

Los cuadros siguen aquí, lo que me confirma que no los imaginé. Detrás de la barra está la misma mujer con la que hablé el otro día pero ella no se da cuenta de mi llegada, así que comienzo a acercarme, sin saber muy bien que es lo que estoy buscando. Quizás tan solo quiero más información, saber de una vez por todas que relación tiene Tristan con todo esto.

Pero entonces, veo como alguien sale por una pequeña puerta, la que parece ser la de la cocina.

— Rita, voy a ir a... — su voz se apaga en cuanto me ve.

Me mira con los ojos muy abiertos y se queda completamente congelado. De repente, todo a nuestro alrededor desaparece, como si nos hubiéramos sumergido de nuevo en ese pequeño mundo que ambos creamos tiempo atrás y quizás, la única razón por la que he venido hasta aquí es porque, de cierta forma, esperaba encontrarme con él.

Pero ahora está delante de mi y no sé como reaccionar.

— Olivia — murmura, casi sin aire.

Tristan lleva una camiseta blanca de manga corta y esta vez sus rizos no están peinados hacia atrás, sino que caen por su frente, de esa manera que antes tanto me gustaba. Sus ojeras siguen allí y creo que la tristeza en sus ojos también. Me pregunto que verá él al mirarme, si se dará cuenta de que el paso de los años no habían hecho que las cosas mejoraran. Me pregunto que tipo de cambios verá en mí, si sigue pensando que soy guapa o si siente lastima al ver el fantasma en el que me había convertido... y sin embargo, mientras me mira, veo que su mirada no ha cambiado, que parece seguir mirándome de la misma manera que siempre, lo que es extraño porque, durante un momento, creo percibir cierto brillo en sus ojos.

Sé que está esperando a que yo diga algo pero no soy capaz. Así que tan solo me doy media vuelta y salgo del restaurante.

Él me sigue, por supuesto que lo hace; escucho como dice mi nombre, tratando de hacerme parar y, al no conseguirlo, siento su mano agarrar mi brazo, con mucha delicadeza.

No puedo soportar su toque.

No puedo soportar el tacto de sus dedos en mi piel.

Por lo que me alejo con rapidez y él da un paso hacia atrás, poniendo así algo de distancia entre ambos.

— No sabía que estabas aquí — aclaré.

— Trabajo aquí — responde, aunque yo ya lo sé.

Nos quedamos en silencio un momento.

— Esos son mis cuadros, los que hay en las paredes.

— Lo sé, tú misma me los distes.

Otro silencio.

Me resulta raro estar hablando con él ahora, como si nada. Y me resulta aún más raro notar como no podemos dejar de mirarnos, como no puedo apartar la mirada de él.

— ¿Por qué están ahí?

— Son bonitos — contesta, pero sé que hay otra explicación más y, tras un suspiro, él vuelve a hablar. — No lo sé, Olivia... supongo que, de cierta forma, el tenerlos aquí me hacía sentir como si no te hubieras ido del todo.

Lo cierto es que no me esperaba esa respuesta, pero tampoco sé cual me esperaba. Creo que una parte de él teme que vuelva a salir corriendo por lo que vuelve a hablar.

— ¿Cómo estás? — pregunta, y suena casi desesperado, como si deseara seguir con la conversación.

— Estoy bien. Me voy mañana.

Ni si quiera sé por qué se lo digo, quizás espero ver una reacción por su parte y mientras sigo observándolo, creo notar su rostro algo más sombrío. Quizás esté pensando en que esta puede ser la última vez que me vea.

— No pensé que te quedarías tan poco tiempo.

— Yo no creí que te importaría si volvía o no — suelto, de una manera más fría de la que pretendía

— He estado esperando a que lo hicieras todo este tiempo — responde y suena tan sincero que lo odio, porque sé bien la clase de mentiroso que es. Sé que no debo fiarme de nada de lo que salga por sus labios.

Doy un paso hacía atrás, como si sus palabras me hubieran golpeado y sé que, si dejo bajar la guardia, caeré ante él.

— Voy a casarme — miento, sin saber la razón de ello. Pienso entonces en Leo y en como le estoy usando una vez más contra la misma persona.

Veo la sorpresa y tristeza en Tristan ante mis palabras. Creo que eso me da cierta satisfacción; el ver que de, alguna forma y por el motivo que fuese, le afecta. No entiendo esa desolación que parece haberse adueñado de su rostro. ¿Acaso creía que que estaría toda la vida esperando por él para que así pudiera reírse una vez más de mí? Puede que sintiera cierto placer en ello, en hacerme daño.

Pero él no me da la enhorabuena y tampoco sonrío, ni lo finge.

— Entonces, ¿eres feliz? — me pregunta, como si eso fuera lo único importante para él.

— Sí, lo soy — miento, porque no puedo decirle que la última vez que de verdad fui feliz, fue esa última noche que pasamos juntos, cuando él aún seguía queriéndome.

Entonces, sonrío; una pequeña sonrisa que no llega a sus ojos.

— Me alegro, Olivia.

Me molesta su manera de hablar y lo bien que suena su voz. Me molesta su cara y lo guapo que está. Me molesta la manera en la que me está mirando. Me molesta todo de él y aún así, sigo sin irme.

— ¿Puedo preguntarte una cosa? — suelto de repente, sin pensar mucho antes de hablar. Él parece sorprendido y simplemente asiente con la cabeza. — ¿Alguna vez te arrepentiste de lo que hiciste?

Baja la mirada.

— Olivia... — trata de decir, pero odio lo triste que suena.

No me parece justo que él sea el que esté triste de los dos.

— ¿Tú eres feliz, Tristan? — pregunto ahora, cambiando de tema, interrumpiéndole. Él no responde y no hace falta que lo haga porque tan solo tengo que ver sus ojos y la miseria que hay tras ellos; es más que suficiente. Asiento con la cabeza, satisfecha — . Bien, porque espero que no conozcas la felicidad en tu vida.

Y no lo digo en serio, yo sé muy bien que no pero, una vez más, tan solo busco hacerle daño. Me sorprende lo afiladas que pueden ser mis palabras, lo cruel que llego a ser.

Trista no dice nada más, tan solo asiente con la cabeza y me mira por última vez antes de darse la vuelta y alejarse de mí.

10

Voy al bar de Ross esta noche, tan solo porque puede que esta sea la última vez que lo haga. Lo cierto es que me gusta el sitio y creo que, si las cosas hubieran sido de otro modo, podría haber llegado a disfrutar el rato aquí. No tengo pensado despedirme de ellos, al igual que tampoco lo hice la primera vez, pero mientras ellos hablan yo no puedo evitar mirarlos con cierto detenimiento, tratando así de memorizar sus rostros actuales para que, quizás cuando esté de nuevo sola en la ciudad y los años hayan pasado, pueda recordarlos.

Ross está haciendo reír a las demás, mientras retrasa el momento de meterse en la cocina, pero el lugar se está llenando tanto que es cuestión de tiempo que desaparezca. Anne y Esther comen las patatas que hay en el centro de la mesa mientras que Layla discute con él acerca de una broma que asegura no ser graciosa, a pesar de la sonrisa en sus labios.

Esta misma escena podría haber sucedido siete años atrás.

— Lo único que estoy diciendo es que no estaría para nada mal una boda en la que se pudiera ir en chándal — insiste Ross.

— No vas a venir a mi boda en chándal — le advirtió Anne.

— Pero si nunca llevas chándal, Ross — le recuerda Esther.

— Lo sé, porque no me gustan, pero tan solo pensad en lo que sería una boda en la que todo el mundo llevase chándal — continúa él y al final, no puedo evitar sonreír porque a pesar de que su barba ha crecido y que sus facciones son ahora más duras, parece seguir teniendo diecisiete años.

— Sería original — apoya Layla, tan solo porque es Ross, porque siempre le apoyaría... y me pregunto si han tenido algo en estos años.

Esther me pregunta si he elegido ya el color del vestido que voy a llevar pero no puedo decirles que ni si quiera tengo pensado ir. Por suerte, la camarera viene a traernos más bebidas, librándome así de responder.

Trato de hablar de algo, de crear un tema de conversación, pero siento que no tengo nada que decir, que de lo único que puedo hablar es del pasado.

Nuestras vidas son tan distintas ahora que creo que nada de lo que les diga les interesará; no conocen a las personas que forman parte de mi vida actual, tampoco mi trabajo, ni entenderían de la misma forma cualquier anécdota o hecho que me ha ocurrido. Lo único que teníamos en común son los años que habíamos compartido juntos y lo cierto es que tampoco me apetece estar aquí y rememorar todos éstos.

— No sabía que habían puesto un nuevo restaurante... cerca de la Iglesia, un poco a las afueras — comento.

Si saben que es el mismo restaurante donde Tristan trabaja, no lo dicen.

— Hay muchas cosas nuevas, Olivia. No me puedo creer que hayan pasado siete años desde la última vez que estuviste aquí — responde Anne.

— Tampoco hay tantas cosas nuevas, no exageres. Ya sabes que este pueblo no destaca demasiado por sus novedades — añade Layla.

— También han puesto un gimnasio — dice Ross, emocionado — . Lo han puesto en el lugar donde antes estaba la librería, esa del señor Hathrone.

Siento un terrible pinchazo en el pecho.

Estoy congelada.

— ¿Ya no está la librería? — pregunto con un hilo de voz, y en mi mente comienzan a reproducirse imágenes del lugar; veo sus estanterías llenas de libros, veo el amable rostro de su dueño y la escalera de caracol que llevaba a la segunda planta.

Y también puedo ver el lugar donde vi a Tristan robando aquel libro.

— No — responde, sin tener ni idea de lo que esa información me está haciendo sentir — . El hombre murió poco después de que te fueras y su familia no quiso hacerse cargo así que, simplemente, la vendieron.

Puede que sea absurdo, que tan solo sea un lugar más, pero creo que la tristeza está comenzando a ahogarme. Siento pena por el señor Hathorne, que siempre me recomendaba libros, y también siento pena por Tristan y por mí, por nuestra versión más joven, porque siento que han borrado una parte de nosotros, de nuestra historia. Una historia que, aunque ya no tiene sentido alguno, sigue doliendo.

— ¿Olivia, estás bien? — me pregunta Anne y todos me están mirando ahora.

— Sí — miento e intento sonreír, intento no parecer una desequilibrada que no para de tener cambios de humor.

— Te he preguntado que si quieres una hamburguesa. Dice Ross que invita él.

— Claro — musito, aunque no me apetece para nada.

La noche va pasando y seguimos en la mesa; permanezco en silencio casi todo el rato pero sé que están hablando de cosas animadas pues no dejan de reír.

Entonces, una media hora más tarde, noto como la mirada de Anne se desvía un momento hacía la puerta y noto el cambio en su expresión. Al seguir sus ojos, veo que Tristan acaba de entrar al bar, acompañado de un chico que no conozco. Ambos están sonriendo mientras hablan de algo que no escucho pero no me hace falta hacerlo porque tan solo puedo observar su sonrisa, la verdadera, esa que hace que sienta un ligero golpe en el estomago.

Hacía años que no lo veía sonreír y está tan guapo y su sonrisa es tan bonita que tengo que apartar la vista.

Noto la mirada de Anne puesta en mí, preocupada; sus ojos parecen preguntarme si estoy bien y yo tan solo asiento porque, aunque deseo salir corriendo, no quiero mostrarme débil.

— Voy un momento al baño — le digo y antes de que pueda responder, ya me he levantado. Una vez que estoy dentro del aseo, me siento encima de la tapa del váter y comienzo a buscar

una excusa para irme de una vez por todas. Tan solo debería salir y decirles a las chicas que me iba, ¿qué importaba lo que pensarán de mí a estas alturas? Pero, al mismo tiempo, también habría deseado que esta noche durara un poco más, que pudiera disfrutar un poco más de ellas.

Sin embargo, ahora con Tristan aquí, sé que debo irme.

No creo volver a soportar otro encuentro.

Justo cuando estoy dirigiéndome a la mesa, alguien se pone delante de mí.

— No dejamos de chocarnos — comenta Marc y lo único que puedo hacer yo es lamentar mi mala suerte — . Creí que te habrías ido ya.

Levanto la vista para mirarlo.

— Hubo un cambio de planes... pero esta es mi última noche. Esta vez sí.

— Que pena — responde, como si realmente le importase y noto un ligero olor a alcohol. Lo cierto es que Marc no ha cambiado demasiado; su pelo rubio sigue igual de corto que siempre y sus crueles ojos negros también, al igual que sus dientes, que siguen algo torcidos. Y tampoco ha cambiado el desprecio que sigo sintiendo hacía él — . Apenas hemos podido hablar.

— ¿Y de qué quieres hablar?

— De lo que sea — y tan solo puedo pensar en lo que pasó siete años atrás, cuando me dijo aquello que rompió mi corazón. Marc fue de las últimas personas con las que hablé antes de irme de Valenia y creo que también uno de los motivos por los que decidí hacerlo. — Fuimos cuñados, Olivia y lo cierto es que siempre me has caído muy bien. Me gustabas.

No sé con qué intención dice esto pero no consigue halagarme. Tan solo me quedo mirándolo con la misma desconfianza de siempre.

— Voy a volver a mi mesa. Me están esperando — digo, pero antes de que pueda dar un paso más, noto como Marc comienza a estrecharme entre sus brazos, abrazándome.

Durante un instante me quedo inmóvil, sin saber como reaccionar; lo único que quiero es alejarme de él, que no me toque, pero él me sigue abrazando y yo sigo sin moverme.

No entiendo nada; no entiendo que se esté comportando de esta manera conmigo cuando nunca hemos sido amigos y mucho menos logro comprender esta muestra de cariño por su parte.

— Espero volver a verte pronto por aquí — dice y por fin se separa de mí y al observarlo, noto una extraña expresión en su rostro; una mezcla de malicia y al mismo tiempo, satisfacción. La misma que alguien tendría cuando se ha salido con la suya.

Y no tardo en descubrir lo que está sucediendo, pues tan solo hacen falta unos segundos para que note un par de ojos clavados en mí. Alzo la vista y veo a Tristan, que me está mirando más serio que nunca.

Nuestros ojos se encuentran y yo deseo hablar, decirle cualquier cosa, pero él se da media vuelta y desaparece... y creo que a mi alrededor todo se tambalea.

Vuelvo a mirar a Marc, que no deja de sonreír. Ahora entiendo aquel abrazo, entiendo el por qué ha decidido acercarse a mí y hablarme como si le importara. El sabía que Tristan estaba aquí,

sabía que estaría mirándonos.

Lo tenía todo planeado.

— Joder, sigues siendo un cabrón — escupo, empujándolo a un lado.

Ahora, tan solo puedo pensar en Tristan; la expresión que he visto antes en él no desaparece de mi mente y yo me siento tan mal que ni si quiera soy capaz de respirar con normalidad. Sé como ha de sentirse, sé la traición que debe sentir y no soporto que piense que yo he podido hacerle algo así.

Por lo que salgo detrás de él, sin saber por qué, pero lo hago de todas formas.

Tengo que explicárselo, tengo que hacerle saber que, a pesar de todo, yo nunca le haría eso; nunca trataría de hacerle daño de esa forma. Y sé que no debería importarme, que quizás merezca sentir el mismo nivel de traición y dolor que una vez yo sentí... pero no puedo permitirlo.

Simplemente, no puedo.

Lo veo caminando por el aparcamiento, cada vez más cerca de su coche, y yo corro más rápido.

— No es lo que parece — digo en cuanto estoy cerca de él. Tristan aún sigue de espaldas pero, al oírme, se detiene — . Lo que acabas de ver no es lo que crees.

Se da la vuelta y no creo ser capaz de encontrarme con sus ojos, mucho menos con lo que hay tras ellos.

— Olivia, no tienes que darme explicaciones...

— Lo sé — respondo — pero yo no quería abrazarle. Ha sido él quien lo ha hecho.

Veo como aprieta la mandíbula, haciendo así que sus facciones se marquen aún más. No podría explicarlo, pero sé que me cree; él sabe que Marc es capaz de aquello y... sin embargo, la tristeza no desaparece de su rostro. Creo que, durante un efímero instante, siento la tentación de acercarme, de tocarlo... quizás lo hubiera hecho año atrás, pero ahora ya no puedo.

Y tampoco debería querer hacerlo.

— Tan solo quería... *necesitaba* que supieras que yo nunca te haría algo así. Nunca.

El silencio nos envuelve y lo único que hacemos es mirarnos el uno al otro. Querría dejar de hacerlo, me gustaría no sentirme siempre tan perdida en su mirada, pero supongo que hay cosas que no puedo controlar.

— Tampoco podría reprochártelo si lo hicieras — murmura y noto cierta amargura en su voz.

— No, no podrías — le hago saber — , pero yo trato de no hacer daño a las personas que una vez quise.

Mi voz no suena resentida ni vengativa, pero sé que él lo ha tomado de esa forma porque su mirada va ahora hacía el suelo, avergonzado.

— Aunque no te lo creas, Olivia, yo intento lo mismo — asegura.

Y quiero echarme a reír pero no lo hago, al igual que tampoco le digo que es un mentiroso; es probable que esta sea la última vez que vaya a verlo y no creo que deba darle el gusto de regalarle más tiempo. Y lo cierto es que ahora, mientras sigue delante de mí, tan solo puedo preguntarme como podrían haber sido las cosas si todo hubiera sucedido de una manera distinta. Sé que no deberíamos mirarnos de esta forma, con esta tristeza, y nuestros cuerpos no deberían estar tan lejos el uno del otro. Todo tendría que haber sido distinto.

Así que me doy la vuelta y comienzo a alejarme antes de que por mis labios pudiera salir cualquier cosa hiriente. No quiero herirlo ahora, no cuando ha tenido que ver lo ocurrido con Marc. Lo cierto es que me siento una estúpida por todos estos sentimientos, por la manera en la que mi cuerpo sigue reaccionando ante él, por lo mucho que me entristece el saber que ya nunca volveremos a estar tan juntos como antes. He estado años pensando que no lo quería, y sé que no lo hago, pero sigo sintiendo por él, para bien o para mal.

Es absurdo.

Pero así es.

Me marchó sin decirle nada, preguntándome si esa imagen tan triste será el último recuerdo que tendré de él.

En la mesa ahora tan solo está Anne pues Layla se ha metido en la cocina con Ross y Esther se ha marchado para dormir a su hijo.

Ella me mira y veo la preocupación en sus ojos y creo que está intentando buscar las palabras adecuadas.

— ¿Estás bien? He visto que has ido detrás de Tristan.

Y ni si quiera soy capaz de escuchar su nombre sin sentir ganas de llorar.

— Ay, Olivia.... — musita Anne, que se levanta de su asiento para así estrecharme en sus brazos, lo que tan solo hace que quiera llorar con aún más ganas. En ocasiones, un abrazo parece darte el permiso necesario para así derrumbarte de una vez por todas — . ¿Qué ha pasado?

— Pues que soy una estúpida — suelto, casi con odio — . ¿Por qué sigo llorando por él? ¿Por qué no puedo superarlo? Han pasado casi siete años, joder.

— Porque os quisisteis mucho, Olivia, y pasaron cosas horribles.

— Yo lo quise, pero él a mí no. Si él me hubiera querido, aún seguiríamos juntos.

Y es cierto.

Ella sigue abrazándome, tratando de consolarme, y siento que estoy llorando todo lo que no he llorado en estos años, todo lo que he estado reteniendo. Y quizás, en el fondo, también estoy llorando porque puede que ésta sea mi última noche en este pueblo, porque ni si quiera he podido abrazar a Tristan, porque siento que he comenzado a olvidar la voz de mi madre o porque nunca pude decirle te quiero de vuelta a mi padre.

Me pregunto cuanto tiempo se puede llorar por la misma cosa, ¿acaso estoy destinada a derrumbarme por los mismos acontecimientos una y otra vez? Es como si toda mi vida se basara tan solo en el pasado, como si no pudiera dejar de vivir en éste.

Y a continuación, todo sucede muy rápido; las copas comienzan a aparecer y yo voy bebiendo una tras otra, tratando de olvidar, tratando de que todos los recuerdos que tanto daño me hacen desaparezcan. Veo a mis padres, veo a Tristan, me veo a mi misma más joven, mucho más feliz, una felicidad que ya nunca lograré alcanzar y sigo bebiendo y bebiendo hasta que en mi cabeza todo se vuelve borroso.

— Olivia, creo que deberías dejar de beber — escucho como Anne dice, pero su voz suena tan lejana que apenas le hago caso.

Porque tan solo quiero olvidar.

Quiero que el dolor pare.

Quiero que mi vida de antes vuelva y nunca lo hará.

Así que sigo bebiendo.

Poco después, estoy borracha.

Hacía ya mucho tiempo que no bebía tanta cantidad de alcohol; después de lo que ocurrió, cuando me fui a vivir a la ciudad, hubo una temporada en la que consumía hasta este punto, hasta casi perder el conocimiento. Sin embargo, no duró demasiado, Mi tía me ayudó.

Y ahora me siento exactamente igual que en esos años, como si no hubiera avanzando... porque, quizás, no lo he hecho para nada. Quizás todo este tiempo que ha pasado ha sido en vano.

Así que sigo bebiendo.

TRISTAN.

Sé que debo irme pero sigo sentado en el coche con las llaves en la mano, incapaz de arrancar. La imagen de Olivia y Marc abrazados no desaparece de mi cabeza; me resulta insoportable el saber que él había estado tan cerca de ella, mucho más de lo que yo había podido en estos últimos días.

Puede que me esté matando.

Y puede que también lo esté haciendo el hecho de que ella esté aquí y no quiera ni mirarme.

Al principio, nunca tuve duda alguna de que volvería a ver a Olivia. Siempre había habido algo dentro de mí, esa esperanza ciega de que en algún momento nuestros caminos volverían a encontrarse. Simplemente, era algo que debía suceder. Sin embargo, según fueron pasando los años, toda esa esperanza fue haciéndose cada vez más débil y ese reencuentro pasó a ser más una especie de deseo que una fuerte convicción.

Pero entonces, ella apareció.

Volvió.

Y al hacerlo, han vuelto todas las cosas que una vez sentí por ella, que quizás nunca se fueron... pero, con su vuelta, también ha aparecido algo que nunca antes había visto en sus ojos; un intenso odio hacía mi, un odio que sé que merezco pero que no creo poder soportar. Me dolía mirarla, me dolía mirar su rostro y ver aquel desprecio hacía mi. Olivia no me ha olvidado pero me ha repudiado, lo cual parece mucho peor.

Miro la hora y suelto un suspiro; es probable que Miles no duerma en casa hoy; seguramente ya haya conocido a algún chico o chica con quien pasará la noche y lo cierto es que no me apetece estar solo en casa.

Por eso, retraso un poco más el momento de marcharme.

Vuelvo a pensar en Olivia y en lo que sentí cuando la vi el otro día, al otro lado de la carretera.

Durante un instante, creí que todo había sido fruto de mi propia imaginación y que, al cerrar los ojos, desaparecería de la misma forma en la que había sucedido todos estos años en los que ella había pasado a convertirse en una especie de fantasma al que, de vez en cuando, le gustaba hacer apariciones. Pero ella permaneció allí delante de mí, mirándome, tan preciosa como siempre, quizás aún más, y yo tan solo quise alcanzarla, decirle que, en todo este tiempo, no he podido olvidarla.

Aunque no hice nada.

Y no estaba preparado para afrontar el hecho de que ella ya no quería saber nada de mí. No estaba preparado para ver que su primer impulso al tenerme cerca era dar un paso hacía atrás, alejándose.

Me dijo que iba a casarse con otra persona, otro hombre que no era yo. Recuerdo aquella vez en

la que nosotros mismos hablamos de nuestra boda; cuando tan solo éramos dos críos que creían realmente en el amor para toda la vida. Lo hicimos entre risas, riéndonos de aquella tradición tan antigua y que en realidad no significaba nada, pero que, en el fondo, ambos deseábamos experimentar juntos.

Lo cierto es que nunca creí que me dolería tanto el saber que había rehecho su vida con alguien más; supongo que una estúpida parte de mí siempre pensó que ella habría estado esperándome de la misma forma que yo había hecho. Me imaginaba que habría estado con otros chicos, yo también estuve con chicas pero que, al final, se daría cuenta de que no eran los adecuados y que, entonces, en una pequeña parte de su mente mi rostro aparecería y recordaría que aquí seguía yo, esperándola.

Pero no había ocurrido, pues ella se había enamorado de otro y yo tan solo había pasado a ser uno de los chicos que una vez quiso, quizás ni el que más.

Sigo en mi coche pero sé que es momento de irme a casa; ya llevo casi una hora aquí sentado, sin dejar de pensar, atormentándome una vez más. Así que estoy a punto de arrancar pero, veo como las puertas del local se abren y dos figuras conocidas salen por ésta. Una es Olivia, a la cual reconocería en cualquier lugar, y a su lado está Anne. Siento que debería irme ahora más que nunca, que seguir viéndola tan solo va a hacerme más daño, pero veo como algo no parece ir bien... pues Anne está sujetando a Olivia con cierta dificultad.

Ambas se dirigen a la parte izquierda del edificio, alejadas del resto de la gente y tras eso, Olivia se aleja y comienza a vomitar.

No se encuentra bien, puedo verlo.

No debería importarme. Desearía que no me importara.

Pero, joder... me importa.

Salgo del coche sin pensarlo, y comienzo a acercarme a ellas, corriendo. Anne parece sorprenderse al verme pero, al mismo tiempo, veo cierto alivio en su rostro al ver que no tiene que enfrentarse ella sola a la situación. No creo que Olivia sea consciente de mi presencia, sigue con la cabeza inclinada y vuelve a vomitar, lo que hace que me acerque a ella para así sujetarle su pelo marrón hacía atrás, evitando que se lo ensucie. Está tan largo y suave como siempre.

— ¿Por qué le has dejado beber tanto? — le pregunto a Anne, sin quitar los ojos de Olivia, la cual parece haber estado llorando.

— Le he dicho varias veces que parase pero no ha hecho caso — responde y veo la preocupación en ella mientras saca un par de pañuelos de su bolso.

Anne y yo hace tiempo que no hablamos; donde antes se formó una bonita amistad, ésta fue borrándose con cierta rapidez después de que Olivia se marchara y, al final, lo único que quedó de nosotros fueron rápidos saludos de cabeza al vernos. Creo que esto es lo que más hemos hablado en años.

— No creo que ella esté bien — murmura, pasándome los pañuelos — . Está muy cambiada.

Me quedo en silencio porque no sé que decir, porque sé que tiene razón, porque nada más verla pensé que el rostro de Olivia era precioso, pero que también estaba lleno de tristeza, una tristeza que nunca antes había visto en ella.

— Debería irse a casa — digo. Ha dejado de vomitar pero sigue sentada en el suelo, ajena a nosotros dos. Los mechones largos le caen ahora por ambas partes de su cara y, sin pensarlo, comienzo a hacerle una trenza; mis dedos se mueven con rapidez y recuerdo todas esas veces que me pedía que le trenzara el pelo y yo lo hacía, al principio con cierta dificultad, pero con el paso del tiempo cada vez más confiado y rápido.

No había vuelto a hacer una trenza hasta ahora.

Anne me está mirando fijamente pero no dice nada.

— Hemos venido andando, se supone que nos iríamos con Ross pero él aún sigue trabajando y hasta dentro de un par de horas no sale. Puedo llamar a David y decirle que venga y...

Ya está sacando el móvil de su bolsillo cuando la interrumpo.

— Yo puedo llevarla a casa.

Veo la desconfianza en su mirada.

— No sé si es buena idea...

— Haberla dejado beber hasta casi perder el conocimiento tampoco me parece una gran idea
— suelto, aunque sé que aquello no es su culpa.

Nos quedamos en silencio durante un instante y al final, Anne acaba asintiendo con la cabeza. Años atrás, ella no hubiera dudado, habría sabido que no había persona con la que mejor estaría Olivia que conmigo. Ahora ya no piensa aquello, ahora nosotros dos eramos dos personas distintas con caminos muy distintos. Y ahora, yo soy la última persona con la que Olivia quiere estar.

— ¿Cuidarás de ella? — me pregunta antes de dejarnos ir. Sé que está preocupada, sé que no está segura de su decisión, pero no se interpone y una parte de mí quiere creer que es porque aún, en el fondo, confía en mí.

Yo asiento con la cabeza.

— Sabes que sí. Siempre.

Entre los dos levantamos a Olivia del suelo y volver a tocar su cuerpo, hace que una corriente recorra el mío. Es la primera vez que siento su piel sin que se aleje, es la primera vez que estoy tan cerca de ella en años, y me destroza el saber que la única razón por la que ella lo consiente es porque se encuentra tan mal que apenas es consciente de que estoy aquí.

— Me encuentro fatal — murmura en mi hombro y su voz suena débil.

— Tranquila, ya vamos a casa — le tranquilizo y apenas reconozco la dulzura en mi voz.

Anne sigue mirándome mientras nos dirigimos hacia el coche. No tengo ni idea de lo que está

pensando pero en su rostro puedo ver un ligero toque de curiosidad, como si tuviera cientos de preguntas que hacerme pero que no hará. Cuando ya hemos sentado a Olivia en el asiento, se pone delante de mi.

— Lo que te he dicho antes iba en serio. Ella no está bien — dice. Vuelvo a quedarme en silencio porque, una vez más, sigo sin saber que decir — . No la cagues, Tristan.

— Anne... — intento decir, hacerle saber que no tengo ninguna intención en complicar las cosas, pero ella me interrumpe.

— No ha parado de decir tu nombre mientras bebía. La hiciste daño, no sé por qué ni como pero se lo hiciste, y solo te pido que no vuelvas a hacérselo. Simplemente, llévala a casa y desaparece de su vida.

Habría deseado que me pegara un puñetazo en la cara. Sé que eso me hubiese dolido mucho menos que sus palabras. Pero tenía razón. Yo le había hecho daño a Olivia, no pude ser la persona que ella siempre esperó de mi.

La decepcioné.

— Eso haré — murmuro y me meto en el coche.

Olivia se ha quedado dormida en el asiento del copiloto. La trenza que le he hecho cae a un lado de su cuerpo mientras permanece con los ojos cerrados y en sus mejillas puedo ver el rastro de las lagrimas que ya se han secado. Siento el impulso de llevar mi mano a su rostro, de acariciárselo, pero no lo hago porque sé que ella no querría que lo hiciese.

— Tristan — escucho como susurra después de unos minutos en silencio. Ya casi hemos llegado a su casa y me siento asustado por ello, por tener que dejarla allí; porque una parte de mi siente que, al hacerlo, la estaré dejando para siempre, una vez más, solo que esta vez sé que es la definitiva — . Estás muy guapo. ¿Por qué tienes que estar tan guapo?

De todas las cosas que hubiera imaginado que podían salir de sus labios, aquella era la que menos me esperaba, por lo que no puedo evitar sonreír y soltar una ligera carcajada. Durante un efímero instante, agradezco al alcohol por haberle hecho decir aquello, pues no lo hubiera hecho de otra forma.

Sigue con los ojos cerrados.

— Tú también estás muy guapa, Olivia — le respondo, aunque es bastante probable que ella no me esté escuchando — . Sigues siendo la chica más guapa que he visto nunca.

No noto ninguna expresión en su rostro y pienso que se ha vuelto a dormir pero, entonces, murmura:

— Te he echado de menos — y reconozco el dolor en su voz — . También he echado de menos este sitio. Y echo de menos a mis padres. Echo de menos todo.

Ahora no sonrío, ahora no siento ganas de reír, porque lo único que siento es tristeza: una gigantesca tristeza por ella, por mi, por sus padres, por todos estos años que han pasado, por los momentos que vivimos, por tener esa certeza de que la vida nunca irá a mejor, que nunca

volveremos a ser tan felices como una vez fuimos.

11

Siento un doloroso pinchazo en la cabeza cuando abro los ojos, y éste tan solo se hace más y más intenso según me voy despertando. Miro a mi alrededor y veo que estoy en casa, en mi casa de siempre, tumbada en el sofá con una gruesa manta por encima. La televisión está apagada, todo se encuentra en silencio, pero desde la cocina viene un ligero olor a café, como si alguien lo hubiera dejado preparado. Trato de levantarme y ponerme en pie pero de nuevo siento como la cabeza me va a explotar, por lo que me quedo tumbada y las imágenes de la noche anterior comienzan a reproducirse.

Me veo a mi y a Marc, veo como él me abraza y después veo el rostro de Tristan. También me veo a mi corriendo tras él, lo que ahora me parece humillante. Después, una vez más, veo como volvemos a hacernos daño. Es cuando estoy de nuevo en el bar, junto a Anne, cuando todo comienza a volverse borroso.

Y veo otra vez a Tristan.

Estás muy guapo. ¿Por qué tienes que estar tan guapo?

Siento que estoy a punto de morirme, no tan solo por la vergüenza, sino por el odio hacia mi misma.

No voy a volver a beber nunca más.

Trato de ignorar el dolor de cabeza mientras me levanto y me dirijo hacia la cocina. Debería tomarme una pastilla pero no tengo ninguna en casa. La cafetera está llena de café y me tomo una taza a pesar de que está algo frío: sé quien ha hecho este café y también sé que tan solo por eso no debería beberlo, pero me muero por un trago así que dejo que éste caiga por mi garganta mientras trato de no pensar en Tristan y en todo lo que pasó anoche. ¿Por qué me llevó a casa? ¿Por qué se molestó? Me imagino su arrogante sonrisa al escucharme decir que era guapo, lo bien que tuvo que sentirse al ver que aún seguía siendo una estúpida por él.

Unos minutos después, Anne me llama por teléfono. Ni siquiera recuerdo haberle dado mi número.

— Olivia, ¿cómo estás? — pregunta y su voz es tan chillona que tengo que cerrar los ojos con fuerza.

— Estoy bien — gruño — . ¿Que pasó anoche?

— Espera, en veinte minutos estoy allí. Seguro que necesitas una pastilla para la cabeza.

Sin duda, no la merezco; han pasado los años y sigue siendo una mejor amiga estupenda. Trae consigo varios bollos recién hechos de la cafetería, más café. y unas cuantas pastillas.

Tengo ganas de abrazarla pero no lo hago.

— Dime que no hice mucho el ridículo anoche — le pido cuando ambas nos sentamos en el sofá. Anne ríe un poco pero noto algo extraño en su expresión, como si estuviera preocupada.

— No demasiado, tan solo vomitaste delante de Tristan... bastante — y abro mucho los ojos al

escucharla.

- De todas las personas que había en el bar, tenía que ser él...
- También te trajo a casa y... no lo sé, Olivia, realmente parecía preocupado.
- No estaba preocupado. Seguramente se estaría riendo de mí, seguro que pensó que era una estúpida.
- La verdad es que no lo creo.
- Pues es así.
- Solo te digo lo que yo vi y sentí — insiste y yo decido no discutirlo más.

Tomo un sorbo al café que hay encima de la mesa y ella vuelve a hablar.

- Lo cierto es que me sorprendiste anoche, no sabía que podías llegar a beber tanto. Cuando éramos más jóvenes odiabas el alcohol y apenas lograba que bebieras más de dos cervezas.
- Bueno, tampoco es que sea una alcohólica o algo parecido — me defiende, porque no puedo evitar sentirme algo atacada — . Era la primera vez que bebía en mucho tiempo y no creo que vuelva a hacerlo pronto.

Anne se queda en silencio un instante, mirándome, y su mirada me hace sentir incómoda pues noto cierta lastima en ésta.

- Yo... supongo que tan solo quería decirte que, bueno, estoy aquí para ti. Sé que hacía años que no nos veíamos y que las cosas fueron complicadas... pero sigues siendo mi mejor amiga. Creo que tan solo quería que lo supieras.
- Gracias — respondo, porque no sé que más decir ante esta muestra de cariño por su parte. Supongo que debería decirle lo mismo, que tendría que hacerle saber que ella también seguía siendo importante para mí, pero soy incapaz de hacerlo y ni si quiera sé por qué — . Creo que voy a irme a dormir un rato.

Anne me mira como si quisiera decir algo más pero al final no lo hace y tan solo asiente con la cabeza, forzando una sonrisa.

- Claro. Descansa, Olivia.

Me quedo sola de nuevo y una vez más, una conocida tristeza comienza a aplastarme. Trato de dormir en el sofá pero mi cabeza no me deja tranquila y el teléfono vuelve a sonar, interrumpiendo así mis pensamientos.

El nombre de mi tía sale reflejado en la pantalla.

- Hola, cariño — saluda y al escuchar su voz, me doy cuenta de que quizás la echo de menos — . ¿Cómo va el viaje? Supongo que llegarás para la cena, puedes venir a casa si quieres y así cenamos juntas.

Joder.

Creo que, una vez más, estoy a punto de vomitar... y miro los billetes de vuelta a la ciudad que reposan encima de la mesa.

Tendría que estar sentada en el autobús ahora mismo.

Tendría que estar en el trabajo mañana a primera hora.

Mierda. Mierda. Mierda.

Mi tía repite mi nombre por la otra línea.

— Olivia, ¿estás bien?

— Yo... me olvidé — admito al final, porque sé que no sirve de nada engañarla, pero tampoco quiero decirle que ayer bebí tanto que ni si quiera me acordé del autobús que debería haber tomado hace dos horas — . Me olvidé por completo de los billetes.

Para mi sorpresa, escucho como se ríe desde el otro lado del teléfono.

— ¡Eso es por que te lo estás pasando bien! — exclama, feliz — . No te preocupes, cariño, no hay prisa alguna. Disfruta allí todo lo que puedas.

— No lo entiendes, ¡mañana tengo que trabajar! ¡Y a las siete de la mañana! — le digo y siento como la ansiedad comienza a agarrarse a mi pecho — . ¿Qué se supone que voy a hacer ahora?

— Olivia, aún te deben quince días más de vacaciones y muchas más horas... estoy segura de que pueden darte un par de días más.

Pero soy yo quien no puede quedarse más tiempo aquí.

— Llamaré a la estación. Quizás pueda conseguir un billete para dentro de unas horas.

— Como quieras — suspira ella, que sin duda preferiría que me quedara aquí durante el resto de mis días — . Llámame con cualquier cosa, ¿vale?

Dice que me quiere y cuelgo el teléfono. Después, llamo a la estación pero la suerte sigue sin estar de mi lado, pues me informa que no pueden hacer nada por mí.

— El único autobús que salía hoy se fue hace un par de horas y los fin de semana no salen más... tendrías que esperar al lunes por la mañana.

No tengo otra opción así que acabo comprando aquel billete a pesar de que eso significaba tener que pasar más días aquí, asfixiándome, con el miedo y deseo de encontrarme a Tristan. Quizás deba ir y darle las gracias por lo de anoche, por ayudarme, pero que haya hecho una cosa buena por mí no quiere decir que deba ir y agradecérselo. No se lo merecía.

Así que pienso en llamar de nuevo a Anne porque lo cierto es que su compañía me viene bien, pero se ha ido hace tan solo un par de horas y creo que tiene que trabajar... lo que me recuerda que, quizás debería llamar a mi trabajo y decirles que tendría que tomarme dos días más, pero no me atrevo a hacerlo así que tan solo lo dejo pasar, sabiendo que eso lo empeorará.

Y me quedo dormida, después de muchas vueltas, recuerdos y arrepentimientos.

— ¿Otra vez te has dejado convencer? — le pregunté a mi padre, que estaba sentado en una de las sillas del salón, con una toalla alrededor de sus hombros y una expresión en su cara que dejaba ver lo mucho que se arrepentía de su decisión.

Mi madre sujetaba unas tijeras y en el suelo ya había algún que otro mechón negro.

— Ha prometido invitarme a cenar después de esto — responde, pero ambos sabíamos que iba a acabar aceptando de todos modos — . Además, no está quedando tan mal, ¿no?

— Está quedando genial — se adelantó a responder mi madre y tenía razón... aunque, de momento, había un lado mucho más largo que el otro.

Cuando terminó, las dos nos reímos de él durante un rato. Al final mi madre había terminado cortando demasiado y el pelo le había quedado muy corto, mucho más corto que nunca.

— Supongo que se me ha ido un poco la mano — se disculpó ella, algo relajada al ver que mi padre también se reía de si mismo — . Pero a mi me parece que estás muy guapo.

— Entonces, eso es lo que importa.

Después, los tres nos metimos en el coche.

— Puedes llamar a Tristan e invitarle. A nosotros no nos importa — insistió ella mientras conducía; siempre intentaban incluirle en los planes y creo que, desde un principio, mis padres vieron el niño solitario que él era, el amor que necesitaba.

— Vamos a ir a cenar pero por nuestra cuenta — contesté — . No os ofendáis, pero ese sitio de pescado frito al que vais es bastante asqueroso.

— No sabéis lo que os perdéis — intervino mi padre, que siempre defendía aquel lugar — . Por cierto, ¿qué tal están los padres de Tristan?

— Están bien, supongo — soné algo insegura pues, en realidad, no tenía ni idea — . Él no es su padre, ya sabes.

Sentí la necesidad de decirlo pues sé que Tristan lo habría hecho. Le gustaba recalcar aquello; que no eran familia, que no compartían sangre.

— ¿Se llevan bien? — me preguntó mi madre.

— Bueno... no creo que estén muy unidos, la verdad. Tristan nunca me habla de él — respondí, algo confusa al no saber por qué mis padres sacaban de repente ese tema — . ¿A que viene esto ahora?

Se miraron el uno al otro, como si supieran algo que yo desconocía. Al final, fue él quien acabó hablando.

— El otro día, unos compañeros de trabajo mencionaron algo sobre Tristan — por el tono de voz que usó, supe que no me iba a gustar demasiado lo que tuviera que contarme — . Dijeron algo sobre que Charles le había pillado robando unas joyas de su habitación y que le había echado de casa.

— Eso es mentira — afirmé yo de inmediato. No tenía ninguna duda de ello. — . Tristan está en su casa, ayer estuvimos allí. Ya sabéis lo que le gusta a la gente de este pueblo hablar de él... pero son todo mentiras. Además, Tristan no es un ladrón.

Al decir aquello me quedé en silencio, recordando entonces el momento en el que nos conocimos, cuando yo misma le pillé robando aquel libro... pero una cosa era eso y otra robar unas joyas, ¿no? Era algo muy distinto. Sabía que él nunca haría eso.

— Vosotros no creeréis esas cosas, ¿verdad? — pues me horrorizaba que pudieran pensar tan mal de él.

— ¡Por supuesto que no! — dijo enseguida mi madre — . Lo único que queremos decirte con esto es que estamos preocupados y nos gustaría saber si todo está bien con Tristan. Si algo estuviera mal, podría contar con nosotros.

— Lo sé, pero no creo que suceda nada. Él me lo habría dicho — aseguré, pero en realidad no estaba tan segura. Era bastante probable que Tristan no me dijera nada.

Me dejaron en su casa y yo tenía la cabeza hecha un lío. Trataba de no darle tantas vueltas a lo que mi padre había dicho pero me resultaba imposible ignorarlo pues, dentro de mi, sabía que algo no iba bien, que quizás hubiera demasiadas cosas de Tristan que no conocía.

Llamé al timbre y él abrió enseguida; la sonrisa ya se había formado en sus labios y pensé que quizás no me importaba si mentía o no, pues tan solo necesitaba que siguiera sonriéndome.

— Mis padres querían que fuéramos a cenar con ellos al restaurante del pescado frito — le dije mientras nos dirigíamos al jardín, a nuestro árbol.

— Que asco.

— Lo sé.

Era de noche y mientras fumábamos un cigarrillo tras otro, lo miré y pensé en lo injusto que era que la gente pensara tan mal de él. No lo merecía.

Estaba convencida de que él era la mejor persona que conocía.

Un poco más tarde, entramos en su casa para ver una película, sin tener ni idea de lo que iba a suceder después; no llevábamos ni quince minutos cuando oímos como la puerta principal se abrió y, a continuación, un par de voces masculinas se hicieron presentes. De repente, sentí como todo el cuerpo de Tristan se tensaba y vi su rostro, vi como éste palideció y el temor que sus ojos reflejaron.

Por algún motivo, sentí que no deberíamos estar allí.

— ¿Pasa algo? — le pregunté, hablando muy bajito, pero él no contestó. Seguía sin moverse.

Charles y Marc aparecieron por el pasillo y nos miraron en silencio, con una expresión que aún no sabría identificar, pero sé que sentí cierta incomodidad... incluso, puede que algo de miedo.

— ¿Qué estás haciendo tú aquí? — preguntó Charles y en un principio creí que se estaba

refiriendo a mi, pero toda su atención estaba puesta en Tristan. Conocía a Charles de antes, era muy conocido en el pueblo, pero nunca le había tenido tan cerca ni le había escuchado hablar... de esa manera. Nunca me había dado cuenta de lo terrorífico que era.

Marc, a su lado, parecía estar disfrutando

— Mi padre te ha hecho una pregunta — dijo y su tono de voz me causó un gran rechazo.

— Sólo he venido a recoger unas cosas. Ya me iba — habló esta vez Tristan.

— Tristan, ¿qué está pasando? — murmuré, antes de que él entrelazara mis dedos con los suyos para así sacarme de su casa, una vez más.

— ¿No le has contado a tu novia lo que has hecho? — preguntó con sorna Marc.

Pero Tristan no contestó.

— Eres una vergüenza. Si no fuera por tu madre ya te hubiera echado de mi casa hace años

— aquellas horribles palabras salieron de la boca de Charles, el mismo hombre que todo el mundo alagaba por su bondad y simpatía. No podía creer lo que estaba escuchando, no podía creer que le estuviera diciendo todo aquello.

La mano de Tristan se apretó contra la mía. Ahora sé que se estaba conteniendo, que estaba haciendo todo lo posible por mantener la calma y no perder los papeles delante de mi. Por otro lado, esa falta de palabras y defensa por su parte, me hizo pensar que quizás aquella no era la primera vez que escuchaba aquello, que puede que estuviera más que acostumbrado.

A pesar del momento, Tristan me miró y me guiñó un ojo, un pequeño intento en quitarle seriedad al asunto y hacerme sentir algo más tranquila y menos preocupada. Quizás lo hubiera conseguido si no hubiese sido porque padre e hijo siguieron despotricando contra él.

— No te quiero volver a ver por aquí....por mi, como si te mueres en la calle mendigando. Al fin y al cabo, es algo que viene de familia, ¿no? Quizás te encuentres con tu padre — de nuevo, Charles habló, y a mi me dejó aún más congelada. Aquel hombre había visto crecer a Tristan, se supone que lo había criado y, aún así, le estaba diciendo todo eso. Fue la primera vez que me pregunté en qué clase de familia había crecido... si es que se le podía llamar por esa palabra. Si podía decirle todo eso delante de mi, una desconocida, ¿qué le diría en la intimidad cuando nadie pudiera escucharlos?

Estábamos a punto de abandonar el salón pero yo no podía pasar por alto lo que acababa de escuchar; tenía que defenderlo, tenía que decir algo, porque Charles seguía soltando cosas horribles y Marc sonreía complacido con todas éstas.

Era horrible.

Quería llorar.

Quería gritar.

Quería hacerle saber que ninguna de esas cosas eran ciertas.

Así que hablé.

— ¿Qué clase de persona es usted? — creo que mi intervención sorprendió a todos, que parecieron haberse olvidado de mi presencia. Me dirigí a Charles, sin dejarme intimidar por su altura y esos ojos tan oscuros llenos de maldad. — ¿No le da vergüenza meterse con alguien que podría ser su hijo? ¿Es que acaso eso le hace sentir más hombre?

Me miró y sentí un pequeño escalofrío, pero no le di el lujo de mostrarme asustada... aunque, lo estaba.

— ¿Y tú quien te crees que eres para faltarme el respeto en mi propia casa?

Tras eso, Tristan dio un paso hacía mi y me puso detrás de él, interponiéndose entre ambos, protegiéndome con su cuerpo.

— No te dirijas a ella — amenazó, y su voz sonó más dura que nunca. Tras eso, se giro hacía mi y, al hacerlo, todo su rostro se suavizó — . Nos vamos.

Intenté no mirar hacía atrás mientras nos alejábamos, con nuestras manos aún entrelazadas.

Y una vez más, escuché la voz de Marc.

— Olivia, ¿sabes que estás al lado de un ladrón? ¿Sabes que ha robado las joyas de su propia madre? ¿Acaso te ha contado eso?

No me paré, pues Tristan estaba tirando de mi, pero escuchar aquello hizo que mi cuerpo se congelase. Recordé entonces lo que mi padre me había contado y como yo lo había negado con tanta seguridad. Tenía que ser mentira, debía haber una explicación, pues estaba convencida de que el chico que sujetaba mi mano era una buena persona.

Pero él no dijo nada hasta que nos alejamos de la casa.

— Siento lo que ha pasado ahí dentro — lamentó una vez que entramos su coche — . Se suponía que esta noche no estarían en casa... si lo hubiera sabido, no te habría traído. Lo siento, Olivia.

Sonaba tan afectado que mi corazón se encogió un poco.

— ¿Es verdad lo que ha dicho Marc? — pregunté, sin poder evitarlo, y al ver su mirada dolida, me arrepentí. Estaba dudando de él, estaba haciéndole ver que creía más las palabras de Marc, pero tampoco podía hacer como si nada.

Sonrió con sorna.

— ¿Ahora vas a creer lo que dice Marc? — hubo amargura en su pregunta.

— Mi padre ha dicho lo mismo. Me ha contado la misma historia antes de venir aquí.

En aquel momento, Tristan pareció aún más dolido.

— ¿Tu padre piensa que yo hice eso? — se llevó las manos a su cabeza, revolviéndose así el pelo. Me di cuenta de que sus ojeras, siempre presentes, estaban mucho más marcadas — . Yo

no robé esas joyas, fue Marc quien lo hizo. Él se las quitó a mi madre y a Charles.

Le creí. No me hizo falta que explicara nada, pues tan solo me bastó que me mirara a los ojos para saber que decía la verdad. Pero seguía teniendo demasiadas preguntas.

— ¿Por qué dice, entonces, que fuiste tú?

— Porque siempre quedará más fácil explicar que fue el hijo adoptivo y problemático quien lo hizo y no el hijo biológico ejemplar de Charles, ¿no crees?

Supongo que tenía razón pero, que tuviera razón, no quería decir que fuese justo.

Me contó que le habían echado de casa, que había estado colándose en la caseta del jardín por las noches. Era diciembre y aquel lugar no tenía ni calefacción ni cama.

— Tienes que hablar con Charles. Él tiene que saber que no fuiste tú quien lo hizo.

Soltó una carcajada seca, carente de humor.

— Charles sabe perfectamente que yo no lo hice y mi madre también, pero ambos prefieren fingir que no es así.

— Pero no puedes dormir en ese lugar, Tristan. No puedes seguir así.

— No pasa nada, Olivia, de verdad. En unos días me dejarán volver y harán como si nada... no es la primera vez que ocurre. Son los castigos de Charles.

Descubrí lo que Tristan ocultaba, lo que había sido y era su vida, aunque deseé no haberlo hecho pues era demasiado doloroso, demasiado triste. Fue en aquel momento, en su coche, cuando vi al verdadero chico; me habló de su infancia, siempre apartado a un lado, me habló de como Charles le hizo sentir un intruso desde el primer momento y de como su madre lo había permitido. Me habló de los insultos, empujones y de la ausencia de abrazos, besos y palabras bonitas. Me mostró su realidad, vi sus miedos e inseguridades y entonces, lo quise más que nunca.

— ¿Podrías decirle a tus padres la verdad? No quiero que piensen que yo puedo llegar a hacer algo así.

Tristan no quería decepcionarlos, la simple idea de hacerlo lo aterrorizaba.

Y a mi me aterrorizaba que no supiera lo querido que era.

— Ellos saben como eres, Tristan.

12

Dos días más atrapada en este pueblo.

En esta casa.

En estos recuerdos.

Y es probable que me haya quedado sin trabajo.

Lo cierto es que esta mañana me he levantado mucho más triste; siento el cuerpo pesado y cansado, a pesar de que no he hecho ningún esfuerzo físico. El café de la mañana no logra hacerme sentir mejor y aunque los bollos que trajo ayer Anne están duros, me los como de todas formas. Tengo una llamada perdida de mi tía pero no se la devuelvo y lo único que me apetece es volver a la cama y dormir durante el resto del día.

Tardo unos segundos en darme cuenta y todo cobra sentido; entiendo toda esta tristeza que siento, este dolor que se ha aferrado a mi pecho.

Hoy sería el cumpleaños de mi madre, pero hace tiempo que su edad se quedó congelada. Hoy tan solo estoy yo en mi cama de siempre, lo que resulta raro, en silencio. Puede que esté a punto de echarme a llorar, creo sentir las lágrimas en mis ojos y el escozor que éstas traen, pero algo en la ventana de mi habitación llama mi atención; veo un pequeño pájaro rojo apoyado en el umbral y, de alguna forma, es como si me estuviera mirando a mí; y así nos quedamos durante un instante, observándonos el uno al otro como si nos conociéramos, como si tuviéramos toda una historia detrás. Después, echa a volar y desaparece de mi vista y no puedo evitar ir corriendo hacía la ventana, tratando de no perderlo, deseando que vuelva a mí, pero el animal sigue volando hasta que ya no consigo verlo más. Quiero gritarle que vuelva pero ni si quiera sé en que momento he comenzado a llorar cuando siento las lágrimas en mis mejillas, pensando en que el color rojo siempre fue el favorito de mi madre.

Nunca he creído en estas cosas, nunca he creído en nada, pero en este instante decido aferrarme a la idea de que aquel pájaro, de alguna forma, está relacionado con ella. Y me agarro tanto a ese pensamiento que me echo a reír, como si hubiera perdido la cabeza por completo. Es probable que todo sea un desvarío de mi mente cansada de tanto sufrimiento, pero lo cierto es que ahora me siento menos sola.

Horas después, el día sigue nublado. Incluso parece que va a llover. Supongo que debería quedarme en casa pero la visita de aquel pájaro me ha cambiado y creo que me ha vuelto una demente.

Así que, cuando salgo por la puerta, sé exactamente donde voy a ir y mis pies conocen a la perfección el camino, a pesar de que tan solo lo he recorrido dos veces en toda mi vida.

Cuando llego, me cuesta respirar.

Me quedo parada frente a la puerta del cementerio durante un buen rato, sabiendo que quizás estoy cometiendo un nuevo error. Ni si quiera quiero entrar, pero lo hago de todas formas, y llego a sus tumbas; una al lado de la otra, con ambos nombres grabados... y de repente, todo es

demasiado. Siento que no puedo soportarlo; el corazón me duele tanto que temo que se haya roto de nuevo, aunque quizás nunca se recompuso.

Pero no es solo dolor lo que siento, sino que también culpabilidad... es la tercera vez que visito este lugar en siete años.

Tres veces en siete malditos años.

Y me odio más que nunca.

Los había abandonado. No había venido a llevarles flores ni a hablar con ellos. Ni si quiera me había preocupado en mantener el lugar cuidado y.. sin embargo, lo está; hay unas margaritas junto a un par de girasoles decorando sus tumbas y son recientes... lo que no sé muy bien como me hace sentir. Pensé que me iba a encontrar con un lugar triste y olvidado pero alguien parecía haberlo cuidado mucho mejor de lo que yo lo había hecho, alguien se había acordado de ellos todos estos años. No teníamos familia en el pueblo y ellos habían tenido amigos, conocidos, pero no creía que esa gente siguiera visitando sus tumbas después de tanto tiempo.

Margaritas y girasoles.

Siento un golpe en el estomago.

Margaritas y girasoles. Mis flores favoritas y las flores favoritas de Tristan.

Pero no.

Tristan no podía haber estado aquí. Él no había dejado estas flores a mis padres. Él no podía haber estado visitándolos. Él no podía haber hecho algo tan bonito. Él no podía haberlo hecho mejor que yo.

Y no sé en que momento he acabado en el suelo pero ahora estoy de rodillas, tan rota, que quizás nunca más pueda volver a levantarme.

— Feliz cumpleaños, mamá — susurro — . Quiero pensar que lo de esta mañana ha sido idea tuya, que necesitabas hacerme algún tipo de visita para echarme la bronca por todos estos años... y lo siento. Siento mucho no haber venido. Siento mucho no haberos visitado. Siento no haber tratado bien a la tía — me quedo un momento en silencio y la voz me tiembla tanto que no sé como estoy siendo capaz de hablar — . Sé que no lo hice bien... pero es que no sé como hacerlo bien, mamá. No sé como hacerlo sin vosotros.

Creo que estoy a punto de ahogarme pero, al mismo tiempo, me doy cuenta de que el seguir hablando me está ayudando.

— No quiero que penséis que os olvidé, pero ha sido tan difícil... no podía aceptar que os hubierais ido así que simplemente trataba de no recordaros. Solo intentaba que todo esto doliera menos, que fuera más fácil, ¿sabéis? ... Pero no ha funcionado y nunca va a funcionar porque pienso en vosotros todos los días y os echo tanto de menos... Y lo siento. Siento mucho no haber sido mejor, siento no haber venido y siento no haberos traído flores. Tan solo espero que podáis perdonarme.

Obviamente, tan solo obtengo un doloroso silencio como respuesta. No sé cuanto tiempo he

estado aquí sentada, llorando y disculpándome, pero cuando me levanto siento como si hubiera sido víctima de una gran paliza. Una parte de mí quiere quedarse aquí todo el tiempo posible y otra no quiere volver nunca más.

— Dile a papá que yo también lo quiero, no pude decírselo la última vez. Y a ti también te quiero, os quiero mucho a los dos... y perdón. Ojalá hubiese hecho las cosas mejor. Ojalá yo pudiera ser mejor.

Miro por última vez sus nombres. Creo que estoy a punto de derrumbarme una vez más... Y me voy.

Me arrastro de vuelta a la salida y temo que ya no vaya a dejar de llorar nunca. Las imágenes se reproducen por mi cabeza; nuestra última conversación, la última vez que vi sus rostros, la llamada, los funerales, sus cuerpos sin vida, los ataúdes bajando. Creí que había conseguido borrar de mi memoria todos esos momentos, pero ahora parecen estar más vivos que nunca; es como si el tiempo no hubiera pasado, porque el dolor sigue siendo demasiado intenso y sigo sin tener ni idea de como pararlo.

Y cuando salgo por la puerta, alzo la vista.

Entonces, lo veo; está apoyado en su coche, con los brazos cruzados, como si hubiera estado esperándome todo este tiempo. Me está mirando y creo ver la preocupación reflejada en sus cansados ojos y parecen como si el tiempo se hubiera parado, como si tan solo estuviéramos él y yo. Noto un momento de duda en él, como si no supiera bien que hacer, pero entonces ve como mi cuerpo está sacudiéndose debido al llanto y comienza a acercarse a mí, decidido. Y sé que debería alejarme, sé que no debería permitirle que se acercara a mí, pero lo cierto es que lo necesito, necesito que se acerque, que me rodee con sus brazos porque, al fin y al cabo y a pesar de todo, él siempre ha sido el único capaz de hacer que todo doliera menos.

Así que me dejo envolver por su cuerpo, dejo que me abrace, dejo que repose su barbilla en mi cabeza y yo entierro mi rostro en su cuello, aspirando su olor mientras trato de no seguir llorando.

Y él susurra:

— Puedes llorar, Olivia. Puedes llorar todo lo que necesites — . Sus palabras hacen que me rompa de nuevo, lo que provoca que él me abrace aún más fuerte.

Durante este instante, olvido todo: olvido que lo odio, olvido el daño que una vez me hizo y tan solo dejo que me sujete.

Él, el mismo que una vez fue el amor de mi vida.

El chico al que probablemente vaya a querer siempre.

El chico que una vez me llenó de dolor pero que ahora está haciendo que gran parte de éste desapareciera.

No parece importarle que haya llenado su camiseta blanca de lágrimas.

— Eran tuyas las flores, ¿verdad? Has sido tú — le digo, aunque en realidad ya lo sé, tan solo

quiero que me lo confirme.

Tristan asiente con la cabeza.

— Trato de venir varias veces al mes — responde — . Sé que las margaritas serían las flores que tú les traerías.

— Nunca les traje flores — respondo, sintiendo una gran tristeza y odio hacía mi misma — . Pero tú sí. Trajiste flores por los dos.

— Tú lo habrías hecho de haber estado aquí.

— Pero no lo hice.

— No estabas aquí, Olivia.

— Nunca hice el esfuerzo — insisto, porque parezco haberme empeñado en hacerle saber que soy la peor persona del mundo — . Tú lo hiciste mejor que yo.

Tristan se queda en silencio un instante, pero no deja de mirarme.

— Te vi llegar. Estaba a punto de irme pero te vi entrar y pensé en ir tras de ti pero, entonces, comprendí que era mejor que tuvieras tu tiempo.

— Pero, aún así, esperaste.

Él asiente.

— Creí que te vendría bien algo de compañía después, aunque quizás la mía no es la que desearías... pero no podía irme.

Deseo volver a enterrarme en su cuello, sentir sus brazos sobre mi una vez más. Ahora me doy cuenta de que no hay lugar en el que me sienta más segura.

— Ha sido muy duro — murmuro y no sé si me estoy refiriendo al cementerio o a él. Parece querer acercarse a mi de nuevo pero no lo hace y en vez de aliviarme, me destroza, porque quiero que lo haga.

— Lo sé — susurra.

— Gracias por quedarte — y él tenía razón; necesito a alguien en estos momentos y lo peor es que ese alguien sigue siendo él.

Tristan sonríe un poco, sus ojos se iluminan, y creo que es la primera vez que lo veo un poco feliz en todos estos días.

— Estoy aquí, Olivia.

Y todo hubiera sido tan bonito si yo simplemente pudiese sonreírle y decirle que también podía contar conmigo, que siempre podría. Todo sería tan sencillo si yo tan solo pudiera acercarme a él como si nada, tocarle la cara, perderme en él. Pero no puedo hacerlo, porque pienso en todas esas lagrimas, esas noches sin dormir y este dolor que ya siempre formaría parte de mi.

Así que doy un paso hacía atrás.

El momento se rompe, la magia desaparece y yo me separo de él. Tristan parece entenderlo, parece ser consciente de que estoy a punto de traernos de vuelta a la realidad.

— Pero no estuviste antes. No estuviste cuando te necesité.

La poca felicidad que antes se había visto reflejada en su rostro desaparece y su mirada baja al suelo. Avergonzado.

— Yo... nunca voy a perdonarme eso.

— Si tú no te perdonas, ¿por qué debería hacerlo yo? Dices que estás ahora pero, ¿dónde estabas cuando más te necesité? ¿De que me iba a servir que aparezcas ahora y finjas que después de todo te sigo importando? Me dejaste sola, Tristan — doy un paso hacía él, obligándole así a que levantara la vista y me mirara — . Te necesitaba. Eras la única persona que necesitaba: mi mundo entero se había destruido por completo y tú simplemente te fuiste. Me abandonaste en el peor momento de mi vida.

— Me importabas, Olivia, y me sigues importando. Nunca quise dejarte sola.

Lo peor de todo es que suena sincero; sigue siendo tan buen mentiroso que, por un momento, casi consigue que lo crea.

— No se abandona a las personas que te importan — suelto y ya siento que no puedo dejar de hablar. Ni si quiera me creo que vayamos a tener esta conversación ahora, aquí, delante del cementerio, después de que él me hubiese recompuesto — . Mis padres habían muerto, Tristan, y tú no apareciste en ningún momento. ¿Sabes que fue lo primero que hice cuando me enteré de la noticia? Fui corriendo a tu casa, a buscarte... y entonces, me encontré con Marc y me dijo que no estabas. Le pregunté que donde te podía encontrar y él me contestó que te habías ido con otra chica.

Comienza a negar con la cabeza.

— ¿Qué? Olivia... — pero no le dejo terminar.

— Por supuesto, yo no lo creí... pero tú seguiste sin aparecer. Pasó un día, todo el mundo se enteró y tú seguiste sin venir. Llegó el funeral y esperé verte allí. Te hubiera perdonado, ¿sabes? Si hubieras aparecido allí te habría perdonado al instante, incluso después de lo de la chica. Pero seguiste sin venir. Y cuando enterramos a mis padres yo tan solo quería sostener tu mano... pero tú seguías sin estar — vuelvo a dar un pequeño paso hacia él y esta vez le doy un leve empujón que, aunque ni si quiera hace que se tambalee, sé que lo ha sorprendido — . Seguí esperando. Esperé una maldita semana a que llegaras, a que me pidieras perdón, a que me dijeras que estarías conmigo, que estaríamos juntos... porque, a pesar de todo, ¡te hubiera perdonado una vez más! Pero tú nunca viniste, Tristan, y mi tía quería que fuera a vivir con ella y supe que era lo correcto. Ya no me quedaba nada aquí. Tú eras la única razón por la que me habría quedado pero me dejaste. No solo perdí a mis padres, también te perdí a ti; a la persona que se suponía que debía de estar conmigo en esos momentos.

Parece destrozado y creo ver sus ojos algo más cristalinos, aunque trato de no pensar demasiado

en ello.

— Nunca quise hacerte daño, Olivia. Tienes que saberlo — asegura, y noto la desesperación en su voz — . Y nunca me fui con una chica; Marc se lo inventó. Sabes que nunca te hubiera hecho algo así.

El Tristan que yo conocía, el que creía conocer, probablemente jamás lo hubiera hecho, pero ahora sé que esa versión de él no existía. Nunca existió.

— Ya no sé lo que hubieras hecho o no. Creo que no te conocía para nada.

— Eras la persona que más me conocía.

Nos quedamos mirándonos durante un instante. Él había sido la persona que más llegó a conocerme. A día de hoy, no creo haberme abierto tanto con alguien como lo hice con él.

— No quise dejarte sola — insiste.

— Eso ya lo has dicho y, aún así, lo hiciste.

Tristan da ahora un paso hacia atrás y su mirada vuelve al suelo.

— Creí que lo sabías — murmura — . Todo este tiempo creí que sabías lo que ocurrió y que, una de las razones por las que me odiabas tanto era por eso, por lo que había hecho... pero ahora veo que no tienes ni idea y que me odias por algo mucho peor; porque, realmente, crees que fui capaz de hacerte todo ese daño a conciencia, porque de verdad piensas que no me importabas — se pasa una mano por su cara. como si de repente estuviera totalmente agotado — . No tienes ni idea de lo que sucedió esa noche.

Me enfada el ver como se cree más listo, como si él pudiera saber mejor que yo lo que ocurrió.

— Lo que sucedió fue que te marchaste, Tristan. No hay más.

— ¡Por dios, Olivia! ¿De verdad crees que te hubiera dejado así, como si nada? — ha comenzado a levantar la voz pero no parece enfadado, tan solo frustrado y triste — . ¡Eras la persona más importante de mi maldita vida! Te quería, te quería tanto... hubiera hecho cualquier cosa por ti.

— Entonces, ¿por qué no estuviste? ¿Por qué tuve que enfrentarme a todo yo sola? — le imito y levanto la voz también, harta de escucharle decir mentiras.

Y ahora parecemos dos locos gritándose el uno al otro en frente de un cementerio.

— ¡Me detuvieron! — exclama y apenas soy capaz de moverme mientras sigo mirándole, todavía demasiado cerca. Tristan aparta la vista y todo él parece desinflarse como, si al decir eso, se hubiera liberado. Sin embargo, la tristeza sigue en él y parece completamente derrotado — . Esa noche, la misma noche que tus padres tuvieron el accidente, hubo una discusión en mi casa. La misma historia de siempre; todo empezó por Marc, ambos estábamos discutiendo, Charles se metió... y todo empeoró. Una cosa llevó a la otra y cuando me quise dar cuenta, él me levantó la mano. Me plantó un puñetazo en la cara — por cruel que parezca, no me sorprende escuchar aquello pero, aún así, me estremezco un poco. Él suelta un ligera risa amarga — . Por alguna

razón, se pensó que yo seguía siendo el mismo niño al que le gustaba pegar de vez en cuando, que no me iba a defender, o que iba a bajar la cabeza y simplemente irme como hacía antes... pero eso no sucedió. — Se queda en silencio un momento y después, vuelve a hablar — . Fui tras él; estaba tan lleno de rabia que un golpe llevó a otro y, cuando me quise dar cuenta, Charles ya estaba en suelo y yo encima de él... tenía la cara ensangrentada. Poco después, la policía llegó — sus ojos parecen haberse vuelto más oscuros, como si estuviera volviendo a vivir todo aquello, como si le estuviera doliendo el hacerlo... y entiendo esa sensación — . Fue mi madre quien llamó.

No puedo decir nada. No soy capaz de hablar. Ni si quiera creo poder moverme.

— Eres un maldito mentiroso — suelto, pero sin atreverme a mirarlo.

— Sabes que no estoy mintiendo.

Doy un paso hacía atrás.

— ¿Esta historia te la acabas de inventar o has estado planeándola todos estos días? Supongo que debo darte la enhorabuena por la originalidad.

Y sigo sin poder mirarlo porque, si lo hiciera, lo vería en sus ojos, vería que me está diciendo la verdad. Y aquella no podía ser la verdad.

— Olivia, no estoy mintiendo.

— Lo estás haciendo.

— Olivia... mírame.

Lo hago, ni si quiera sé por qué lo hago, pero termino haciéndolo, y al hacerlo, todo en mi se rompe, porque sé que dice la verdad. Simplemente, puedo verlo en su mirada... y ahora no tengo ni idea de que decir, ni mucho menos que hacer con toda esta información.

Por suerte, Tristan continúa hablando.

— Estuve en prisión casi un año. Las primeras semanas me preguntaba donde estabas y por qué no habías venido a verme. Luego comprendí que quizás ya no querías hacerlo que, después de lo que había hecho, después de mi reacción, ya no querías tener nada que ver conmigo. Y lo entendí, de verdad que lo hice. Creo que tampoco me hubiera gustado que me vieras allí.

Siento un intenso dolor en el pecho y deseo que todo esto sea un invento de él, que su crueldad llegue a tal extremo de tener que crear toda esta horrible historia... pero sé que no es así. Joder, lo sé.

— Quiero decir, ¿cual sería la razón, si no? Había hecho algo horrible, era normal que quisieras borrar me de tu vida. No te culpaba — él levanta la mirada y me mira directamente a los ojos — . Cuando salí, me enteré de lo que había pasado con tus padres y me dijeron que te habías ido del pueblo. Yo... ni si quiera puedo explicar lo que sentí en ese instante. Fue como si toda mi vida se hubiese acabado; vosotros fuisteis las únicas personas que alguna vez vieron algo bueno en mi, que me quisieron. Y os había perdido. No podía creer que tus padres se hubieran ido pero, lo que realmente me partió el corazón, fue saber que no pude estar contigo en esos momentos.

Quiero que mienta.

Quiero que él siga siendo la terrible persona que todos estos años he pesado que era.

Quiero que deje de mirarme de esta forma, que en sus ojos deje de haber toda esta tristeza y que sea reemplazada por maldad.

Porque son demasiadas cosas que procesar, todo es demasiado y tan solo puedo pensar en que Tristan no quiso abandonarme, que todo había sucedido de una manera horrible, y que nos rompimos el corazón el uno al otro sin pretenderlo, sin ser conscientes de ello.

— Olivia... di algo, por favor — me ruega, rompiendo así el silencio.

Pero todo a mi alrededor da vueltas y el cuerpo me duele demasiado.

— ¿Qué se supone que debo decirte? ¿Que se supone que debo hacer ahora, Tristan?

— pregunto, en un hilo de voz, deseando una respuesta — . Todo este tiempo te he despreciado por algo que ni si quiera has hecho.

— Pensé que lo sabías...

— ¡No, no lo sabía! — grito ahora, desesperada — . Desapareciste como si nada. Creí que, simplemente, te habías marchado de este lugar como siempre deseaste hacer, que no fuiste lo suficientemente valiente para, por lo menos, decir adiós... y ahora siento que he desperdiciado todos estos años odiándote, convenciéndome cada día de que eras la peor persona del mundo. No puedes venir ahora, años después, y decirme que nada de lo que creía era cierto.

Tristan no responde así que, aún estando en frente de él, vuelvo a preguntarle:

— ¿Qué tengo que hacer ahora?

Durante un momento, espero que él me de una solución, que me diga exactamente que es lo que quiere de mi pero, cuando me mira, veo que se siente igual de perdido que yo.

— Supongo que con saber que no me odias, es más que suficiente para mi — dice y creo que casi lo veo sonreír.

Cierro los ojos un instante, apretando los labios. Después, suelto un suspiro.

— ¿Sabes? Lo peor, es que, todo este tiempo tan solo he estado intentando odiarte. Creí que, de esa forma, todo sería más fácil... pero lo cierto es que nunca lo he hecho. Nunca pude odiarte y creo que nunca podré.

De un momento a otro, parece como si él volviera a respirar. La vida a vuelto a sus ojos y su cuerpo se ha relajado. Se acerca un poco más a mi y yo deseo que me abrace de nuevo, que me atraiga hacía su cuerpo y que no me suelte, pero él no lo hace y yo no se lo pido.

— Creo que tengo que irme — le digo, a pesar de lo mucho que deseo quedarme — . Yo...yo tengo que pensar.

Parece algo decepcionado con mi respuesta, pero no trata de hacerme cambiar de opinión.

— Claro. Puedo llevarte a casa.

— No es necesario, prefiero caminar. Creo que, simplemente, necesito estar sola.

Él asiente con la cabeza.

— Lo entiendo — pero ninguno de los dos se mueve — . ¿Podemos volver a vernos? Donde sea, cuando quieras, pero... me gustaría volver a verte — por un momento creo que está a punto de decir *por favor*, como si de verdad estuviera rogando por un próximo encuentro.

Y yo soy incapaz de decirle que no, porque me muero de ganas por volver a verlo, porque ni si quiera quiero irme en primer lugar.

— Sí, Tristan — murmuro y nos quedamos un rato mirándonos, debatiendo con nosotros mismos si deberíamos hacer algo más antes de alejarnos; un abrazo, un beso, una sonrisa... lo que sea.

Pero lo único que hacemos es regalarnos una última mirada; la suya sigue llena de tristeza, pero noto algo nuevo en ésta, algo que antes no estaba allí y que puedo reconocer de inmediato.

Esperanza.

Siete años antes.

Las maletas estaban junto a la puerta.

— No sé en que estabas pensando, Olivia — dijo mi madre, tratando de hacerse la indignada, pero seguía teniendo el atisbo de una sonrisa en sus labios — . ¿Cuánto dinero te has gastado?

— Mamá, eso no se dice.

— No ha debido ser barato — murmuró mi padre, pero se le veía emocionado.

— Para eso he estado trabajando, ¿no? — defendí, recordando esos meses horribles que había pasado vendiendo helados; la única parte emocionante del día era cuando Tristan venía a buscarme e íbamos juntos a casa.

Mis padres se miraron el uno al otro y aunque sabía las ganas que tenían de aquel viaje, también sabía que no estaban del todo seguros.

— Tan solo admitid que tenéis una hija increíble — presumí, porque lo cierto es que si que me sentía orgullosa de aquello, de haberles podido hacer ese regalo.

— Algo me dice que has hecho todo esto para tener la casa libre unos días — acusó mi madre... y en realidad, no se equivocaba. .

— Me ofende que pienses tan mal de mí.

— Entonces, ¿Tristan no está de camino y no entrará por esa puerta en cuanto nos vayamos?

— adivinó, pues nunca se le escapaba nada. Sentí el calor subir por mis mejillas.

Él no tardaría en llegar.

— En ese caso, puedes decirle que venga ya. Me gustaría verlo antes de que nos vayamos

— propuso mi padre, que siempre buscaba alguna excusa para pasar un rato con él.

Pero Tristan no llegó a tiempo para despedirlos. Si hubiese salido diez minutos antes de su casa, quizás lo hubiera logrado.

Una hora después, cuando ya tuvieron todo listo, se fueron. Mi madre se acercó a mí y me dio varios besos en la mejilla, de esos que hacían mucho ruido, y dijo que me quería.

— Yo también, mamá — respondí y quizás, si hubiera sabido que esa sería la última vez que la vería, le hubiese abrazado con más fuerza. No hubiese tenido tanta prisa por separarme.

Después, se acercó mi padre.

— Ten cuidado estos días... ya sabes a lo que me refiero — murmuró y la diversión fue tan evidente en su rostro que, a pesar de sentirme algo avergonzada por el comentario, no pude evitar echarme a reír también.

— ¡Papá! — exclamé, empujándolo hacía la puerta. Él soltó una carcajada y yo no supe que sería la última vez que escucharía aquel sonido tan bonito.

— Te quiero, Olivia.

Y yo no le dije que lo quería también. En ese momento, creí que tendría toda una vida entera para hacerlo.

— Venga, ¡marchaos ya!

Ambos estaban sonriendo cuando salieron por la puerta. Fue la última vez que los vi con vida.

Y los días siguientes fueron maravillosos, como si la vida me hubiese dado una pequeña tregua antes de destrozarme; unos últimos momentos para disfrutar. Tristan se había instalado en mi casa; desayunábamos en el porche cada mañana, íbamos a la tienda a comprar cosas para comer y él improvisaba algún plato, pues siempre se encargaba de la cocina. A las tantas de la mañana bebíamos cervezas mientras fumábamos cigarrillos, y hablábamos de las cosas más tontas y profundas hasta que salía el sol.

— Esta semana dejo de fumar. Lo he decidido — prometí mientras encendía el que quería que fuese uno de los últimos

Él río.

— Ya he perdido la cuenta de todas las veces que has dicho eso.

— Pero esta vez es la definitiva.

— Si tú lo dices, entonces te creo — respondió, tan solo por complacerme. Ambos sabíamos que no iba a dejarlo, al menos no tan pronto.

Por las tardes yo dibujaba y él también lo hacía; creaba preciosos diseños que esperaba que algún día estuvieran marcados en la piel de alguien. Por aquel momento no tatuaba demasiado, pero si conseguía algún que otro cliente.

Escuchábamos música sin parar y bailábamos de la misma forma que habíamos visto a mis padres hacer. Él me traía pequeñas flores del jardín y le gustaba ponerlas en mi cabeza, mientras cogía un libro de poesía y leía en voz alta. Dormíamos juntos, compartíamos las noches, nos levantábamos tarde. Creo que podría haber vivido en esa rutina durante el resto de mis años.

Fue al tercer día.

Mis padres tendrían que volver la mañana siguiente. Llamaban todas las noches para preguntar qué tal iba todo y esa noche estaba esperando su llamada, una que nunca llegó. Tristan había ido un momento a su casa para así coger algo de dinero y ver a su madre.

Pero a él ya nunca volví a verlo y a mis padres tampoco.

Cerca de las doce de la noche, el teléfono sonó. Un hombre que no conocía comenzó a hablarme, diciendo muchas cosas que no lograba comprender.

Un accidente de autobús.

No llegaron al hotel.

Varios heridos.

Cinco mucertos.

Dos de ellos, mis padres.

Dejé de respirar; estaba a punto de morir, justo allí, en el salón de mi casa, totalmente sola.

Tristan seguía sin aparecer y yo lo necesitaba; así que fui a su casa, lo hice a pesar de que no sabía como era capaz de mantenerme en pie. Estaba hecha un mar de lágrimas, sintiendo como cada parte de mi se rompía más y más por cada paso que daba. Seguí caminando tan solo porque tenía que llegar a él, porque eso era lo único que me daba fuerza. Deseaba estar a su lado, que supiera lo que había sucedido, que me abrazara, que me prometiera que todo iba a estar bien aunque yo ya sabía que nunca lo estaría. Creo que aún no lo creía del todo como, si de alguna forma, estuviera esperando que me llamaran para decirme que había sido todo un terrible error; creo que mi mente se aferró a eso, a esa ilusión, para así seguir respirando.

Cuando llegué, fue Marc quien abrió la puerta. Si se dio cuenta del aspecto tan lamentable que tenía, no lo mostró. Tenía un gran golpe en el rostro, justo debajo de su ojo derecho, pero no me importó, no cuando mis padres se habían ido para siempre.

— ¿Dónde está Tristan? — pregunté, desesperada. Tuve que hacer un gran esfuerzo por no empujarle y subir corriendo a su habitación.

Sin embargo, Marc esbozó una pequeña sonrisa. Él ya sabía que lo que estaba a punto de causar con lo que iba a decir.

— Buena pregunta. Llevaba días sin aparecer por casa y lo ha hecho hace un par de horas para coger unas cosas e irse otra vez.

Pero aquello no tenía sentido alguno; habían pasado tres horas desde que él se había ido. Traté de pensar en todo lo que podría haber ocurrido; quizás se había distraído por el camino, quizás había ido a comprar algo de comer, quizás, mientras yo venía hasta aquí, él iba de regreso a casa y no nos habíamos cruzado o quizás, ni si quiera había pasado tanto tiempo y yo tan solo estaba exagerando.

Pero entonces, Marc volvió a hablar.

— No iba solo, Olivia — algo dentro de mi me decía que no debía escucharle, que no debía escuchar nada de lo que él tuviera que decir, pero no pude evitar hacerlo.

— ¿Qué?

— Tristan iba acompañado de una chica, una pelirroja. Han venido juntos y se han ido juntos... no sé si iban agarrados de la mano, pero lo parecía.

No le creí, no podía hacerlo. Sabía que él no haría algo así y también sabía que nunca podría fiarme de la palabra de Marc, pero lo que dijo me volvió loca.

Porque no apareció en toda la noche.

Y yo estuve sola, llorando sin nadie que me acompañara.

Tampoco apareció durante los siguientes días y nadie parecía saber nada de él. Lo había perdido a él también, simplemente lo supe, y ya no importaba lo que pasara a continuación, ni todas las cosas que el futuro pudiera traer, tuve esa certeza de que nunca lograría ser feliz de nuevo.

13

Sigo pensando en Tristan y en lo que me ha contado, pues todo ha cambiado y ni si quiera sé como eso me hace sentir. Vuelvo a preguntarme si está mintiendo pero, entonces, recuerdo esa mirada en sus ojos y sé que no es así. Todo sería más fácil si pudiera seguir como hasta ahora, odiándolo; odiarlo era mucho más sencillo pues, ahora, no parezco tener ninguna razón para hacerlo y pensar en todos los años que he desperdiciado despreciándolo por cosas que nunca había hecho, resulta bastante doloroso.

Si tan solo él fuera la horrible persona que yo creía que era, las cosas serían mucho más fáciles. Ahora estoy hecha un lío.

Tristan había estado en la cárcel. *Mi Tristan*. El mismo chico que me había abrazado minutos atrás, a pesar de lo mal que lo he tratado desde mi vuelta... y cuando estuve entre sus brazos, supe que no podría haber sido otra persona, que tenía que ser él.

Habíamos perdido tanto tiempo y se nos habían arrebatado tantos años que casi resulta injusto. Quizás si hubiera sabido lo sucedido, a día de hoy, estaríamos juntos. O quizás no, quizás otro motivo hubiera acabado separándonos pero, al menos, no habríamos estado todo este tiempo sintiéndonos tan abandonados el uno por el otro, preguntándonos como habíamos pasado de ser todo a ni si quiera merecernos una explicación, una despedida.

Porque nunca tuvimos un adiós.

— *Puedo ir contigo — me ofrecí.*

— *No hace falta, tan solo voy a coger mi cartera antes de que Marc la encuentre y decida gastar todo lo que hay dentro — respondió. A esas alturas, todos conocíamos la afición que tenía Marc por las apuestas — . Además, también quiero ver cómo está mi madre.*

Pero ambos sabíamos que estaría bien; a ella le gustaba la vida que Charles le daba, por mucho que eso significara la infelicidad de su propio hijo. Sin embargo, Tristan siempre se preocupaba por ella, él siempre trataba de creer la versión que había creado en su cabeza; la de que su madre era una víctima más. Creo que creer eso hacía que todo fuera más fácil para él. Aunque quizás tuviera razón, quizás si que fuese una víctima hasta cierto punto, quizás el haber pasado tantos años sin dinero, luchando cada día para salir hacía delante, hubiera provocado ello.

— *Sabes que no me importa acompañarte.*

— *Y tú sabes el por qué no quiero que lo hagas — respondió. No me había vuelto a llevar a su casa desde lo ocurrido y entendía la razón pero, al igual que él trataba de protegerme, yo quería hacer lo mismo por él.*

— *Si necesitas cualquier cosa me avisarías, ¿verdad? Sabes que puedo estar allí en un momento.*

Él sonrió. La última sonrisa que vi de él.

— *Claro... pero, si vienes, hazlo con ese pijama. La verdad es que impone mucho — bromeó, señalando el conjunto de sandias rojas que llevaba puesto.*

— Imbécil — *le insulté, pero riendo. Fue la última vez que reí de esa forma, que reí de verdad.*

— *No tardo nada. ¿Quieres que te traiga unos cuantos cigarrillos?*

— *¡Te he dicho que lo estoy dejando!*

— *Vale, vale — respondió, alzando ambas manos, y después, me dio un beso en los labios, uno que debería haber alargado más, que nunca tendría que haber terminado.*

— *Ten cuidado — seguía sin quedarme tranquila. Las cosas en su casa siempre salían mal desde que Tristan había vuelto, después de que le acusaran de robar las joyas de su madre. Cada vez estaba más convencido de que iba a marcharse de este lugar y eso me aterraba porque si se marchaba, entonces, también me dejaría a mí, ¿no?*

— *Te quiero — fue lo último que me dijo antes de irse. Él siempre decía que me quería cuando se despedía, aunque tan solo fuera durante unas horas; decía que era algo que todo el mundo debería hacer, pues nunca se sabía cuando sería la última vez que verías a esa persona.*

Tanto Tristan como mis padres dijeron que me querían antes de que los perdiera. Supongo que eso me tendría que tranquilizar un poco, que me debería reconfortar, pero no lo hace.

No paro de dar vueltas por la casa, yendo de un sitio a otro. Me duele la cabeza y el pecho. Tengo ganas de tomarme una copa pero entonces recuerdo lo que pasó la última vez y me lo pienso mejor. ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil? Todo lo que creía ha resultado ser una mentira y no sé como seguir ahora con mi vida sabiendo que las cosas podrían haber sido mejores de lo que fueron.

Deseo ver a Tristan pero también me da miedo pues, a pesar de que tan solo han pasado un par de horas de nuestro último encuentro, sigo pensando en como me ha tocado, en como me ha sostenido. Por horrible que suene, me he sentido de la misma forma que antes, años atrás. Me había sentido bien, a salvo y segura, como si estando con él nada más pudiera hacerme daño. Han pasado siete años, y no siento nada por él pero, aún así, mi corazón sigue latiendo más rápido cada vez que está cerca. Y eso es algo que nunca he sentido con otra persona.

Puede que si me permito estar más cerca de él, todo acabe aún peor. Puede que las cosas entre nosotros estén destinadas a acabar mal... pero sé que tengo que verlo. Sé que debo hacerlo.

Por eso, cuando llego a la puerta del restaurante donde sé que trabaja, tengo que esperar unos segundos. Me acomodo un poco los mechones que caen por mi rostro porque, de algún modo, quiero verme bien delante de él, y entro al local.

Mis cuadros parecen darme la bienvenida una vez más y verlos allí colgados, me duele mucho más que nunca. Ahora sé que él que nunca dejó que me marchara del todo, que nunca trató de borrarle de su vida. Me pregunto como debió ser para Tristan el estar aquí todos los días, rodeado de todos estos dibujos que yo una vez le regalé, rodeado de todos estos recuerdos que no paraban de gritarle que los mejores momentos de nuestra vida ya habían pasado.

Echo un vistazo, pero no le veo por ninguna parte; tan solo hay un chico que parece de mi edad tras la barra.

Me acerco a él.

— Hola — le saludo y no sé por qué me siento tan nerviosa — . ¿Está Tristan por aquí?

Veo la curiosidad en sus ojos claros; tiene la piel morena y el pelo muy rizado. Niega con la cabeza y entonces siento la decepción invadir cada parte de mi cuerpo.

— ¿Quién eres?

Me sorprende la pregunta, el atrevimiento al hacerla. Quizás, en otro momento de mi vida, le hubiera respondido que eso era algo que a él no le importaba, pero ahora no lo hago.

— Olivia — respondo y entonces, añado: — yo... yo conozco a Tristan.

Tras eso, su cara se transforma como, si de cierta forma, el decir mi nombre hubiera cambiado todo. Sus ojos se abren de repente y veo el color verde en éstos y su mirada va a los cuadros de la pared. Después, vuelve a mirarme y sonrío.

— Tú eres la famosa Olivia — comenta — . alguna vez he llegado a creer que realmente no existías.

— ¿Sabes quien soy?

— Conozco a Tristan — responde, como si eso lo explicara todo.

No contesto de inmediato, no puedo hacerlo porque tan solo puedo pensar en que Tristan le ha hablado de mi y estoy a punto de preguntarle que es lo que sabe, que es lo que él le ha contado, pero un hombre sale de la cocina y me quedo callada. No recuerdo haber visto su cara antes; tiene el pelo salpicado de canas y unas delicadas y finas arrugas decoran sus ojos marrones. Todo su rostro derrocha amabilidad y sonrío a modo de saludo, mientras comienza a preparar un café detrás del otro chico.

— Tristan no trabaja hoy, por lo que no vendrá en todo el día — dice.

Y esperar todo un día para volver a verlo se me hace demasiado, sobre todo cuando sé que apenas tenemos tiempo.

— ¿Sabes donde podría encontrarlo? Tengo que hablar con él. Es importante — sueno demasiado desesperada, pero es que lo estoy.

— Vivimos juntos, puedo darte la dirección de nuestra casa. Estoy seguro de que está allí ahora.

En realidad, ya había visto a este chico antes; es el mismo que apareció junto a Tristan aquella noche en el bar de Ross, el mismo con el que se estaba riendo. Debían ser buenos amigos, debía conocerlo muy bien... y quizás, sabe todo lo que ocurrió. ¿Es por eso lo por que está dispuesto a darme su dirección a pesar de que yo tan solo soy una simple desconocida para él?

Escribe con rapidez en una servilleta de papel y, cuando me la tiende, una sonrisa se dibuja en sus carnosos labios, como si toda esta situación le hiciera feliz.

— Me alegra haberte conocido por fin, Olivia — dice, haciendo especial énfasis en mi nombre y entonces, veo como el hombre detrás suya, aquel que sigue entretenido con su café, gira un poco

la cabeza; me mira con cierta curiosidad, pero sin decir nada — . Yo soy Miles, por cierto.

— Encantada, Miles... y muchas gracias — le digo, llevándome la servilleta.

Tardo poco más de diez minutos en llegar a la dirección que Miles me ha dado. Se trata de un pequeño edificio de tres plantas, algo antiguo pero con cierto encanto al estar pintado de verde esmeralda. No tienen ascensor y mientras subo las escaleras tan solo puedo pensar en que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Aún así, toco el timbre una vez que llego a su puerta, en la segunda planta, y siento que estoy a punto de salir corriendo cuando él aparece.

Cuando veo su rostro una vez más, cuando siento sus ojos puestos en mí, y casi creo poder aspirar su perfume, siento que estoy en casa de nuevo... y sé que he tomado la decisión correcta al venir.

Quiero abrazarlo, lanzarme a sus brazos, pero me contengo.

— Olivia — murmura Tristan, sorprendido, como si no pudiera creer que hubiera ido hasta la puerta de su casa.

— Miles me ha dado la dirección. Ha sido muy simpático — le digo, sin saber por qué eso es lo único que puedo pronunciar cuando tengo tantas cosas por decir

— Iba a ir a tu casa

— Supongo que me he adelantado, ¿no?

Nos quedamos en silencio unos segundos, ambos mirándonos, pensando en que hacer o decir.

Entonces, decido tomar la delantera.

— Lo que me has contado antes era cierto, ¿verdad? No me has mentido.

— Sabes que no he mentido, Olivia.

Seguimos mirándonos y siento mi labio temblar; porque tengo tantas cosas que decir y sé que nunca seré capaz de decirlas, que están destinadas a quedarse en mi garganta para siempre.

— ¿Por qué no viniste a buscarme? ¿Por que no hiciste nada por verme cuando saliste? — le pregunto y, al hacerlo, me doy cuenta de lo mucho que hubiera deseado aquello.

Joder, la de cosas que hubieran mejorado si él lo hubiese hecho.

— No tenía ni idea de donde estabas, Olivia. Lo único que sabía es que te habías ido con tu tía y que vivías en la ciudad... pero no sabía nada más. Habían pasado meses, te habías cambiado de número, en tu casa vivían otras personas que tampoco sabían nada de ti — se pasó la mano por el pelo y tras soltar un ligero suspiro, volvió a mirarme — . Además, ¿cómo iba a saber si querías saber algo de mí? No habías venido a verme, nunca habías llamado... yo, simplemente, pensé que ya no querías que formara parte de tu vida.

Lo entendía, por supuesto que entendía lo que me estaba diciendo pero, aún así, no puedo evitar sentirme enfadada por haberse rendido tan rápido, por no haber luchado más por nosotros. Una

vez más, estoy siendo injusta. ¿Acaso no me rendí yo también? ¿Acaso no fui yo la primera que dejó de luchar?

— Te rendiste — suelto y me arrepiento de inmediato al hacerlo — . Podrías haber hecho más pero no lo hiciste. Seguiste con tu vida.

Y quizás tan solo estoy haciendo todo esto para buscar una razón más para seguir odiándolo, para justificar todos estos años de odio, para sentir que no han sido en vano.

Tristan me mira ahora de manera dura. Sé que le han dolido mis palabras y yo sé que no se las merece pero estoy tan enfadada con todo; con la vida, con el mundo, con todo lo que nos rodeaba, que no tengo ni idea de por qué tiene que ser él quien lo pague.

— ¿Crees que todo esto ha sido fácil para mí? — pregunta, levantando un poco la voz — . Porque, si es así, déjame decirte que no tienes ni idea. No sabes lo que fue volver a este maldito pueblo y sentir que todo el mundo me odiaba por lo que había hecho. La gente no me hablaba, no querían darme trabajo en ningún sitio y tampoco tenía lugar donde dormir. Estaba solo. Tan solo volví por ti porque, de alguna manera, creí que todo podría salir bien, que seguirías aquí... pero luego me enteré de lo que había sucedido.

<< Y te busqué, claro que lo hice; incluso fui a la ciudad pero, ¿cómo se suponía que iba a encontrarte allí? Era imposible — se quedó en silencio un momento, y después, siguió hablando — . No sabes lo que fue estar sin ti. Me sentía como si me hubieran arrancado una parte de mí, como si tan solo fuera la mitad de una persona... pero, al mismo tiempo, te odiaba porque te culpaba a ti de mi soledad, porque me habías dejado completamente solo en un lugar donde nadie me quería. Seguí con mi vida porque no tuve más opción, porque seguir con mis días era lo único que me quedaba.

Hay tanto dolor en su voz como lo hay en cada parte de mi cuerpo. Ni si quiera quiero pensar en como ha tenido que ser para él.

— Lo siento — murmuro — . No tenía que haber dicho eso, es solo que estoy tan cabreada...

El cuerpo de Tristan se relaja y vuelve a soltar un suspiro, solo que ahora también esboza una pequeña sonrisa.

— La vida no ha sido justa con nosotros, ¿eh?

— Nada justa.

— Pero aquí estás.

— Y aquí estás tú.

Da un paso hacia mí y siento que ha querido hacerlo todo este tiempo. Creo que va a tocarme, porque levanta su mano hacia mí pero, entonces, se detiene y tan solo consigue tocar las puntas de mi pelo. Y eso parece ser suficiente para él.

— Si hubiera sabido lo que pasó, habría ido a verte, habría ido a visitarte cada día, habría estado contigo en todo momento. No te hubiese dejado de lado, jamás te hubiese dejado solo... tienes que saberlo — le hago saber, porque necesito que lo sepa.

— Espero que tú también sepas que nunca te hubiera dejado sola. Si pudiera cambiar las cosas, lo haría.

Volvemos a quedarnos en silencio pero esta vez siento que ya no hay nervios como, si de alguna forma, ambos nos hubiésemos liberado, como si nos hubiéramos quitado de encima un gran peso que llevábamos años cargando.

— Supongo que ahora ya es muy tarde para todo, ¿no?

— Creo que nunca es tarde cuando se trata de ti — asegura — . ¿Quieres entrar?

— ¿Crees que es una buena idea?

Noto una divertida expresión en su rostro.

— Seguramente no lo sea pero, a estas alturas, ¿realmente importa?

Y entonces, entro.

14

El piso de Tristan huele bien; a ambientador y a flores. No es muy grande pero los muebles están colocados de una manera que hace que el salón parezca más espacioso y las paredes, pintadas de azul claro, combinan bastante bien con los muebles de madera oscura.

No imaginé que podría ser tan bonito, tan acogedor.

— ¿Cuanto tiempo llevas viviendo aquí? — le pregunto mientras sigo recorriendo la estancia con la mirada. Mientras tanto, sé que él me está mirando a mi.

— Unos cinco o seis años. Desde que salí.

— Es muy bonito.

— Miles y yo nos hemos encargado de reformarlo y decorarlo. Cuando nos mudamos, todo estaba bastante peor.

Es entonces cuando mis ojos se posan en el tocadiscos que hay en la esquina, encima de una bonita y antigua mesa marrón. Siento un ligero pinchazo en el pecho, porque lo reconozco enseguida.

Tristan habla a mis espaldas, dándose cuenta de lo que estoy mirando.

— Sigue funcionando — dice — a veces, temo usarlo demasiado porque me da miedo que se rompa, pero recuerdo que él siempre decía que la música...

— Suena mejor aquí — respondo, terminando la frase, y escucho la voz de mi padre en mi cabeza, esa que creí haber olvidado, diciendo aquellas palabras. Le gustaba sorprender a Tristan con nuevas canciones y él disfrutaba tanto al descubrir nueva música y acercarse más a mi nuestra vida. Al final, meses después, acabó regalándole aquel tocadiscos y aún puedo rememorar el brillo en su rostro, lo agradecido que estuvo con aquel regalo. Ahora sé que no estaba acostumbrado a ellos.

Él sonríe con tristeza, como si estuviera recordando también aquel momento.

— Me alegro de que estés aquí, Olivia — murmura y suena tan sincero que vuelvo a sonreír.

— Yo también me alegro de estar aquí — respondo — . Nunca creí que volvería a verte.

— Ha pasado mucho tiempo.

— Aunque, a veces, parece como si no lo hubiera hecho — confieso y me muerdo un poco el labio — . No lo sé, desde que he vuelto, siento como si nada hubiese cambiado... pero, por supuesto, lo ha hecho. Ni si quiera sé como soportas vivir aquí. Este sitio está lleno de recuerdos.

— Este sitio es lo único que me quedaba de ti — responde y no parece arrepentirse de su comentario, de su sinceridad, porque él sigue mirándome sin ningún tipo de vergüenza.

— Supongo que no te imaginabas que en nuestra primera conversación fuera a decirte todo eso — digo, algo avergonzada, recordando las palabras hirientes que le solté aquella noche, como

había deseado hacerle daño.

Aún así, Tristan sonríe.

— Fuiste un poco dura, es cierto — admite y saca una cajetilla de cigarros de su bolsillo. Coge uno y se lo lleva a la boca. Tras eso, me ofrece otro — . ¿Has dejado ya de fumar?

— Estoy en ello — respondo y en la mirada de ambos hay cierta diversión, complacidos por esa pequeña broma que tan solo nosotros dos conocíamos.

Tristan suelta una ligera risa y yo me siento tan bien al escucharla que desearía que no dejara de reír nunca. Y es ahora, cuando estoy en frente de él, escuchándole reír después de tantos años, notando la manera en la que me mira, cuando me doy cuenta de lo mucho que lo he echado de menos, que *nos* he echado de menos. Y es ahora, una vez que vuelvo a estar con él, cuando me pregunto como he hecho todos estos años para lidiar con su ausencia.

Siento que estoy perdiendo la cabeza.

Es imposible sentir todo esto por alguien al que hace años que no veo y es probable que todos estos sentimientos no sean verdaderos, que fueran tan solo una consecuencia de todos esos momentos que compartía con él... pero no puedo dejar de mirarlo y creo que cada vez siento más la necesidad de estar cerca de él, de tocarlo, pero lo único que se junta es el humo de nuestros cigarros.

— ¿Cuándo te vas, Olivia?

— El lunes.

Aprieta un poco la mandíbula.

— Pensé que tendríamos más tiempo — admite. Solo nos queda un día y medio.

— La verdad es que no sé si puedo aguantar más tiempo aquí — pero no le digo que, en realidad, la idea de irme ahora después de haberlo recuperado se me hacía aún más insoportable.

— Lo entiendo. No ha debido ser fácil volver a tu casa.

Siento que él es el único que realmente va a entenderme, el único que de verdad puede entender todas y cada una de las cosas que pasan por mi cabeza.

— Es todo tan silencioso ahora... — comienzo a decir — , en ocasiones, estoy en el salón y siento que mi madre va a bajar por las escaleras, pidiéndome a gritos que arregle el desastre de habitación que he dejado. Hay otras veces en las que creo escuchar a mi padre tarareando alguna melodía en la cocina mientras prepara la comida. Es como si me estuviera volviendo loca.

— No te vas a volver loca.

— ¿Tú crees? Porque hoy he visto un pájaro rojo y estoy completamente convencida de que era mi madre reencarnada haciéndome una visita.

Durante un instante creo que va a echarse a reír, que va a pensar que se me ha ido la cabeza por completo, pero la expresión en su rostro no cambia en ningún momento y entonces, vuelve a

repetir:

— No te estás volviendo loca, Olivia. Y el rojo era el color favorito de tu madre.

Y le agradezco: le agradezco que me acompañe en mi desvarío, que no me juzgue por éste y que aún siga recordando aquello de mi madre, que él también la mantuviera viva.

— También hay otras veces en las que te veo a ti desde la ventana, acercándote a la puerta de casa, recogíendome.

La melancolía se ha apoderado de su rostro y sé que está pensando en todas esas veces en las que aparecía y, sin importar el aspecto que lucía, me decía lo guapa que estaba.

— Fueron los mejores años de mi vida — me asegura.

— Ojalá se pudiera volver al pasado, ¿verdad?

Los dos volvemos a nuestro silencio mientras nuestros cigarros se consumen. Unos segundos más tarde, él me pregunta:

— ¿Eres feliz?

— No me preguntes eso, Tristan. Puedo responderte a cualquier cosa menos a esa.

— Es lo único que quiero saber — insiste, y no sé por qué quiero echarme a llorar... porque no lo soy, no lo he sido en absoluto.

— Creo que hay gente que simplemente no puede ser feliz, no importa lo mucho que lo intenten. Ser feliz no es para todo el mundo — respondo, encogiéndome de hombros, como si ya me hubiera hecho a la idea.

— Si hay una persona que se merece ser feliz en este mundo, eres tú — dice y ante sus palabras, tan solo puedo pensar en lo mucho que me hubiese gustado haberlo tenido a mi lado todos estos años. Cuanto hubiera dado por tan solo saber que él nunca quiso hacerme mal, que seguía conmigo incluso separados.

— Hay una cosa que quizás te gustaría ver — musita y me hace un movimiento con la cabeza para que lo siga y yo lo hago.

— ¿Me estás llevando a tu habitación? — le pregunto, provocando que él suelte, una vez más, una pequeña risa.

Después, lo veo: hay libros por todas partes, por las estanterías, apilados en el suelo e incluso alguna que otra torre encima de la mesa.

— Son tus libros — dice él, detrás de mi, y puedo sentir su respiración en mi nuca, lo que provoca que mi piel se erice ante su presencia. Y no puedo apartar la vista de ellos.

— ¿Te los llevaste?

— Pensé que no querías perderlos. Creí que, si algún día volvías, te gustaría saber que seguían aquí.

Y me gusta, por supuesto que me gusta y no puedo creer que él hiciera esto por mi, que todo este tiempo hubiera estado tan presente en su vida sin saberlo.

Quizás es por eso por lo que, de repente, me siento tan triste.

— Ahora ya no leo mucho — musito, aun mirando la habitación, maravillada. No puedo creer que llegué a tener tal cantidad.

— Bueno, aquí hay muchos libros míos que seguro que no has leído. Te puedo dejar el que quieras.

Me giro para mirarlo y no puedo ocultar la sonrisa que ha comenzado a crecer en mis labios.

— Me encantaría.

Es en el momento en el que me deja en la puerta de mi casa, cuando estoy a punto de salir de su coche, cuando me pregunta:

— ¿Nos volveremos a ver? — y ni si quiera sé que contestarle porque sé que lo mejor es irme el lunes sin más, simplemente desaparecer como una vez hice, y ahorrarnos a ambos todo lo que podía venir a continuación... pero, sin embargo, no puedo decirle aquello. Así que solo asiento con la cabeza y, como si de alguna forma él estuviera leyendo mis pensamientos, vuelve a hablar — . Más te vale, Olivia, porque tú aún me debes una despedida.

* * *

A la mañana siguiente, Anne viene a casa para desayunar. Simplemente aparece, sin invitación, y me habla de todos los vestidos de novia que se ha probado y de como ninguno ha llegado a gustarle.

— Creo que debería ponerme a dieta. Quiero decir, aún quedan unos meses para la boda, seguro que puedo adelgazar algo hasta entonces — dice, tomando un sorbo a su café sin azúcar y haciendo una mueca tras ello.

— Yo creo que estás perfecta así — y espero que sepa que lo estoy diciendo en serio.

— No lo sé... mi madre no ha parado de repetirme que debo perder algo de peso. A ver, sé que no lo dice con mala intención y que tan solo quiere ayudarme, pero podría haberme dicho que me veía guapa con alguno, ¿sabes?

— No deberías hacerle caso. La próxima vez que vayas a probarte vestidos puedo ir contigo, si quieres — suelto y me arrepiento al instante, sin tener ni idea de por qué lo he hecho. Quizás una parte de mi desea aquello; el decirle lo guapa que está con todos y cada uno de esos vestidos, el volver a formar parte de su vida como antes... pero he sido una autentica estúpida al decirle aquello pues ni si quiera tengo previsto ir a la boda. No debería prometer cosas que nunca haré.

Sin embargo, la emoción que se ve reflejada en el rostro de Anne me hace seguir con la mentira.

— ¡Me encantaría! Sería como siempre lo planeamos, ¿te acuerdas? Cuando éramos más

pequeñas no parábamos de hablar de ese tipo de cosas.

— Sí, lo recuerdo.

Dejo que siga hablando de vestidos durante los siguientes minutos y cuando finalmente parece haberse cansado, suelto:

— Ayer estuve con Tristan.

Tras eso, su cara cambia; veo la incomodidad en ella, el como es un tema que no tiene ni idea de como abordar.

— ¿Y qué tal fue?

— ¿Sabes que estuvo en la cárcel? — me atrevo a preguntar y ella asiente con la cabeza y yo me siento algo traicionada — . ¿Por qué no me lo dijiste?

— Creí que lo sabías, Olivia. Todo el mundo lo sabe.

— Yo no. Nunca me lo dijiste cuando llamabas.

— Bueno, me enteré meses después... para ese entonces, tú ya no me contestabas — responde y aunque no parece haber rencor en su tono, yo me siento demasiado culpable.

Me gustaría disculparme, decirle que nunca quise hacer aquello pero, en su lugar, pregunto:

— ¿Es por eso por lo que ninguno habláis con él? — . Su silencio me da la respuesta y tan solo pensar en la soledad de Tristan, me entristece — . Creí que él era vuestro amigo también.

— ¿Ahora te preocupa Tristan? La otra noche no paraste de hablar mal de él. Me dijiste que era la peor persona que habías conocido.

Avergonzada, no puedo evitar agachar la cabeza. Deseaba retirar mis palabras, deseaba retirar todos y cada uno de los pensamientos que había tenido hacía Tristan en los últimos siete años, pero no puedo.

— Estaba equivocada... y puede que vosotros os equivocarías también con él.

Anne me mira durante un instante con curiosidad, quizás tratando de averiguar a que venía este gran cambio por mi parte.

Tampoco puedo culparla.

— Olivia, creo que no entiendes muy bien lo que sucedió — comienza a decir — . Ni si quiera sé por qué estamos hablando de esto siete años después pero, cuando nos enteramos de que habían detenido a Tristan, al principio creímos que sería por un robo o algo así. Sabes que no hubiera sido raro. Además, lo de tus padres aún estaba demasiado reciente, tú te habías ido... era todo un lío, una mierda. Ninguno entendíamos el por qué no vino al entierro ni por qué había desaparecido de esa forma pero... no lo sé, yo tan solo podía pensar en todo lo que había sucedido, en como habían cambiado las cosas y en ti — . Me mira a los ojos y suelta un suspiro cansado — . Y entonces, una tarde vimos a Charles junto a Marc y no te haces una idea de como tenía la cara Charles; apenas parecía él. Estaba totalmente irreconocible, lleno de

cardenales e incluso su cara parecía algo deformada... tan solo mirarlo dolía. Más tarde nos enteramos de que todo eso se lo hizo Tristan. Casi lo mata, si no hubiera llegado la policía, quizás lo hubiera hecho.

No tengo ni idea de que decir. Sé que cualquier cosa que diga va a parecer como si estuviese justificando su comportamiento, pero tampoco puedo quedarme callada.

— Mira, sé que es horrible y que, dicho así, parece una autentica locura por su parte, pero... las cosas no son tal y como crees, Anne — logro decir, porque siento que necesito defenderlo aunque quizás no tenga sentido alguno el hacerlo.

— ¿Cómo son entonces? Porque, lo que está bastante claro, es que él le hizo eso a Charles.

— Charles tampoco era la gran persona que todos creíais que era, ¿sabes? Le hizo cosas terribles a Tristan cuando era pequeño.

— Casi lo mata, Olivia. Además, ¿por qué te importa tanto Tristan ahora?

— ¡Porque él es buena persona! Él... él es bueno, y puede que haya hecho algo horrible pero no se merecía el trato que le dieron, tampoco el que vosotros le habéis dado y mucho menos el que yo le di.

Ambas nos quedamos en silencio. Anne me mira y de un momento a otro, noto como en su boca se forma una especie de triste sonrisa.

— Nunca logré entenderlo y a día de hoy, supongo que sigo sin hacerlo.

— ¿Qué es lo que no entiendes?

— A vosotros. No entiendo esa manera de quereros. Siempre me pareció algo exagerado, ¿sabes? La forma que teníais de miraros, de hablaros, de ignorar a todo el mundo... Quiero muchísimo a David, de verdad que sí, pero creo que nunca llegaré a ese nivel de amor que vosotros teníais, a esa complicidad.

— Eso es una tontería. Tan solo éramos unos niños.

— No importa. Eráis la envidia de todos, esa pareja que parecía tan perfecta que ni si quiera podía ser real... pero lo era; y no era perfecto, pero vosotros hacíais que lo fuese. Ha pasado mucho tiempo pero siento que nada ha cambiado.

— Pues claro que ha cambiado. Todo ha cambiado.

Anne suelta un ligero suspiro.

— No lo sé, Olivia. Os vi el otro día juntos y él seguía mirándote de la misma forma. Y aquí estás tú ahora, tratando de hacerme ver que él es una buena persona, defendiéndole — me mira con con esa expresión, esa que me hace ver que ella aún sigue conociéndome — . Sí, es cierto que todo ha cambiado y que vosotros también lo habéis hecho, pero siento que algunos de esos sentimientos siguen estando ahí.

— No se puede sentir lo mismo por una persona después de tantos años separados — le aseguro,

aunque a estas alturas ni si quiera estoy segura de ello.

— No digo que sintáis lo mismo, tan solo que algo hay. Además, en vuestro caso, todo es distinto; vosotros no queríais separaros, de alguna forma, fuisteis obligados a hacerlo.

— Han pasado siete años, Anne.

— Sinceramente, no creo que el tiempo te haga olvidar a una persona, mucho menos si nunca has querido dejarla — tras decir eso, veo el cariño en sus ojos — . Y si quieres saberlo: no, no creo que Tristan sea una mala persona, nunca lo he creído.

Puede que sea una tontería pero me relaja el saberlo.

— Todo sería mucho más fácil si realmente lo fuera.

15

Trato de mantenerme ocupada pero es mi último día aquí, está a punto de anochecer y Tristan no ha aparecido en ningún momento. Sé que él me está dejando decidir, que ha dejado que sea yo quien tome la decisión, pero mi cabeza está hecha un lío pues no estoy segura de si quiero verlo. Creo que mantenerme alejada es lo más sensato, pero puede que no sea lo que necesite.

Aún no he hecho la maleta, como si de algún modo quisiera alargar todo lo posible mi marcha. Quizás debería haberme ido mucho antes, antes de descubrir la verdad que pondría todo patas arriba, o quizás ni si quiera debería haber venido; hubiese seguido viviendo mi vida de antes, hubiera seguido creyendo una cruel mentira y todo sería más fácil.

Tardo casi media hora en llegar al piso de Tristan y cuando estoy a punto de volver a llamar a su puerta, oigo esa familiar voz en mi cabeza que no para de repetirme que quizás él no quiera verme, que estaba siendo una estúpida. Era una voz a la que le gustaba aparecer en ocasiones, tan solo para complicar todo y hacerme sentir mucho peor.

Así que decido ignorarla, al menos por ahora.

Pero, cuando la puerta se abre, es Miles quien me recibe. Una enorme sonrisa se forma en su agradable rostro.

— ¡Olivia! — exclama, como si fuéramos dos viejos y buenos amigos — . Has venido justo a tiempo, vamos a empezar a comer ahora.

Y cuando quiero darme cuenta, él ya me ha arrastrado al interior de la casa, y mientras recorremos el pequeño pasillo, oigo algunas voces viniendo del salón.

— ¿Tenéis visita? — pregunto, aterrada — . No quiero molestar, puedo irme si...

— No digas tonterías — me interrumpe Miles — . Cuanta más gente haya, mejor. Además, una boca extra siempre viene bien cuando Rita nos obligue a comer toda la comida que ha traído. Nunca quiere que sobre nada y no entiende que hace tal cantidad que, por muy rica que esté, es imposible ingerir toda.

Quiero decirle que no tengo ni idea de quien es Rita y que tampoco tengo hambre, pero él habla tanto y de una manera tan rápida que apenas logro intervenir. Y entonces, de un momento a otro, me encuentro delante de Tristan. Nos miramos durante unos segundos, como si de repente todo a nuestro alrededor hubiera desaparecido, y él sonríe de manera abierta. De alguna forma, siento que él ha estado esperándome, que estaba esperando que viniese.

Cuando logro apartar mis ojos de él, veo que no está solo. A su lado se encuentran un hombre y una mujer que reconozco enseguida. Son los mismos del restaurante.

Soy incapaz de hablar, pero tampoco hace falta pues Miles lo hace por mi.

— Ella es Olivia — dice, animado — . Aunque supongo que ya la conocéis, algunos mejor que otros — y lanza una divertida mirada a Tristan, que no deja de mirarme.

— Tú eres la chica que vino el otro día — me habla ella — . Me alegra tener a una mujer aquí

por fin... estos tres pueden llegar a ser insoportables.

No puedo evitar sonreír, quizás por la amabilidad de la mujer o por la manera en la que los cuatro me miran, como si de verdad estuvieran encantados de verme allí, como si fuera una más.

— Y me ha dicho que está hambrienta, así que... ya sabes, Rita — añade Miles, guiñándole un ojo y Rita parece tan contenta con aquel comentario, pues rápidamente me da la mano y me lleva hacia una mesa redonda donde me ofrece sitio, justa al lado de ella y en frente de Tristan. Por debajo de la mesa, su pie golpe el mío, con diversión, y entonces olvido que no tengo ni idea de que estoy haciendo aquí con todos estos desconocidos. Él está delante de mi y eso me parece suficiente.

La comida comienza a aparecer y todo tiene tan buena pinta que soy incapaz de rechazarla. En realidad, estoy mucho más hambrienta de lo que pensaba y cada bocado que me llevo a la boca me parece una maravilla. Miles es quien más habla y el que trata de ponerme en contexto de todo; enseguida sé que Rita lleva dos años trabajando con ellos y que Joe es el dueño y jefe de todos, el que se encarga de la cocina junto a Tristan.

— Nunca creí que te dedicarías a la cocina — admito y ya no me molesto en esconder el hecho de que nos conocemos. Estoy bastante convencida de que todas las personas que hay en la mesa conocen nuestra historia o parte de ésta.

Él se encoge de hombros y sonríe, como si el simple hecho de que me dirigiera a él fuera motivo de una sonrisa.

— Nunca se me dio mal, ¿no?

— Eras muy bueno .

— ¿Tú cocinas, Olivia? — me pregunta Joe; tiene una voz amable, al igual que su rostro. Es de esas personas que sabes que son buenas con tan solo mirarlas.

— Para nada — respondo — . Soy bastante desastre.

— Eso es mentira — interviene Tristan — , hemos cocinado juntos muchas veces y siempre ha salido bien.

Siento un ligero pinchazo en el pecho al recordarlo pero, de todos modos, sonrío.

— Bueno, en realidad, él cocinaba y yo tan solo me encargaba de pasarle los ingredientes y darle conversación — le corrijo, provocando unas risas en los demás.

— Eso es exactamente lo que Miles hace en el restaurante y aún así, le pagan por ello — añade Rita.

— Quizás puedas contratar a Olivia también, Joe — bromea Miles y durante un momento me imagino aquello y sé que, en otras circunstancias, lo hubiera deseado. Me imagino como debe ser trabajar en aquel bonito lugar, con gente con la que después te reunías para cenar, hablar y reír... con personas que te hacían sentir bien. No parecía una mala vida. ¿Era la vida que tenía Tristan?

— Olivia ya forma parte del restaurante de todas formas — dice él, mirándome, aunque no ha dejado de hacerlo en ningún momento — . Ella pintó los cuadros de las paredes.

Ni Miles ni Joe parecen sorprendidos, pero Rita sí.

— Bueno, son dibujos que pinté hace mucho tiempo — añadido, mirando entonces a Tristan, queriendo saber si por su cabeza está pasando lo mismo que por la mía, si está pensando en todos esos momentos en los que yo le regalaba un dibujo y él, a cambio, me hacía la persona más feliz del mundo.

— Supongo que, entonces, debo darte las gracias, Olivia, porque hacen que mi restaurante sea un lugar mucho más bonito — elogia Joe y noto como sus ojos se hacen más pequeños al sonreír.

Me resulta fascinante la manera en la que me integran en todas las conversaciones, aún sin tener ni idea de las personas o cosas de las que hablan. Apenas comento nada, tan solo me limito a escuchar, pero a escuchar de verdad, pues me siento maravillada por ellos, por esa conexión que parece haber entre los cuatro. Son personas completamente distintas, de edades tan diferentes y, sin embargo, aquí están, formando un equipo perfecto. Me pregunto que es lo que los une, porque sé que tiene que haber algo, sé que tiene que haber más entre ellos que el restaurante.

Cuando Rita saca el postre, viene con dos tartas y las deja en el centro de la mesa.

— Olivia, ¿cual prefieres? Tengo una de chocolate y otra de zanahoria. Puedes echarte ambas si quieres, es lo que hace Joe.

— A ella le gusta la de chocolate — responde Tristan por mi — . Le encanta el chocolate, sobre todo si es puro... bueno, al menos antes era así — . Parece ponerse algo nervioso porque, añade : — Quizás has cambiado de gusto.

Durante un instante, la mesa se ha quedado en silencio y me pregunto si todos están pensando lo mismo, si están pensando en lo triste que es aquel comentario tan simple... porque, con tan solo unas palabras, Tristan ha hablado de lo mucho que me conocía y de que, quizás, ahora no lo hace tanto. Y resulta más triste el hecho de que ya no como chocolate, aunque no se lo digo.

Así que, simplemente, respondo:

— Sí, la de chocolate es mi favorita.

Y él sonríe.

— ¿Vosotros sois de Valenia? No recuerdo haberos visto nunca antes — pregunto tras probar el primer pedazo de tarta. Está tan rica que no puedo evitar abrir mucho los ojos, sorprendida por el sabor — . Madre mía, está riquísima.

Rita sonríe con orgulloso.

— Mi mujer nació aquí — responde Joe — . Me vine a vivir con ella hace unos años.

No dice nada más y yo no le pregunto porque, de algún modo, siento que él no quiere seguir hablando.

— Tristan y yo nos conocimos en la cárcel — suelta entonces Miles, de una manera tan normal que me hace mirar a mi alrededor, y veo que ninguno se ha inmutado con aquel comentario. Sin embargo, Tristan me mira con cautela, esperando mi reacción, y yo trato de hacer todo lo posible por no mostrarme afectada por el comentario. Aún así, creo que nunca me acostumbraré al hecho de que haya estado en prisión — . Él me habló maravillas de este sitio y yo le dije: “sabes, el día que salga de aquí me iré a vivir a ese pueblo del que tanto hablas” Y así fue. Él salió antes que yo así que, cuando vine a buscarlo, ya tenía lugar y trabajo para los dos.

— ¿Lleváis desde entonces viviendo en este piso?

Ambos asienten.

— Es el piso de Joe — explica Tristan — . Él fue la persona que me dio trabajo al salir y también me alquiló esta casa.. Si no llega a ser por él, no sé que hubiera pasado.

Noto el agradecimiento en su tono. Noto como mira a Joe; con admiración, amor, gratitud... y no puedo evitar pensar en que quizás aquel hombre le había dado el cariño que tanto necesitaba.

— No vas a encontrar nunca a nadie como Joe — añade ahora Miles — . Es la mejor persona que he conocido nunca.

Las pálidas mejillas del aludido se han puesto algo rojas pero, al mismo tiempo, veo que está sonriendo.

— Vamos, chicos... dejad de decir tonterías.

Sin embargo, Rita añade:

— Tienen razón.

— No os voy a subir el sueldo. No me importa todas las veces que me hagáis la pelota — y no puedo evitar sumarme a las risas.

Es raro pues, la mayoría son extraños para mi, pero me siento bien con ellos; estoy tranquila, como si hubiera dejado caer parte de mis barreras. Quiero conocerlos más, quiero saber sus historias, quiero hacerlos reír de la misma manera que ellos me han hecho a mi y quizás también quiero que me conozcan.

Después, Tristan insiste en llevarme a casa y acabo aceptando pues, en realidad, no quiero separarme de él. Aún no.

Durante el trayecto, hablamos de la cena y también de Miles, Rita y Joe.

— Parecen muy buenas personas — le digo.

— Lo son.

— Me alegro de que hayas podido encontrarlos — y voy en serio. Quizás mis años hubieran sido mucho menos solitarios si hubiera contado con personas parecidas a ellos. Yo no tenía a nadie; ninguna amistad que mereciera la pena nombrar, ninguna relación especial... y en gran parte, había sido porque yo no me lo había permitido porque, a la mínima que encontraba a alguien que pudiera hacerme algo más feliz, lo había echado de mi vida a patadas.

— ¿Te vas mañana? — me pregunta de repente.

Pero no sé la respuesta. Mi billete está comprado, mi tía estará esperándome para comer y en mi trabajo, si es que aún no me han despedido, cuentan con que aparezca. Pero, sin embargo, no me veo haciendo nada de eso.

— Esa es la idea — respondo. Ambos estamos mirando al frente, como si estuviéramos aterrados de mirarnos el uno al otro.

— Entonces, ¿es esto una despedida? — y siento un ligero temblor en su voz.

— No lo sé. Siento que a estas alturas ya no sé nada.

— Necesito saberlo, Olivia. Necesito saber si esta va a ser la última vez que voy a verte — y ha reunido la suficiente valentía para mirarme, aunque yo sigo sin hacerlo pues sé que, si yo lo miro a él, nunca podré irme.

— Mañana sale mi autobús — sigo sin responder a su pregunta y él lo sabe, y espero que también sepa que la única razón por la que no lo hago es porque no quiero que esto sea una despedida, pero tampoco puedo decirle que no vaya a serlo.

Él asiente y el coche parece demasiado pequeño.

A pesar de que estamos aparcados delante de mi casa, yo no salgo, y Tristan no me pide que lo haga. Tan solo nos quedamos sentados, ahogándonos con todas esas palabras que tanto deseamos liberar pero que siguen atrapadas en nuestras gargantas.

— No quiero irme — es lo único que me atrevo decir pero, por lo menos, sé que estoy siendo sincera.

— Y yo no quiero que te vayas.

Es tras eso, cuando siento su roce en la palma de mi mano y de alguna forma, acabamos con nuestros dedos entrelazados, sintiendo su piel junto a la mía... y sé que quiero más, que necesito más. No sé por qué pero deseo que siga tocándome, que sus dedos recorrieran cada parte de mi cuerpo como lo había hecho en el pasado; el comprobar si los años habían hecho que adquiriera más experiencia. Puede que ahora lo odie más que nunca pues, al tomar mi mano, me ha destrozado y al mismo tiempo, creo que no me he sentido tan viva en años.

Sin embargo, él sabe que voy a irme, que no hay ninguna manera de que podamos ser... y sigue sujetando mi mano de todos modos.

Así que le miro y mi corazón late tan deprisa que temo que él pueda escucharlo. Tristan también me observa, quizás esperando algo de mi, pero no puedo darle nada pues mi cuerpo parece haberme abandonado y soy incapaz de hablar o moverme.

No digo nada, tan solo abro la puerta del coche y lo dejo allí, huyendo una vez más de él.

De nuevo, no le digo adiós.

16

La temperatura es mucho más baja esta mañana y apenas he podido dormir en toda la noche. Sin embargo, me encuentro muy despierta e inquieta, por lo que decido no tomar café, pues los latidos de mi corazón ya van lo suficientemente deprisa.

Cuando llego a la pequeña estación, el mismo lugar que me dio la bienvenida el primer día que llegué, siento que todo ha cambiado, que yo soy una persona distinta y que esas viejas heridas siguen más abiertas que nunca; y no sé si quiero decir adiós una vez más. No sé si quiero volver a irme sola, no sé si quiero marcharme. La última vez que lo hice, tampoco quería, pero me sentí obligada a hacerlo, al ver que ya no había nada aquí para mí... pero quizás ahora no fuese así, quizás siempre habrá algo.

Anne irá en unas horas a mi casa, seguro que con algo de comida, y lo único que encontrará será una puerta cerrada, un lugar vacío y creo que eso hará que me odie de una vez por todas.

Puede que mis padres también se queden esperando a que les lleve flores de una vez por todas.

Si me voy, Miles, Joe y Rita, acabarán olvidándose de que una noche cené con ellos y probablemente nunca sabrán lo bien que me hicieron sentir.

Y trato de no pensar en Tristan, pero no lo consigo. No le he concedido la despedida que sé que merece, que ambos merecemos. Creo que no soportaría decirle adiós, no puedo pronunciar esa palabra y mirarle a los ojos por última vez... por eso, ayer cuando abandoné su coche, no dije nada, como si de esa forma fuera ser menos doloroso.

Peri sigue siéndolo.

Tan solo quedan quince minutos para que el autobús salga y sé que echaré de menos este lugar de la misma forma que lo he estado añorando todos estos años; ni si quiera puedo imaginarme esta tarde llegando a la ciudad, coger el transporte público y llegar a una casa vacía donde nadie me estará esperando, donde no tendré una amiga hablándome de su futura boda ni un chico dispuesto a abrazarme en mis peores momentos.

No quiero irme, de verdad que no, pero también quiero que las cosas sean distintas, que todos estos años desapareciesen... y eso no iba a suceder.

Así que, cuando el autobús para delante de mí y agarro mi maleta con demasiada fuerza, sé que la decisión que estoy tomando quizás no sea la correcta, pero lo hago de todas formas.

TRISTAN.

Cuando aparco el coche, siento que he llegado demasiado tarde pero, aún así, corro lo más rápido que me es posible, tan solo deseando que el vacío que parece haber en la estación signifique que aún es temprano, que todavía tengo una oportunidad.

Cuando Olivia se fue ayer, supe que ya no volvería a verla y en un principio, lo acepté; aún cuando no era lo que deseaba, lo acepté, o traté de hacerlo. Sin embargo, esta mañana, después de haber pasado toda la noche en vela, supe que jamás me perdonaría el no haberlo intentado.

Puede que lo único que necesitara fuese un adiós por su parte, quizás eso es lo que terminara liberándome, lo que me permitiera pasar página de una vez por todas.

O quizás tan solo necesito verla y rogarle una vez más que no se fuera.

Pero ahora que estoy aquí, no hay ningún autobús a la vista y ni si quiera sé a que hora iba a marcharse; tan solo son las ocho de la mañana, no podía haberse ido tan pronto.

Me acerco a la única taquilla que hay, donde una mujer de rostro serio levanta la vista al verme.

— Buenos días, ¿a qué hora sale el próximo autobús a la ciudad?

— Se fue hace unos minutos — responde, como si nada, como si no hubiera provocado que todo a mi alrededor se derrumbara.

He llegado tarde y Olivia se ha ido, seguramente para siempre.

Cierro los ojos con fuerza, sintiendo este dolor ya conocido en el pecho.

Quiero pensar que es lo correcto de todas formas, que ella era parte de mi pasado, un pasado que siempre desearé que vuelva pero que nunca lo hará, y que quizás ella tampoco deba volver. Aunque se hubiera quedado, las cosas nunca habrían sido como antes pues nosotros tampoco éramos los mismos. Puede que la vida tan solo nos hubiera concedido estos días para aclarar lo ocurrido, para liberarnos de lo que llevamos tantos años cargando... nada más. Cada uno debe seguir su camino.

Quizás, esto es lo mejor pero, si lo es, ¿por qué no se siente así?

Así que estoy a punto de irme; no tiene sentido que siga aquí.

Pero cuando abro los ojos y levanto la vista, mirando al frente, justo en la otra acera desde donde estoy parado, la veo sentada en un bordillo, con una pequeña maleta a su lado. Y ella me está mirando a mi.

Mi corazón se acelera.

No hacemos ningún movimiento, tan solo nos miramos, y tengo que parpadear un par de veces para así asegurarme de que no estoy alucinando... pero Olivia sigue aquí, se ha levantado y se dirige a mi.

Así que, cuando nos encontramos a mitad del camino, en mitad de la carretera, tan solo puedo mirarla y durante un instante, creo que la veo sonreír. Aunque quizás tan solo me lo he imaginado pues ella apenas sonrío ya, al menos, no de la manera en la que antes solía hacerlo.

Y ahora noto algo distinto en su rostro, algo que me gusta.

— No sé por qué, pero sabía que vendrías — dice.

— Y yo sabía que te irías sin despedirte — respondo y entonces, añado: — Creí que había llegado tarde.

— Y lo has hecho. El autobús ha pasado hace un rato — me informa, mirando al suelo y cuando

vuelve a hablar, levanta la vista hacia mi — . No he podido irme pero tampoco tengo ni idea de lo que estoy haciendo.

— Creo que estás haciendo lo que realmente quieres.

— ¿Qué pasa si tampoco tengo ni idea de lo que quiero?

No puedo evitar sonreír un poco y después, me encojo de hombros.

— Supongo que lo irás averiguando — porque es lo único que puedo decirle. No se me daba bien dar consejos y no creo que Olivia los necesite, mucho menos de mi, cuya vida ya es un auténtico desastre — . ¿Has desayunado?

Ella niega con la cabeza.

— Ni si quiera he tomado café — se lamenta.

— Eso si puedo arreglarlo — y creo que estoy a punto de darle la mano y guiarla como otras tantas veces lo he hecho, pero me detengo. Simplemente, le hago un ligero gesto con la cabeza para que me siga y ella lo hace.

Y juntos nos dirigimos hacia mi coche y entramos en él. Yo comienzo a conducir y ella observa el paisaje desde el asiento del copiloto, con la ventana bajada. Su pelo se mueve de manera salvaje debido al viento que le da en la cara y sigo sin creermelo que esté aquí, que se haya quedado. Tampoco puedo creer el hecho de que esté mucho más guapa que antes, algo que ya me parecía imposible.

Y al mismo tiempo, tampoco puedo creer que mi cuerpo siga reaccionando de la misma forma hacia ella; que tenga tantas ganas de escuchar su voz, de hacerla reír, de tocarla, de que estuviera a mi lado.

— Estos dulces siguen siendo lo mejor del mundo — dice una vez que pega un bocado al bollo de crema. Después, me mira — . Fuiste tú, ¿verdad? El que los dejó en mi puerta el primer día.

— Se te cayeron al suelo nada más verme, supuse que te los debía.

Olivia sonríe y yo me siento tan orgulloso por haber provocado aquella sonrisa que también acabo sonriendo.

— Sabía que habías sido tú y por eso no quise comerlos... pero me moría de hambre.

Me reí

— Unos bollos como estos no se pueden rechazar, incluso aunque vengan de la persona que más odias.

— Lo cierto es que odiarte me resultó muy complicado.

— Es por eso por lo que yo apenas lo intenté: supe que nunca lo conseguiría del todo.

Ambos nos quedamos en silencio un rato. Nos terminamos el desayuno y cada uno pedimos otra taza de café. Sé que Olivia tiene que tomar dos como mínimo para mantenerse despierta por la

mañana, pero yo tan solo la pido para así alargar un poco más este momento.

— ¿Crees que he cometido un error? — pregunta entonces, mirándome — . Al quedarme, me refiero. No paro de pensar que todo esto no debería haber sucedido.

— ¿Te arrepientes de haberte quedado?

Y justo cuando creo que va a decir que sí, veo como ella niega con la cabeza.

— La verdad es que no, pero creo que es una autentica locura.

— Has hecho lo que querías hacer, Olivia... y si te sirve de algo, me alegro de que lo hayas hecho.

Me resulta extraño estar con Tristan de esta manera; tan tranquilos, tan cómodos, tan... como antes. El desayuno con él ha sido agradable y estar a su lado había hecho que me olvidara del desastre en el que mi vida se ha convertido.

Cuando llamo a mi tía, sigo sin saber muy bien que voy a decirle y simplemente me preparo para lo peor, para que me traiga de vuelta a la normalidad y me haga ser consciente de la tontería que estoy cometiendo. Pero, por algún motivo, eso no es lo que acaba sucediendo pues, después de un largo silencio por su parte, contesta:

- Creo que me lo esperaba, Olivia.
- ¿Cómo que te lo esperabas?
- Nunca fuiste feliz y allí lo eras tanto...
- Era feliz porque mis padres estaban aquí.

Vuelve a tardar un poco en contestar y aunque no puedo verla, sé que su rostro se ha vuelto serio.

- Hacía mucho tiempo que no los mencionabas.

Tiene razón; hace tanto tiempo que no hablo de mis padres, ni con ella ni con nadie, que casi parece que nunca hubieran existido. Tan solo ha sido con Tristan con quien he podido hacerlo y lo cierto es que me hizo sentir bien.

— Desde que estoy aquí es como... no sé como explicarlo, pero es como si no pudiese parar de pensar en ellos.

- Eso no es algo malo, Olivia.

— Lo sé, pero resulta difícil — y tras un pequeño silencio, añade: — . El otro día fui a sus tumbas.

- Me hubiese gustado haber estado contigo en ese momento.

— Fue mucho más duro de lo que imaginé pero ir allí también me hizo darme cuenta de lo mal que lo he estado haciendo todos estos años. Tienes que saber que nunca me olvidé de ellos — mi voz ha comenzado a temblar un poco y lo último que quiero es mostrarme débil con mi tía como testigo.

— Sé que nunca te has olvidado de ellos — me tranquiliza ella con su dulce voz — . Lo hiciste lo mejor que pudiste.

Sin embargo, no lo hice bien. Tendría que haber pasado todos estos años hablando de ellos, haciéndole saber a la gente las maravillosas personas que fueron. Tendría que haber mirado sus fotografías, por mucho que me costara hacerlo, y agradecer que, a pesar de todo, pude disfrutar de unos padres como ellos. Tendría que haber seguido escuchando la música que a ellos les

gustaba. Tendría que haberles llevado flores. Tendría que haberlos mantenidos vivos de la única forma que podía, recordándolos.

Pero no lo hice.

— ¿Estarás bien allí, Olivia? — pregunta después, esta vez con preocupación. Me pregunto si ha notado que estoy a punto de llorar y si está pensando en todos estos años en los que nunca me ha visto derramar ni una sola lagrima. No quiero que se preocupe, quiero decirle que el llorar no me está haciendo mal, pero ella vuelve a hablar — . No sé si me gusta que estés sola.

— Estaré bien — le aseguro, aunque no puedo estar segura. Agradezco que no me haga ningún tipo de pregunta, que no pregunte acerca del trabajo que probablemente haya perdido, ni del piso en alquiler que aún debo seguir pagando. Simplemente apoya mi decisión, deja que siga con esta locura.

Y no voy a estar sola. No esta vez.

Voy al bar de Ross y estoy un rato con él, con Anne y Layla. Esther no está con ellos e imagino que estará con su bebé en casa, del cual no dejó hablar el otro día. Aún me sigue pareciendo raro que haya tenido un hijo pues, una parte de mí, creo que aún la sigue viendo como aquella chica del instituto que apenas salía de noche. Ahora era madre, tenía una familia, una vida distinta... y yo sigo anclada a todos esos años que todos ellos ya habían dejado atrás. Y lo cierto es que no me imagino siendo madre ni envejeciendo con la misma persona. Hay momentos en los que ni si quiera me veo pasando de los treinta años.

Tomamos una cerveza, aunque soy consciente de que ni si quiera debería estar bebiendo pero, desde que he dejado que el autobús se marchara, he estado sintiendo cierta ansiedad que sé que el alcohol de todas maneras no llegará a solucionar. Nunca me ha gustado beber, pero es cierto que en los últimos años he estado recurriendo a ello mucho más de lo que me gustaría admitir. Lo usaba de refugio.

Así que, cuando piden una segunda ronda, yo opto por un refresco, a pesar de que sigo sintiendo esa angustia en mi pecho. Layla se queja de su trabajo y entonces yo vuelvo a recordar que ya no tengo ninguno y que ni si quiera he dado explicación; me habían llamado varias veces esta mañana y también por la tarde pero, de manera infantil e irresponsable, no tuve el valor de contestar. Seguía huyendo de las cosas que yo misma había provocado.

Ross está empezando a contar algo sobre una chica que conoció el otro día y tan solo puedo ver la triste mirada de Layla. Siento el impulso de apretar su mano, de intentar consolarla de alguna forma, pero no lo hago y en su lugar, hablo.

— Ross, ¿podrías hacerme una hamburguesa? Apenas he comido nada en todo el día y la verdad es que me muero de hambre — es mentira. Aún estoy hinchada de los dulces que había comido con Tristan, pero sé que él estará contento al habérsela pedido y que Layla también agradecerá el no tener que escuchar sus historias amorosas.

Su rostro se ilumina.

— ¡Claro! Creo que es la primera vez que tú me lo pides — dice, emocionado, y se levanta de la silla — . Te voy a preparar la mejor hamburguesa que jamás hayas probado.

Entonces, se va, y Layla se dirige a mi.

— Gracias, Olivia, no podía seguir escuchando como hablaba de una nueva chica otra vez.

— ¿Cuántas lleva ya en este mes? ¿Cinco? — pregunta Anne y se dirige a ella — . Sinceramente, empiezo a creer que todo es mentira y que lo hace para fastidiarte y que así reacciones.

— Eso sería muy infantil — digo.

Anne vuelve a reír.

— ¡Estamos hablando de Ross! — exclama, como si fuera algo obvio — . No hay mucha diferencia entre el chico que conocías del instituto y este. Mentalmente, sigue teniendo dieciséis años .

Así que nos reímos un poco a su costa y después, veo una figura parada en la barra que reconozco enseguida.

Es Miles.

Unos segundos después, él se gira, y se da cuenta de que estoy mirándolo. Esboza una gran sonrisa que me hace sonreír también un poco a mi, de manera casi inconsciente, y le saludo con la mano porque, en realidad, no sé que hacer; no sé si acercarme o no. Lo cierto es que quiero hacerlo pero, al mismo tiempo, me da miedo que él no quiera.

— ¿Quién es? — me pregunta Anne con curiosidad.

— Es un amigo de Tristan — respondo, porque sé que no tiene sentido alguno que le mienta. Las dos me miran ante la mención de su nombre y siento que quieren preguntar algo más pero no lo hacen. Miles sigue mirándome y a comenzado a hacer gestos con la mano para que me acerque a él — . Ahora vengo.

Su sonrisa parece hacerse más grande una vez que estoy a su lado.

— ¡Olivia! Me estaba preguntando cuando volvería a verte — comenta y bebe un sorbo de la copa que han puesto delante suya — . ¿Quieres algo? Invito yo.

— No, no te preocupes — tras una ligera pausa, vuelvo a hablar — . Oye, ¿está Tristan por aquí?

Miles levanta una ceja con cierta diversión.

— ¿Es que mi compañía no es suficiente? — pregunta y me pongo nerviosa al pensar que quizás he podido ofenderle pero, entonces, él se echa a reír — . ¡Estoy bromeando! Tristan está fuera, justo iba a decírtelo. Y es probable que quiera verte también.

— Yo no he dicho que quiera verle.

Él rueda los ojos, pero divertido.

— Y yo no he dicho que quiera que me toque la lotería y no por eso no quiero que suceda — y

me pega un ligero y juguetón empujón con el hombro — . Mañana Joe va hacer su plato especial en el restaurante. Pásate, te gustará.

— Allí estaré — le prometo, sin saber por qué, pero de verdad que me apetece.

Cuando salgo a la calle, veo a Tristan apoyado en la pared, fumando. Tarda tan solo unos segundos en darse cuenta de que me estoy acercando a él y entonces, él sonríe con el cigarro entre sus dientes y mi cuerpo vuelve a ponerse loco ante su presencia.

Apenas hace unas pocas horas de la última vez que lo he visto pero, aún así me siento inquieta al tenerle de nuevo cerca.

— ¿Cual es el plato especial de Joe? Miles me acaba de invitar a que lo pruebe mañana.

Tristan arruga la frente, confuso.

— No creo que Joe tenga un plato especial. Probablemente te haya dicho eso para que vengas.

Sonrío. Lo cierto es que, que alguien tenga ganas de verme, me hace bastante feliz.

— ¿No entras? — le pregunto, señalando al interior del local — . Dentro están Anne, Ross y Layla... puedes sentarte con nosotros, si quieres.

Nada más hablar, veo como una ligera mueca aparece en su rostro y yo me arrepiento de inmediato. Por supuesto que no iba a apeteecerle; hacía años que no hablaba con ellos. Sería demasiado extraño.

Pero yo quiero que se quede. O al menos, quiero estar con él.

— O podemos ir a dar una vuelta. Tú y yo.

Sé que la idea le ha gustado; su mirada ha adquirido ese brillo especial y parece estar reprimiendo la sonrisa que comienza a formarse en sus labios.

— ¿Qué pasa con ellos?

— No creo que les importe. Además, me gustaría estar en un lugar más tranquilo — le digo y no miento. Una parte de mi está bastante segura de que pediré otra copa más si sigo aquí.

Pienso en Ross y en su hamburguesa y siento cierta culpabilidad, pero eso no hace que no acompañe a Tristan hasta su coche.

— Oye, ¿pero que pasa con Miles? Creí que habíais venido juntos.

— Siempre que salgo con él, vuelvo solo a casa. Es una persona sociable... a mi tan solo me utiliza como chófer — se ríe y yo me relajo.

Tristan comienza a conducir y nos vamos alejando del bar. Ni si quiera le pregunto donde vamos pues confío en él y sé que va a elegir el mejor lugar posible, aunque también es muy probable que ese lugar esté lleno de bonitos y dolorosos recuerdos. Aún así, no le digo que pare.

Cuando llegamos, veo el gran lago delante nuestra y la luna reflejada en sus oscuras aguas.

Y entonces, recuerdo.

— *Creo que este es mi lugar favorito en todo el pueblo — le digo a Tristan mientras ambos nos sentamos en el césped. El sol hace ya un rato que se ha ido y está empezando a anochecer — . ¿Cuál es el tuyo?*

Él sonrío un poco, de medio lado, casi avergonzado, y noto que su rostro está enrojeciendo lentamente.

— *Estaba a punto de decir una gran cursilada, así que creo que es mejor que me quede callado.*

— *¡No, eso no es justo! Ahora tienes que decírmelo.*

— *No voy a decírtelo, Olivia. Te vas a reír de mí.*

— *Sabes que no voy a reírme de ti. Venga, dime. ¿Cuál es tu lugar favorito?*

Él tarda un momento en responder, como si estuviera debatiendo consigo mismo si debía o no hacerlo. Unos segundos después, suelta un ligero suspiro de derrota y responde:

— *Tú, Olivia.*

Miro ahora a Tristan. Los dos estamos sentados en el mismo césped pero entre nosotros hay una notable separación y su mano ya no sujeta la mía como antes hacía.

— *¿Cuál es tu lugar favorito? — le pregunto y no tengo ni idea de por qué lo hago. Si a él le ha sorprendido mi pregunta, no lo muestra, y tampoco noto en su rostro algún atisbo de que haya recordado esa antigua conversación.*

Ahora sus mejillas no se enrojecen y tampoco hay una tierna sonrisa aflorando en sus labios. Tan solo mira hacia el frente, hacia el lago.

— No creo que tenga un lugar favorito.

Me duele su respuesta; me duele porque yo ya no soy ese lugar y me duele aún más porque, a pesar de todos estos años, él no ha encontrado ninguno.

— *¿Por qué te quedaste, Tristan? — le pregunto entonces — . Siempre decías que querías irte de aquí, que no veías el momento de marcharte... y te quedaste.*

Sigue sin mirarme y tarda un poco en responder.

— *Tú amabas este lugar. Creo que gracias a ti aprendí a amarlo también, a ver lo especial que es — responde — . Cuando tuve la oportunidad de irme, no pude hacerlo. Sentí que... — pero entonces se queda callado.*

— *¿Qué sentiste?*

— *No lo sé, Olivia... sentí que te estaba traicionado y también a tus padres. Puede que suene absurdo, pero no pude hacerlo.*

Aquella confesión simplemente me llena de tristeza porque, una vez más, pienso en todo lo que

nos fue arrebatado, en lo injustas que fueron las cosas.

— Además, si no me hubiera quedado, no habría conocido a Joe ni a Rita y, probablemente, tampoco hubiese seguido manteniendo contacto con Miles — añade, esta vez con más ánimo. Es entonces cuando por fin me mira después de todo este tiempo y, cuando lo hace, sus ojos se posan directamente en los míos — . Y creo que siempre supe que volverías. Quizás esa también fue una de las razones por las que me quedé.

— ¿Cómo pudiste estar tan seguro?

— No lo estaba, en realidad. Pero a ti te encantaba tanto estar aquí... simplemente, supe que en algún momento lo harías. Y si lo hacías, sabía que no volverías por mí

— Bueno, no voy a engañarte; tú eras una de las razones por las que nunca quise volver

— admito y aunque él ya es consciente de ello, su rostro se ensombrece un poco — . Pero ahora sé que debería haberlo hecho antes. Ojalá lo hubiera hecho.

Nos quedamos en silencio un rato. Es de noche pero no hace frío a pesar de estar a últimos de septiembre. Creo que, de manera inconsciente, hemos acortado un poco los centímetros que nos separaban pero, aún así, hay cierta distancia entre nosotros. Aunque no hablamos, ninguno de los dos estamos incómodos. Al contrario. Siento que puedo quedarme así, de esta manera, el resto de la noche.

— Nunca me contaste que pasó con tu madre — hablo entonces, con cierta precaución. Sé que es un tema que a él no le gusta abordar pero, sin embargo, quiero saberlo. Quiero saber todo de él, todo lo que en este tiempo me había perdido.

— Se mudó hace unos años, poco después de lo que ocurrió con Charles — explica, con un tono normal. No parece haber mucho sentimiento en su manera de hablar, como si fuera un tema que no le importara demasiado, a pesar de que yo sé que no es así — . No sé que fue lo que hizo que rompiera con él, quiero pensar que por fin se dio cuenta de la persona que era.

— ¿Hablas con ella?

— De vez en cuando voy a visitarla... supongo que aún trato de perdonarla pero, a veces, es difícil ¿sabes? Fueron muchos años en los que ella, simplemente... dejó que aquello sucediera.

— Sabes que por mucho que sea tu madre no tienes por qué forzarte a perdonarla, ¿verdad?

— Lo sé — responde, pero sé que siempre tratará de hacerlo, de justificarla. Y supongo que no puedo culparle por ello.

De nuevo, volvemos a quedarnos en silencio y es ahora él quien lo rompe.

Y en su rostro se ha formado una divertida y pícaro sonrisa.

— ¿Recuerdas una de las veces que estuvimos aquí? Había luna llena y tú me convenciste de que debíamos bañarnos en el agua porque daba buena suerte.

No puedo evitar reír un poco al recordarlo.

— Sí, me acuerdo.

— Hoy hay luna llena — dice y entonces veo que comienza a levantarse y yo abro mucho los ojos.

— Sabes que me inventé todo aquello, ¿no? Tan solo quería que te bañaras conmigo. No da buena suerte, tan solo fue una tontería.

Tristan sigue sonriendo y ahora se ha quitado sus zapatillas.

— A mi me dio buena suerte. Recuerdo que unos días después a Marc le dieron un puñetazo en una fiesta — responde y yo vuelvo a reír pero sigo sin levantarme, aún sin estar segura de todo aquello — . ¡Vamos, Olivia! Dicen que la luna llena implica el final de un ciclo y el comienzo de otro, y pienso que a ambos nos vendría bien un nuevo comienzo, ¿no crees?

— ¿Qué te hace pensar que ese comienzo va a ser bueno?

— Simplemente, lo sé — responde y entonces, me ofrece su mano. Y él se ve tan bien en estos momentos, con la luz de la luna reflejada en su lado derecho del rostro, con su pelo algo despeinado y esa increíble sonrisa.

Quiero hacer cualquier cosa que me pida.

Al final, acabo aceptando, cojo su mano, y una agradable corriente recorre mi cuerpo ante su cálido toque. Y noto como mi sonrisa crece cada vez más porque quizás sí que me siento feliz, porque, quizás, sí que estoy disfrutando de este momento.

— No me pienso quitar el vestido — le aviso cuando veo que él está comenzando a quitarse la camiseta, haciendo que ahora sean mis mejillas las que se sonrojen... y no puedo evitar mirar su cuerpo: tiene un nuevo tatuaje en el pecho y algunos otros en sus brazos musculados. Hace ejercicio, quizás no en exceso, pero sí lo suficiente como para que sintiera que me costaba un poco respirar al observarle.

Y yo me he había quedado demasiado delgada, tampoco hacía deporte y mi cuerpo se sentía blando y sin forma. Además, no llevo sujetador.

Aún así, Tristan me mira de arriba abajo de una manera descarada, sin dejar de sonreír, y lejos de sentirme incómoda por aquella mirada, me siento alagada porque hay cierto brillo en sus ojos al hacerlo; porque no creo que nadie nunca me haya mirado de esa forma.

Así que, con las manos aún entrelazadas, caminamos hacia el agua, y justo en el momento en el que nuestros pies tocan el frío agua, él vuelve a mirarme.

— Por un nuevo comienzo, Olivia.

Y ambos nos sumergimos.

18

- La verdad es que no tengo ningún plato especial, no sé por qué Miles te habrá dicho eso
- me dice Joe con cierta vergüenza cuando entro al restaurante.
- Bueno, Tristan me dijo que probablemente fuese una excusa para que viniera.

Me gusta su sonrisa. Me gusta la amabilidad que su rostro refleja y las arrugas que se forman alrededor de sus ojos, tras las gafas.

- En ese caso, tienes que saber que siempre estás invitada a venir. Con o sin plato especial
- me asegura y yo sonrío ante sus palabras, al sentirme bien recibida — . Los chicos no tardarán mucho en venir. Cuando vengan, os daré algo de comer, no será nada especial pero espero que esté rico.
- Estoy segura de que sí.

Joe coloca unos cuantos dulces en el mostrador mientras tararea la canción que suena por la radio. La reconozco enseguida: era una de las canciones favoritas de mi padre y siento tanto dolor que quiero salir corriendo... pero no lo hago porque Joe está delante de mi y parece haberme preguntado algo, aunque no consigo saber el que.

- ¿Te encuentras bien, Olivia? — logro escuchar por fin. y me pregunto que aspecto debo tener como para que me haya preguntado aquello.

Asiento con la cabeza, intentando sonreír.

- A mi padre le gusta mucho esta canción — respondo y noto que he hablado de él en presente.

Veo un ligero cambio en la expresión de Joe como, si de algún modo, lo supiera. Pero no noto lástima en él, lo cual agradezco, tan solo parece haber cierta... comprensión, como si me entendiera.

- Es una canción muy buena — se limita a responder.

Y creo que, el haber permanecido parada, el haber sido capaz de escuchar aquella canción hasta el final, es motivo suficiente como para sentirme orgullosa pero tan solo me siento débil.

Miles y Tristan vienen unos minutos después y cuando quiero darme cuenta, los tres ya me han convencido para entrar al cuartito que tienen en la parte de atrás del local , donde descansan cada vez que tienen un tiempo libre. Hay una grande mesa de madera en el centro y las paredes están pintadas de una bonita tonalidad de morado. Es acogedor y además, huele a tarta.

Nos sentamos en la mesa y Joe comienza a traer platos de comida para todos. Él no come porque dice que lo hará luego con Rita y después nos deja a los tres solos.

- Puede que no sea su plato especial pero está riquísimo — digo mientras sigo disfrutando de la comida — . Creo que no he comido tan bien en años.
- Esa es una de las razones por las que deberías quedarte. Joe siempre te mantendrá bien alimentada — responde Miles — . De todas maneras, ¿qué haces en la ciudad? Siempre hay

gente en todos lados y nunca pareces descansar del todo. Tendrías que quedarte aquí.

— Miles, no la agobies — le reprende Tristan.

— No te preocupes — le tranquilizo y vuelvo a girarme hacía Miles — . Tienes razón. La verdad, ahora que lo pienso, creo que nunca debí irme. Este lugar es... especial, ¿verdad?

Él asiente.

— Tristan me enseñó este pueblo y ahora sé que es el sitio donde quiero morir. Todo es tan... tranquilo. Viví muchos años en la ciudad y las cosas son imposibles allí; todo es tan caro y el trabajo escasea a veces. Pero yo trataba de ganarme la vida de alguna forma, ¿sabes? Quiero decir, de eso se trata la vida, ¿no? De salir adelante. Así que bueno, al final acabé haciendo cosas de las que no me siento orgulloso y me pillaron robando una joyería. Supongo que era algo que iba a pasar de un momento a otro.

De una manera tan rápida y natural, me ha contado parte de su historia, y lo ha hecho parecer tan simple que en un principio me es difícil reaccionar.

Tras eso, oigo la risa de Tristan.

— Miles a veces no se da cuenta de que habla más de lo necesario — dice, con cariño.

— Bueno, he pensado que le gustaría saber que no soy ninguna especie de asesino en serie o algo parecido. Ahora, ya está todo aclarado.

Y a pesar de que sigo procesando lo escuchado, no puedo evitar echarme a reír; Miles es una de esas personas con las que siempre acabas riendo, dijera lo que dijera. Era su forma de contar las cosas, su tono, sus gestos... todo él, en conjunto. Me recuerda un poco a mi padre; él también sacaba una sonrisa a todo el que tenía a su alrededor.

Y al día siguiente, vuelvo al restaurante para comer con ellos.

Y al tercero, también.

— Creo que debería pagarle algo a Joe — digo entonces, cuando los tres ya casi hemos acabado nuestro plato — . Siento que me estoy aprovechando de él. Llevo tres días comiendo gratis a su costa.

— Si le ofreces dinero a Joe, se enfadará — me asegura Miles — . Él hace las cosas porque realmente quiere.

— Le gusta que vengas — añade Tristan.

— Bueno, a ti también te gusta que venga, Tristan — le corrige Miles, con diversión — . Y a mi también, que conste. Sigo pensando que deberías quedarte.

Suelto una risa: puede que desde que hubiera llegado a Valenia hubiese llorado como no lo había hecho en todos estos años, pero también estoy riendo como hacía mucho que no hacía.

— Mañana le voy a pedir a Joe que nos haga pescado frito. Hay un restaurante cerca de aquí donde lo hacen riquísimo.

Cuando Miles dice eso, noto la mirada de Tristan puesta en mí. Supongo que él está pensando lo mismo que yo y es probable que esté esperando mi reacción, y no puedo evitarlo; una oleada de tristeza recorre mi cuerpo una vez más, igual que sucedió el otro día al oír aquella canción con Joe.

Pero no dejo que la tristeza me venza, no me lo permito.

— Ese sitio es asqueroso, Miles — le digo porque, a pesar de todo, noto como también estoy riendo al recordar todas esas veces en las que me metí con mis padres por amar aquel lugar.

De repente, por debajo de la mesa, noto el pie de Tristan golpeando el mío y cuando lo miro, veo que el tiene una pequeña sonrisa.

— Además, huele un poco raro — añade él, que era lo que yo siempre decía cuando mis padres nos invitaban a ir.

Los dos nos miramos y sonreímos, con complicidad, pero también con cierta tristeza y nostalgia.

— No es por nada, pero ambos tenéis un gusto pésimo.

Entonces, Joe aparece y nos pregunta el por qué de nuestras risas.

— ¡Joe! — exclama — . Dime que a ti si te gusta el restaurante aquel que hay al lado de los edificios azules, el del pescado.

Pero en el rostro de él se forma una mueca, lo que tan solo hace que Tristan y yo riámos un poco más.

— Una persona que conozco me dijo una vez que el cocinero de aquel sitio va al baño y después no se lava las manos.

Reímos aún más y Miles se indigna, sobre todo porque ahora ya no tiene tantas ganas de ir.

Cuando salimos, Tristan me acompaña a la salida y se fuma un último cigarrillo conmigo antes de entrar a trabajar. Aún le quedan seis horas de jornada.

— No sé si es raro lo que voy a decir pero pienso que Miles se hubiera llevado muy bien con mi padre. Creo que son muy parecidos — le digo. Es extraño pero tengo muchas ganas de hablar de él, de mi madre, de ambos... pero creo que es solo porque es Tristan, porque con él me siento segura al hacerlo.

Él asiente con la cabeza.

— Es una de las primeras cosas que pensé cuando lo conocí. Creo que por eso me cayó tan bien.

— Sí, a mí también.

— ¿Vas a casa ahora?

Asiento pero, en realidad, desearía quedarme aquí con ellos.

— No pareces muy contenta por ello.

Me sorprende como aún sigue conociéndome tan bien; con tan solo mirarme, parece ser capaz de descubrir mis pensamientos.

— Bueno, todo está muy silencioso allí — respondo, pero no quiero que el momento se vuelva triste así que, añado — : pero tú lo tienes mucho peor. Al menos, yo no voy a estar horas dentro de una cocina.

— Con Miles taladrándome el cerebro, no lo olvides — añade, sonriendo, pero él sigue mirándome de cierta manera, una que no logro interpretar del todo — . Estarás bien, ¿verdad?

Me sorprende la pregunta. A veces tan solo me gustaría mirarme desde los ojos de la gente, tan solo para ver la imagen que nuestro, como me perciben los demás, si doy tanta pena como parece. ¿Qué es lo que estaría viendo ahora Tristan?

— Claro — le aseguro, pero sé que él no me cree.

Antes de llegar a casa, me paso por aquel restaurante, el del pescado. Sigue igual que siempre; su fachada es totalmente blanca y una gran gamba roja decora la puerta. No puedo evitar reír un poco ante lo que nos ha contado Joe y tan solo puedo pensar en la cara que pondría mi madre de haberlo sabido.

Resulta duro ver como el lugar ha seguido como si nada. Probablemente, ni si quiera hubieran notado la ausencia de mis padres que iban cada semana. Siguen teniendo clientes, siguen sirviendo comida y es probable que su cocinero siga sin lavarse las manos. La vida continuó para ellos, como para todo el mundo. La gente se moría y el mundo seguía girando.

Era difícil asumirlo, pero era así.

Me quedo un rato mirándolo; veo como la gente entra y sale del lugar y durante un instante, pienso que voy a verlos a ellos, cogidos de la mano, saliendo por la puerta. Pero, por supuesto, aquello no sucede.

Y me voy a casa.

Esa misma tarde, casi siete horas después, una vez que ya ha anochecido, escucho unos golpes en la puerta. Al principio me inquietan pero, entonces, cuando me asomo con cuidado por la ventana, lo veo.

Tristan.

— ¿Qué haces aquí? — le pregunto, tratando de contener la sonrisa que se forma en mis labios y espero que no se de cuenta de la emoción que me ha provocado el verlo aquí.

— He pensando en lo que has dicho antes, en lo silenciosa que estaba esta casa... — entra al salón y es cuando veo que tiene algo entre sus manos. Una radio — . Una vez tú viniste a mi casa y trajiste la música. Creo que ahora es mi turno.

Y creo que no he sonreído de una manera tan grande y sincera en mucho tiempo. Él está guapísimo; con el pelo algo mojado, las mangas de su camisa negra remangadas y sus vaqueros azules. A todo eso se le suma el brillo que hay en todo su rostro, lo contento que parece por estar haciendo aquello por mi.

Miro la radio. Es la misma que yo tenía, la que dejé una vez en su casa junto a un puñado de discos, y ni si quiera sé como sigue conservándola.

— ¿Has venido hasta aquí tan solo para poner música? — le pregunto, sin poder creerlo.

— Sé que no te gusta el silencio — dice y veo como da un vistazo a su alrededor, y todo en él cambia. Parece haberse dado cuenta de donde está, y me pregunto si le pasa lo mismo que a mi, si los recuerdos han comenzado a ahogarle, si siente que está rodeado de los fantasmas de nuestros pasados.

De un momento a otro, su rostro se ha ensombrecido.

— Es raro estar aquí, ¿verdad?

— Cuesta acostumbrarse — admite y siento que está haciendo un gran esfuerzo por no derrumbarse él también, por mantenerse fuerte por mi — . Vaya, si que es silencioso. Tu padre se volvería loco de estar aquí.

En otros momentos, me hubiera enfadado el hecho de que alguien mencionara a alguno de mis padres de esa forma, creyendo que lo conocían tan bien como para saber lo que él hubiera hecho de haber estado vivo. Pero ahora no me molesta.

Tristan enchufa la radio junto a la mesa de la cocina y saca unos cuantos discos de la mochila que lleva al hombro. Hay, por lo menos, diez de ellos.

— ¿Recuerdas la canción que pusiste esa tarde en mi casa? Se convirtió en una de mis canciones favoritas.

— No sé como puedes seguir acordándote de eso.

— Me acuerdo de todo lo que tiene que ver contigo, Olivia — responde, totalmente en serio

— . Recuerdo lo bien que me hiciste sentir ese día... nunca antes había bailado de esa forma.

— Lo noté. La verdad es que no eras muy bueno — bromeo, pero lo cierto es que le hubiera observado bailar el resto de mi vida — . Y quiero que sepas que no voy a bailar.

— Olivia, no puedes escuchar esta canción sin bailar. Sería un delito.

— No voy a bailar, Tristan. Hace años que no bailo.

Pero él no me hace caso y cuando por fin parece haber encontrado la canción, comienza a acercarse a mi. La misma melodía que años atrás vuelve a sonar.

En aquel momento fui yo la que lo saqué a bailar, la que intenté hacerle sentir bien, la que, de algún modo, quise salvarlo de todo lo que estaba sucediendo en su vida por entonces.

Y ahora, él está haciendo todo eso por mi.

Su cuerpo comienza a balancearse de una forma divertida y tiende sus manos hacía mi. No quiero sonreír, de verdad que no quiero, pero lo acabo haciendo.

Tampoco quiero bailar; no puedo bailar en el mismo lugar en el que mis padres tantas veces lo

hicieron. Y sobre todo, no quiero sentirme feliz: me parecía injusto que lo fuera cuando ellos ya no estaban.

Pero ahora, con Tristan delante, no puedo evitarlo.

Comienza a tararear la canción y yo entonces me dejo llevar de la misma forma que él una vez lo hizo. Bailamos sin ritmo alguno, en mitad del salón, y de un momento a otro, he empezado a reír como una estúpida y ya no puedo dejar de hacerlo. Veo su sonrisa mientras él me da vueltas sobre mi misma.

Y en este momento, mientras sigo girando, pienso que quizás todo puede ir bien.

De verdad que lo pienso.

Río tanto que me duelen las mejillas.

Veo el rostro de Tristan y pienso que la felicidad puede llegar a ser algo bastante simple.

Quizás esto es ser feliz.

Pero entonces, el momento pasa... porque esto no está bien.

Nada está bien, en realidad.

La sonrisa que hay en mi rostro no está bien. La felicidad que he comenzado a sentir tampoco está bien. Que Tristan esté aquí a mi lado, haciéndome sentir de esta forma, no está bien.

Dejo de bailar. Me paro en seco. Y él me mira.

— Olivia, ¿estás bien? — me pregunta y sé que está preocupado. Lo noto en la forma en la que me está mirando, en como su frente se ha arrugado un poco y en como, aunque ya no me está tocando, parece desear hacerlo.

Y yo no quiero que me toque pero, al mismo tiempo, me muero porque lo haga.

— Creo que deberías irte — le suelto. La música sigue sonando demasiado fuerte por lo que me acerco a la radio y la desenchufo de un tirón. El silencio que hay después tampoco me hace sentir mejor. Y la manera en la que Tristan me sigue mirando tampoco lo hace.

— Pero, ¿qué ocurre? — él hace el amago de acercarse un poco a mi pero cuando ve que yo doy un paso hacia atrás, no vuelve a intentarlo. Sin embargo, tampoco se va — . Olivia, puedes hablar conmigo, lo sabes.

— Tienes que irte, Tristan — y en realidad, no lo estoy pidiendo por mi; lo estoy haciendo por él, porque yo misma sé en quien me puedo convertir en este momento, porque sé muy bien todo lo que puede llegar a salir por mi boca. Y no quiero que esto ocurra con él, de verdad que no — . Por favor.

— No voy a irme.

— Tristan...

— ¡No, Olivia! No pienso irme. No voy a dejarte sola ahora — asegura y quizás lo hace por las lágrimas que se han acumulado en mis ojos, aunque ni si quiera yo sé por qué motivo han decidido aparecer ahora, justo cuando tan bien me estaba sintiendo.

— Esto no está bien, ¿vale?

— ¿El qué no está bien? Estabas riéndote, te lo estabas pasando bien, ¿qué tiene eso de malo?

— ¡Todo! — exclamo, alzando la voz — . ¿Es qué no te das cuenta?

— Tan solo quería ayudarte, quería...

— Pues no quiero que me ayudes, ¿vale? No quiero reírme. No quiero pasármelo bien. No quiero bailar ni escuchar estas canciones. Y... y tampoco quiero que estés aquí — miento, porque quiero que se quede, porque quiero que se acerque a mi y me abrace de la misma forma que lo hizo en el cementerio unos días atrás. Pero me estoy esforzando tanto en hacerle daño en separarle de mi, que sé que acabaré consiguiéndolo.

— Eso es mentira — contesta, pero no parece convencido — . Sabes que te mereces ser feliz, ¿verdad, Olivia? Después de todos estos años, después de todo lo que te ha pasado, mereces ser feliz. Aunque ellos no estén, tú...

— Cállate, Tristan.

Él vuelve a abrir la boca pero, entonces, la cierra, sin decir nada. Se pasa una mano por el pelo y parece tan preocupado, tan impotente al no tener ni idea de que hacer, que me rompo aún más al verlo así y sabes que es por mi culpa.

— No quiero ser feliz, ¿vale? — musito.

— No lo dices en serio.

— Créeme que sí.

Se queda en silencio unos segundos y da un paso hacía mi. Yo no me muevo.

— Lo entiendo, ¿vale? Entiendo como te sientes, entiendo que...

Y es en este momento cuando estallo, cuando sé que estoy a punto de decir algo de lo que me voy a arrepentir, pero lo hago igualmente.

— No, Tristan, tú no me entiendes. ¿Qué vas a entender? Tú no sabes lo que es tener unos padres. Ni si quiera conoces a tu padre porque os abandonó antes incluso de que nacieras y tu madre permitió durante años que te maltratara un tío a cambio de que ella viviera una vida perfecta. ¿Cómo vas a entender tú lo que es perder unos padres? Nunca has tenido una puta familia: has pasado tantos años sin amor que, de hecho, no creo que sepas lo que es. Tú no entiendes una mierda.

Siento un odio hacia mi misma crecer según voy hablando y, una vez que termino de soltar todo aquello, tan solo deseo desaparecer. Sé que acabo de ser cruel, que le he dicho cosas que sabían que iban a hacerle daño. Sé que no me merezco nada por su parte, mucho menos la manera en la

que me está mirando, no con odio, sino con una pena terrible.

Hay más silencio que nunca.

El dolor se ve reflejado en cada centímetro de su precioso rostro y a pesar de todo, él comienza a acercarse a mi con lentitud... y sorprendiéndome, acaricia mi mejilla con una suavidad y delicadeza que me hacen sentir peor.

— Estás muy jodida, Olivia — murmura y tras eso, me mira a los ojos — . Pero aquí estoy y lo estaré siempre.

Me acaricia una vez más y tras una última mirada, me deja sola.

19

No voy al restaurante a comer los siguientes cinco días y lo cierto es que lo echo de menos; echo de menos sus platos, la cálida sonrisa de Joe cada vez que me ve, los dulces de Rita o las ocurrencias de Miles que siempre me hacen reír. Y también echo de menos a Tristan, aunque es probable que no quiera saber nada de mi después de nuestra última conversación.

He pensado en ir a su casa, en disculparme, en hacerle saber que todas esas crueles palabras tan solo eran el resultado de la gran tristeza que siento y que no es justificación, pero que tan solo quiero que me entienda, que supiera que no deseo hacerle daño y que, simplemente, parezco tener este empeño en estropear todo lo bueno que entra en mi vida.

Pero, por el momento, no soy capaz de hacerlo.

Sin embargo, cuando entro en el supermercado y me encuentro con las magdalenas que a él tanto le gustaban, pienso que sería una buena manera de pedirle perdón... y al final, acabo saliendo de la tienda con un plato preparado que ni si quiera me gusta demasiado. Creo que debería irme ya de aquí, dejar que Tristan se quedara con la idea de que tan solo soy una horrible persona.

Tomo el camino largo para ir a casa. Estoy pasando por una empinada calle rodeada de casas de distintos colores, cuando me cruzo con una cara familiar.

— ¡Hola, Olivia! — sonríe Joe que, aunque va en sentido contrario al mío, se para delante de mi — . Hace ya unos días que no te veo. ¿Donde te has metido?

— He estado un poco... ocupada — respondo, porque no se me ocurre ninguna otra excusa.

— Bueno, pues espero que puedas pasarte pronto por el restaurante. Por ahí te echan de menos — asegura, aunque se me hace difícil creerlo, pero acabo asintiendo al mismo tiempo que sonrío. Estar con Joe siempre me hace sonreír.

— ¿Vives por aquí? — le pregunto.

Él niega con la cabeza.

— Vengo de hacer una visita. Mi casa está cerca de la de los chicos.

Me pregunto si sabe lo que ha ocurrido con Tristan; sé que a él le gusta contarle las cosas a Joe, quien siempre intenta aconsejarle de la mejor manera. Si sabe lo que le dije el otro día a Tristan, no entiendo como sigue mirándome con tanto cariño.

Estoy a punto de preguntarle que tal está Rita, cuando veo que sus pequeños ojos se abren mucho, con sorpresa.

— ¿Qué es eso? — me pregunta, horrorizado, y me doy cuenta de que está mirando el plato preparado que he comprado hace un rato — . No me digas que prefieres comer esto antes que mi comida.

— ¡No, claro que no! — le aseguro y no puedo evitar soltar una ligera risa a pesar de que, al

mismo tiempo, noto el calor subiendo por mis mejillas — . Pero soy una pésima cocinera. Es esto o morirme de hambre.

Joe niega con la cabeza, como si realmente estuviera indignado ante esto.

— Vamos, tira esa porquería ahora mismo — me ordena y después me hace un gesto con la cabeza — . Mientras estés aquí no voy a permitir, ni que te muera de hambre, ni que comas... eso.

Y él no me da más opción que seguirle.

Cuando llegamos al restaurante, éste se encuentra cerrado; hoy es el día en el que el personal descansa. Hoy habría sido un buen día para hacer algo con Tristan pero, por supuesto, lo había echado a perder.

— Joe, es tu día libre. No quiero hacerte trabajar hoy

— No digas tonterías, esto lo hago porque quiero — asegura y se dirige a la cocina mientras yo me quedo en la sala donde otras veces he comido con Miles y Tristan. Y me siento bien aquí, en su restaurante, en este cuarto, sentada en esta mesa, aunque lo cierto es que también me gustaría que ambos estuvieran aquí.

Cuando Joe regresa, lo hace con un plato de pasta fresca bañada en una salsa de tomate y especias, y huele tan bien que mis tripas rugen al instante.

— Sin duda, está mucho mejor que ese plato que había comprado — le digo en cuanto pruebo el primer bocado y él suelta una risa, satisfecho al verme comer.

— No sé como puedes comer esas cosas — dice — . Comer es uno de los mayores placeres que hay... no puedes desperdiciarlo comiendo esas atrocidades.

Ni si quiera quiero pensar en lo que diría al saber que llevaba años comiendo ese tipo de comidas.

— Oye, tampoco están tan mal — gruño, entre risas — . Pero, si yo cocinara como tú, obviamente no volvería a comer nada de eso. Quizás puedas enseñarme.

— Me encantaría, Olivia — dice, y parece sincero.

— Aunque te aviso que no soy muy buena alumna. Recuerdo cuando Tristan me enseñó a conducir... lo volví loco. Creo que temía por su vida cada vez que se metía en el coche conmigo. Tenías que ver la cara que ponía.

Joe ríe al imaginárselo y yo río al recordarlo pero, rápidamente, esa risa se transforma en una especie de sonrisa triste al recordar, una vez más, como habían resultado las cosas entre nosotros la última vez.

He sido tan cruel y estúpida que quizás puedo entender porqué estoy tan sola. Puede que sea lo que merezco.

— Tristan está en su casa hoy — suelta entonces, y no puedo evitar mirarle con cierta sorpresa

ante aquella sugerencia, porque sé exactamente lo que quiere decir. Me gustaría saber que es lo que sabe de nosotros, hasta que punto Tristan le ha contado nuestra historia.

— Si te soy sincera, no creo que él quiera verme.

— Puedo apostarte lo que quieras a que sí.

Lo dice con tanta seguridad que casi me permito creerle. Aunque es probable que Joe no sepa lo horrible que soy.

— El otro día no me porté bien con él — confieso y no sé por qué tengo tantas ganas de hablar de aquello con él. Joe me transmite confianza, me hace querer hablar sin parar de todo lo que se me viniera por la cabeza. Y lo curioso es que él parece dispuesto a escucharlo todo — . Lo peor de todo es que ni si quiera sé por qué lo hice.

— ¿No sabes por qué te portaste mal con él?

— No — y tras un pequeño silencio, vuelvo a hablar — . Quiero decir, él hizo algo tan bonito por mí... me hizo sentir bien, ¿sabes? En realidad, él siempre me hace sentir bien.

— Y tú no quieres sentirte bien — adivina y vuelvo a mirarle con sorpresa al ver como ha leído mis pensamientos, como ha logrado entenderme cuando ni yo misma lo hago a veces.

Joe me mira un momento y después saca su cartera del bolsillo. Cuando la abre, la imagen de una joven mujer con una gran sonrisa en su rostro, aparece.

— Ella es Eloise. Es mi mujer — explica y veo como acaricia con cierta delicadeza la fotografía — . Murió hace ocho años y era la persona que más quería. Sigue siendo la persona que más quiero hoy en día.

No sé que decir. Creía haberme familiarizado con la muerte; sabía de primera mano lo que era perder a alguien querido, pero sigo sin saber que decir en momento como éstos.

Sin embargo, veo como Joe esboza una ligera sonrisa y posa una de sus grandes manos encima de la mía, que parece muy pequeña en comparación.

— Tranquila, Olivia, no tienes que decir nada. No te cuento esto para que te compadezcas de mí o para que me digas alguna de esas estúpidas frases que ambos sabemos que no solucionan nada — dice — . Lo que quiero decirte con esto es que sé como te sientes. Sé lo que es sentir que todo va mal y que nada parece nunca mejorar.

<<Cuando murió mi Eloise, creí que todo se había acabado. Que la vida se había acabado para mí. Dejé de hacer todo lo que me gustaba; ya no cocinaba, ya no daba paseos por la mañana, no escuchaba música y ni si quiera me permitía comer mis platos favoritos porque detestaba experimentar cualquier cosa que me diera cierta alegría. No quería ser feliz. Tan solo quería que ella volviera y sabía que eso nunca sucedería, por lo que yo tan solo me seguí hundiendo más y más. Me alejé de mis amigos, de mi familia, de todo lo bueno que alguna vez había formado parte de mi vida... por lo que cada vez estaba más solo e infeliz. Al poco tiempo, me convertí en una persona que sabía que a Eloise no le gustaría. Sabía que, de haber estado viva, hubiera aborrecido al hombre en el que me había transformado. Ella era una persona que adoraba ayudar

a los demás, ¿sabes? Era tan amable, tan buena... siempre hacía sonreír a todo el mundo y, todo el que la conocía, la adoraba. Así que supe que tenía que cambiar, que no podía seguir así... puede que ella se hubiese ido, pero yo aún podía seguir manteniéndola viva de alguna forma. Pensé que, en cada acto que hiciese, la tendría presente, que actuaría de la misma forma que ella lo hubiese y que, de ese modo, aún seguiría aquí.

— ¿Y funcionó?

— Trato de que funcione cada día. Intento vivir una vida por los dos y la llevo conmigo a todas partes — y se lleva una mano al corazón — . Así que trato de dar lo mejor de mí y, en todo lo bueno que hago, la veo a ella. Eloise me hizo mejor persona incluso cuando ya no estaba.

Me quedo un momento en silencio, pensando en todo lo que me ha dicho. No hubiera imaginado que alguien tan bueno como Joe, con esa sonrisa y amabilidad, pudiera haberlo pasado tan mal. Supongo que todo el mundo tiene una historia detrás.

— No creo que a mis padres les guste quien soy ahora — admito al final y la tristeza que siento tras eso me asfixia — . A decir verdad, a mí tampoco me gusta.

— Nunca es tarde para mejorar, ¿no crees?

— No sé como hacerlo, ni si quiera sé si quiero hacerlo. No sé si quiero mejorar.

Sé que me entiende, lo veo en sus ojos y creo que eso me hace querer llorar; porque no es fácil encontrar a personas que, de verdad, sepan como te sientes. Quizás él se está viendo a sí mismo en mí, a su versión de hace unos años atrás.

— A veces nos aferramos a la tristeza porque, de alguna forma, es lo único que nos queda de las personas que ya no están con nosotros y tenemos miedo de que, al soltar esa tristeza, también los estemos soltando a ellos. Pero no es así, Olivia. Puedes llegar a ser feliz y seguir recordando. Puedes dejar que gente nueva entre en tu vida y, aún así, nunca olvidarte de las que se fueron.

Y durante un instante, me lo imagino; me veo junto a Anne, Esther, Layla y Ross cada fin de semana, tomando algo en su bar entre risas mientras nos quejamos de cualquier estupidez que nos ha pasado durante el día. Me veo pasando las tardes con Miles, riendo ante cualquier cosa que dice y dejando que me robe comida del plato, después de que él hubiera finalizado el suyo. Me veo disfrutando de las tartas de Rita y de sus grandes abrazos al verme. También me veo aquí con Joe, en su cocina, mientras él me enseña a cocinar con paciencia y me mira con cariño, como si yo de verdad mereciera la pena.

Y, por supuesto, nos veo a Tristan y a mí: nos veo bañándonos desnudos en el lago, bailando al ritmo de la música, en el campo rodeados de flores. Lo veo abrazándome, apretándome hacia su cuerpo, como si de verdad estuviera dispuesto a recomponerme, a alejar todo el dolor.

Quizás la vida puede ser buena de nuevo; esa vida. Nunca sería como la de antes, siempre estaría presente aquel dolor, ese vacío que nunca se iría... pero todo podía mejorar, ¿no? Aunque tan solo fuese un poco.

Parecía fácil.

Pero, si algo he aprendido, es que las cosas nunca son fáciles.

— Tanta tristeza es agotadora, ¿verdad? — dice Joe, ante mi silencio, y yo tan solo puedo soltar un ligero suspiro... lo cierto es que llevo años cansada.

Pero sonrío un poco; me alivia el tenerle aquí a mi lado, el saber que me comprende.

— Creo que la vida es agotadora — musito y él asiente, apretando los labios.

— Y sigue. La vida siempre sigue, Olivia... y, por mucho que duela, debemos seguir con ella.

— Pero es tan difícil... A veces, no creo ser capaz de conseguirlo.

— Lo lograrás — me asegura y no sé como puede tener tanta seguridad en mí — . No sucederá de inmediato porque requiere tiempo, mucho tiempo; habrá días mejores y otros peores... pero sobrevivirás. Y quizás, en algún momento, consigas ver que la vida, a pesar de todo, sigue teniendo cosas buenas.

Lo que no le digo es que no estoy tan segura de saber si todas esas cosas buenas, compensan las malas.

* * *

Golpeo la puerta del piso de Tristan y, mientras espero a que abra, noto como el pulso se me dispara. Sigo sin tener claro que voy a decirle y tampoco sé como reaccionará él. Entendería que no quisiera verme pero, sin embargo, no creo estar preparada para el dolor que aquello me causaría.

Me merezco que no abra la puerta.

O que me eche una vez que me vea.

Pero, cuando él por fin abre, con el pelo revuelto y una camiseta negra, tan solo deseo que olvide lo cruel que fui, porque quiero estar con él. Lo quiero de verdad.

Tristan está a punto de hablar, pero yo le interrumpo.

— Soy una estúpida — suelto, mientras él sigue mirándome — . Lo que te dije el otro día estuvo fatal y yo... ni si quiera sé porque lo dije. No sé que fue lo que me pasó.

— Olivia... — murmura, de una manera dulce y suave. De nuevo, no le dejo hablar.

— No, Tristan, necesito que me escuches — le digo, mirándole y él simplemente asiente. — . No sé por qué trato de arruinar siempre las cosas, y no sé por qué fui tan cruel contigo cuando tú te has portado tan bien conmigo desde que he vuelto... fui una autentica cabrona. En realidad, creo que lo soy. No creo que sea una buena persona y muchas veces digo cosas que sé que hacen demasiado daño pero... no es lo que pretendía contigo. No quiero hacerte daño a ti, Tristan.

Las palabras salen por mi boca de manera torpe y cuando dejo de hablar, me pregunto si en realidad tiene sentido alguno todo lo que he dicho... pero él sigue mirándome y lo hace de la misma manera de siempre.

— No eres una mala persona, Olivia.

— Lo soy.

— No, no lo eres. Tan solo estás demasiado triste.

— Estar triste no es una excusa para tratar mal a la gente.

— Si has venido hasta aquí a que te diga que eres horrible y que, debido a lo del otro día, mi opinión hacía ti ha cambiado... no va a suceder. Has hecho tantas cosas buenas por mí que tendrías que hacer algo realmente grave para que llegara a enfadarme, aunque tan solo sea un poco, contigo.

Sonrío, no puedo evitarlo. Y no logro entender como siempre parece tener las palabras adecuadas para hacerme sentir mejor, para quitar todo ese dolor que hay en mi pecho y hacer que éste disminuya.

— No te haré nada grave. No volveré a ser una cabrona — le aseguro.

— Puedes ser un poco cabrona a veces, no está nada mal — y él me mira directamente a los ojos — . En serio, Olivia, está todo bien. Ni si quiera tendrías que haber venido a estas horas a disculparte

Pero si tenía que hacerlo.

— Lo que quiero decirte, de verdad, es que... lo estoy intentando. Y quizás he venido hasta tu casa tan solo porque de verdad quiero que sepas que lo estoy intentando y que estoy cansada de estar triste, pero también me da mucho miedo ser feliz. Estar contigo me hace feliz y eso me aterra.

Él se queda en silencio un momento y entonces, retira un mechón que se ha escapado de mi trenza, cayendo por mi frente, y lo pone tras mi oreja. Después, no aleja la mano: aún la mantiene cerca de mi mejilla, pero no se atreve a acariciarla del todo.

— Creo que el simple hecho de intentarlo es suficiente. Al menos, para mí lo es... y voy a estar aquí, pase lo que pase. Puedo ser la persona más paciente del mundo cuando se trata de ti.

Siento que no merezco que esté siendo tan bueno conmigo, pero decido ser lo suficientemente egoísta para dejarlo ser, para disfrutar de su compañía de nuevo, para seguir viendo esa mirada llena de cariño en sus ojos.

Puede que no lo merezca, pero es lo que necesito.

Así que entro en su casa.

TRISTAN.

Casi siete años antes.

Seis meses en prisión puede parecer poco tiempo, pero no lo es. Para mi, cada día encerrado significaban diez en libertad. Así que, aunque tan solo hubieran pasado unos pocos meses, yo sentía como si se me hubieran echado encima varios años.

Y estaba aterrado.

Mientras cruzaba los pasillos y me dirigía hacia la salida, el miedo era más y más grande. Quería salir de aquí pero, al mismo tiempo, no quería hacerlo. No sabía si estaría preparado para la libertad, para lo que ésta me traería. Después de un tiempo encerrado, practicando la misma rutina cada día, en el mismo espacio y casi siempre con las mismas personas, mi cuerpo se había acostumbrado a ello. Me daba miedo que mi rutina se rompiera, el tener que enfrentarme a algo nuevo.

Y echaría de menos a Miles; iba a echarlo mucho de menos y deseé que hablara en serio cuando decía que vendría a Valenia al salir.

No sabía que sería de mi vida a partir de ahora y tan solo podía pensar en una persona, la misma que consiguió que no perdiera la cabeza allí dentro.

Olivia.

Ni si quiera sabía si querría volver a verme: no había venido a visitarme ni un solo día. Cada vez que veía a mi madre, la única persona que había venido a verme, le preguntaba por ella y lo único que hacía era desviar el tema, nunca diciéndome nada. Así que supuse que no quería saber nada de mi, que todo se había acabado.

Pero ella era Olivia. *Mi* Olivia. Si podía hacer cualquier cosa por volver a recuperarla, lo haría. Deseaba verla, explicarle como habían sido las cosas, hacerle saber que, lo que había hecho estaba mal, pero que no era ningún monstruo.

Quería que me entendiera, que me asegurara que todo iba a ir bien ahora.

Me moría de ganas de verla.

Y también quería ver a sus padres: me mataba el saber que ellos tenían esta imagen de mi. Entendía el por qué tampoco habían venido a verme pero, aún así, una parte de mí siempre deseó ver a alguno de ellos cruzar la puerta de aquella sala, que se sentaran delante de mí tras ese horrible cristal y que me sonrieran de la misma manera que siempre hacían... como si de verdad yo mereciera la pena, como si ellos lo supieran. ¿Querrían hablar conmigo después de todo? ¿Aún seguirían creyendo que había algo bueno en mí?

Tan solo esperaba que aceptaran hablar conmigo, pero no sabía si estaba preparado para esa conversación. No soportaría el cambio en sus miradas al verme.

Así que, cuando salí por la puerta, saboreando de nuevo la libertad, lo único que sentí fue miedo.

Pero estaba preparado para muchas cosas.

Estaba preparado para que no viniera nadie a recibirme.

Estaba preparado para el solitario viaje hacía el pueblo donde me crié.

Estaba preparado para las miradas de las personas que ya conocía, todos con una opinión sobre mi.

Estaba preparado para que, al cruzarme con Anne, una de las que alguna vez había considerado amiga, apartara la vista de mi, como si nunca me hubiese conocido. Y estaba preparado para que esto ocurriera con todos aquellos con los que alguna vez compartí más de una risa.

Pero no estaba preparado para lo que me encontré.

No estaba preparado para ver como, en la casa de Olivia, vivían otras personas que no conocía.

No estaba preparado para saber que ella se había ido del pueblo.

Y, mucho menos, estaba preparado para descubrir que sus padres habían muerto, ni para ver sus tumbas, una al lado de la otra, con sus nombres grabados, con flores marchitas.

Pasé la noche junto a ellos, llorando como nunca antes lo había hecho. Fui a coger unas flores, aparté las que ya estaban muertas, y puse las nuevas. Los girasoles y las margaritas.

Me emborraché.

Volví a pasar el día entero en el cementerio, sentado junto a aquellas frías piedras, con los ojos hinchados por todo el llanto y el corazón completamente roto.

Volví a emborracharme.

¿En que momento se habían torcido tanto las cosas? ¿En que momento nuestras vidas se habían destrozado de la peor manera posible?

Volví a cambiar las flores. En aquel momento, las flores parecían ser lo único que importaban, las únicas que se habían quedado conmigo.

Sus padres habían muerto la misma noche en la que a mi me detuvieron. Mientras yo golpeaba a Charles ellos probablemente ya yacían en el suelo, sin vida, tras el accidente. Todo este tiempo ellos habían estado muertos. Todas esas noches en las que yo me había preguntado el por qué no me merecía ni una simple visita, ellos ya se habían ido para siempre.

Y, entonces, solo podía pensar en Olivia.

En Olivia, sola, recibiendo la noticia.

Olivia, sola, asistiendo a sus funerales.

Olivia, sola, en el entierro.

Olivia, sola, en todas esas noches en las que no habría podido parar de llorar, quizás preguntándose donde estaba, mientras que yo me preguntaba, al mismo tiempo, donde estaría ella.

En mi pecho se instaló un dolor que supe que ya nunca me abandonaría; el mismo dolor que sientes cuando sabes que nunca volverás a atrás, que nunca podrás hacer las cosas de una manera distinta, de mejorarlas.

Pasé otra noche allí, en el cementerio, bebiendo de una botella que había robado en la tienda, recordando todos y cada uno de los momentos que había vivido con los tres. Recordé sus risas, la manera en la que siempre me hacían sentir bienvenido en su casa. Con ellos, fue la primera vez que me sentí querido.

Recordé aquel día en el que su madre me pilló llorando después de haber huido una vez más de casa: me hizo saber que con ellos siempre tendría una familia, que siempre podría huir hacía ellos.

— No podemos elegir la familia cuando nacemos, pero si podemos hacerlo al crecer — me dijo.

Yo los había elegido a ellos. Y ellos a mi. Y ahora ninguno estaba.

No me quedaba nada, en realidad.

No tenía lugar donde dormir. Mi madre se había ido del pueblo después de divorciarse de Charles. Tampoco tenía amigos, pues todo el mundo parecía odiarme por lo que había hecho. Olivia se había ido y sus padres estaban muertos; esas eran las cosas que me repetía a cada rato, quizás para atormentarme aún más.

Días después, mi madre me propuso irme a vivir con ella; quería empezar de cero juntos, lejos de Valenia. Y pensé que quizás era lo mejor, que ya no quedaba nada para mi.

Pero pensé en Olivia y, ¿qué pasaría si algún día decidía volver y yo no estaba? ¿Cómo podía irme lejos cuando este lugar era lo único que me quedaba de ella, lo único que, de alguna forma, podría volver a conectarnos?

No podía irme, pero tampoco podía seguir durmiendo en el cementerio todas las noches, emborrachándome hasta perder el conocimiento.

Debía encontrar un trabajo y un lugar donde dormir. Supe que tenía que salir hacía delante tan solo para que, cuando Olivia decidiera volver, viese en mi una persona nueva. Tenía que ver que era el hombre que sus padres siempre creyeron que era; alguien bueno.

Así que lo haría, lo haría por ella, por ellos... pero, con el paso del tiempo, también lo haría por mi.

Sin embargo, fue mucho más difícil de lo que imaginé.

Fui a cada negocio, todas las tiendas y restaurantes del pueblo, incluso esas que buscaban personal, pero ninguna tenía empleo para mi. Me miraban con desconfianza, quizás recordando como había dejado la cara a Charles, imaginándome con las esposas puestas. Él se había ido del pueblo, decía que estaba demasiado afectado por lo ocurrido pero, en realidad, solo se fue porque

mi madre amenazó con contar lo que de verdad pasó esa noche. Supongo que quiso prevenirlo y marcharse, tan solo por si acaso.

Incluso probé por las afueras, por los pueblos que habían alrededor, pero todos parecían conocer mis antecedentes.

Nadie me quería cerca. Y, por supuesto, nadie me quería trabajando en sus locales.

Pagué una habitación la primera semana con el dinero que mi madre me dio al salir pero, cuando este dinero se acabó, me quedé de nuevo en la calle.

Dormí en un banco por cuatro noches. Dormí durante cinco días debajo del puente donde Olivia y yo nos dimos nuestro primer beso. Volví al cementerio. Me aseaba en los baños de los bares y robaba comida del supermercado más cercano.

Pero las noches eran cada vez más frías; el invierno estaba a punto de llegar y sabía que no aguantaría mucho más tiempo en la calle. Ya me había resfriado dos veces desde que había salido.

Así que, una tarde mientras iba caminando, preguntándome donde narices iba a dormir esa noche en la que habría fuertes lluvias, me crucé con un local dentro de un feo edificio de tan solo tres plantas. Las ventanas estaban todas bajadas y no parecía haber rastro ninguno de que alguna persona viviera allí. Además, estaba lo suficientemente alejado del centro.

No lo pensé mucho, en realidad. La desesperación te lleva a ese tipo de cosas; a actuar sin pensar en las consecuencias.

Me cubrí el brazo con mi chaqueta y entonces, pegué un fuerte puñetazo a una de las ventanas. Cuando entré, me encontré con un pequeño local que en algún momento pareció haber estado en obras, pero que éstas habían sido abandonadas. Había cubos de pintura por todas partes, papel de periódico cubriendo el suelo, herramientas desperdigadas por todas partes.

No tenía ni idea de lo que había ocurrido allí pero lo único que sabía, con convicción, es que hacía tiempo que nadie visitaba el lugar.

Era el sitio perfecto, algo frío, pero con un techo... y me quedé dormido entre esas paredes. Dormí en el suelo, arropado por el papel de periódico.

Volví al lugar la siguiente noche. Y la siguiente. Así pasó una semana.

Hasta que, una de esas noches, me encontré algo en el suelo. Unas cuantas mantas y un par de cojines.

En un principio, me asusté. ¿Quién demonios había dejado eso allí? Alguien me había pillado, sabía que estaba allanando aquel lugar y, sin embargo, estaba tratando de hacer mi estancia más acogedora. Me estaba ayudando, la primera ayuda que recibía en días.

No supe muy bien como reaccionar así que, simplemente, no hice nada. Decidí que mientras no me molestase, seguiría durmiendo allí.

Una noche después, aparte de las mantas y los cojines, me encontré con un paquete de galletas.

Dos noches después, añadió un cuenco de sopa. Fue añadiendo comida cada noche; un trozo de tarta, unas empanadas, un bizcocho...

La curiosidad podía conmigo, pero era la primera vez en todo este tiempo que me sentía seguro así que, quizás, por eso dejé que todo sucediera sin tratar de cambiarlo. Lo cierto es que tan solo me bastaba con un techo donde refugiarme mientras lloraba a las personas que se habían ido, porque no había día en el que no pensara en ellos.

Me dormía llorando.

Me despertaba con lágrimas en los ojos.

Los echaba de menos. Los echaba tanto de menos que no sabía cual era mi lugar en el mundo ahora que se habían ido.

Estaba perdido.

Y entonces, una semana después, apareció el dueño del local. El mismo que había estado alimentándome de manera anónima.

Me colé por la ventana como todas las noches. Estaba muy cansado; llevaba todo el día caminando de un lado a otro, simplemente esperando a la noche para poder dormir y olvidarme de todo durante un rato. Había estado en el cementerio. Había dejado nuevas flores. Me dolían los pies, aunque el cuerpo entero también.

Esa noche no encontré comida. Me decepcionó un poco, pues me moría de hambre, pero decidí no darle importancia. Así me dormiría antes. Pero, fue justo en el momento en el que me senté en el suelo, cuando escuché un par de golpes en la puerta que hicieron que me sobresaltara. Era la primera vez que ocurría y me imaginé lo peor,

¿Y si era la policía?

¿Y si alguien había denunciando el allanamiento y venían a echarme de una vez por todas?

¿Y si venían a darme una paliza?

Después, escuché una voz de un hombre.

— Chico, sé que estás allí dentro. Tengo las llaves de la puerta pero sería más educado que tú abrieras — dijo el desconocido y sonaba amable, pero yo seguí sin moverme, aún aterrado — . Además, he traído comida.

Supongo que eso fue lo que me acabó convenciendo.

Me encontré con un hombre no muy alto, de mediana edad, de ojos algo tristes. Sin embargo, no sé por qué, pero me cayó bien desde el primer momento.

Y llevaba una gran bolsa consigo.

— Sabes que has roto mi ventana, ¿verdad? — soltó, señalando los cristales rotos que aún habían por el suelo.

— Yo...

Él sonrió.

— No importa — me interrumpió y me tendió la bolsa — . He traído hamburguesas.

— ¿Usted es el que me ha estado trayendo comida todo este tiempo? — Asintió. — Pero, ¿por qué?

— No me gusta que la gente pase hambre — contestó, como si fuera lo más simple del mundo

— . ¿Cuántos años tienes?

— Acabo de cumplir diecinueve.

— ¿Y que haces aquí? ¿No puedes ir a casa?

— No tengo casa.

— ¿Y no tienes a nadie con quien ir?

— Las únicas personas que tenía están muertas — solté, aún sin creermelo que fuera cierto. Era la primera vez que lo decía en voz alta y resultó ser mucho más duro de lo que imaginé. Pensé en Olivia, ella no estaba muerta pero se había ido lejos y, aunque no era lo mismo, se sentía como si lo fuera.

Él se quedó en silencio un momento, mirándome, quizás preguntándose que había pasado conmigo. Me sorprendió que no supiera quien era, lo que había hecho, pero yo no pensaba decírselo. Era aliviador que alguien no supiera tu pasado ni las cosas malas que habías hecho.

— Bueno, no puedes quedarte aquí. Lo sabes, ¿no?

Aquello hizo que se me cayera el mundo. De una manera ilusa, me había llegado a convencer de que quizás podía quedarme allí para siempre.

— Lo sé — respondí y noté el temblor en mi voz — . Lo siento mucho, señor. Yo... sé que no debí allanar su local. Lo siento, de verdad.

Comencé a recoger mis cosas, la única mochila que llevaba conmigo, y me dirigí hacia la puerta.

Oí su voz una vez más.

— Pero, ¿donde vas? Aún no has comido.

Así que ambos comenzamos a comer. Las hamburguesas eran caseras, el mismo las había hecho, y estaba convencido de que jamás había probado algo tan rico. Bueno, la comida del padre de Olivia siempre iría primero, pero aquello podía ser, sin duda, lo segundo.

— No quiero que piense que soy un caradura. Tan solo busco un empleo para poder pagarme una casa pero... me está resultando bastante complicado.

El hombre me miró, pensativo.

— ¿Sabes? Este lugar iba a ser un restaurante. Le prometí a mi mujer que algún día abríamos

uno. A ella le encantaba mi comida — una sonrisa se formó en sus labios, una sonrisa triste y nostálgica.

— No es por nada, pero este sitio está lejos de ser un restaurante — contesté y él soltó una pequeña carcajada — . ¿Qué pasó?

La manera en la que su rostro cambió me hizo saber que no iba a ser una respuesta agradable.

— Ella enfermó y después... — se quedó callado un momento, pero yo ya sabía a lo que se refería — . Sentí que ya no tenía sentido. Así que lo dejé.

Me quedé en silencio un momento. No tenía ni idea de que decir. Nunca había experimentado la muerte desde tan de cerca pero, ahora que había sucedido, sabía que un *lo siento* no significaría nada.

— Todo sería más fácil si muriéramos al mismo tiempo que nuestros seres queridos.

— Bueno, de esa forma no tendríamos que sobrellevar sus pérdidas... pero, supongo que morir con ellos tampoco es la manera, ¿no?

— Puede que no, pero es lo único que quiero — musité aunque ni si quiera creía que fuese cierto. Yo no quería morir, tan solo quería que ellos volvieran.

Creo que fue lastima lo que vi en sus ojos cuando me miró, aunque quizás también fue que, una pequeña parte de él, pensaba igual que yo.

Terminamos de comer las hamburguesas.

— Muchas gracias por la comida y... bueno, por dejar que me quede aquí. Le prometo que mañana mismo estaré fuera y, si me dejara quedarme esta última noche, le juro que se la pagaré — le aseguré, aunque no tenía ni idea de donde sacaría el dinero.

Pero él parecía muy tranquilo.

— Creo que tengo una idea mejor. Dijiste que estabas buscando un trabajo, ¿verdad?

— Así es.

— Bueno, yo hice una promesa de convertir este lugar en un restaurante. Y tú necesitas dinero. ¿Te gustaría ser mi socio?

Aquello me pilló de sorpresa, era una de las últimas cosas que esperaba. ¿De verdad quería que le ayudara a convertir aquel lugar en un restaurante? ¿Cómo era posible que confiara en mi de esa forma? Y, ¿por qué me apetecía tanto hacerlo?

— ¿Su socio? Pero yo... bueno, ni si quiera sabe mi nombre. Y yo no sé el suyo.

— Tienes razón, ¿cómo te llamas, chico? Y deja de dirigirte hacía mi de usted, ahora somos socios — me pidió entre risas.

Y yo me permití sonreír.

— Tristan.

— Encantado, Tristan. Yo soy Joe.

— Tienes que saber que acabo de salir de la cárcel — le dije, porque creí justo que lo supiera.

Pero la expresión en su rostro no cambió.

— Bueno, pero ahora ya no estás allí.

Tan solo pude sonreír.

Así fue como conocí a Joe. Al día siguiente, me dio las llaves de un piso antiguo en el que dijo que podía quedarme y, desde esa semana, los dos nos pusimos con el restaurante; compramos todo lo necesario, lo pintamos, lo reformamos, pensamos en su menú y colgué los cuadros de Olivia en sus paredes. Pasábamos los días juntos trabajando, cenábamos en mi nuevo piso y nos quedábamos hasta las tantas de la madrugada hablando de todo.

Nos dimos cariño el uno al otro, quizás el cariño que tanto necesitábamos después de nuestras pérdidas.

Creo que ambos encontramos en el otro la familia que tanto buscábamos, esa que habíamos perdido.

Olivia me salvó una vez.

Después lo hizo Joe.

Y supongo que, de algún modo, yo también lo salvé a él.

20

Aún me queda suficiente dinero en el banco para vivir sin preocupaciones durante un par de meses más. No gasto mucho aquí; puedo ir a todos lados andando, la comida es más barata, aunque aún sigo pagando el alquiler de mi piso en la ciudad, el cual es el principal motivo por el que mis ahorros van bajando. Y no tengo ropa; sigo lavando la poca que me he traído y repitiéndola cada ciertos días, pero cada vez hace más frío y sé que el invierno no va a tardar en llegar. Ni si quiera tengo una chaqueta que abrigue lo suficiente.

Así que aquí me encuentro, en la tienda de Anne, buscando algo que comprar. Cuando me vio entrar por la puerta, su rostro se iluminó, y no ha dejado de sacarme prendas que quizás puedan gustarme, aunque está claro que nuestros gustos no coinciden. Ella prefiere los colores más vivos y estampados llamativos, mientras que yo prefiero los colores neutros y básicos.

— El verde es tu color, Olivia. Resalta aún más tus ojos — me asegura mientras me pasa un jersey de ese color que, para mi sorpresa, no está nada mal.

— Me gusta tu tienda — le respondo y me parece increíble que haya podido abrir su propio negocio.

Anne sigue pasándome más y más ropa, como si de verdad fuera a comprar toda, y yo me pruebo cada cosa que me da, incluso la que no es para nada de mi estilo. Salgo del probador con conjuntos extraños, algunos hacen que ambas riámos ante el resultado, pero en otros me veo bien, me veo guapa, y ella no para de halagarme.

— Me alegro de que sigas aquí. No creí que aguantarías tanto.

— Yo tampoco — admito, mirando mi reflejo. Llevo puesto un vestido largo con flores — . Creo que este es mi favorito.

— Te queda muy bien — dice, aprobándolo — . Te has quedado por él, ¿no?

No esperaba aquel cambio de conversación, ni mucho menos que fuera tan directa. Sé que está hablando de Tristan pero no tengo ni idea de que decir, pues no creo tener clara la respuesta.

— No lo sé. Quizás. Supongo que él ha sido una de las razones.

— ¿Te gusta?

— ¿A qué te refieres con que si me gusta?

— Pues me refiero a que si te gusta Tristan, Olivia. No creo que sea una pregunta muy difícil.

Pero si que lo es.

¿Me gusta Tristan o lo que me gusta es la versión que recuerdo, aquella de la que me enamoré una vez? ¿Te podías enamorar dos veces de la misma persona? Pienso en todos los chicos que he conocido en todos estos años, en lo poco que han significado para mi y en la manera en la que Tristan siempre lograba colarse en mi mente. Quizás estoy destinada a querer a tan solo una

persona durante el resto de mi vida, porque lo cierto es que no me veía con alguien que no fuera él, pero tampoco creía que pudiéramos estar juntos, no después de tanto tiempo.

— Me gusta estar con él y me gusta como me siento cuando estamos juntos — respondo y tras un pequeño silencio, acabo confesando: — y quizás me guste él. Quizás me guste siempre.

— Lo dices como si fuera algo malo.

— Es que suena como si siguiera anclada al pasado. Parece que no puedo superar al chico del cual hace siete años que me separé...es absurdo.

— Yo no creo que sea absurdo, Olivia.

— De todas maneras, no importa. Quizás, si todo hubiera sucedido de una manera distinta... quizás, entonces, podríamos haber hecho algo — vuelvo a mirarme al espejo y trato de sonreír. Necesito sonreír. Necesito que sepa que estoy bien, que en realidad no me afecta. Y noto que ella está a punto de decir algo más, así que vuelvo a hablar — . Voy a probarme esa falda de allí.

Tras eso, no volvemos a mencionar a Tristan, ni mis sentimientos. Simplemente me limito a hablar de la ropa.

Cuando entro en el restaurante, Rita está tras la barra y ella sonríe nada más verme y, en cuanto paso por su lado, me da un fuerte abrazo. Rita siempre abraza a todo el mundo al saludarlo y lo cierto es que me gusta; son de esos tipos de abrazos que, durante un instante, hacen que te sientas bien.

— Hoy he hecho tarta de calabaza. Te va a gustar.

— Entre tus dulces y los platos de Joe, siento que voy a salir de este pueblo rodando — le digo, pero aún así agradecida por ello — . Estoy deseando probarla.

Tristan sale de la cocina; lleva puesto un delantal blanco y el pelo negro le cae por la frente, dándole así cierto aspecto salvaje y despreocupado y creo que, por un momento, me falta el aliento. Me parece increíble la manera en la que siempre luce tan bien sin apenas intentarlo. Incluso ahora, después de horas de trabajo en la cocina, sigue estando guapo. Es injusto. Y es aún más injusta la sonrisa que él esboza al verme porque, al verla, tan solo puedo pensar en la pregunta de Anne y en lo obvia que me parece la respuesta ahora que lo tengo delante.

Él se echa el pelo hacia atrás con la mano, aún mirándome.

— Ya has llegado — dice, y sus ojos parecen brillar un poco.

Ambos pasamos a la salita tras la cocina, donde Miles ya nos está esperando.

— ¡Ya era hora! Me muero de hambre — exclama al verme.

— ¿Por qué no habéis empezado a comer sin mí?

— No podemos empezar sin ti, Olivia. Ya eres una de los nuestros — responde con cierto dramatismo y, tras una ligera pausa, acaba confesando. — . Bueno, en realidad, ha sido Tristan

el que me ha obligado a esperar. No te lo tomes a mal, yo también quería esperarte, pero es que hoy, justamente hoy, me muero de hambre.

Río un poco sabiendo bien que no hay día en el que él no se muera de hambre.

Miles se dirige a la cocina para ir trayendo los cubiertos y es en el momento en el que Tristan y yo nos quedamos solos, cuando él vuelve hablar.

— Te queda bien el color verde — me está mirando de esa forma que tan solo él sabe hacer, de esa en la que me hace sentir que le gusta todo lo que ve, incluso lo malo — . Estás muy guapa.

Siento un ligero cosquilleo en mi estomago; me he puesto el jersey que había comprado a Anne por la mañana y no es que necesitara su aprobación pero, el hecho de que Tristan pensara que estaba guapa... bueno, me gusta. Me pone contenta.

— Gracias — respondo, tratando de controlar la estúpida sonrisa que amenaza con formarse en mis labios — . Tú también estás muy guapo. El look de cocinero te sienta bien.

Él se ríe y yo disfruto de su risa. Tiene un cigarrillo tras la oreja. Un pendiente de aro. El pelo revuelto. Y sus ojos marrones siguen puestos en mí.

Cuando nos sentamos en la mesa, los dos no podemos dejar de lanzarnos miradas, miradas de complicidad, como si estuviéramos escondiendo un gran secreto al resto del mundo. Noto su pie golpear el mío de vez en cuando por debajo de la mesa, y me pregunto si mis mejillas están tan rojas como las siento.

Unos minutos después, aparece Joe por la puerta, y se dirige a mí.

— He pensado que mañana podríamos empezar nuestras lecciones de cocina. ¿Te viene bien?

Nunca me ha gustado cocinar pero sí que quiero pasar más tiempo con Joe, así que, me emociona su propuesta.

— Estoy deseando — le respondo, siendo totalmente sincera. Noto la mirada de Tristan en mí y sé que está sonriendo.

— Quiero ser la primera persona en probar un plato tuyo — me pide.

— ¿Estás seguro de eso? No creo que el resultado sea muy bueno.

— No importa. Seré el primero.

— Yo seré el segundo — dice Miles, levantando la mano — . Primero tengo que ver si Tristan logra sobrevivir.

Joe le tira un pequeño trozo de pan que le da justamente en la cara.

— Cállate. Olivia lo hará genial.

— Entonces, podrás contratarla — sugiere, pues Miles parece tener una obsesión con que yo termine siendo parte de la plantilla del restaurante.

Joe me mira y me guiña un ojo, casi como si fuéramos amigos. Siento que, desde la conversación que tuvimos el otro día, se ha formado un bonito vínculo entre ambos; de esos que te hacen bien, que sacan la mejor parte de uno mismo. Creo que puede llegar a ser de esas amistades que encuentras sin pretenderlo, cuando no estabas buscando nada pero que terminan significando tanto.

Al salir del restaurante, Miles se despide de nosotros. Ha quedado con un chico y es probable que pase la noche fuera de casa.

— ¿Tú no tienes ningún plan esta noche? — le pregunto y quizás tan solo estoy alargando el momento para no despedirnos. Quizás tan solo quiero que me diga que su plan es estar conmigo.

Y, como si de alguna forma él hubiera podido leer mis pensamientos, responde:

— Había pensado que quizás podríamos hacer algo nosotros. Si quieres, claro.

— Sí, me parece bien — contesto, tratando de disimular lo mucho que, en realidad, me apetece... porque Tristan no tiene ni idea del cosquilleo que siento en mi estomago, ese que tan solo aparece cuando estoy con él.

Caminamos muy cerca el uno del otro, y sé que no es necesario que nuestros hombros se toquen cada cierto tiempo, pero lo hacen, y ninguno hace nada por impedirlo.

Son casi las diez de la noche y la lluvia que ha caído esta tarde ha hecho que el ambiente se sienta ahora húmedo y algo más frío.

— ¿Tienes frío? — me pregunta.

— No.

— Olivia, acabas de tener un escalofrío

— Eso es mentira.

— ¿Por qué no quieres admitir que tienes frío? — vuelve a preguntar, divertido.

— ¿Por qué quieres tú que admita algo que no es verdad?

Y entonces, como si mi cuerpo quisiera burlarse de mi, vuelvo a tener otro escalofrío y él parece más divertido.

— Olivia, tienes frío.

— Cállate, Tristan.

Tras eso, siento como él agarra mi mano. Su toque es suave pero al mismo tiempo firme, lo suficiente para hacer que me pare en seco, y estoy tan desconcertada por su agarre pero, al mismo tiempo, tan agradecida por éste que, durante un momento, siento como mi propia voz me ha abandonado por completo y no soy capaz de pronunciar palabra alguna. Él me suelta pero aún sigo sin poder recuperarme.

Veo a Tristan delante de mi, quitándose la sudadera negra que llevaba puesta y ofreciéndomela.

— No voy a ponerme tu sudadera — le aviso, pero lo único que recibo por su parte es una amplia sonrisa, acompañada de unos ojos en blanco.

— Cállate, Olivia — suelta, repitiendo mis antiguas palabras, y antes de que pueda hacer o decir algo más, él se acerca a mí con la sudadera aún en su mano y, sin previo aviso, la mete por encima de mi cabeza.

Sé que me ha despeinado por completo, que mi pelo está pegado a mi rostro y que esa sudadera me queda tan grande que casi parece ridículo, pero también sé que me estoy riendo, que estoy soltando una gran carcajada mientras meto mis dos brazos por las mangas.

Y también lo oigo reír.

Así que termino aspirando su perfume durante el resto del camino, sintiendo su mirada cada ciertos pasos. Noto mis mejillas ardiendo y él tiene la nariz colorada por el frío.

Llegamos a su casa y yo me siento bien en ella; su piso es el único sitio que no guardaba ningún recuerdo, que no estaba abarrotado de momentos ya vividos y perdidos. En su casa tan solo habíamos estado nuestras versiones actuales, las de ahora, y podía parecer una tontería pero, por un instante, se siente como si fuéramos dos personas conociéndose de nuevo. Sin embargo, quizás en un futuro, miraremos los ya recuerdos creados aquí, y lo haremos sintiendo la misma tristeza que ahora sentimos con los de años anteriores. Quizás Tristan y yo tan solo podamos vivir de los recuerdos.

— ¿Eso es marihuana? — le pregunto al fijarme en la bolsita verde que hay al lado de la televisión.

Los ojos de Tristan se abren demasiado durante un instante y después, se echa a reír mientras niega con la cabeza.

— El imbécil de Miles se la ha dejado — responde.

Le miro con cierta diversión y sé que he comenzado a sonreír.

— ¿Crees que a Miles le molestaría si cogemos un poco?

— ¿Quieres fumarte un porro ahora, Olivia? — pregunta, claramente sorprendido, pero también animado.

— No sé. ¿Por qué no?

— ¿Recuerdas como acabaste la última vez que fumaste? — y parece recordar que hemos pasado siete años separados, por lo que añade: — Conmigo, quiero decir.

— Esa fue la primera y última vez que fumé. Y sí, recuerdo que acabé vomitando con tan solo una calada — escucho la risa de Tristan, probablemente recordando aquella vez en la que acabé tan mal que pasé el resto de la noche con náuseas y creyendo que iba a morir — . Tenía diecisiete años. Estoy convencida de que ahora aguantaré más.

— ¿Llegarás a la segunda calada sin vomitar? — Se está riendo de mí pero no me importa porque yo también lo estoy haciendo — . En serio, ¿estás segura? — me pregunta antes de

coger la bolsa y yo simplemente asiento.

Ni si quiera sé por qué tengo tantas ganas de fumar ahora; puede que fuera un simple capricho que se había formado nada más ver aquella bolsa en el mueble. Pero él me sigue la corriente.

Y aunque en un principio me mareo un poco, de un momento a otro, mi cuerpo se ha relajado y me siento algo más ligera y extraña, como si todo lo que hubiera tras la puerta no importara. Tristan y yo estamos tumbados en el suelo, encima de la alfombra marrón que hay en la madera; nuestras cabezas están una junto a la otra pero nuestros cuerpos están situados de manera opuesta, formando los dos una línea recta. Vamos intercalando caladas; él me lo pasa a mi y luego yo se lo paso a él, expulsamos el humo por nuestros labios y nos reímos de cosas que, quizás no tienen tanta gracia, mientras que chocamos nuestras frentes cada cierto tiempo, sin saber muy bien por qué lo hacemos.

Está tan guapo que siento ganas de besarlo, pero sé que no voy a hacerlo porque, si lo besara, no me recuperaría nunca.

— ¿Sigues tatuando? No te lo he preguntado en todo este tiempo — y la música suena por todo el salón, desde el tocadiscos de mi padre, lo que quizás en otro momento me hubiera entristecido pero ahora me da cierta paz.

— De vez en cuando. En este pueblo es bastante difícil ganarse la vida con ello — responde y da otra calada. Él gira la cabeza y me mira — . ¿Tú sigues dibujando?

— De vez en cuando.

— Quizás debamos tener una de nuestras sesiones de dibujo.

Sonrío de inmediato. Nuestras sesiones de dibujo consistían en tardes enteras, casi siempre al aire libre, en nuestro campo de flores, con nuestros cuadernos, uno frente al otro. Siempre terminábamos con la mitad del cuaderno completo, a veces con dibujos absurdos que no merecían la pena.

Eran momentos simples. Bonitos. Llenos de magia. Y cuando algo ha sido tan perfecto, da miedo volver a repetirlo; me daba miedo que, al volver a hacerlo, la magia ya no estuviera allí. Que quizás ahora nuestros cuadernos siguieran en blanco durante horas.

A veces, hay que dejar las cosas como están. Pero, en mi caso, cuando se trata de Tristan, me resulta imposible. Así que, aún sonriendo, respondo:

— Me encantaría.

Una canción termina y otra comienza y nosotros seguimos fumando. He comenzado a tararear la melodía cuando oigo que Tristan vuelve a hablar.

— Nunca me has hablado de él — suelta y su voz parece diferente; más sería, más ronca, más triste, como si ni si quiera hubiera querido hacer esa pregunta en primer lugar y se hubiese obligado a ello.

Sin embargo, no consigo averiguar de que está hablando.

— ¿De quien? — pregunto.

— Del hombre con el que te vas a casar — suelta y siento una ligera presión en el pecho.

Joder.

Está hablando de Leo. Yo misma le dije que iba a casarme. Le mentí aquel día tan solo para hacerle daño, porque nunca pensé que volvería a estar tan cerca de él. Y ahora tengo dos opciones; o seguir con aquella mentira o simplemente decirle la verdad, por muy vergonzosa que ésta fuera.

Por un momento, contemplo la idea de mentirle. Quizás era lo más fácil.

— No sé... ¿cómo os conocisteis? — pregunta ante mi silencio — . ¿Estás enamorada de él?

Y entonces sé que, ante aquella pregunta, tan solo puedo decirle la verdad.

— Me lo inventé — respondo, mirando al techo, porque todo es tan humillante que no puedo mirarle a él — . No voy a casarme. Quiero decir, es cierto que me lo propusieron, fue Leo, un chico con el que estuve saliendo poco antes de venir aquí... pero yo le dije que no. Te dije eso tan solo porque quería hacerte daño.

Durante unos segundos, él no dice nada. Tan solo hay silencio. Y después, se echa a reír: noto como su cuerpo se sacude y sus carcajadas inundan el salón. No sé si se debe al efecto del porro o a lo que le acabo de decir, pero yo también acabo uniéndome a su risa, tampoco sin saber muy bien cual es el detonante de ésta. Y mientras nos reímos, siento notar en ambos un ligero alivio.

— Joder, Olivia, no puedo creer que te lo inventaras. Y sí, lo conseguiste; me dolió, ¿sabes? Me dolió tanto... — dice, pero él sigue riéndose — . Ahora tienes que contarme la historia, ¿de verdad le dijiste que no?

Le cuento todo. La pedida de mano en el restaurante. Su familia. Las miradas de todo el mundo. La manera en la que salí corriendo. Y él ríe y ríe, tal y como sabía que haría. Y yo río también con él, pidiéndole perdón una vez más a Leo en mi mente.

— ¿Cómo se le ocurrió pedirte matrimonio de esa forma? Está claro que no te conocía para nada — asegura, como si él si lo hiciese. Y quizás, así es.

— Ahora sé que nunca hubiese salido bien pero, durante un instante, pensé en decir que sí, ¿sabes? Pensé que si decía que sí... bueno, dejaría de estar sola, tendría una familia. Que quizás era la última oportunidad que tenía — vuelvo la cara hacía él, que ya me está mirando — . Pero, entonces... pensé en ti. Tu cara se me vino a la cabeza y no pude hacerlo. Salí corriendo.

Ni si quiera sé por qué he decidido decirle esto y tampoco sé que respuesta espero obtener por su parte, pero tenía que decírselo. Quería que lo supiera. Y ya es tarde para dar marcha atrás.

Tristan suelta un suspiro.

— No sé en que tipo de persona me convierte el decir esto pero... me alegro de que no vayas a casarte.

Con su dedo meñique busca el mío y cuando lo encuentra, lo entrelaza. Y sigue mirándome. Y yo también lo miro a él. Nuestras frentes casi se están tocando. Estamos tan cerca que tan solo haría falta un sutil movimiento para que nuestros labios se reencontrasen después de tanto tiempo.

— Yo también me alegro de no casarme.

Tras eso, lo noto; su mirada se ha dirigido a mi boca y nuestras narices se encuentran con la del otro. Sé que va a besarme y también sé que deseo que lo haga, que es lo que más deseo en estos momentos. Llevo años sin desear algo con tanta fuerza.

— ¿Estás a punto de besarme por qué vas colocado? — le pregunto, casi entre susurros.

— No, Olivia. Si estoy a punto de besarte es porque deseo hacerlo desde que te perdí

— responde, con la voz ronca.

Los latidos de mi corazón van tan rápido que temo que éste vaya a salirse de mi pecho y un agradable cosquilleo recorre cada parte de mi cuerpo que, de pronto, necesita al suyo más que nunca.

Quiero que me bese. Necesito que lo haga. Pero también me da miedo porque sé que, una vez que suceda, nada volverá a ser igual. Porque su beso podría ser lo que me reconstruya o me rompa por completo.

— ¿No crees que sea un error?

— No, no creo que sea un error — asegura.

Y entonces, lo beso. Soy yo quien lo hace. Soy yo quien acorta la distancia, la que junta sus labios con los míos, y él me recibe encantando; su lengua acaricia la mía de una manera suave y tierna. Es un beso lento y dulce, y con éste siento como si todas las partes rotas de mí ya no existieran, como si el dolor nunca hubiera estado presente en mi vida.

Besarle de nuevo me hace sentir viva.

Su mano acuna mi rostro y yo tan solo deseo vivir en este instante durante el resto de mis días porque, de esta forma, siento como si nada pudiese herirme, aún cuando quizás este beso sea lo que más daño acabe haciéndonos al final.

Porque no es solo un beso, es algo mucho más; es sentirme completa de nuevo, como si todo este tiempo tan solo hubiera sido la mitad de una persona que, por fin, ha encontrado esa gran parte que le faltaba. Estoy completa. Estoy en casa. Estoy feliz. Y, por una vez, no quiero que esta felicidad acabe.

Cuando nos separamos, aún con nuestros rostros juntos, él sonríe. Su sonrisa es tan amplia que parece iluminar toda la habitación. Y también ha iluminado una parte de mí.

— No, Olivia, esto no es un error. No puede serlo.

Quizás tiene razón. Quizás tan solo deseo que la tenga.

Una puerta se abre y una figura conocida entra al salón.

— ¿Estáis colocados? — pregunta Miles, mirándonos con una sonrisa — . ¿Sin mi?

Tanto Tristan como yo nos echamos a reír.

21

La clase de cocina con Joe resulta ir mucho mejor de lo esperado; él es un buen maestro y yo, aunque resulto algo lenta a la hora de aprender, siento que no lo hago del todo mal. Así que, cuando terminamos nuestro primer plato; unos raviolis rellenos con tantas cosas que ni logro recordar, Joe me regala una amplia sonrisa.

— No ha sido tan malo, ¿verdad?

— Bueno, se te da bien enseñar — le hago saber — . Pero tengo que admitir que ha sido mucho más divertido de lo que pensaba.

Él se ríe.

— Me alegra escuchar eso. Has sido la mejor alumna que he tenido.

— Seguro que he sido la única que has tenido — le suelto y, ante su expresión, sé que no estoy equivocada — . Mi padre se enfadaría tanto si me viera ahora cocinando. Con la de veces que él ha intentando enseñarme...

Una pequeña sonrisa se forma en mis labios. Es un recuerdo bonito a pesar de que el dolor de la pérdida se ha hecho presente en éste.

— ¿Era un buen cocinero? — me pregunta Joe, como si de verdad deseara saberlo.

Tardo unos segundos en responder.

— Quizás no lo fuera del todo. Quiero decir, para mi su comida era la mejor del mundo, pero es probable que no fuese tan bueno — admito al final, porque es cierto; él nunca había sido un cocinero profesional, tan solo cocinaba para mi madre y para mi y casi siempre hacía los mismos platos una y otra vez — . A veces echaba demasiada sal o picaban más de lo que deberían, aunque siempre serán mis favoritos.

Y no sé como ha surgido ni por qué pero, cuando me quiero dar cuenta, estoy contándole a Joe como mi padre nos preparaba el desayuno todos los fin de semanas, con la música inundando cada rincón de nuestra casa, y también le hablo de como se conocieron, de los libros que me enseñaron y de los momentos divertidos que pasaron junto a Tristan. Y en cada momento él me está escuchando, atento a todas y cada una de mis palabras; me pregunta cada cierto tiempo y sonrío en todo momento como si él también los hubiera conocido, como si él les guardara un especial cariño aún a pesar de nunca haberlos visto.

Es extraño pero esta vez no me duele hablar de ellos, al contrario; deseo no parar de hacerlo, deseo hacerle saber las magníficas personas que fueron, que pueda conocerlos a través de mi. Me gusta esta sensación como, si de alguna forma, yo fuera la guardiana de todos sus recuerdos, de sus memorias, y mi misión fuera mantenerlos a salvo y compartirlos con quien lo mereciera.

— Deberíamos repetir esto — dice él.

— ¿Te refieres a la clase de cocina o a la conversación donde tan solo termino hablando yo?

— Ambas — responde — . Me gusta cocinar contigo y también me gusta escucharte hablar.

Y cuando me dice aquello, tan solo puedo sentir un agradable calor por todo mi cuerpo, y me pregunto como podrían haber sido las cosas de haber encontrado antes a Joe. Quizás los años hubieran sido más fáciles, quizás el dolor habría sido más llevadero y la sensación de soledad no hubiera sido tan abrumadora

— ¿Crees que a los chicos les gustará la comida? — le pregunto.

— Pues claro. No es por ser presumido, pero hacemos un gran equipo — asegura, guiñándome un ojo con complicidad, y ambos cogemos los platos y nos dirigimos hacia la habitación donde Miles y Tristan ya se encuentran sentados, esperándonos. Sus cabezas se giran hacia nosotros cuando nos ven entrar y tengo que hacer un gran esfuerzo por no mirar de vuelta a Tristan pues estoy convencida de que, si mis ojos se encontraran con los suyos, las piernas me fallarían hasta el punto de tirar toda la comida al suelo.

Pero, cuando paso por su lado, no puedo evitarlo. Y lo miro y él me mira a mi y tan solo por la forma en lo que lo hace, sé que está pensando en el beso de anoche de la misma manera en la que yo no he podido parar de hacerlo.

A lo lejos escucho como Miles habla, algo relacionado con lo bien que huele todo, pero yo tan solo estoy pendiente de Tristan y sus labios. Ahora que me he sentado en frente de él, comienza a golpear mi pie con el suyo por debajo de la mesa, y creo que quiero volver a besarlo. Lo haría ahora mismo.

Sus ojos se posan en mi boca. Y toda mi piel se eriza. Me gustaría poder ser capaz de leer su mente, de saber que está pensando ahora mismo al mirarme.

Comenzamos a comer; ambos elogian la comida y sé que no están exagerando pues yo misma estoy disfrutando de cada bocado. Supongo que es sobre todo gracias a Joe y sus conocimientos; yo no había hecho mucho más que pelar verduras y hacer todo lo que él pedía pero, aún así, me siento orgullosa al ver como engullen hasta el último pedazo que hay en sus platos.

— Joe, ¿sabías que ayer Tristan y Olivia estaban colocados? — suelta Miles y yo abro los ojos con sorpresa, al mismo tiempo que siento la vergüenza acumulándose en mis ya coloradas mejillas.

Lo único que hace Joe es reírse.

— ¡No te rías , Joe! — se queja Miles, fingiendo seriedad — . ¿No te parece una vergüenza?

— Oye, que la marihuana era tuya — nos defiende Tristan, poniendo los ojos en blanco, pero divertido — . Además, te uniste a nosotros nada más vernos. No vayas de digno ahora.

Seguimos hablando durante el resto de la comida. Al final, tanto Tristan como Miles acaban repitiendo plato y yo me río tanto durante la hora que estoy con ellos que, cuando llego a casa, siento como me duelen las mejillas.

22

Anne ni si quiera parece sorprendida cuando termino de hablar.

— ¿Por qué parece que te lo esperabas?

— Pues porque me lo esperaba, Olivia — responde y veo que está sonriendo — . Quiero decir, creo que era cuestión de tiempo. Estaba claro que tú y Tristan volveríais a estar juntos.

— No estamos juntos, Anne. Tan solo nos hemos besado.

— Pero quieres besarlo otra vez, ¿verdad? — y no soy capaz de responderla. Lo cierto es que no he podido parar de pensar en otra cosa que no sea Tristan y sus labios.

Ella se echa a reír ante mi silencio.

— Ni si quiera sé por qué te cuento todo esto.

— Porque soy tu mejor amiga — asegura, sin ningún tipo de duda, y quizás unas semanas atrás hubiera pensado que aquello no era cierto pero ahora, mirando a Anne, recordando como he deseado contarle lo ocurrido con Tristan, como he estado esperando escuchar su consejo y simplemente sentir su apoyo... me doy cuenta de que estaba equivocada.

Supongo que ella sigue siendo mi amiga.

— Sí, tienes razón — respondo al final, siendo totalmente sincera, y veo como su mirada se ha iluminado un poco.

Hemos ido a tomar un café a la cafetería que visitábamos de adolescentes, cuando salíamos del instituto y tan solo queríamos alargar más el tiempo juntas, y está prácticamente igual.

Hablamos un poco de todo; de su boda y los preparativos que la tienen desquiciada, de la tienda, de Tristan, y de mis planes, los cuales aún sigo sin tener muy claros.

— A mi me gustaría que te quedaras aquí — dice y no es la primera vez que lo hace.

— No es tan sencillo, Anne.

— ¿Por qué no? Me dijiste que te habían echado del trabajo y aquí tienes tu casa, no tienes por qué venderla. Además, encontrarías otro empleo rápido... aquí todo el mundo de te conoce.

Tiene razón. Sé que la tiene... y quiero quedarme. Hacía semanas que no pensaba en mi vida en la ciudad, tan solo en mi tía, y no echaba de menos nada de lo que tenía allí. Sentía como si mi vida estuviera aquí, en este pueblo, con toda esta gente.

Pero quizás me estoy equivocando. Quizás tan solo estoy cometiendo un terrible error porque, una vez más, sigo viviendo de los recuerdos del pasado.

— Bueno, tampoco quiero agobiarte con esto. Tienes tiempo de sobra para decidir y, sea la decisión que sea, espero que podamos seguir siendo como ahora. No me gustaría que te fueras y volvieras a desaparecer.

Siento un ligero golpe en el pecho al pensar, una vez más, en la manera en la que hice las cosas. Si pudiera volver atrás en el tiempo cambiaría aquello, creo que intentaría hacer las cosas mejor.

— No va a volver a ocurrir.

— ¿Lo prometes? — pregunta, con los ojos entrecerrados, casi de manera amenazante y no puedo evitar sonreír.

— Te lo prometo.

De camino a casa, pienso en ir a ver a Tristan; lo he visto a medio día con los demás, cuando he ido al restaurante a comer, pero lo cierto es que me apetece estar un rato a solas con él. Me pregunto si vendrá a verme esta noche pues, aunque no lo hemos planeado, se ha despedido diciéndome que luego nos veríamos.

Así que vuelvo a pensar en el beso y en si volverá a repetirse. Sus labios eran como una especie de antiguo hogar; ese lugar que, aunque ya no me pertenecía, seguía siendo donde me sentía realmente segura, a salvo.

Y estoy cerca de cruzar el puente cuando alguien aparece por el lado izquierdo de la calle, acercándose a mi.

Marc.

Me pongo tensa enseguida; hablar con él es lo último que me apetece hacer, mucho menos después de lo que hizo aquel día en el que me abrazó en frente de Tristan. Sé que Marc no ha cambiado, que sigue siendo la misma persona de antes, esa que tanto rechazo me generaba.

Y por desgracia, parece estar empeñado en alcanzarme.

Miro a mi alrededor, buscando así una excusa para huir, pero todo está vacío. Esta parte del pueblo siempre suele ser bastante solitaria... y no es que me de miedo Marc, pero tampoco me gusta estar cerca de él.

— Sigues por aquí — dice una vez que se encuentra cerca — . Me dijiste que no te quedarías mucho tiempo.

Parece como si me lo estuviera reprochando, así que estoy a punto de decirle que tampoco le debo explicación alguna, pero decido no hacerlo pues tan solo quiero que el encuentro acabe lo antes posible.

— Bueno, hubo un cambio de planes.

Él sonríe, pero no es una sonrisa bonita.

— Ibas de camino a casa, ¿no?

— Sí.

Una vez más me mira y sonríe, pero no consigo ver nada agradable en él ni en su expresión.

— Ya he visto que has estado con Tristan. Parecéis llevaros muy bien de nuevo — que

mencione a Tristan no me sorprende pues, de alguna forma, siempre ha parecido tener una especie de obsesión con él. Sin embargo, que pronuncie su nombre hace que me ponga aún más tensa y ante mi silencio, vuelve a hablar — . No pensé que volverías a hablar con él después de lo que te hizo. Al parecer, perdonas muy pronto.

— Tú me mentiste — suelto entonces, entre dientes — . Dijiste que se fue con otra chica y era mentira. Me hiciste creer algo que nunca fue verdad y después de todo lo que sucedió, nunca se te ocurrió decirme lo que pasó con él. Dejaste que creyese algo que no era durante años.

Quizás hay muchos culpables en lo que ocurrió entre Tristan y yo. Quizás tanto él como yo lo somos, por resignarnos tan rápido, por no haber luchado más. Pero ahora sé que Marc es uno de los principales causantes de todo y no puedo evitar odiarlo por ello.

Es por eso por lo que ya apenas soporto ver su cara.

— ¿Ahora soy yo el malo de la historia? Ese loco casi mata a mi padre.

Me quedo en silencio y él me mira fijamente, como si estuviera tratando de leer mis pensamientos. Y parece conseguirlo porque, entonces, dice:

— No ves mal lo que hizo, ¿no?

— Yo no he dicho eso — respondo, sin apartar la mirada. No quiero que vea que su presencia me incomoda, pero lo cierto es que estoy deseando salir de aquí.

— No, pero lo noto. Para ti, él no hizo nada malo.

— Tu padre nunca hizo nada bueno tampoco. Eso es lo que yo sé.

Él se acerca con aspecto amenazante y yo doy un paso hacia atrás, pero sin dejar de mirarlo, pues quiero estar atenta a todos y cada uno de sus pasos.

— Lo único en lo que se equivocó fue en acogerle en nuestra casa desde el principio.

— Y lo único malo que hizo Tristan fue no haber destrozado la cara de tu padre mucho antes

— suelto y me sorprendo de lo que acabo de decir. Ni si quiera lo he pensado pero, ahora que lo he dejado salir, sé que no me arrepiento.

Aunque quizás debería haberme quedado callada.

Noto que a Marc también le han sorprendido y, al mismo tiempo, enfadado mis palabras. Me está mirando de una manera dura, como si fuese capaz de asesinarme con la mirada. En este momento, se parece bastante a su padre... lo que no es, para nada, algo bueno.

Vuelve a dar un paso hacia mí y yo doy otro hacia atrás.

— Creo que me equivoqué contigo. Siempre pensé que eras alguien que merecía la pena, pero ahora me doy cuenta de que no. Eres igual que él... es asqueroso.

No sé de donde saco la valentía para decir:

— Bueno, yo nunca me equivoqué con vosotros. Siempre supe que eráis dos personas horribles.

Y sí, Marc, me alegro de lo que Tristan le hizo al cabrón de tu padre. Ojalá haber estado presente para haberlo visto con mis propios ojos.

Y tras eso, todo pasa muy rápido; tan solo un segundo después, el ha sujetado con fuerza mi brazo, clavando sus dedos en mi piel con tanta fuerza que siento un intenso dolor. Sus ojos están muy abiertos mientras me mira y su rostro está tan cerca del mío que me horroriza.

— ¿Qué estás haciendo? — le pregunto, intentando alejarme pero sin éxito, pues él sigue soltarme — . Para ya, Marc, me estás haciendo daño

— ¿Y tú no me has hecho daño a mí con tus palabras?

— Tan solo te he dicho la verdad.

Sonríe un poco, pero con esa maldad que le caracteriza

— Siempre entendí el por qué nadie aquí quería a tus padres; eran tan raros, viviendo en esa casa alejada de todos, siempre con su escandalosa música y con esa ropa tan extravagante. Y me pregunto que pensarán de ti al verte ahora, al ver que estás tan... destruida. Mirarte da lastima, Olivia. Eres ese tipo de persona en el que nadie querría convertirse.

Quiero que no me afecten sus palabras. Sé que no debería importarme lo que pensara sobre mí alguien como Marc, alguien que me importa tan poco... pero lo cierto es que me duele, quizás porque yo misma he pensado todo eso antes.

Vuelvo a tirar de mi brazo y esta vez él me suelta, satisfecho, como si por fin hubiera logrado su objetivo.

— No vuelvas a hablar de mis padres.

— Tan solo te he dicho la verdad.

Lo peor es que siento que tiene razón y sé que debo irme rápido de aquí o me echaré a llorar. Y llorar delante de Marc sería lo último que haría.

— No te acerques a mí nunca más — logro musitar, pero mi voz suena tan débil que, más que una amenaza, parece una súplica de niña pequeña.

Cuando comienzo a andar, temo que él vaya a venir detrás, pero no lo hace.

Y cuando llego a casa, veo a Tristan en la puerta, lo que hace que todo sea aun peor. Su ceño se frunce al verme y se acerca a mí, sin quitarme la mirada.

— ¿Qué te pasa? — pregunta y una vez más, odio que me conozca tan bien; porque él es la única persona en el mundo que es capaz de saber que algo está mal con tan solo mirarme. Con él no sirve de nada tratar de disimular.

— ¿Por qué me preguntas eso?

— Siempre he sabido cuando te pasa algo

Tiene razón y no sé por qué eso me pone tan triste.

— ¿Puedo preguntarte una cosa? — suelto de repente, lo que parece sorprenderle.

— Lo que quieras — responde, como si estuviera dispuesto a concederme cualquier cosa que le pidiera.

— ¿Qué pensaste cuando me viste de nuevo? — No entiendo la razón por la que mi corazón ha comenzado a latir tan rápido, al igual que tampoco logro comprender el por qué le estoy preguntando todo esto — . Ahora, cuando me ves, ¿qué es lo que piensas de mí? ¿Qué clase de chica ves?

Tristan parece más confundido que nunca; sigue con la frente arrugada, sin quitarme los ojos de encima.

— ¿Por qué me preguntas esto, Olivia?

— ¿Piensas que soy alguien que merece la pena? — insisto, ignorando su pregunta — . ¿Te estás portando bien conmigo tan solo porque te doy lastima?

— No sé por qué estás diciendo estas cosas.

Ni yo misma lo sé pero, en realidad, tampoco quiero saber ninguna de sus respuestas.

— Déjalo — musito, dándome media vuelta para así entrar en casa. Supongo que él me seguirá y deseo que lo haga pero, por otra parte, también me gustaría estar sola para hacerme aún más daño con mis pensamientos.

Y justo en ese momento, escucho la voz de Tristan hablar a mis espaldas.

— Cuando te miro, tan solo sé que nunca quiero dejar de hacerlo. Te miro y en un primer momento pienso que eres la persona más preciosa que he visto nunca pero, después, cuando te sigo mirando, veo todo lo demás, todas las cosas buenas que hay en ti... y entonces, me doy cuenta de que nunca conoceré a alguien como tú — suelta y su voz suena firme mientras me sigue mirando — . Estoy contigo, no porque me des lástima, sino porque lo necesito, Olivia, porque yo soy el que daría lastima si no estuvieras. Puedes creer que yo soy el que, de algún modo, te está ayudando... pero lo cierto es que tú eres la que me está ayudando a mí. No sé como lo haces, pero siempre apareces para salvarme. Y desde que has vuelto, has mejorado todo.

Creo que no soy capaz de respirar; sus palabras me han dejado completamente sin aliento. Tan solo soy capaz de mirarlo y centrarme en sus ojos, en la sinceridad que veo tras éstos.

— Tristan...

— Cuando te vi por primera vez me enfadé muchísimo; porque te vi tan triste que tan solo pude enfurecerme con el mundo por haberte hecho pasar por todo esto. No vi a alguien que diera lástima, Olivia, vi a una persona fuerte que ha tenido que superar cosas que no merecía. Y ahora, cuando te sigo mirando, tan solo puedo pensar en lo mucho que te admiro.

Nadie nunca me había dicho algo tan bonito y no creo que nadie nunca vuelva a hacerlo.

— No creo que debas admirarme.

— Voy a seguir haciéndolo quieras o no.

— Pero soy un desastre, Tristan.

— No para mi — responde, dando un paso hacia mi. Está cerca, no lo suficiente como para tocarme, pero si como para hacerme sentir menos sola — . ¿Qué ha pasado, Olivia? Sabes que puedes contarme cualquier cosa.

Su voz suena dulce y amable, llena de preocupación, y aunque en un principio me quedo callada, no queriendo contarle lo ocurrido, al final, acabo haciéndolo.

— Me he encontrado con Marc al venir aquí — su rostro cambia de repente y puedo ver cierta ira en éste.

— ¿Qué? — pregunta, casi en un murmullo, como si se hubiera quedado sin voz.

— Él... sigue siendo una persona horrible — digo, tratando de reír un poco, intentando así quitarle seriedad a lo ocurrido pero supongo que no lo consigo.

— ¿Te ha hecho algo? — y aprieta la mandíbula con tanta fuerza que todas las facciones de su rostro serio se endurecen. Niego con la cabeza, pero su mirada va hacia mi brazo, en el cual aún quedan los rastros de los dedos de Marc — . ¿Te ha hecho él esto?

Tristan parece estar a punto de perder el control; los orificios de su nariz están abiertos y hay tanto fuego en su mirada que creo que sería capaz de incendiar todo a su alrededor. No recuerdo haberlo visto así nunca.

— No ha pasado nada, Tristan — respondo con rapidez pero él sigue sin calmarse — . Me ha dicho algunas cosas. Nada más.

— ¿Qué es lo que te ha dicho?

— Tonterías.

— ¿Qué te ha dicho, Olivia? — insiste y sé que no dejara de hacerlo hasta que se le cuente.

Así que lo hago pero sé que no debería haberlo hecho, que ni si quiera tendría que haberle contado nuestro encuentro. Porque él no se tranquiliza, sino que luce cada vez más y más enfadado.

— Nada de lo que te ha dicho es verdad — dice, mirándome muy serio, casi como si le enfadara más el hecho de que yo pudiera creer todo aquello — . Lo sabes, ¿verdad?

Pero no contesto, quizás porque no lo tengo tan claro.

— Olivia, no es verdad — repite y esta vez se acerca aún más a mi. Después, coge mi rostro con sus dos grandes manos, obligándome así a mirarle también.

— No me importa lo que Marc diga sobre mi — y sé que es verdad — . Pero... no sé por qué me ha afectado tanto.

Tristan sigue mirándome, aún sin soltar mi rostro, y al tenerlo tan cerca creo notar cierta

oscuridad en su mirada; su cuerpo parece más tenso que nunca y sigue apretando su mandíbula con tanta fuerza que temo que vaya a romperse los dientes.

Unos segundos después, me suelta.

— Quédate aquí — me dice y comienza a caminar. Avanza tan rápido que tengo que correr detrás de él para alcanzarlo.

— ¿Dónde vas? — le pregunto, pero no parece escucharme o, quizás, tan solo ha decidido ignorarme — . Tristan, ¿qué vas a hacer?

— No va a volver a acercarse a ti — responde, pero sigue sin mirarme, sigue sin parar.

No hace falta que me diga donde va, porque yo ya lo sé; y son demasiadas las imágenes que se me vienen a la cabeza, los escenarios donde todo puede acabar de la peor manera posible.

— No lo hagas — y no sé como consigo ponerme delante de él, pero lo logro, y él no tiene más remedio que pararse.

— Olivia, te ha hecho daño, te ha dicho cosas horribles y tu maldito brazo está rojo — suelta, apretando los dientes — . Voy a destrozar su cara de la misma forma que destrocé la de su padre.

Un escalofrío recorre todo mi cuerpo y noto como, durante un momento, el miedo me paraliza; no por lo que pueda hacerle a Marc, sino por lo que pueda pasarle a él.

Simplemente, no puedo permitirlo.

— No vuelvas a arruinar la vida por su culpa, Tristan. Y tampoco lo hagas por mi — le pido, casi en un murmullo. — . Tan solo quédate conmigo ahora. Por favor.

Creo que va a decir que no. Estoy preparada para que lo haga... pero, de un momento a otro, su cuerpo se relaja. Aún sigue respirando con cierta fuerza y la tensión en su rostro sigue ahí, pero él no deja de mirarme y según van pasando los segundos, veo como sus ojos van suavizándose; el fuego sigue presente, pero quiero creer que estoy consiguiendo apagarlo, aunque tan solo sea un poco, aunque tan solo sea para evitar el incendio que está a punto de venir.

Después, suelta un suspiro cansado.

— Si vuelve a acercarse a ti...

— No necesito que me defiendas, Tristan — le corto, pero me hace sentir bien que siga preocupándose por mi.

— Sé que no lo necesitas pero lo haré.

Entrelazo sus dedos con los míos y es un gesto que me sale tan natural, que ni si quiera me paro a pensar en ello. Sujetar su mano seguía siendo una de las mejores sensaciones del mundo.

— Vamos dentro — musito y ambos comenzamos a caminar de nuevo hacía la entrada de mi casa, aunque casi parece como si yo le estuviera guiando al interior, como si tan solo tratara de hacer que entrara para que, de ese modo, estuviéramos seguros.

Es entonces, cuando lo escucho decir:

— Mereces la pena. Todo lo que tenga que ver contigo siempre merecerá la pena.

Y tras eso, envuelve su brazo alrededor de mis hombros y me atrae un poco hacía él.

23

Cada vez hace más frío en Valenia así que ahora llevo jerséis a todos lados. Ahora me he puesto uno rojo que compré el otro día en la tienda de Anne y es tan suave y calentito que me hace sentir bien.

Cuando me asomo a la ventana, el cielo está nublado y recuerdo como mi madre siempre decía que este tipo de días le ponían triste. Necesitaba el sol para así sentirse mejor, como las flores, y a mi me pasaba lo mismo; los días grises siempre me hacen sentir un poco peor... sin embargo, hoy no me siento mal. Creo que hace tiempo que no me siento tan bien. Aunque quizás *bien* no sea la palabra adecuada, quizás ya nunca conseguiré sentirme de ese modo otra vez... pero me siento en paz y tranquila.

Puede que el hecho de que Tristan vaya a venir a buscarme en unos minutos tenga algo que ver.

O puede que sean las lecciones de cocina con Joe, a quien veré más tarde.

O que Miles ha prometido enseñarme a montar en bicicleta después de que el otro día se riera de mí al descubrir que nunca llegué a aprender.

Además, estoy comiendo el último trozo de tarta de zanahoria que Rita hizo para mí.

Minutos después, escucho como llaman a la puerta y una sonrisa se forma en mis labios, de manera inconsciente. Cuando me encuentro con él, veo que se queda mirándome un par de segundos. Siempre hace esto, siempre me mira durante un rato antes de decirme cualquier cosa.

— Estás guapa — dice, a modo de saludo — . El rojo te queda muy bien.

— Me dijiste lo mismo del verde el otro día y del marrón.

— Eso es porque todos los colores te quedan bien, Olivia.

Cuando salimos de casa, siento un escalofrío recorrer todo mi cuerpo y temo no haberme abrigado lo suficiente.

— No recordaba que hiciera tanto frío — me quejo, abrazándome el cuerpo.

— Bueno, ya estamos en diciembre — y entonces, me mira — . ¿Estarás aquí en navidad?

No tengo ni idea porque, en realidad, ni si quiera he sido del todo consciente del paso de los días. No podía creer que llevara aquí dos meses.

— No lo sé — respondo al final — . Hace años que no celebro la navidad.

— Siempre fue tu fiesta favorita.

— Y tú siempre la odiaste.

— Tú hiciste que me gustara — veo como sonrío un poco, de manera nostálgica — . Esas dos navidades que pasé con vosotros en vuestra casa fueron las mejores de toda mi vida. De verdad.

También fueron las mías.

Mi padre preparó la cena, mi madre eligió la música y Tristan se presentó en casa con unos dulces que había comprado en nuestra pastelería favorita. Más tarde, cada uno intercambió sus regalos, los cuales solían ser libros, discos de música, o libretas para dibujar. Después, simplemente, disfrutábamos del resto de la noche hasta que mis padres decidían irse a dormir y Tristan y yo dábamos un paseo hasta que amanecía.

Era todo tan simple y, aún así, tan perfecto.

— Deberías quedarte aquí y pasar la navidad con nosotros — me propone cuando entramos en el coche y lo primero que él hace es poner la calefacción — . Joe siempre hace mucha comida, Miles se escaquea de todas las tareas y Rita se emborracha después de beber una copa... lo cual resulta siendo bastante gracioso.

— **Suena bien** — respondo, sonriendo, y es cierto. Puedo verme a mi misma disfrutando de esa noche — . ¿Ellos no pasan la navidad con sus familias?

Creo ver una pequeña mueca en su rostro y entonces me doy cuenta de que, en realidad, no sé mucho sobre sus vidas. Los tres vivían aquí, en un pequeño pueblo donde ni si quiera habían nacido y no parecían tener a nadie más. Mentiría si dijera que no me gustaría saber el porqué.

— Nosotros ya somos una familia — me asegura — . No hace falta que compartamos sangre para que así sea. De hecho, creo que es mejor así, pues éstas son personas que tú has elegido y no alguien con quien te sientes atado tan solo por tener los mismos apellidos

Me quedo unos segundos en silencio, pensando en lo que me ha dicho. Nunca había considerado la posibilidad de crear tu propia familia, de elegir a las personas que querías que formaran parte de tu vida. Había tenido a mis padres, supongo que había sido lo suficientemente afortunada por ello, y todos los amigos que tuve una vez habían estado conmigo desde la infancia, por lo que no los había elegido como tal.

Pero entiendo lo que me está queriendo decir y me parece bonito. Me pregunto si algún día yo también podré hacerlo.

— Supongo que tienes razón.

Vuelve a mirarme y lo hace con tanta sinceridad y cariño que sé que, diga lo que diga, va a provocar algo en mí. Algo bonito.

— Y tú también eres mi familia, Olivia. Te elegí hace años y te sigo eligiendo.

Hace unos meses, habría creído que solo tenía a mi tía y que simplemente la tenía porque se sentía en deuda con mis padres, porque ellos habían muerto y ella era la única que quedaba para cuidarme. Y lo hizo, de verdad que se esforzó por darme amor, por hacerme sentir menos sola... pero yo no se lo permití, rechazando siempre sus intentos. Es por eso por lo que me mudé lo más rápido posible, para quitarle esa carga de encima.

Así que, durante años estuve convencida de que no tenía a nadie, de que ya no habría una familia

para mi. No sentía que quedara nadie en el mundo que pudiera quererme y tampoco creía que yo podría llegar a querer a alguien del mismo modo que una vez hice.

Creí que el amor era algo que yo ya había experimentado pero que nunca más volvería a sentir.

Pero ahora siento que eso no es verdad; porque Tristan me ha hecho sentir en casa desde que me permití acercarme a él y cuando estoy a su lado, siento que vuelvo a pertenecer a un sitio, que vuelvo a tener un hogar.

Quizás él sea lo más cercano que tengo a un hogar. Quizás tu hogar no era tan solo un lugar, sino que también podía serlo una persona, esos brazos con la que te sentías a salvo.

— Tú también eres mi familia — musito, esperando que sepa lo mucho que eso significa para mi.

Y oír aquello parece hacerlo feliz pues su rostro se ilumina al igual que el de un niño.

*

Miles está tan serio mientras habla que no puedo evitar echarme a reír pues parece estar explicándome algo mucho más importante y complicado que una simple lección de bicicleta.

— Te ríes pero eres tú la que tiene veinticinco años y no sabe montar en bicicleta — se defiende y yo vuelvo a reír.

— Oye, no te metas conmigo — me defiende e intento sonar indignada pero no soy capaz — . No quiero caerme, Miles.

— Tienes que caerte, es parte del proceso — responde y sigue luciendo demasiado serio, lo que me hace reprimir una nueva sonrisa. Me parece gracioso y, al mismo tiempo, bonito que se esté tomando tan en serio esto, que se haya propuesto enseñarme y no vaya a moverse hasta que lo consiga.

Así que me caigo, lo hago varias veces, pero me río de todas formas y Miles viene a ayudarme cada vez que termino en el suelo, asegurándose de que esté bien y cuando lo verifica, su escandalosa risa bombardea mis oídos. Estamos de esta forma durante un buen rato y a pesar de que termino con las rodillas raspadas y sangrando, me siento tan feliz que no me importa para nada.

Cuando por fin consigo mantenerme en la bicicleta sin ningún tipo de ayuda, ya ha anochecido.

— Tristan va a matarme cuando vea que estás sangrando — dice de camino a casa. Ambos llevamos la bicicleta mientras caminamos.

— Es un rasguño sin importancia — le aseguro, porque ni si quiera me duele — . Además, caerse es parte del proceso, ¿no?

Él sonríe al ver que he citado sus propias palabras.

— Supongo que podemos sacar un aprendizaje de todo esto; como que si nunca sangras nunca vas a aprender o que, por mucho que te caigas, siempre encontrarás la manera de levantarte.

— No sabía que una simple lección de bicicleta podía dar para tanto — me burlo pero lo cierto es que me gusta lo que acaba de decir.

Miles vuelve a reír y después, me mira.

— Me lo he pasado muy bien, Olivia — y cuando me giro para devolverle la mirada, me doy cuenta del cariño que le he cogido en tan poco tiempo. Su rostro, siempre tan lleno de vida y alegre, se ha convertido en uno de mis favoritos — . Tristan no mentía sobre ti.

— ¿Sobre que? — le pregunto porque la curiosidad puede conmigo y porque, de vez en cuando, es agradable escuchar cosas buenas sobre una misma.

— Bueno, decía muchas cosas; tendría que estar toda la noche para enumerarte la mitad de ellas — bromea — . Pero recuerdo que él siempre me contaba como tú hacías que todo fuera mejor. Decía que tu presencia hacía que cada situación fuera más fácil.

No creo que sea cierto. De hecho, en los últimos años, diría que mi simple presencia hacía que todo fuera mucho más triste para los demás, como si cargara sobre mis hombros una mala energía que todos podían notar.

Pero no voy a contradecir a Miles.

— ¿Crees que podría pasar la navidad con vosotros? — le pregunto entonces, cambiando totalmente de tema — . Tristan me ha invitado pero me gustaría saber primero si vosotros estaríais de acuerdo.

Miles se para en seco, mirándome como si se me hubiera ido la cabeza.

— ¿Estás de broma, Olivia? Por supuesto que nos gustaría. Nos encantaría — responde — . De hecho, Joe ya contaba contigo. Y Rita dijo que va a preparar la tarta esa que tanto te gusta.

Me hace tan feliz escuchar eso que no puedo reprimir la sonrisa que se forma en mis labios.

— Bueno, pues tienes que saber que yo no soy una persona con espíritu navideño.

— Yo tampoco lo soy. Mis navidades antes siempre acababan con alguien sangrando o llorando — me cuenta. Miles tiene esa cosa de contar parte de sus traumas como si no fueran gran cosa, como si apenas le importaran.

— ¿Puedo preguntarte que pasó con tu familia? — y nada más hablar, deseo haberme quedado callada. No quiero que piense que soy una entrometida — . Aunque no tienes que contármelo si no quieres. Ni si quiera debería haber hablado.

— Olivia, no pasa nada — interrumpe, sonriendo — . Mi familia es un desastre, no me importa que lo sepas. Crecí en un barrio complicado y mis padres ni si quiera se quieren a si mismos, así que mucho menos se van a querer entre ellos o a mí. Cuando entré en la cárcel, en cierto modo, sentí que por fin había escapado de ese ambiente, ¿sabes? Y después conocí a Tristan y las cosas fueron mejorando. Venir a este pueblo fue lo mejor que me pasó.

— ¿No hablas con tus padres?

— Hace años que no sé nada de ellos.

Es algo que, simplemente, no puedo concebir. Me parece horrible.

— ¿Y no te entristece? Quiero decir... ¿no los echas de menos?

— Lo que me entristece es no haber crecido en una familia mejor, pero no puedo echarlos de menos — . De nuevo, ha hablado como si estuviera contando una simple historia más pero, por la manera en la que ha bajado la mirada al suelo, sé que le duele. Sería imposible que no fuera así — . Soy consciente de que es algo cruel que alguien no quiera saber nada de sus padres pero... hay padres que no se lo merecen. Es simple.

Y tiene razón; supongo que no todo el mundo tiene la suerte de crecer en una familia en la que el amor es lo más importante. No tienes por qué permanecer junto a unas personas que nunca te han traído nada bueno, por mucho que cueste dejarlos ir, por mucho que la sangre os una.

— No creo que sea cruel. — Yo misma no entendía como Tristan podía seguir hablando con su madre después de todo; él la había perdonado, o al menos, lo intentaba, mientras que Miles no. Y ambas decisiones eran válidas — . Te merecías unos padres mejores.

— Y tú te merecías poder disfrutar de los tuyos — musita y entonces me mira con una media y triste sonrisa, a lo que yo le respondo de vuelta con otra. Es la primera vez que hablo con Miles de esta forma, dejando aparte las bromas, de una manera más seria y sentimental, y me siento demasiado cómoda a su lado. Me gusta ambas versiones de él; la más despreocupada y divertida, como la sensible y un poco más triste — . Ahora que has aprendido a montar en bicicleta, quizás podamos dar unos paseos de vez en cuando.

Sé que es su manera de pedir que pasemos más tiempo juntos y sonrío de una manera tan abierta que no me importa que piense que se me ha ido la cabeza.

— Me encantaría, Miles.

— Y quizás, después, podamos fumar un poco de maría — añade, con una mirada traviesa, alzando ambas cejas con diversión.

— ¡Yo no fumo! Solo fue una vez — le hago saber y golpeo su hombro con mi puño haciendo que él dramatice su reacción.

Después, dice:

— ¿Y el beso que os distéis Tristan y tú también fue cosa de una vez? — creo que le divierte aún más el ver como mis mejillas se han vuelto rojas.

Está disfrutando con esto.

Y yo estoy disfrutando con él.

— Ay, cállate.

Seguimos caminando entre risas.

24

Últimamente, Anne habla más de su boda. La fecha se va a acercando y yo parezco tener cada vez más claro que voy a acabar acudiendo. Antes me hubiera parecido algo impensable, pero ahora creo que incluso me hace algo de ilusión.

Y estoy de nuevo en el bar de Ross, con Anne, Layla y Esther y las cosas ya no me parecen tan raras como en un principio. Es cierto que cada vez veo más diferencias en ellos pero resulta bonito el ver como, a pesar de todo, siguen siendo las personas que una vez quise en mi vida y que, quizás, sigo queriendo ahora.

— La verdad es que no sé por qué estás tan nerviosa — se queja Esther después de que Anne vuelva, quizás por décima vez en la noche, a hablar del número de invitados.

— Planear una boda no es algo fácil — responde.

— Bueno, tú haces que sea aún más difícil — gruñe Ross, poniendo los ojos en blanco.

— Tan solo quiero que sea un día perfecto para David. Quiero que lo tenga todo.

— David ya es feliz con tenerte a ti, Anne — dice Layla, con tono amable — . Da igual como sea la boda, vosotros ya sois la pareja perfecta y eso no va a cambiar.

Siento un ligero pinchazo en el pecho. No puedo evitarlo. Y tampoco puedo evitar esa amargura que recorre mi cuerpo con velocidad llenándolo, durante un momento, de veneno. Años atrás, todos habían pensado que Tristan y yo éramos la pareja perfecta... ahora, supongo que ya nadie lo creía.

— ¿Te apetece salir a fumar? — me pregunta entonces Ross y yo tardo un par de segundos en responderle. Sería la primera vez que estaría con él a solas, lo que me parecía algo incómodo, pues no habíamos hablado demasiado.

Pero tampoco quiero rechazarlo así que acabo asintiendo y ambos nos marchamos hacia la salida

— Creo que si sigo escuchando a Anne hablar de su boda, voy a volverme loco. Ya se de que color van a ser las flores, como estarán bordados los manteles y los sabores de la tarta

Me río un poco ante la cara que pone; lo cierto es que Ross siempre ha sido muy gracioso. No había ni un solo día en el que no me hiciera reír. Era un poco parecido a Miles; personas que simplemente tenían luz, que traían alegría a todas partes.

— Está nerviosa. Supongo que es normal, ¿no?

— No lo sé, nunca he tenido que organizar una boda y espero que nunca suceda.

— Bueno, a los hombres suele daros todo bastante igual — le reprocho, lo que hace que él se encoja de hombros, casi con inocencia, y yo vuelvo a sonreír.

Entonces, él me pregunta:

— Así que al final vas a quedarte, ¿no?

Todo el mundo parece querer saberlo pero yo sigo sin saber la respuesta.

- Quiero pasar las navidades aquí — contesto, pensando en la cena a la que ya he sido invitada.
- . Después... supongo que lo iré viendo.
- Todo fue una mierda cuando te fuiste — murmura, pegando una pequeña calada a su cigarro
- . Nunca tuve la oportunidad de decírtelo pero siento mucho lo que pasó con tus padres. De verdad.

Ross no estuvo esa semana en la que todo ocurrió. Se había ido a pasar la temporada con su padre, quien vivía en otra ciudad. Cuando volvió, yo ya me había ido. Y que me diga esto ahora, que parezca tan sincero y dolido, me emociona.

- Gracias — le respondo, esbozando una pequeña sonrisa, porque se lo agradezco.
- Me hubiese gustado estar en esos momentos — vuelve a decir, de nuevo, demasiado sincero
- . Y también fue una mierda lo que pasó con Tristan.

Me sorprende la mención de Tristan, pues ninguno de ellos ha vuelto a hablar de él. Y Ross no habla con malicia ni con desprecio, al contrario; hay una gran lástima en su voz.

- No lo supe, ¿sabes? En todos estos años, no tuve ni idea de lo que había ocurrido.
- Por eso parecías tan enfadada cada vez que se le mencionaba — dice, como si, por fin, hubiera resuelto la duda que lo mantenía inquieto.
- Creí que me había abandonado... y no fue así.
- Él nunca lo hubiera hecho — asegura Ross.

Y tras unos segundos en silencio, digo:

- Tristan no es mala persona — porque parece que necesito recordárselo a todo el mundo — . Sé que la mayoría pensáis lo contrario y se que creéis que hizo una cosa horrible pero...
- Lo sé, Olivia — me interrumpe él y después, tira el cigarro ya consumido al suelo. Yo hago lo mismo con el mío — . Éramos amigos, fue gracias a ti pero, de verdad, que lo fuimos... y vi alguna de las marcas que tenía en su cuerpo, sabía como era ese hombre con él. Se que Tristan no es una mala persona al igual que también sé que lo que hizo no fue tan horrible. Odio la falsa moralidad y como parece que todo el mundo es tan correcto y bueno.. hay personas que, simplemente, se merecen una buena paliza.

Me río, tengo que hacerlo. Y estoy de acuerdo con sus palabras, a pesar de que no sé muy bien en que lugar nos deja esto.

Ross no intentaba quedar bien con nadie, él tan solo decía lo que pasaba por su cabeza, fuera adecuado o no.

- Sigo hablando con él — añade — . No como antes; estuve varios años en la universidad yendo y viniendo y lo cierto es que él se mantuvo bastante alejado de todo... pero, lo que quiero decirte, es que traté de no dejarle solo.

— No lo sabía — murmuro.

— De todas maneras, no creo que lo consiguiera. Supongo que debí haberlo intentado un poco más, ¿sabes?

Parece algo triste, como si esto fuera algo que llevar atormentándole durante años. Creo que conozco esa sensación; el saber que no habías luchado lo suficiente por algo, que podrías haber dado más.

Así que, es por eso, por lo que no puedo evitar acercarme un poco a él, intentar así que sepa que lo comprendo.

— Pero lo intentaste, Ross, y eso ya es algo.

Y agradezco tanto esta conversación con él que, cuando entramos de nuevo al local, siento una extraña sensación de paz en el cuerpo.

*

Tristan y yo llevamos unos cuantos días saliendo a dibujar juntos. A pesar de estar casi a finales de diciembre, los días, aunque algo frescos, siguen siendo soleados. Nos sentamos en el mismo campo de flores que años atrás usábamos y cada uno trae su libreta consigo; garabateamos lo primero que se nos viene a la cabeza en sus páginas y luego nos enseñamos el uno al otro nuestras creaciones.

Después de casi una hora, cuando le enseño el retrato que he hecho de él, veo como su mirada se ilumina, y deseo poder dibujarle de nuevo justo en ese instante... pero sé que, por mucho que lo intentara, jamás podría captar su belleza de la misma forma en el papel.

— ¿Puedo quedármelo? — me pregunta.

— Claro.

— Sigues siendo igual de buena que siempre. Incluso más — y creo reconocer cierto orgullo en su voz — . Por cierto, te he traído una cosa.

Y después, me tiende un libro.

— Dijiste que ya no leías tanto como antes, lo que me parece horrible, Olivia. Amabas leer

— dice y cojo el ejemplar que ha escogido para mí; parece una novela de romance, de esas que tanto me gustaban y que, al final, logré que él se enganchara — . Me gustaría saber que piensas de esta historia cuando la termines.

Lo miro, pensando en todos los libros que yo una vez le dejé. Creo que una de las razones por las que dejé de leer tanto, fue porque me recordaba a él. O porque era algo que me hacía tan feliz que sentí que debía eliminarlo de mi vida.

Pero ahora, mientras sujeto la novela que ha elegido, no puedo esperar a leerla.

— Además, tendrás que devolvérmelo por lo que, quizás, también esté siendo un poco egoísta al prestártelo. De esa forma, tendrás que volver si o si.

Sonríó ante su sinceridad.

— Se te olvida que soy capaz de leer un libro en un par de días, Tristan.

— Entonces, te prestaré otro. Te prestaré todo lo que hagan falta para que siempre tengas una excusa para volver.

Caminamos de vuelta a casa y escogemos el camino más largo, mientras que permanecemos tan juntos que nuestros hombros no paran de rozarse a medida que seguimos avanzando. El viento hace que su pelo no deje de moverse y está constantemente echándose hacia atrás los rizos que se posan todo el rato en su frente.

Estoy a punto de decirle que los deje ahí, justo donde están, cuando una voz femenina habla.

— Hola, Tristan — escucho como dice y cuando miro al frente, veo a una chica que parece de nuestra edad, algo más alta que yo. Es guapa, muy guapa; su pelo es rubio oscuro, cortado a la altura de los hombros y sus brillantes ojos azules lo miran directamente a él — . Te vi a lo lejos y quise saludarte.

Tristan sonríe pero sé que es una sonrisa algo forzada, que no se esperaba esto y que no sabe muy bien como reaccionar. Cuando la saluda de vuelta, noto cierta tensión en su voz.

— ¿Cómo has estado? — pregunta ella, que no parece poder dejar de mirarlo. Reconozco esa mirada: la manera en la que sus ojos no abandonan su rostro... y me pregunto cuanto tiempo llevará enamorada de Tristan.

Y también me pregunto si se habrán besado, si habrán hecho mucho más que eso. Es tan guapa y parece haber tanto amor en sus bonitos ojos que no me extrañaría si él se hubiera enamorado de ella... pero, al imaginarlo, siento un terrible dolor en todo el cuerpo.

No escucho lo que están diciendo; creo que mis oídos se han taponado mientras pienso en todas las cosas que habrán compartido ambos, en la historia que deben tener detrás.

Entonces, siento los dedos de Tristan en mi hombro.

— Esta es Olivia — dice y es la primera vez que la chica me mira y, al hacerlo, toda su expresión cambia. Ya no hay ese brillo en su mirada ni ese cariño, ahora, tan solo, parece haber tristeza — . Olivia, ella es Chiara.

Nos sonreímos la una a la otra pero todo parece tan incómodo y forzado que resulta incluso ridículo. Ni si quiera la conozco pero no puedo evitar sentir que la odio, lo que me hace ser una persona terrible. Porque Chiara parece agradable, pero tan solo deseo que sea alguien horrible para así poder odiarla con algún motivo. Sin embargo, sus ojos son amables y su sonrisa, aunque sea forzada y apenada, es también cálida y bonita.

Entendería si Tristan se hubiera enamorado de ella, lo que tan solo hace que sea aún peor.

— Bueno, debo irme — musita y su voz ya no es alegre como antes, sino que parece más débil

— . Me alegro de haberte visto, Tristan. Espero que todo te esté yendo bien.

Pero él ni si quiera es capaz de sonreír. Es como si se estuviera forzando a si mismo a hacerlo pero no lograra conseguirlo.

— Lo mismo digo, de verdad — responde y suena sincero pero también, incómodo.

Chiara se dirige a mi y me pregunto cuanto le habrá costado esbozar la sonrisa que me está regalando.

— Un placer, Olivia — y se va tan rápido que no me da tiempo a responderle.

Durante los siguientes segundos, Tristan y yo no decimos nada.

Y al final, tengo que preguntar::

— Habéis estado juntos, ¿verdad?

Asiente con la cabeza, al mismo tiempo que deja salir un ligero suspiro, y me siento una estúpida por lo mucho que me duele el saber que ha habido otras chicas en su vida. Lo sabía, era imposible que no hubiera sido así, pero sigue destrozándose.

Además, Chiara era tan preciosa y parecía tener una energía tan bonita que me resulta imposible no compararme.

— Estuvimos juntos, sí — pero no dice nada más.

Supongo que debería dejar el tema. No debería seguir indagando en su vida ni en las relaciones que ha tenido. No es asunto mío y tampoco quiero saberlo pero, no sé por qué, necesito saber lo siguiente:

— ¿Te enamoraste de ella?

Tras eso, él me mira. Creo que no se esperaba la pregunta.

— No me hagas responderte a eso, Olivia.

Y una vez más, siento ese dolor en el pecho.

Podía soportar que Tristan hubiera estado con otras chicas, que las hubiera besado y llevado a la cama... pero no sé si puedo aguantar el saber que se había enamorado de otras. Sé que es lo normal, que es algo que debía suceder, pero soy tan egoísta que no puedo evitar sentirme dolida.

— No tienes por qué ocultármelo — respondo, pero mi voz suena débil.

— En serio, no quiero hablar de Chiara — habla de una manera más dura y debería ser otra señal para que deje el tema, pero parece que no voy a parar hasta que admita que no soy la única persona de la que ha estado enamorado. Es como si deseara que lo dijera, como si estuviera esperando que me hiciese daño.

— Quiero decir, lo entiendo. Tienes derecho a enamorarte, Tristan — insisto y tras eso, él deja de andar.

Se coloca justo en frente de mi, mirándome a los ojos. Creo ver cierta agonía en los suyos.

— ¿Quieres que te cuente la verdad? — pregunta y continúa hablando — . Sí, estuve con Chiara. Estuvimos juntos y ella era genial. Joder, era perfecta.

Sé que son celos esto que siento, lo que ha provocado todo este ardor en mi cuerpo. De nuevo, veo el rostro de Chiara en mi cabeza y vuelvo a odiarla, aunque puede que odie aún más a Tristan por contarme todo esto. No quiero seguir escuchando pues, de hacerlo, probablemente acabe volviéndome loca.

Aunque sé que no tiene sentido alguno el enfadarme con él por esto, por haber continuado con su vida como merece.

— Vale, creo que no necesito escuchar más.

Y estoy a punto de darme media vuelta para así marcharme, pero Tristan sujeta mi brazo, impidiéndome que huya.

— No, ahora vas a dejar que termine — dice, y me suelta — . Estar con Chiara fue perfecto. No podría haber pedido nada más; ella me quería, me quería a pesar de lo que había sucedido y me lo demostraba cada día. Pero no funcionaba, Olivia. No funcionó porque, en todo momento, deseé que fueras tú. Cuando ella estaba a mi lado, me preguntaba donde estarías y, cuando la miraba, en ocasiones, era tu rostro en el que pensaba. — Suena enfadado mientras habla y no sé si la causa de ese enfado soy yo o es tan solo hacía si mismo — . Así que, respondiendo a tu pregunta: no, no me enamoré de ella. Y de verdad que lo intenté. Lo intenté con todas mis fuerzas, quería que sucediese... pero siempre te veía a ti. Nos veía a nosotros — se queda en silencio unos segundos y después, dice: — Chiara es maravillosa y no se merecía lo que le hice. No debí haber estado con ella cuando seguía pensando en ti... pero creo que nunca dejaré de pensar en ti.

No contesto de inmediato, pues aún sigo procesando todo lo que me ha dicho. Y él sigue mirándome con esa intensidad en sus ojos que hace aún más difícil que encuentre las palabras adecuadas.

Pienso en las personas rotas que hemos ido dejando en nuestros caminos, todo porque las cosas no habían salido como nosotros deseamos. Porque yo también había estado con chicos aún sin haberlo superado a él. Porque, quizás, yo también he ido rompiendo corazones tan solo porque el mío ya estaba destrozado.

Y no era justo, al igual que tampoco me parecía justo el hecho de que no me veía enamorándome de nadie más.

Que solo lo veía a él.

— ¿Por qué no dices nada? — pregunta, casi susurrando.

Vuelvo a pensar en Chiara, en el amor que había en sus ojos, un amor destinado a un chico que nunca logró enamorarse de ella. Y sin querer, pienso también en Leo, en como se arrodilló ante mí con aquel anillo, queriendo pasar la vida conmigo cuando yo ni si quiera traté de quererlo.

Por eso, digo:

— Quizás los dos seamos dos personas horribles, Tristan.

— Quizás — responde — . Me arrepiento de lo que le hice a Chiara y ojalá hubiera hecho las cosas diferente... pero no me arrepiento de esto, Olivia; no me arrepiento de estos días a tu lado. Y no me arrepiento de lo que sigo sintiendo por ti.

Así que nos quedamos mirándonos un momento y, entonces, sin apenas pensarlo, me acerco a él y lo beso; porque necesito hacerlo, porque no tengo ni idea de como decirle con palabras que, para mí, siempre será él.

Besarlo me parece la mejor manera de hacérselo saber.

Y me siento tan bien cuando él me responde de vuelta, cuando envuelve su brazo alrededor de mi cintura y me acerca aún más a su cuerpo. Hay algo en la manera en la que Tristan se aferra siempre a mí, que me hace sentir tan deseada, tan querida; me sostiene como si nunca quisiera dejarme ir, como si supiera que fuera a suceder e intentara hacer todo lo posible por impedirlo.

Aún con sus labios cerca de los míos, le digo:

— No deberías haberme dicho todo esto. Tan solo complica más las cosas.

Él tan solo sonríe.

— ¿Y besarme no las complica?

— Tampoco debería haber hecho eso.

— Pues es la segunda vez que lo haces. Y espero que no sea la última.

No lo sería, ambos lo sabíamos; porque por la forma en la que él sigue mirando mi boca sé que se muere por volver a besarme y yo tan solo deseo que ocurra de nuevo.

— ¿Tienes idea de lo que estamos haciendo? — le pregunto, todavía sin separarme. Y ya no tengo ni idea de si estamos tomando o no las decisiones correctas; porque todo no puede ser tan sencillo como está siendo, pero las cosas al lado de Tristan parecen demasiado fáciles... así que, durante este instante, me permito pensar que lo son, que tan solo tengo que quedarme aquí y que, de esa manera, todo irá a mejor.

Que mi vida puede mejorar así.

— Lo único que sé es que quiero estar contigo y que no puedo volver a perderte, Olivia.

Me gustaría asegurarle que eso no iba a suceder, pero no puedo.

25

Joe y yo nos sentamos en la pequeña mesa que hay en la cocina, justo en la esquina. Después de haber pasado toda la tarde cocinando, decidimos tomarnos un pequeño descanso y el asado que hemos metido al horno huele tan bien que tan solo deseo que el tiempo pase rápido para así poder probarlo.

— He pensado que podríamos hacer juntos la cena de Navidad — me propone, casi con cierta timidez, y yo siento esa agradable sensación dentro de mi.

— Me parece una idea genial — le respondo, sin tratar de ocultar la ilusión que me hace — . Nunca pensé que me iba a gustar tanto cocinar.

Y es cierto: lo disfruto. He comenzado a cocinar también en casa y cada vez abuso menos de esos platos ya preparados, que ahora puedo ver lo horribles que son. Pero, sobre todo, me gusta cocinar con Joe: me gusta como él me espera cada tarde, como me tiende el delantal verde que ha comprado exclusivamente para mi y la música que escoge, la cual siempre conozco.

— En realidad, no creía que algo pudiera llegar a gustarme a estas alturas — añado. — ¿Sabes a lo que me refiero?

Joe me mira y sé que entiende lo que le estoy tratando de decir.

— Hace no mucho descubrí que me encanta el rock — dice — . Nunca antes me había gustado y entonces, un día, estaba con Tristan en su casa y él comenzó a poner música desde ese tocadiscos tan preciado que tiene... y me fascinó. A partir de ese momento, cada semana nos juntamos los dos para escuchar algún que otro disco mientras charlamos. Llevamos años haciéndolo.

Está hablando del tocadiscos que mi padre le regaló y probablemente, toda esa música que Tristan le ha enseñado a Joe, sea la misma que mis padres una vez le enseñaron a él.

Y eso me hace demasiado feliz.

De alguna forma, siento que aquello los mantiene vivos, que siguen estando presentes; en la música, en el tocadiscos y en todas esas canciones que ya nunca dejaran de sonar.

— No me puedo creer que no te gustara el rock.

— Y yo no me puedo creer que no te gustara cocinar — contraataca él y me echo a reír. Entonces, añade : — Supongo que nunca es tarde para descubrir que, a pesar de todo, sigue habiendo cosas bonitas.

— En realidad, nunca me hubiera interesado por la cocina si no hubiese sido por ti.

— Y yo nunca habría descubierto la genialidad del rock sino hubiera sido por Tristan.

Tardo unos segundos en responder.

— Quizás la vida en si no sea bonita, quizás tan solo lo son las personas con las que nos rodeamos.

Y Joe asiente, pensativo. Creo que mis palabras le han gustado.

— Puede ser, Olivia.

— También he descubierto que me gusta mucho montar en bici y ha sido gracias a Miles.

— Bueno, Miles fue quien me hizo adicto a los programas de televisión en los que reforman casas.

Me pillan tan de sorpresa aquella confesión que tengo que volver a reír.

— No puede ser.

— En mi defensa diré que son bastante entretenidos. Además, los comentarios de Miles hace que sea aún más divertido.

— Miles hace que todo sea siempre más divertido.

— Es un chico extraño, pero es increíble — asegura y me parece bonito el cariño que veo en sus ojos, el amor que sé que siente. Quizás por eso, le pregunto:

— Los quieres mucho, ¿verdad?

Joe no responde de inmediato, casi como si se tomara su tiempo para responder, como si su amor mereciese mucho más que un simple respuesta. Así que al final, después de unos segundos en silencio, acaba mirándome a los ojos.

— Nunca tuve hijos — dice y creo notar cierto dolor — . Siempre quise formar una familia con Eloise, ese era mi sueño. Pero entonces, ella enfermó; estuvo muchos años enferma y mi sueño pasó a ser que ella mejorara. Era lo único que deseaba, lo único que le pedía a Dios, a pesar de que nunca antes había creído en él. Ya no quería una familia, no me importaba nada de eso, tan solo la quería a ella — esboza una delicada sonrisa de medio lado, demasiado triste para considerarla como tal — . Y al final, me quedé sin ambas.

No digo nada porque no creo tener nada que decir. Y una vez más, sé que Joe no me ha contado esto para recibir palabras bonitas por mi parte. Creo que me lo ha contado porque todos necesitamos hablar de aquellas cosas que siempre nos dolerán.

— Pero conocer a los chicos fue como encontrar una familia, ¿sabes? Sé que a estas alturas nunca seré padre y también sé que nunca serán mis hijos, pero no creo que eso importe porque siempre voy a estar para ellos, al igual que ellos estarán para mí... y eso es más que suficiente para mí. Es lo máximo que pido.

Pienso entonces en la familia de Tristan y también en la de Miles, las cuales no fueron tan diferentes al final, y me pregunto si Joe sabe que, quizás para esos dos chicos que habían crecido sin amor, él ha conseguido ser el padre que nunca han podido tener. Puede que él no sea consciente hasta que punto los ha ayudado.

Seguimos con nuestra sesión de cocina y ahora estamos preparando una salsa especial para la carne. Dice que es una receta familiar, que la aprendió cuando él era muy pequeño y que será de las pocas personas a las que se la confiará, lo que me hace sentir bastante especial.

Seguimos conversando de cosas sin importancia, el ambiente entre ambos es tranquilo y agradable, como siempre que estamos juntos.

No estoy muy segura de que quiero conseguir cuando digo:

— ¿Puedo hacerte una pregunta?

Él asiente y me mira, poniendo ahora toda su atención en mí.

— ¿Crees que se puede estar enamorada de una persona durante toda la vida? — Si la pregunta le pillaba por sorpresa, no lo muestra, pues tan solo sigue mirándome y sin apenas pensar en la respuesta, dice:

— Sí.

— Pareces estar muy seguro.

— Bueno, no me parece algo tan raro, ¿no? — responde, encogiéndose de hombros — . Yo llevo años enamorado de la misma persona.

Pero Eloise estaba muerta y eso, de cierto modo, cambiaba las cosas. Era difícil desenamorarse de alguien que ya no estaba, ¿verdad? Aunque no quiero decírselo a Joe porque me parecería algo cruel por mi parte el hacerlo.

Sin embargo, a él tan solo le hace falta mirarme un par de segundos para continuar hablando.

— Creo que se puede querer a alguien durante toda la vida, Olivia, independientemente de si esa persona sigue contigo o no.

Lo cierto es que tan solo quiero preguntarle si tiene sentido que aún siga sintiendo todo esto por Tristan, pero creo que sería raro que habláramos de él ahora. Al fin y al cabo, ellos se conocen mejor y quizás Joe no quiera ser el consejero romántico de una chica que no sabe muy bien lo que quiere.

Pero sé que es la persona adecuada, de todos modos. Sé que quiero hablarlo con él.

— Mis padres se quisieron todos esos años — musito, con cierto cariño al recordar el amor que siempre hubo en sus miradas. — Pero... no lo sé, no puedo evitar pensar que todas las historias de amor están destinadas a terminar.

Una ligera mueca aparece en su rostro y vuelve a parecer pensativo. A él le gustaba pensar bien sus respuestas, dar la mejor posible.

— Bueno, pero que tengan un final no quiere decir que, por eso, no tengas que empezarla. Todo acaba siempre, Olivia; a veces más rápido de lo que querríamos, pero no puedes vivir una vida con miedo a empezar algo tan solo porque sabes que acabará.

Me quedo callada un momento, pensando en que Tristan y yo ya tuvimos un final y no sé si estoy

dispuesta a arriesgarme a tener otro igual de doloroso. Si me voy ahora, dolerá, pero si sigo alargándolo... acabará destrozándonos aún más cuando termine, porque terminará. No creo que haya un futuro para nosotros, pues no consigo imaginar una vida feliz para mí. Y sé que, si llegase a existir esa vida, él tendría que estar en ella.

Acabo soltando un cansado suspiro, porque supongo que estoy agotada de que las cosas no sea más fáciles, de que yo no fuese más fácil.

Y Joe me mira algo preocupado. Sonrío al mirarlo.

— Hubieras sido un padre increíble, Joe — le digo, porque siento que necesito hacerlo, y que él necesita escucharlo.

Parece feliz con mis palabras y yo tan solo desearía que las personas como él, tan buenas y llenas de luz, no tuvieran que experimentar tales cantidades de dolor.

Pero supongo que no puedo hacer nada por evitarlo.

26

Hoy es Navidad; quizás es por eso por lo que me he levantado con una extraña sensación en el cuerpo. Creo que estoy algo desanimada pero, al mismo tiempo, me siento algo ilusionada por la cena de esta noche. Es la primera Navidad que no voy a pasar sola desde que mis padres se fueron; en todas las demás, o bien me encerraba en mi habitación a oscuras, o acababa emborrachándome en algún rogar rodeada de gente que no conocía del todo, sintiéndome aún más sola.

Pero hoy es distinto.

Y quiero creer que yo soy una persona distinta también... aunque me cuesta un poco más de lo normal salir de la cama.

Años atrás, mis padres ya estarían despiertos; él habría comenzado a preparar la comida con horas de antelación y ella decoraría toda la casa con los adornos que fue acumulando a lo largo de los años. Ahora no hay ningún adorno en casa aunque prefiero no pensar demasiado en ello... sobre todo, porque quiero que hoy sea un buen día.

Tristan va a venir a buscarme dentro de poco y no quiero que me vea triste pero cuando echo un vistazo a la cocina y veo lo vacía que está, mi corazón parece romperse un poco de nuevo.

Odio estas fechas, odio que sean un recordatorio de la familia y que parezcan olvidarse de las personas que ya no tenían una.

Así que estoy poniéndome el jersey verde que tanto le gusta a Tristan, cuando lo veo por la ventana del salón; llega un poco antes de lo acordado, lo cual me alivia, y al abrirle la puerta tengo que controlarme un poco para así no lanzarme a sus brazos. No voy a decírselo, pero no me apetecía estar sola.

Lleva el pelo algo despeinado, como si no le hubiera dado tiempo a peinarse antes de salir y también luce algo cansado, quizás de haber estado trabajando la noche anterior, pero sonrío al verme.

— Te has vuelto muy madrugador. Antes siempre llegabas tarde.

— No llegaba tan tarde, Olivia, eras tú quien siempre se preparaba demasiado pronto — responde, entrando en casa.

— Pareces cansado.

— Ayer salí tarde del restaurante — dice, encogiéndose de hombros — . No he dormido mucho.

— Podríamos haber quedado más tarde.

— Nunca estoy cansado para estar contigo — asegura con ese tono pícaro que emplea de vez en cuando, ese que siempre provoca que me sonroje — . Y tengo café y esos bollos que tanto te

gustan en el coche, así que será mejor que nos demos prisa si no quieres que se enfríen.

Apenas son las nueve de la mañana cuando nos paramos en frente del campo de flores en los que tantas veces él y yo hemos pasado las tardes. Hoy hace más frío de lo normal y, cuando salimos del coche, el viento golpea mi rostro con fuerza.

— ¿Haces esto todos los años? — le pregunto mientras nos adentramos en el prado.

Él asiente y yo siento un pequeño pinchazo.

— No puedo creer que nunca hiciera nada parecido.

— No te sientas mal ahora, Olivia — responde y se acerca un poco a mi mientras caminamos, pero sin llegar a tocarme del todo. — Entonces, cogemos las margaritas, ¿verdad?

— Sí.

Y comenzamos a recoger las flores; en silencio, intentando reunir todas las posibles para así crear un pequeño ramo.

— Me consuela que las flores sigan aquí.

— Siempre van a estar — dice y echa un vistazo al ramo que ya he formado en mis manos — . Está muy bonito.

Y tiene razón.

Así que nos dirigimos de nuevo hacia el coche y Tristan saca algo de la parte de atrás.

— No es su época, pero no podían faltar los girasoles, ¿no crees? — y me tiende cuatro de ellos, totalmente abiertos, tan bonitos que tengo que mirarlos unos segundos de más — . Los compré ayer.

Los observo.

— Tenías razón; puedes estar mirándolos durante horas sin cansarte. Y de algún modo, parecen mejorar todo, ¿no? Llenan todo de color.

Él asiente con la cabeza y tras unos segundos en silencio, dice:

— Supongo que, en ese caso, tú eres mi girasol, Olivia.

Sonrío, tengo que hacerlo, y siento un agradable calor por todo mi cuerpo; esa felicidad que últimamente, a su lado, no paro de experimentar.

Miro las flores, nuestras flores favoritas, y después lo miro a él quien, quizás, sea mi persona favorita también.

— Gracias por hacer esto, Tristan y por haberlo hecho todos estos años.

— No tienes que agradecerme nada.

Después, me hundo un poco más en el asiento del coche, con el ramo en mi regazo.

— Esta mañana me he levantado con ganas de llorar — le digo, sintiéndome algo estúpida ante mi confesión — , y no sería capaz de hacer eso sin ti.

— Eso no es cierto, Olivia. Creo que eres capaz de muchas cosas y no me necesitas a mí para hacerlas — me asegura y, con delicadeza, coloca uno de los mechones que ha caído por mi rostro detrás de la oreja — . Aunque, me alegra que, aún así, quieras hacerlas conmigo.

No le digo que me gustaría hacer muchas cosas con él, que me gustaría que él estuviera presente en los demás momentos de mi vida. Pero es la verdad; de alguna forma, no puedo evitar pensar que Tristan siempre será la persona para mí, esa a la que querré acudir en cualquier momento.

Y quizás esto no es lo correcto; quizás no debas hacer a una persona tu hogar pues, no sabes cuando esa casa se podrá volver un lugar embrujado... pero, simplemente, no puedo evitarlo con él.

Cuando llegamos al cementerio, siento como me cuesta un poco más respirar. No importa que ya haya estado varias veces aquí, pues la sensación siempre es la misma; tan solo es el ambiente, la manera en la que todo parece mucho más triste.

— ¿Estás lista? — me pregunta y yo tan solo asiento porque, aunque creo que nunca estaré lista para esto, tengo ganas de hacerlo.

Ambos cogemos nuestros ramos y caminamos en silencio. En algún momento, nuestras manos se han entrelazado aunque no sé quien es el que ha tomado la iniciativa; parece como, si de esta forma, no estuviéramos sosteniendo el uno al otro, haciendo que así todo sea más fácil.

Las tumbas de mis padres siguen con las flores que les dejé el otro día, aunque ahora están marchitas. Entre Tristan y yo las quitamos y ponemos las nuevas, añadiendo color a la escena tan triste que es. Suelto un pequeño suspiro; sé que me he prometido no volver a llorar delante de él pero puede que me esté costando un poco cumplir mi palabra.

Va a ser la séptima navidad sin ellos. Y sigo sin acostumbrarme.

— ¿Quieres que te deje sola? — me pregunta él, casi susurrando, pero yo niego rápidamente con la cabeza.

— No — le pido, volviendo a agarrar su mano que antes he soltado para colocar las flores — . Quédate.

Y él, tan solo, asiente y creo que también parece aliviado.

— A veces me gustaría saber que me dirían de estar aquí — murmuro — . Siento que no tienen que estar muy contentos conmigo ni con como he ido manejando mi vida todos estos años.

Noto como su mano aprieta un poco más la mía.

— Yo creo que ellos estarían muy orgullosos de ti — dice y se acerca un poco más, haciendo que nuestros hombros se rocen.

- No hay nada de lo que haya hecho que les haga sentir orgullosos.
- El simple hecho de que hayas conseguido seguir adelante, lo es.

No le contesto que, seguir hacía delante, era lo único que podía hacer; no porque quisiera, sino porque la vida me había obligado a ello.

— Creo que también se sentirían muy orgullosos de ti, Tristan — le digo y cuando lo miro veo que sus facciones se han endurecido. Me pregunto si tiene las mismas ganas de llorar que yo, si también se ha prometido a si mismo que no derramará ni una sola lágrima.

Nos quedamos en silencio durante un momento, supongo que ambos tratando de luchar contra todo lo que estamos sintiendo... pero estamos juntos, y eso parece aliviarlo todo un poco, sobre todo en el momento en el que Tristan posa su brazo alrededor de mis hombros y me atrae un poco a su cuerpo.

Pero no voy a llorar.

No voy a hacerlo, de verdad.

— El duelo es algo extraño, ¿verdad? — musito y él sigue sosteniéndome — . Hay tanto amor dentro de mi... y este amor ya no va a ningún sitio, tan solo se queda dentro. No importan los años que pasen, este amor nunca desaparece y sigue sin tener lugar al que ir. Es... doloroso.

Tristan tarda unos segundos en responder y cuando lo hace, su voz suena más grave.

— Si algo he aprendido en todos estos años es que la única manera de vivir con este dolor, es aceptándolo. Si hay tanto dolor es porque una vez hubo demasiado amor y eso me tranquiliza un poco, ¿sabes?

— Entonces, el dolor es el precio que pagamos por amar tanto — musito y puede que ya no esté hablando solo de mis padres.

Miro a Tristan de reojo, pero él ahora no me mira a mi, pues su mirada sigue puesta en las tumbas y sus flores.

Me pregunto cuanto dolor me costará esto en un futuro.

- Quizás sea así. Quizás no haya amor sin dolor.
- No parece justo.

— Bueno, creo que ya hemos averiguado que la vida no es para nada justa — hay un poco de amargura en su voz, al mismo tiempo que sonrío de medio lado — . Esta noche, echaré de menos la comida de tu padre y también ese cóctel tan raro que tu madre hacía.

Me parece increíble que él siga recordando todo aquello. Nunca antes había pensado en el impacto que tuvieron mis padres en la vida de Tristan pero, en estos meses, he descubierto que fue mucho más grande de lo que alguna vez imaginé.

— ¿Recuerdas lo mucho que comieron la última navidad? Se sintieron tan mal que estuvieron durante días sin apenas probar bocado — añado, haciendo que ambos volvámos a reír,

transformando así el momento triste en algo agradable y bonito.

— Aún sigo sin saber como se emborracharon tanto... apenas había alcohol en esas bebidas.

— Era imposible.

Seguimos hablando durante un rato, simplemente recordando y riendo ante todos esos momentos, y supongo que esta es una manera más de seguir manteniéndolos vivos, que esto es lo que ha estado haciendo Tristan todos estos años. Y se siente bien.

— Creo que deberíamos irnos ya — le digo, aunque lo cierto es que me quedaría aquí durante el resto del día, toda la noche.

— ¿Estás segura?

— Sí — y me levanto del suelo donde he estado sentada — . He quedado en una hora con Miles para hacer unas últimas compras y después tengo que ayudar a Joe con la cena.

Porque la vida sigue. Y quizás no pasa nada por estar un poco triste durante el resto de los años, quizás tan solo eso significa que eres real y que sigues viva.

Antes de irnos, me paro una vez más frente a sus tumbas y, no sé como, pero logro sonreír.

— Feliz navidad, mamá. Feliz navidad, papá — les digo.

— Feliz navidad — dice luego Tristan y tras un último vistazo, comenzamos a alejarnos.

*

La casa de Joe es tal y como me la habría imaginado; sus colores son cálidos, sus ventanas están llenas de coloridas flores y su cocina es muy grande. También hay varias fotografías de Eloise colgadas en las paredes y veo los rostros de Miles, Tristan y Rita en algunas imágenes más actuales.

Preparamos la cena mientras escuchamos música y reconozco todas las canciones que mis padres adoraban. Me sigue pareciendo bonito que Tristan le haya enseñado todas éstas a él y que él supiera valorarlas como se merecen.

Y una vez que hemos terminado la comida, Miles aparece.

— Siempre soy el encargado de preparar la mesa y poner los adornos — me dice cuando entra en el salón — . Soy el mejor decorando.

Así que acabo ayudándolo mientras Joe sigue encerrado en la cocina, controlando todo. Ha traído una enorme bolsa de decoraciones y entre los dos comenzamos a colgarlas por toda la casa, siguiendo siempre las instrucciones que él me da. Me recuerda un poco a mi madre.

— ¿Qué tal estás? — me pregunta en un momento, mientras los dos cogemos una larga guirnalda que él quiere colocar alrededor de una estantería. Noto como me mira ahora, de manera más seria, y pienso en la conversación que tuvimos el otro día, en lo cercana que me sentí a él.

— Creo que bien — respondo porque, en realidad, no tengo ni idea. Pero sé que no me siento triste, al menos no como antes — . ¿Y tú?

— Creo que bien — dice, sonriendo, y después, pone encima de mi cabeza uno de los adornos que ha traído, el cual se ajusta a mi como si fuera una corona — . Y vamos a tener una noche increíble, Olivia.

No sé por qué, pero siento que será así, que tiene razón.

Cuando Rita llega, un poco más tarde, lleva consigo dos grandes tartas que ni siquiera sé como es capaz de cargar y nos da un fuerte abrazo a los tres. Se ha puesto un vestido morado que le queda bastante bien y cuando le digo que está muy guapa, ella se sonroja un poco, agradecida con mis palabras.

Tristan es el último en aparecer; va vestido con una camisa blanca que le queda algo suelta y lleva los dos botones de arriba desabrochados, lo que le da un aspecto no tan arreglado y despreocupado. Se ha puesto unos pantalones negros de traje y se ha peinado el pelo hacía atrás, controlando así sus rizos, pero un salvaje mechón acaba cayéndole por la frente.

Es tan guapo que, una vez más, me arrebató el aliento. Es tan guapo que ni si quiera entiendo como es posible que lo sea tanto.

Y, cuando su mirada se posa en mi y me mira de arriba abajo, posando sus brillantes ojos en el largo vestido negro que he comprado a Anne, me siento más guapa que nunca. Es increíble como una simple mirada puede provocar tanto en mi, en como no le hacen falta las palabras para hacerme sentir tan deseada.

Miles se acerca a él, y hablan de algo que no logro escuchar, pero Tristan sigue mirándome a mi en todo momento, lo que hace que me pregunte si está escuchando las palabras de su amigo.

Al final, acaba acercándose, y a pesar de que nos hemos visto hace tan solo unas horas, su presencia me vuelve loca. Quizás es por la forma en la que sigue mirándome, como no es capaz de apartar sus ojos de mi.

— Deja de mirarme de esa forma, Tristan — le pido, a pesar de lo mucho que me gusta que lo haga — . Me estás poniendo nerviosa.

— Pues creo que no voy a ser capaz de dejar de mirarte en toda la noche — contesta, pero ahora tan solo está pendiente de mi rostro, de mis ojos.

Alzo una ceja, divertida.

— ¿Tanto te ha afectado mi nuevo vestido? — pregunto, porque lo cierto es que, cuando lo compré, tan solo pensé en la reacción que él tendría al verlo.

— Eres tú quien me afecta, Olivia. Tan solo tú — y se da media vuelta, dirigiéndose hacia la cocina, supongo que satisfecho al haberme dejado, de nuevo, sin palabras.

Los cuatro estamos ahora sentados en la mesa, tomando unas bebidas antes de empezar a comer. Y aún me sigue pareciendo raro que esté pasando la Navidad de esta forma, que esté

acompañada de gente e incluso sonriendo. Es como, si después de tantos años, por fin hubiera avanzado algo pero, al mismo tiempo, ni si quiera estoy segura de si avanzar es lo que realmente deseo. Dentro de mi existen esos dos deseos; el de querer ser feliz , y el de querer permanecer ahogada en toda esta tristeza que ya conozco durante el resto de mi vida.

Entonces, Miles dice una cosa graciosa y todos nos echamos a reír. Joe se ríe a pesar de haber perdido al amor de su vida. Tristan se ríe aún cuando la vida nunca le trató bien y Rita también lo hace, la cual no parece tener otra familia que ésta. Y Miles sigue deseando hacer felices a los demás a pesar de que, durante mucho tiempo, nadie lo intentó con él.

Así que, quizás, por esta noche, todo pueda ir bien.

Cada cierto tiempo, noto como Tristan roza su pie con el mio por debajo de la mesa, un gesto que suele hacer siempre, lo que provoca que en mis labios siempre esté esa sonrisa

— Deberíamos empezar a cenar ya — dice Joe, mirando la hora. Son casi las diez de la noche.

— O de lo contrario, Rita acabará tan borracha que ni si quiera llegará al primer plato — añade Miles haciendo que ella ponga los ojos en blanco, pero divertida.

— ¡Si aún voy por mi primera copa!

— Y creo que será mejor que no te la termines — añade Tristan, siguiendo con la broma de que Rita apenas puede soportar el alcohol.

Cuando Joe y yo comenzamos a sacar los platos, los dos no podemos disimular nuestro orgullo al ver como los demás alagan el olor y la pinta de la comida. Nunca me hubiese imaginado que podría llegar a cocinar cosas tan elaboradas y lo cierto es que está todo riquísimo.

— Creo que es la mejor cena que has hecho en todos estos años — dice Miles y me pregunto si dice aquello para hacerme sentir bien o porque de verdad lo piensa.

Joe sonrío y me mira.

— Olivia y yo hacemos un buen equipo — responde y no lo pongo en duda, pues con poca gente he encajado tan bien como con él.

El resto de la noche continúa con el mismo ritmo; la conversación no decae en ningún momento, ni tampoco la música que suena a nuestro alrededor. Rita ya se ha terminado su copa y sus mofletes se han enrojecido un poco lo que hace que tenga un aspecto algo gracioso, mientras que Tristan fuma un cigarrillo tras otro y Miles come más de lo que creía posible. Es Joe quien parece estar pendientes de todos, procurando que los vasos estén siempre llenos y los platos con comida. Creo que cuidar de los demás lo hace feliz.

— No sabía que tenías un tatuaje — comenta Miles, señalando mi hombro. Es la primera vez que me ve con tirantes, la primera vez que muestro el tatuaje, y no puedo evitar sonreír al saber que lo tengo ahí, que siempre estará.

Miro a Tristan, lo hago casi como un acto reflejo, y él también me está observando, sonriendo con cariño.

— Me lo hizo Tristan — respondo, tratando de no pensar en todas las veces que deseé eliminarlo.

— Es muy bonito — dice Joe, que se ha acercado para así mirarlo de cerca, por encima de los cristales de sus gafas — . Quizás debería hacerme yo uno también.

— ¿Hablas en serio? — pregunta Miles.

— ¡Pues claro! Pienso que podría quedarme bien, ¿no?

— A mi me parece buena idea — añade Rita.

Después, es Tristan quien habla.

— Yo te haré un tatuaje, Joe — y parece tan contento por poder hacerlo que sé que Joe ya no se negará a ello.

— Me parece bien.

Me gustaría colaborar de algún modo, me gustaría decirle que yo podría ayudarle con el diseño si así lo quiere, pero termino no haciéndolo.

Y como si Tristan hubiera podido leer mis pensamientos, una vez más, agrega:

— Olivia podría hacer el dibujo — No tengo ni idea de como lo hace, pero siempre parece saber lo que pasa por mi mente — . Te encantará el resultado.

Joe me mira, preguntándome si estoy dispuesta a hacerlo, y yo asiento con la cabeza, deseando que vea la ilusión que esto me hace.

No hemos acabado ni el segundo plato cuando Miles se levanta, sujetando una copa en su mano.

— ¡Es momento del brindis! — exclama y todos se levantan con él, lo que hace que yo los imite.

— Bueno, ¿y por qué brindamos? — pregunto.

— Por nosotros, por supuesto — responde él y después, echa un vistazo a su alrededor, mirándonos — . Y también por las personas que no están.

Entonces, mi corazón se encoje un poco pero trato de que no lo noten. Sería raro si yo ahora me pusiera triste aunque creo que las miradas de todos se han apagado un poco.

— Todos los años brindamos por las mismas personas — me explica Rita — . Es como si los mandáramos un saludo desde aquí... como si les hiciéramos saber que siguen presentes, ¿sabes?

Y asiento levemente con la cabeza, aunque no sé muy bien como ésto me hace sentir. Tan solo puedo pensar en que nunca había hecho esto por mis padres pero creo que ahora deseo hacerlo. Supongo que es algo bonito. Me gustaría decir sus nombres, mandarles desde aquí un saludo que sé que no servirá de nada, pero no sé si soy capaz de hacerlo.

Ni si quiera creo que pueda deshacer el nudo que se ha formado en mi garganta.

Pero noto la mano de Tristan buscar la mía y, cuando la encuentra, entrelaza sus dedos con los míos.

— Empiezo yo — habla Miles, levantando su copa hacia arriba — . Brindo por mis padres que, aunque no han muerto, nunca han estado presente. Y brindo por mi... porque sé que intentaré ser mejor que ellos.

— Yo brindo por Eloise — dice Joe, imitándole, y no añade nada más.

Después, es Rita quien habla.

— Y yo brindo por mi niña, Maya, que siempre le encantó la Navidad — y no sé de quien está hablando, pero puedo imaginar que se trata de su hija. Siento unas ganas enormes de abrazarla.

Parece como si todos en esta mesa hubiéramos perdido a alguien y después, nos hubiésemos encontrado los unos a los otros en el camino, llenando así parte de ese vacío que nos dejaron. Dicho así, lucimos como un grupo de personas bastante triste pero no se siente así.

— Yo brindo por Alina y por Luc — dice por último Tristan, pronunciando el nombre de mis padres, mirándome al hacerlo. Los demás sonríen mientras asienten, como si supieran perfectamente de quien están hablando.

Ha estado haciendo esto todos los años, ha brindado por ellos todas las navidades. Cada año, han recibido un saludo, no han sido olvidados. De nuevo, había sucedido gracias a Tristan, no a mi. Y esto me hace quererlo aún más y odiarme un poquito a mi misma. Creo que estoy un poco enfadada con él por ser mejor que yo.

Los cinco chocamos nuestras copas, haciendo un delicado ruido, y a pesar del momento, sonreímos.

De nuevo, volvemos a sentarnos, y todos nos quedamos un rato en silencio pero Miles vuelve a hablar y no nos permite seguir tristes.

Y yo me giro hacia Tristan, al cual noto algo tenso a mi lado, como si estuviera esperando mi reacción. Parece algo preocupado también, como si no supiera muy bien si ha hecho lo correcto. Pero yo aprieto su mano, intentando así transmitirle aunque sea un poco, el agradecimiento que siento hacia él.

— Gracias por esto.

Todo él se relaja.

— Tienes que dejar de darme las gracias.

Pero no creo que pueda hacerlo.

Hemos terminado con los postres y creo que Joe ha bebido un poco más de la cuenta pues ha comenzado a bailar con Miles de una manera extraña en mitad del salón.

De todos modos, me siento bien; me siento tan bien que casi quiero llorar. Creo que es una de las mejores noches de mi vida y no quiero que acabe nunca; las mejillas me duelen después de tanto reír y cuando comparto, por fin, un abrazo con Rita y ella me mira con cariño, siento que quizás tenemos más cosas en común de lo que pensábamos. Me gustaría pasar más tiempo a su lado, conocerla más, de verdad.

Me parece que son las doce de la noche o, quizás, el reloj está a punto de dar la una... no lo sé. He perdido la noción del tiempo. Hablé con mi tía hace un rato por teléfono para así felicitarle las fiestas y pareció feliz cuando le conté que no estaba sola, que estaba pasando el rato con unos amigos. No pude ver su cara pero estoy convencida de que sonrió durante toda la llamada.

— ¿Y no has pensado en dedicarte a la cocina? — me pregunta Rita. Estamos tomando postre por tercera vez — . O quizás formarte más. Al parecer, te gusta bastante y se te da bien.

No lo había pensado pero, ahora que Rita lo dice, pienso que podría estar bien. Aunque no estoy muy segura de que me guste tanto cocinar si no es con Joe.

— Bueno, en la ciudad seguro que encontraría un trabajo de ello — respondo, haciendo que todas las miradas se posen en mi y siento que quieren preguntarme algo más, que quieren saber cuando será el día en el que finalmente me marche, pero ninguno lo hace, quizás para así no arruinar la noche.

— Seguro que sí — responde Joe — . Podrías tomar clases, allí tiene que haber sitios buenos donde aprender.

Aunque ninguno de esos sitios serían tan buenos como él.

Y creo que, en un momento, todos han mirado a Tristan pero parece haber sucedido tan rápido que quizás tan solo lo he imaginado.

Entonces, Miles cambia de tema con una velocidad que me hace pensar que quizás no he imaginado lo anterior; porque Tristan apenas reacciona, como si se hubiera quedado congelado en su asiento. Ha dejado de hablar, incluso cuando todos los demás permanecen animados, y ni si quiera ha tocado el trozo de tarta que hay en su plato, aún cuando sé que es su favorita.

— ¿No tienes hambre? — le pregunto, casi susurrando, para que tan solo me oiga él.

Pero no contesta; sigue en silencio y creo que, al escuchar mi voz, su mandíbula se ha endurecido. Lo conozco tan bien que sé que está cabreado, demasiado, aunque no logro entender que ha sucedido para este cambio de actitud.

Y lo cierto es que no soporto que no quiera mirarme.

— Tristan... — pero ni si quiera deja que termine la frase pues, en cuanto vuelvo a hablar, él se

levanta de la silla y abandona la mesa. Una vez más, sin mirarme.

Sé que los demás se han dado cuenta de lo sucedido, pero también son lo bastante comprensivos como para fingir que no han visto nada y continuar así con su conversación. Supongo que saben que es algo que debemos resolver nosotros, aunque ni si quiera yo sé del todo que es lo que ocurre. Y me da miedo ir tras él, porque una discusión con Tristan es lo último que deseo.

Pero tampoco puedo aguantar su silencio.

Así que lo sigo; voy hacia la gran terraza de Joe, donde él ha decidido refugiarse, y lo veo apoyado en el balcón. Está fumando un cigarrillo, mirando hacia el frente, por lo que no me ve llegar. Sin embargo, su cuerpo apenas reacciona al escuchar mi voz, como si ya hubiera sabido que, de todos modos, aparecería.

— ¿Qué es lo que te pasa, Tristan? — le pregunto, situándome a su lado.

Y él sigue sin mirarme pero, por lo menos, me habla.

— Vas a irte — su voz suena mucho más grave que antes.

— ¿Qué?

— Lo has dicho antes, Olivia. Has estado hablando de la ciudad, del trabajo que podrías conseguir allí...vas a irte.

— Creo que ya sabíamos que es algo que acabaría sucediendo — respondo y no se por qué, es lo único que puedo decir.

Tristan se queda en silencio y sigue fumando. Aún no me ha mirado en todo este tiempo pero yo no puedo dejar de hacerlo; y me gustaría decirle que quedarme aquí con él, es lo único que deseo... pero no soy capaz.

— Pensé que las cosas habían cambiado — musita, hablando tan bajito que por poco no logro oírlo.

— Y han cambiado.

— Pero, aún así, vas a irte.

— Nunca te prometí que me quedaría, Tristan — y por la manera en la que su rostro ha cambiado, sé que esas palabras lo han golpeado con fuerza. Me mira, después de todo este rato sin hacerlo, y luce tan triste que tan solo deseo que no me mire más para, así, no tener que ser testigo de ello, de lo que estoy provocando.

— No deberías haberme besado si tenías pensado marcharte de todos modos — dice de manera fría, y me deja totalmente sin palabras.

— Yo... — comienzo a balbucear pero él ni si quiera me deja terminar, cosa que agradezco, ya que no tengo ni idea de que decir.

— Ahora, ¿qué se supone que debo hacer yo? — pregunta, con una pequeña mezcla de desesperación y enfado en su voz. Da un paso hacia mí, pero aún nos separan varios más — . No

puedes volver y cambiar toda mi vida para después irte como si nada hubiese sucedido.

Me echo hacia atrás, sintiéndome algo atacada por sus palabras.

— Estas hablando como si no me importara lo que ha pasado entre nosotros, cuando no es así.

— Pues estás actuando como si lo fuera — responde, sin abandonar mis ojos y después, parece que parte de la ira que siente se esfuma pues su cuerpo se deshinchaba un poco y, casi como si se hubiera rendido, dice: — Quiero que te quedes.

Y deseo decirle que, si él me lo pide, soy capaz de hacerlo. Pero, en su lugar, respondo:

— No lo entiendes, Tristan... no todo es tan fácil como crees. Mi vida está allí; tengo un maldito alquiler que aún sigo pagando — deseo decirle algo más, enumerarle más razones por las que quedarme serían una auténtica locura, pero no creo que haya algo más. No tengo nada más.

Su rostro sigue serio pero creo ver como su ceja se alza un poco.

— ¿Eso es lo único que puedes mencionar? ¿Un alquiler? — y mi silencio me resulta tan patético que tengo que apartar la vista — . Sé que no es fácil, Olivia, pero también sé que quieres quedarte, tú sabes que este es tu lugar.

— Quizás deberías dejar de actuar como si me conocieras tan bien — le suelto y no sé si me estoy enfadando con él tan solo porque sé que tiene razón.

Durante unos segundos, ninguno dice nada; hemos pasado a desafiarnos con la mirada y ya no reconozco lo que hay tras la suya, porque parece triste pero también enfadado y, al mismo tiempo, veo cierta determinación, como si estuviera dispuesto a luchar por lo que sea que tengamos hasta el final.

— ¿Sabes lo que creo? — pregunta, dando de nuevo un paso hacía mi. Y quiero que se acerque más, pero también deseo salir corriendo — . Pienso que sigues teniendo miedo, que sigues teniendo miedo a ser feliz y tan solo quieres irte porque sabes que, si te quedas aquí, puedes llegar a serlo... y eso te aterroriza.

— ¿Y por qué iba a ser más feliz aquí de lo que sería allí? Por si no lo sabes, aquí tampoco me queda mucho — ahora soy yo quien da un paso hacía él, pero todavía seguimos sin llegar a tocarnos — . Tú has formado una nueva vida, has creado una familia, tienes un trabajo que te gusta y una casa increíble. Te va bien, Tristan, y me alegro tanto de que así haya sido... pero no ha sido lo mismo para mí y no puedes asegurarme que, el quedarme, sea la solución. Estoy bien aquí pero, en ocasiones, tan solo me siento una intrusa.

Es cierto. Crecí en este lugar, siento que es parte de mí, pero también, después de tanto tiempo fuera, no puedo decir que pertenezca ya a éste.

— Pero eso no es verdad, tú...

— No sé si encajo aquí ya — le digo, con un pequeño nudo en el estómago, y sé que él es de esas personas con las que de verdad puedo abrirme, de las pocas con las que no me da miedo ser vulnerable — . Ni si quiera creo encajar en algún sitio.

Su mirada se ha suavizado y no sé en que momento se ha acercado tanto, pero ahora está en frente de mí, con su rostro cerca del mío y su mano ha tomado la mía. Su tacto hace que toda mi piel se erice.

— Encajas conmigo, Olivia. Y yo encajo contigo. Siempre ha sido así y seguirá siéndolo.

Nunca dudé de ello. Estuve años convencida de que él y yo, simplemente, encajábamos, que nos habíamos encontrado porque así es como debía ser; como el mito aquel en el que cuentan que existían humanos que poseían dos caras, cuatro brazos y cuatro piernas. Se supone que tenían unas habilidades impresionantes y quiero creer que era porque se complementaban tan bien, que las debilidades de uno eran las grandezas del otro, y al revés. Pero, entonces, Zeus tomó la decisión de cortarlos por la mitad, condenándoles así a vivir separados, desesperados por encontrar a su otra mitad.

Tristan y yo nos hacíamos mejores el uno al otro, y fuimos separados, y ahora, nos hemos vuelto a encontrar y todo parece ser mucho mejor de nuevo.

— No sé que decir, Tristan — musito y tengo que apretar más su mano porque, de algún modo, siento la necesidad de verificar que todo esto es real, que él sigue delante de mí.

— Tan solo di que vas a quedarte — parece haber súplica en su voz, como si estuviera a punto de pedírmelo de rodillas. Hay una dolorosa e intensa desesperación en todo su rostro.

— Tristan... — quiero pedirle que pare pero también quiero que me bese, lo que me parece cruel por mi parte, pues creo que estoy destinada a hacerle daño. Pero es que lo deseo, lo deseo tanto que no me importa que acabemos destrozados al final.

— Te quiero — suelta.

Y mi corazón se para durante un momento.

Y después, comienza a latir con fuerza, como si hubiera muerto y resucitado al mismo tiempo.

Y yo tan solo puedo dar un paso hacia atrás, soltando su mano.

— No es verdad.

— Te quiero — repite y sonrío un poco, como si no le importara que yo me haya alejado. Como si ya no le importara nada.

— No.

— Te quiero, Olivia.

Creo que no siento las piernas y mi pulso se ha disparado. Llevaba años queriendo escuchar esto; incluso cuando creía que lo odiaba, cuando me había convencido de que él era la peor persona del mundo, soñaba con el momento de que él viniera y me dijera esto; que me quería, que nunca dejaría hacerlo.

Y ahora lo está haciendo. Y pienso en todo lo que Tristan me ha demostrado desde mi vuelta, en la manera en la que me ha tratado todo este tiempo y sé que está siendo sincero. Pero también

está esta parte de mi, esta que aún sigue creyendo imposible que algo pudiera salir bien en mi vida y que siempre buscará la manera de hundirme.

Es esta parte la que decide hablar ahora.

— No me quieres, Tristan.

— Deja de decirme que es lo que siento — responde él, pero tiene una sonrisa en su rostro, como si se hubiera quitado un peso de encima — . Es la verdad: te quiero y estoy enamorado de ti.

Todo mi cuerpo parece estar a punto de estallar por la felicidad que sus palabras me produce; porque siento que esto es lo único que necesito escuchar pero sigo sin poder creer que sea real, que esté sucediendo de verdad.

Seguimos mirándonos; sus ojos están tan iluminados y él parece tan feliz que no quiero destruirlo, de verdad que no.

Pero creo que lo haré.

— ¿Qué pasa si no es a mi a quien quieres, Tristan? — musito y mi voz suena demasiado débil, demasiado frágil — . Puede que quieras a la Olivia de hace años, de la cual te enamoraste, pero yo ya no soy esa persona.

Sin embargo, él no parece dudar y sigue con la misma determinación y amor en su mirada.

— Te quiero ahora, Olivia. Me enamoré de ti hace años y me he vuelto a enamorar de ti — responde y se acerca de nuevo a mi — . No creo que sea tan difícil de entender que te quería antes, te quise cuando no estabas y que te sigo queriendo ahora que has vuelto.

Mi corazón sigue latiendo demasiado fuerte, como si de algún modo éste quisiera hacerle saber a Tristan que tan solo está latiendo por él, que él es el único causante. Ojalá pudiera ser tan buena con las palabras, ojalá pudiera decirle que no ha habido ni un día en el que no haya soñado con este momento.

Ante mi silencio, él continúa hablando.

— Y quiero que sepas que no me importa si tú no me quieres, no me importa si ya no sientes lo mismo... — dice, pero su voz se debilita un poco — , porque podemos ser amigos, podemos ser lo que tú quieras que seamos pero... por favor, no te marches.

No puedo decirle que no vaya a hacerlo. No puedo mentirle de esa manera. Lo único que si puedo decirle es la verdad.

— Pero es que si que te quiero — suelto, casi como si me doliera el decirlo — . Eso es lo peor de todo; que te quiero... y sé que, si me voy, acabaré destrozándonos a ambos pero, quizás, si me quedo también lo acabe haciendo.

Su mirada brilla más que nunca y se ha quedado muy quieto, como si ahora fuera a él a quien le costase reaccionar.

— ¿Me quieres? — pregunta, en un susurro, y parece tan joven como aquella última vez que lo vi, años atrás. Y lo quiero igual que en ese momento o, quizás, aún más.

— Sí, Tristan — respondo — . Lo que pasa es que ya no estoy tan segura de saber querer a alguien. Ni si quiera sé si creo en el amor.

— Entonces, cree en nosotros.

Y tras eso, me besa.

Y decido creer en él; en la manera en la que me está sujetando, en sus labios sobre los míos, en la calidez que éstos me traen.

Y decido creer también en mi; en que esto es lo que me merezco después de tanto tiempo.

Él me quiere, yo lo quiero, y quizás eso pueda ser suficiente.

Volvemos al salón donde los demás siguen entretenidos hablando, ajenos a todo lo que ha sucedido entre nosotros; pero supongo que notan el cambio en nuestros cuerpos, que quizás ven como mi pintalabios rojo está ahora más difumando o como la mano de Tristan ya no suelta la mía. Puede que, por eso, sea por lo que tienen una pequeña sonrisa en sus rostros.

Es año nuevo y Miles, de algún modo, ha acabado convenciéndonos para salir esta noche. En otro momento, puede que le hubiera dicho que no, pero Tristan y yo llevamos una semana entera viviendo en una especie de fantasía y me siento tan bien que creo que soy capaz de aceptar cualquier plan siempre y cuando él esté presente.

Pensé que me haría huir el hecho de que él siguiera queriéndome, como si escucharlo fuese lo peor que me pudiera suceder. Pero, ahora que lo sé, deseo no alejarme nunca de él. Puede que anhele ser querida de verdad, que el amor sea lo único que esté buscando al fin y al cabo... y también sé que no puedo encontrarlo con nadie más que no sea él.

Desde navidad, apenas nos hemos separado. Y cuando esa noche acabé en su cama, sintiéndole dentro de mí después de tanto tiempo, supe que me sería imposible marcharme que, aunque mi cuerpo lo hiciese, yo nunca lo haría. Fue la manera en la que pareció tan desesperado por saborear cada parte de mi cuerpo, la forma en la que sus dedos me acariciaron, como si nunca pudiera tener suficiente de mí... o como, en el momento en el que se introdujo en mí, me susurró una vez más que me quería.

Nadie jamás me ha tocado como él. Nadie nunca me ha hecho disfrutar así. Creo que en todos estos años ni si quiera logré disfrutar del sexo y ahora no sé si voy a poder volver a vivir sin ello, sin Tristan y su manera de hacerme disfrutar.

Así que, estos días han sido como un sueño del cual ninguno queremos despertar; pasamos los días juntos y las noches aún más. Él se aferra a mí como si fuera la última vez que fuese a hacerlo porque, en realidad, no sabe cuando llegará el momento pero ambos sabemos que lo hará.

Los tres vamos en el coche, Tristan conduce y Miles va en la parte de atrás; parece bastante contento por haber aceptado su propuesta de salir a tomar algo, aunque más bien creo que es porque va a encontrarse con un chico con el que lleva un tiempo hablando.

— ¿Cómo se llamaba? — le pregunto cuando nos está contando que seguramente no dormiré en casa hoy.

Miles me mira con cierta indignación.

— ¿Acaso me escuchas cuando te hablo, Olivia? — y veo como Tristan a mi lado reprime una sonrisa.

— Bueno, es imposible mantenerse al día de tu vida romántica. Me hablas de tantas personas que ya he perdido la cuenta — me quejo y él parece aún más indignado.

— Creí que estabas con la chica esa que conociste en el gimnasio — añade Tristan, con cierto aspecto pensativo, y creo que lo hace sobre todo por seguir metiéndose con Miles.

— Obviamente, ya no estoy con ella...lo sabrías si me escucharais — responde él y yo tampoco

puedo evitar sonreír.

— Si que te escuchamos, Miles — le aseguro.

— Bueno, supongo que estáis tan pendientes el uno del otro que no puedo esperar nada de vosotros.

Mis mejillas se ponen rojas, pero sé que tiene razón, y la carcajada que Tristan suelta suena tan bonita y sincera que yo tengo que unirme a ella.

— Oye, pero está bien, lo entiendo... solo que es molesto a veces, ¿sabéis? — sigue diciendo y yo no me molesto en contestar, tan solo me hundo más en mi asiento, todavía sonriendo, mientras Tristan le dice que es un idiota, a pesar de que él sabe tan bien como yo que nuestro amigo está en lo cierto.

Cuando llegamos al local donde Miles quiere ir, ya hay gente en la entrada. Es un lugar nuevo, situado un poco a las afueras, y supongo que es uno de los encuentros de diversión ahora en Valenia. Me sigue pareciendo raro que aún haya sitios que no conozca.

— Creo que debería haberme quedado con Rita y Joe, viendo una de esas películas antiguas

— murmura Tristan en mi oído mientras salimos del coche. Lo cierto es que a él nunca le gustó demasiado los lugares con mucha gente y eso parece que sigue sin cambiar..

Y a mi, ahora, me pasa exactamente lo mismo. Me estoy arrepintiendo de esto incluso antes de entrar.

— Parece un plan mejor que éste, sin duda — respondo y agarro su mano, porque me he acostumbrado bastante a hacerlo.

Habíamos cenado los cinco, igual que en Navidad. Preparé la cena con Joe, Rita trajo sus postres, Miles las bebidas y Tristan la música... y había sido increíble, de nuevo. Sin embargo, poco después de las doce, tanto Joe como Rita dijeron estar muy cansados. Aunque ahora siento que tan solo lo han dicho para que así nosotros nos vayamos y disfrutemos del resto de la noche.

— Si en algún momento quieres que nos vayamos, nos vamos — me asegura Tristan, antes de que el ruido de la música sea tan alto que apenas podamos hablar en un tono normal.

— Quizás nos venga bien algo de diversión, ¿no crees?

— Créeme, sé muchas maneras en las que podemos divertirnos y esta fiesta no es una de ellas

— suelta, con sus labios rozando mi oreja, y toda mi piel se eriza ante su tacto, y tan solo deseo dar media vuelta e ir con él donde quiera que sea, pero lejos de aquí, donde tan solo estemos él y yo.

Sin embargo, acabamos entrando y tan rápido como lo hacemos, Miles nos abandona. Lo veo cerca de la barra, hablando con un chico mientras sonríe de una manera abierta y alegre, lo que me hace saber que aquel es el chico del que nos ha hablado hace tan solo unos minutos.

Ahora que estamos aquí, él ya no nos necesita, lo que quizás hace que podamos irnos antes de lo pensado.

Estamos en la pista, rodeados de gente, y yo no puedo parar de reír mientras veo el rostro de Tristan, tan incómodo que resulta demasiado divertido.

— La música es horrible — se queja, gritando para que así pueda oírlo y yo vuelvo a reír.

— ¡Eres un completo abuelo, Tristan! — respondo, pero él sigue con su frente arrugada.

Obviamente, está fuera de lugar; tan solo hace falta echarle un rápido vistazo para notarlo. Y creo que yo también lo estoy, aunque puede que sepa disimular mejor que él.

Así que lo beso; quizás para que se relaje o quizás porque, simplemente, quiero hacerlo, porque estos días no parecemos buscar ninguna razón para ello. Tristan abraza mi cintura y después, reposa su cabeza en mi hombro... casi es como si estuviéramos bailando, aunque nuestros cuerpos no se mueven a ningún ritmo; tan solo permanecemos abrazados.

— Podríamos ir a otro lugar más tranquilo.

— Creí que nos vendría bien divertirnos — dice, recordando mis palabras anteriores.

— ¿Has visto tu cara? — le pregunto, acercándome mucho a su rostro — . Eres todo lo contrario a la diversión.

— Bueno, justo ahora empezaba a pasármelo bien — responde y su mirada se dirige directamente a mis labios.

Y nos vamos; acabamos saliendo de aquel ruidoso local y comenzamos a caminar, alejándonos de éste. Tristan le ha dado las llaves del coche a Miles, después de que éste se las pidiera, y nos reímos durante todo el camino, como si hubiéramos bebido demasiado, aunque tan solo es el efecto que el uno tiene en el otro.

Cuando queremos darnos cuenta, estamos justo en frente del bar de Ross; es el lugar más cercano que encontramos.

— ¿Te apetece entrar? — me pregunta y yo tan solo me encojo de hombros, porque no sé muy bien que quiero.

Pero entramos, acabamos haciéndolo, y entonces, nada más cruzar la puerta, nos encontramos con Anne... y ella no está sola; tanto Ross como Layla están a su lado. Tendría que haber sabido que esto podía suceder y deseo dar marcha atrás para así evitar este momento tan raro que creo que estamos a punto de vivir.

Desde la mesa, ellos nos miran y nosotros permanecemos aún parados en la puerta; porque no sé si debo acercarme o tan solo marcharme, porque no sé que es lo que Tristan desea y lo único que deseo es que él no se sienta mal.

Veo que Ross se levanta de su asiento y él sonríe. Parece ser el único en hacerlo. Después, nos hace una seña con su mano para que nos acerquemos. De no haber estado Tristan, lo habría hecho, pero ahora con él a mi lado no estoy tan segura de lo que hacer.

— Creo que deberíamos ir — dice él, casi despreocupado, como si no le importara demasiado.

Quizás yo le estoy dando más importancia de la que realmente tiene... pero lo veo en su rostro, veo que esto significa para él mucho más de lo que está tratando de aparentar.

Mi mirada se cruza con la de Anne, a quien veo todos los días y quien sabe todo lo ocurrido con Tristan, y ella sonríe en el momento en el que ve que nuestras manos están entrelazadas.

Pero no dice nada, como si tampoco tuviera ni idea de como actuar.

— Esto es raro de narices — comenta Ross una vez que estamos sentados en la mesa — . Acabo de tener un deja vú increíble.

Y creo que todos tenemos la misma sensación... supongo que es por eso por lo que no podemos evitar soltar una pequeña risa; porque es todo tan incomodo pero, al mismo tiempo y de alguna forma que no logro comprender, se siente bien.

Y tras unos instantes de silencio, es Anne quien acaba hablando, quien creo que lleva queriendo hacerlo desde el principio. Parece haber encontrado la suficiente valentía para ello.

— Bueno, supongo que ahora es el momento perfecto para pedirte disculpas — dice, mirando solamente a Tristan, al cual creo que le ha sorprendido estas palabras .

— ¿A mi? — pregunta, arrugando la frente — . ¿Por qué?

— No me porté bien contigo — continúa — . Quiero decir, se supone que eramos amigos, ¿no? Y yo... simplemente, me alejé cuando pasó todo.

— Yo tampoco era la persona más fácil en esos momentos.

— No importa, debí haber hecho más.

A pesar de todo, Tristan esboza una tierna sonrisa.

— Oye, está todo bien ahora. Ha pasado mucho tiempo — y creo que él no quiere hablar de ello, que este tema lo incomoda un poco.

Aún así, Anne insiste.

— Pues por eso mismo, Tristan. Ni si quiera sé como dejé que pasaran los años de esta forma. Cada vez que te veía, deseaba acercarme y decirte algo, lo que sea... pero pensaba que ya había pasado tanto tiempo que ya no importaba lo que te dijese. Supongo que fui algo cobarde.

Y sé lo mucho que a él le hubiera gustado aquello pero también veo, en el momento en el que sus labios se curvan en una sonrisa, que no parece guardar ningún rencor. Supongo que yo tampoco puedo culpar a Anne por lo que no hizo pues, ¿acaso no había sido yo una cobarde también al desaparecer durante años? ¿Acaso no lo éramos todos un poco? Al fin y al cabo, todos habíamos hecho cosas malas, todos volveríamos al pasado de alguna forma para cambiarlo y así mejorarlo... y no se podía, por lo que tan solo nos quedaba esto; el tratar de hacerlo mejor ahora.

— No deberíamos haberte juzgado tan rápido por lo que hiciste — añade ahora Layla, que también parece algo avergonzada — . Y tampoco deberíamos haberte dejado solo.

Entonces, Ross levanta la mano e interrumpe la conversación.

— A decir verdad, yo nunca te juzgué — suelta — . No sabes la satisfacción que sentí al ver la cara de ese tío destrozada.

Una vez más, nos echamos a reír, pero esta vez estamos más relajados y Ross comienza a traer bebidas. Las cosas parecen demasiado fáciles, como si los conflictos de siete años atrás se hubieran solucionado en tan solo unos minutos... y quizás no lo hayan hecho del todo, pero por algo se empieza.

— Creo que no estaría mal que repitiéramos esto de vez en cuando — propone Anne, mirando a todos con cierta emoción y cuando me giro para echar un vistazo a Tristan, veo que su sonrisa sigue ahí.

— Podría estar bien — respondo, asintiendo con la cabeza.

Así que seguimos sentados, todo rastro de incomodidad se ha esfumado y las conversaciones surgen de una manera natural y nuestras risas son tan ruidosas que llenan todo el bar, el cual se encuentra vacío. Creo que Ross ha puesto el cartel de cerrado fuera.

Nunca hubiera imaginado que pasaría el año nuevo de esta forma, con ellos, pero, al igual que había pasado con la Navidad, me alegro de que esté siendo así. Está bien no sentirse tan sola.

Y no sé cuanto tiempo ha pasado desde que hemos llegado, pero en el momento en que la puerta se abre y Marc entra por ésta, sé que la escena está a punto de cambiar; porque noto el cuerpo de Tristan tensándose a mi lado.

— ¿No has visto el cartel? Está cerrado, Marc — gruñe un poco Ross, que ni si quiera intenta parecer amable.

Lo cierto es que todos estamos haciendo lo posible por ignorar su presencia pero no creo que consigamos lograrlo del todo pues el ambiente se ha vuelto raro de nuevo, solo que ahora mucho peor.

— No parece que esté cerrado — responde, mirándonos, y comienza a acercarse a nosotros y yo tan solo soy capaz de agarrar la mano de Tristan, temiendo la manera en la que pueda terminar todo esto — . Es como si hubiéramos retrocedido en el tiempo.

Ninguno le contesta pero, si interpreta nuestro silencio como una manera de que no queremos saber nada de él, parece no importarle pues sigue acercándose.

— ¿Es que ahora a todos os ha dado por relacionaros con ex convictos? — pregunta con ese tono cruel al cual ya estoy acostumbrada, el mismo que me llena de ira.

A mi lado, noto como Tristan sigue tenso por lo que aprieto un poco más su mano, creo que tan solo para hacerle saber que sigo aquí, que no se preocupara.

— Marc... — murmura Anne, como advirtiéndolo, pero él continúa hablando pues parece tener un propósito y no va a irse hasta cumplirlo.

— De Olivia me lo esperaba, todos sabemos que no se ha quedado muy bien de la cabeza pero,

vosotros... — y tengo que tomarme un par de segundos para darme cuenta de que me ha insultado, de que lo ha hecho sin ningún tipo de vergüenza.

Lo siguiente ocurre demasiado deprisa, tanto que ninguno es capaz de hacer algo por impedirlo.

Tristan se ha levantado de la silla, lo ha hecho de un salto, tan veloz que apenas he notado como soltaba mi mano, y se ha acercado al que una vez fue su hermanastro. Ross también se levanta, tratando así de impedir lo que está a punto de suceder, pero no lo consigue pues, antes incluso de que pueda dar un paso, el puño de Tristan ya se ha estampado contra la mejilla de Marc, quien ahora yace en el suelo.

Y no deja de golpearlo, al contrario, sigue haciéndolo una y otra vez.

— ¡Tristan, para! — grita Ross, que ha sido el único que se ha atrevido a acercarse pues yo, aunque lo deseo, no soy capaz de moverme. Es como si me hubiera quedado pegada en el asiento.

Pienso en lo que pasó años atrás, me imagino que es el rostro de Charles el que sigue golpeando, veo al Tristan más joven rodeado de policías.

Aquello casi hizo que su vida se destrozara, y temo que vuelva a suceder de nuevo, que otro error vuelva a arruinarlo.

Y ahora vuelvo a ver la cara de Marc; llena de sangre, y creo que está sonriendo. Estoy bastante segura de que lo está. Puede que él mismo haya provocado toda esta situación, puede que éste haya sido, desde el principio, su propósito.

— Vamos, continúa — le alienta, divertido — . Deja que vean como eres realmente.

Es cuando el puño de Tristan se queda congelado en el aire y unos segundos después, como si estuviera luchando contra si mismo, se levanta, alejándose así del cuerpo de Marc.

Después me mira, es la primera cosa que hace; veo el miedo en sus ojos y quiero decirle que no debe temer nada, que esto no ha hecho que lo que sienta por él cambie. Espero que mi mirada le haga saber que yo sé, perfectamente, como es.

— Voy a denunciarte, lo sabes, ¿no? — dice Marc, sonriendo, limpiándose parte de la sangre que hay en su labio.

— Adelante — le anima Tristan, tan cortante y frío como nunca, como si no le importara lo que pudiera llegar a sucederle.

Pero a mi si me importa.

— Primero, casi matas a mi padre y ahora has intentado hacer lo mismo conmigo — exagera y Tristan pone los ojos en blanco, casi soltando una risa — . No creo que las cosas te salgan tan bien ahora.

Nadie dice nada durante un instante y creo que todos estamos pensando en esas palabras, en que puede que tenga razón; no tengo ni idea de lo que puede suceder si llega a denunciarlo, pero si sé que no será bueno.

Y, después de todo lo que Tristan ha conseguido, después de haber superado lo que pasó y haber formado una nueva vida, una buena, no sería justo que se lo arrebataran de nuevo.

Entonces, la voz de Anne rompe el silencio.

— Supongo que necesitarás testigos, ¿no? — dice, dirigiéndose a Marc, y siento como si me hubieran golpeado el estomago con fuerza, como si todo a mi alrededor estuviera a punto de derrumbarse. Casi creo notar el sabor de la traición en mis labios, pero mi amiga esboza una sonrisa que incluso parece algo cruel para ella — . Porque yo he estado aquí todo el tiempo y no he visto nada. Tristan no se ha acercado a ti en ningún momento.

Su rostro, aún golpeado, se arruga, sin entender lo que está sucediendo... y yo no puedo evitar echarme a reír.

— Yo tampoco he visto nada — digo y agarro la mano de Tristan y él se aferra a la mía con fuerza, como si la necesitara.

Él sigue serio pero veo que sus ojos brillan un poco por la emoción. Quizás, aunque no del todo, esto pudiera recompensar todos estos años, quizás podían empezar de cero de la misma manera que él y yo lo habíamos hecho.

— Ni yo — añade Layla, actuando tan inocente que incluso resulta gracioso.

— Lo único que yo he visto es a Marc siendo un imbécil, lo cual no es algo raro — habla Ross y lo hace con demasiada naturalidad — . Y ahora, vete de mi bar; no quiero volver a verte por aquí. Ya te dije una vez que no eras bienvenido y sigues sin serlo.

Así que, tras un momento de silencio, un momento en el que Marc tan solo nos mira con odio en su mirada, quizás queriendo decir algo más pero sabiendo que tiene las de perder, acaba marchándose.

Y nosotros, a pesar de lo que acaba de suceder, tan solo podemos echarnos a reír de nuevo.

Más tarde, cuando la noche está casi llegando a su fin, Anne se acerca a mi. Tiene esa expresión en su cara, esa que tan solo utiliza cuando está a punto de mantener una conversación que no quiere tener. Nos hemos alejado un poco de los demás; las dos estamos sentadas en la barra del bar mientras Tristan habla con Ross y Layla, de manera animada, lo que me hace ridículamente feliz.

— Sé que no me he portado muy bien con él — dice, mirándolo — . Pero espero que, después de esta noche, pueda perdonarme por estos años... aunque tan solo sea un poco.

— Creo que, para él, ya no hay nada que perdonar — le aseguro, y no tengo duda de ello — . Gracias por lo de antes, gracias por ayudarlo.

Ella sonríe y me mira.

— Ha estado bien — responde — . Toda la noche ha estado bastante bien.

— Sí, la verdad es que sí — murmuro y observo a los tres, los cuales siguen hablando, ajenos al aire triste que se ha instalado entre las dos.

Tras un pequeño silencio, vuelvo a hablar. Quizás esto sea lo más cercano que estemos de una despedida Anne y yo.

— Yo tampoco me porté bien contigo... y espero que tú también puedas perdonarme, aunque tan solo sea un poco — musito, repitiendo sus palabras. La miro y ella también lo está haciendo; en sus ojos hay el mismo cariño de siempre.

— Yo tampoco tengo nada que perdonar, Olivia.

Su mano se encuentra con la mía y yo dejo que la sujete.

— Volverás, ¿verdad? — pregunta después y, aunque sigue sonriendo, noto cierta angustia en ella, como si tuviera miedo por saber la respuesta.

Casi de manera inconsciente, me acerco un poco más a ella y reposo mi cabeza en su hombro, algo que solía hacer tiempo atrás, cuando creía que no había nada que pudiera separarnos.

— Bueno, tengo que volver para tu boda, ¿no? — le recuerdo, haciendo que su sonrisa se haga aún más grande, iluminando todo su rostro.

29

Recuerdo una chica que conocí en la ciudad, casi un año después de que mis padres murieran y yo me mudara con mi tía. Eramos compañeras de trabajo en una tienda de té y tenía tan solo un par de años más que yo. Al principio, apenas hablaba con ella pero era una persona bastante habladora, de ese tipo de gente que puede hablar con todo el mundo. Me recordaba bastante a Anne, quizás por eso me esforcé tanto por no mantener ningún tipo de relación con ella en un principio.

Pero no se rindió.

Seguía hablándome, creando bromas conmigo de las cuales yo no me reía, contándome cosas de su vida a pesar de que yo nunca me abría.

Entonces, un día noté como sonreía ante algo que me decía. Al día siguiente, mis respuestas pasaron de ser simples monosílabos a frases completas. Y cuando quise darme cuenta, sentí como disfrutaba del tiempo con ella. Mis sonrisas eran cada vez más numerosas, me reía de todas sus bromas y deseaba que llegara la hora del trabajo pues sabía que eso significaba pasar un buen rato con ella.

Así que, un par de meses después, dimití. No volví. Nunca me despedí de ella. Nunca volví a verla.

Dos años después, conocí a un chico. Era bueno y amable, y me hacía sentir bien. Muy bien. Eso era lo peor de todo. Si no hubiera sido por el fantasma de Tristan, siempre presente, sé que podría haberme enamorado de él. Disfrutaba de los ratos que pasábamos juntos, me gustaba su sonrisa y yo le gustaba a él tanto que me aceptó en la peor versión de mí.

Y de repente un día, le dije que no quería volver a verlo. Y así fue. En su lugar, comencé a salir con chicos de los cuales jamás me enamoraría. Chicos que ni si quiera me gustaban del todo. Ellos no me trataban bien y yo a ellos tampoco.

Durante un tiempo no entendí el por qué hacía esto. No entendía por qué desechaba a la gente con tanta rapidez, por qué me empeñaba en abandonar y dañar a personas que habían hecho cosas buenas por mí, a personas que quería en mi vida.

Pero ahora lo entiendo.

Ahora sé que, quizás, a la única persona que trataba de dañar era a mí misma. Ese era el único objetivo.

Sentía que se lo debía a ellos, a mis padres; que alguien en el mundo debía estar triste porque ellos ya no estaba, y que tenía que ser yo. La tristeza parecía ser lo único que me unía a ellos, lo único que me quedaba.

Pero estoy agotada.

Y quiero una vida distinta.

Joe tenía razón; me aferraba a todo este dolor porque sentía que, este sentimiento, era lo único que me podía acercar un poco más a ellos... pero ahora sé que no es así. También está el amor, el gran amor que siento por los dos y que nunca se iría.

Así que ahora, en mitad del cementerio, sentada delante de las tumbas de mis padres, miro sus nombres grabados en la piedra... y sigue doliendo como antes, siempre dolerá. Pero, a parte del dolor, también podía haber algo más, también podían haber cosas buenas. Tengo que aprender a vivir con todo ello y saber que, dentro de mi, siempre habría una parte rota pero que eso no significaba que toda yo lo estuviese.

*

Las fiestas han terminado y todo ha vuelto a la normalidad; las luces han desaparecido de las calles, los dulces también, y ese ambiente de ensueño parece esfumarse poco a poco.

Ahora, cuando miro a Tristan mientras duerme, ambos en la cama de su habitación, no puedo evitar pensar en lo mucho que lo quiero y en que, quizás, no debería hacerlo tanto... pero lo hago. Siento tanto amor por él que, en ocasiones, creo que va a asfixiarme y aunque la sensación es bonita, también resulta algo aterradora porque sé que las personas pueden irse de tu vida de un momento a otro.

Él comienza a despertarse y aún, algo adormilado, sonrío. Desearía que esta escena pudiese repetirse todos los días, cada mañana.

Han pasado casi tres meses desde que vine a Valenia y siento que la persona que se bajó del autobús aquel día y la que yace ahora en este colchón junto a él, son totalmente distintas. Puede que haya cometido muchos errores en todo este tiempo, que haya hecho cosas que nunca debí hacer, pero el venir aquí no es una de ellas.

— Si no te levantas ya, voy a irme sin ti — le amenazo y él vuelve a sonreír.

— ¿Y si dormimos todo el día?

— Ha salido el sol, tenemos que aprovecharlo — respondo, sabiendo que en otro momento de mi vida quizás hubiera estado de acuerdo con su plan. Pero ahora, no; ahora quiero hacer cosas, quiero sentir el sol en la cara y saborear cada segundo a su lado.

Así que vamos en bici hasta el campo, cruzándonos en el camino del otro de manera juguetona, cogiéndonos de la mano cada vez que nos alcanzamos, sin temor a poder caernos.

Una vez que llegamos, nos sentamos entre las flores, uno junto al otro.

— Las fiestas han acabado — murmura y no quiero pensar en la tristeza que hay en su tono. No quiero pensar en nada de eso ahora.

— Lo sé.

La suave brisa hace que sus rizos se muevan y unos cuantos le caen por la frente. Parece volver a

tener diecisiete.

— No voy a volver a pedirte que te quedes — dice, mirándome, y yo tan solo hubiese deseado que esta conversación no fuera ahora, no en este momento, pero sé que tenía que llegar — . Tan solo quiero que sepas que, hagas lo que hagas, siempre estaré aquí. Tienes que saber que, aquí, entre las flores, siempre habrá un chico esperándote.

— Creo que te mereces algo más que esperar por alguien, incluso si ese alguien soy yo.

Y él tan solo sonríe, como si nada fuera a hacerlo cambiar de opinión.

— Creo que merece la pena esperar si es por ti.

No me parece justo, pero también deseo que diga que estará esperándome durante el resto de su vida, aunque no me esté pidiendo que me quede. Y sé que no volverá a hacerlo, pero creo que me quedaría si volviera a pedírmelo.

Cuando vamos a la casa de Joe, tanto Miles como Rita ya están ahí. Al parecer, ninguno de los dos ha querido perderse aquello aunque creo que, en realidad, simplemente disfrutan de hacer cosas juntos, sean la que sean. Es como si esto tan solo fuera una excusa más para reunirse.

— ¿Estás nervioso? — le pregunto y aunque no lo parece, duda un poco al responder.

— Bueno, es la primera vez que me hago un tatuaje — responde — . Pero confío en vosotros.

Pienso en el diseño que llevo guardado en el bolso, en como Tristan hace unas horas me ha asegurado que le encantará. Tan solo espero que así sea. La verdad es que me hace feliz que, pase lo que pase, Joe siempre llevará una parte de mi en él. Supongo que eso hará que nunca me olvide, lo cual me hace consuela.

Voy hacía la cocina, donde Miles está cogiendo algo de beber y cuando me ve me, sonríe.

— ¿Qué tal fue tu cita? — le pregunto, recordando aquel chico con el que se fue en año nuevo; han pasado varios días y, desde entonces, no ha vuelto a hablar de otra persona, por lo que imagino que no ha ido del todo mal. Sin embargo, la mueca que aparece en su rostro me hace ver que estoy equivocada.

— Supongo que no funcionó — responde, encogiéndose de hombros.

— Creí que te gustaba.

— Y me gusta — dice — pero sé que no saldría bien.

No explica nada más y yo no vuelvo a preguntar. Creo que lo entiendo; simplemente, el amor da miedo. Aterra el hecho de que pueda salir mal pero también que salga bien, porque, de algún modo, nos hemos convencido de que acabará, de que no importa lo que hagamos pues siempre habrá un final. Así que, en ocasiones, la mejor manera de ahorrarnos ese sufrimiento que inevitablemente llegará, es huyendo, adelantando el final.

— No te iras para siempre, ¿verdad? — pregunta entonces, mirándome. No hay ni rastro de la

expresión divertida que casi siempre suele haber en sus ojos.

— ¿Cómo sabes que voy a irme?

— Porque tú y yo somos parecidos, Olivia — pero, por la forma en la que lo ha dicho, no parece que nos esté halagando — . Quizás algún día aprendamos a no arruinar lo que nos hace felices.

Tras eso, Tristan aparece y se pone a hablar con Joe, justo delante nuestra, lo suficientemente lejos como para no poder escuchar nuestra conversación.

— No quiero hacerle daño — musito, mirándole, y siento una presión en el pecho, una que casi no me deja respirar.

— Se lo harás, es inevitable — responde Miles, pero no parece juzgarme por ello. Se acerca a mi, haciendo así que nuestros hombros se choquen, lo que me reconforta un poco — . Pero sobrevivirá. Tan solo... no desaparezcas por mucho tiempo — me pide y su voz se entrecorta un poco; parece haber cierta suplica en su tono — . Aquí siempre vas a tener a personas que te quieren.

El corazón se me encoge un poco al oír aquello y me pregunto si, de hecho, me merezco todo este cariño, todo este amor.

Cuando volvemos al salón, miro a Tristan, veo la manera en la que me está mirando, y tengo que ignorar el dolor que siento en el estómago. Pienso en la conversación que acabo de tener con Miles y me pregunto si él ha dejado a aquel chico que tanto le gustaba por la misma razón por la que yo voy a marcharme.

— Entonces, ¿empezamos? — pregunta Rita, que ha preparado unos cuantos dulces para todos. No importa cual sea el plan, ella siempre traerá algo para comer — . A Maya le encantaban los tatuajes. Tendríais que haber visto sus brazos... ¡estaban llenos!

Lo dice con una sonrisa en la cara, aunque se ve la emoción en sus ojos. Sé que es su hija, sé que ya no está y sé que no es justo: no sé nada más de Maya, a Rita aún le cuesta hablar de ella, pero me parece bonito que, poco a poco, nos deje conocerla.

— Rita, tú también deberías hacerte uno — le dice Miles, pegándole un divertido empujón y ella niega con la cabeza, riendo — . Podríamos hacernos uno tú y yo a juego.

— Ni lo sueñes, Miles.

Joe se sienta en el sillón donde Tristan ha preparado todo lo necesario.

— ¿Quieres que te enseñe el dibujo ya? — le pregunto, acercándome a él — . Aún estamos a tiempo por si quieres hacerle algún cambio

Él tan solo niega con la cabeza, tranquilo, sonriendo.

— No hace falta. Lo veré una vez que Tristan termine.

— Pero... puede que no te guste, Joe. Me quedaría más tranquila si lo vieras primero.

— Me va a gustar Ya os he dicho que confío en los dos.

Echo un vistazo a Tristan, que está escuchando todo, y él tan solo se encoge de hombros. Supongo que ya sabe que Joe va a salirse con la suya de cualquier manera, así que no sigo insistiendo a pesar de que aún no estoy del todo convencida.

Él comienza y yo picoteo de los dulces que Rita ha traído.

Finalmente, cuando Tristan acaba, los tres nos levantamos de un salto, ansiosos por ver el resultado. Nos acercamos a ellos y al verlo, durante un momento, nadie dice nada.

Creo escuchar un pequeño sonido por parte de Rita, como si hubiera soltado una ligera exclamación y, al final, es Miles quien habla.

— Es precioso, chicos — musita, con cierta emoción en su voz. — . De verdad que lo es.

Tristan sonríe y después me mira, me guiña un ojo con complicidad. Al fin y al cabo, esto es obra nuestra.

— Creo que lo vas a amar — asegura Rita, llevándose una mano al corazón.

Joe se levanta del sillón donde ha estado más de una hora sentado, como si no pudiera esperar más. Se dirige al espejo que hay colgado en mitad del salón, para así poder observarse mejor y yo siento como los latidos de mi corazón se aceleran.

Entonces, veo sus ojos llenarse de lagrimas, unas que no llega a derramar, pero ahí están.

Y creo que nunca había visto una sonrisa tan grande en su rostro. Al verla, siento que la vida quizás aún siga mereciendo la pena por momentos como este. Por este tipo de sonrisas.

Joe se gira para mirarnos.

— Creo que nunca había visto algo tan bonito — dice y hay tanta sinceridad y agradecimiento en sus palabras, que tengo que contenerme para no ir ahora mismo y darle un abrazo.

Miro el tatuaje por primera vez y a pesar de que he sabido en todo momento lo que sería, me emociono un poco al observarlo; porque sé lo que significa para Joe.

Se trata de una de las fotografías que encontré de él y Eloise en el salón; en ella, ambos salen agarrados de la mano. Joe no está mirando a la cámara, pues se encuentra de espaldas, pero ella sí que lo hace y al mismo tiempo, su largo pelo negro se mueve debido al viento. Y el tatuaje es una simple silueta, una simple recreación de esa fotografía que tan bonita me pareció.

— Fue idea de Olivia — comenta Tristan — . Y yo creí que era perfecta.

— Lo es — asiente Miles y continuamos mirándolo porque parece que no podemos dejar de hacerlo.

Sabemos que no es una obra de arte, que ha sido fácil tanto para Tristan como para mi pero, aún así, estamos hipnotizados por éste. En ocasiones, el arte era eso; su significado, el como te hacía sentir.

— Gracias por hacer esto por mi — vuelve a hablar Joe y creo que, si fuera por él, seguiría dándonos las gracias durante el resto de su vida.

Y me siento tan feliz por haber podido hacer esto por Joe, por haberle podido devolver, de alguna forma, todo lo que ha hecho por mi en tan poco tiempo.

Nuestras miradas se cruzan un instante y pienso en lo que me dijo esa tarde, como me hizo saber que siempre podría dejar entrar a nuevas personas en mi vida y que eso no quería decir que tuviera que olvidar a las que se fueron.

Tenía razón.

Aquí ahora, entre ellos, no puedo evitar sentir cierto alivio al saber que siempre habrá alguien por conocer. Que la vida, a veces, te quitaba personas que querías pero también te podía dar otras que, aunque nunca llenarían el vacío de las que se fueron, podrían brindarte otras cosas, hacerte algo más feliz.

Supongo que, al final, las personas necesitan a otras personas. Es tan simple como eso.

Esta mañana he comprado algo de incienso en la tienda donde mi madre siempre solía comprarlo, y ahora toda la casa huele a ello. Es el mismo olor pero la sensación ya no es la misma. Supongo que debo dejar de tratar que las cosas sean como antes: no sirve de nada intentar reproducir las mismas canciones, ni poner las cosas en el mismo sitio que antes estaban o imitar los olores que antes habían. No funcionaba. Ya no era lo mismo.

Tristan llega más tarde, cerca de la hora de comer, y el olor aún sigue aquí. Sin embargo, él no comenta nada aunque estoy segura de que ha tenido que notarlo.

— ¿Estás segura de que quieres hacer esto? — pregunta, con precaución.

— Sé que tengo que hacerlo... creo que es una forma de cerrar todo esto, ¿sabes? — le digo, ambos sentados en el sofá, con mi cabeza acostada en su regazo — . No puedo seguir teniendo miedo de una habitación y tampoco quiero que permanezca siempre encerrada.

Tristan asiente con la cabeza y sigue jugando con mi pelo.

— No voy a vender la casa — suelto después y me quedo un momento mirándolo, quizás para observar su reacción, pero él no me da ninguna — . Quiero que esté aquí y quiero que sea mía.

— Me parece que es lo correcto, Olivia — responde. Creo verlo sonreír.

Así que continúo hablando.

— Y también quiero que te quedes con la otra llave — y entonces me mira, esta vez sorprendido, puede que incluso algo nervioso — . No sé cuanto tiempo tardaré en volver y sé que no hay otra persona que cuidará mejor este lugar que tú.

No me pregunta cuanto tardaré en volver y se lo agradezco porque no tengo ni idea, aunque tan solo espero que sea pronto. Sigue mirándome, sigue entretenido con mis mechones y quizás es tan solo sensación mía pero siento como si todo su cuerpo ahora estuviera más relajado. Ambos sabemos que no le estoy pidiendo que venga a vivir aquí, sé que él tiene su piso junto a Miles y que adora estar allí con él, pero, de alguna forma, quiero que sepa que este también es su hogar.

Y tan solo espero que él sepa lo que significa todo esto que le estoy diciendo. Quiero que sepa que, darle las llaves de esta casa, el lugar más importante para mí, es equivalente a entregarle todo de mí.

— Llenaré el jardín de flores — dice, con una sonrisa en la cara — . De verdad, Olivia, lo haré... y quizás eso te de una excusa para volver, porque tendrás que ver el resultado.

Tengo que echarme a reír porque sé que Tristan es capaz de hacerlo. Sé que lo hará.

— Volveré para ver las flores, Tristan.

— ¿Lo prometes?

— Lo prometo.

Pero también sé que volveré por él.

Y después de eso, los dos comenzamos a subir las escaleras. Le he hecho venir para esto, porque no quería hacerlo sola, pero ahora ni si quiera estoy segura de querer hacerlo. Sin embargo, con él a mi lado, creo que soy capaz de hacer cualquier cosa.

Nos paramos en frente de la puerta de la habitación de mis padres, la cual lleva años cerrada bajo llave. Recuerdo el último día que entré en ella; horas antes de que todo sucediera. Después, fue mi tía quien lo hizo y la que, al yo pedírselo, echó la llave.

Pero ahora he decidido quedarme con la casa; muchas cosas han cambiado y quiero tener todo lo que queda de ellos, como si pudiera recuperar de este modo todos estos años que sé que no volverán.

Aprieto con fuerza la llave del dormitorio, tanto que mis nudillos se vuelven blancos. Tristan está justo detrás de mí, dejándome que sea yo la que haga esto.

— ¿Estás bien? — pregunta y yo asiento, aunque no sea así.

— Tienes que pensar que soy una estúpida, ¿no? — murmuro — . Tan solo es una puerta, una habitación.

— Nunca voy a pensar que eres estúpida, Olivia, y mucho menos por tener sentimientos — dice y, como siempre, parece tener las palabras adecuadas para hacerme sentir mejor. No sé como lo consigue, no sé como siempre logra decir justo lo que necesito escuchar.

Nos quedamos unos segundos parados en el pasillo, aún delante de la puerta. Creo que tan solo estoy atrasando el momento, aunque quizás me estoy mentalizando para lo que voy a encontrar dentro. Sé que tengo que hacerlo, incluso quiero hacerlo, pero también me da miedo el dolor que pueda llegar a sentir.

— Bueno, allá vamos — susurro y echo una última mirada a Tristan, que tan solo asiente con la cabeza. Creo ver cierto orgullo en su mirada.

Introduzco la llave en la cerradura y la hago girar; mis movimientos son lentos, mucho más de lo necesario, y estoy apretando tanto los labios que incluso, durante un fugaz instante, he dejado de respirar.

La puerta se abre, tan solo un poco, pero es suficiente para que sienta un ligero escalofrío recorrer todo mi cuerpo; la sensación no es mala, al contrario, no creo que hacer esto me esté haciendo ningún mal... simplemente, me está haciendo sentir demasiado, de manera muy intensa, pero he aprendido que eso no es malo.

Así que suelto el aire que he estado reteniendo sin apenas pretenderlo y tras unos segundos, entro: lo hago de una vez por todas, sabiendo que si no lo hago ya, jamás lo haré.

Y al entrar, creo que no voy a ser capaz, creo que esto va a romperme, pero siento como la mano de Tristan agarra la mía con fuerza, con amor, y todo parece mucho más fácil, incluso cuando no lo es para nada.

La habitación está tal cual la imaginé; la cama de matrimonio donde mis padres durmieron cada noche sigue en el centro y está desecha, pues salieron con tantas prisas aquel día que ni si quiera les dio tiempo a hacerla. Supongo que pensaron que tendrían todo el tiempo del mundo para ello. Mucha de la ropa de mi madre se encuentra esparcida por el suelo; veo sus vestidos de flores, alguna de las blusas que yo siempre le pedía prestada y no puedo evitar sonreír porque siempre fue desordenada con todo y creo que esta habitación refleja, exactamente, como era ella.

Luego veo la guitarra de mi padre en la esquina. En realidad, nunca aprendió a tocarla del todo; solía bromear diciendo que estaba componiendo una canción para mi madre, una que parecía estar tomándole años y años terminar, y ya nunca la acabaría.

— Ojalá supiera afinarla — le digo a Tristan, que también la está mirando.

— Miles sabe — responde y aunque está tratando de aparentar normalidad, puedo notar como le ha costado un poco hablar. Carraspea un poco la garganta — . Puedo llevársela para que la afine, si quieres.

Ni si quiera sabía que Miles tocaba la guitarra. Creo que siempre habrán partes de él que me seguirán sorprendiendo, no importa el tiempo que pase.

— Creo que deberíamos dársela — y aunque años atrás no hubiera soportado la idea de que alguien pudiera tener algunas de sus pertenencias, cuando pienso en Miles tocando la guitarra de mi padre, tengo que volver a sonreír — . Estoy segura de que le gustará.

Lo cierto es que el ambiente en la habitación es triste; no lo hubiera imaginado de otra forma. Ninguno de los dos podíamos tratar de hacer de esto un bonito momento, pues no había nada bonito en lo que sucedió... así que entiendo el silencio por parte de Tristan, al igual que no me castigo por las lágrimas que se han acumulado en mis ojos.

Me adentro un poco más y quizás tan solo sean imaginaciones mías pero creo poder oler el perfume de mi madre, aunque ni si quiera sé si eso es posible. Le pedí a mi tía en su momento que no cogiera nada de la habitación, aunque no sé si me hizo caso. Espero que no, espero que se quedara con algo de ambos, que guardara cualquier detalle de su hermana. En todos estos años, jamás me he parado a pensar en su dolor, en el hecho de que ella también los había perdido.

Quizás deba llevarle algo. Creo que eso le hará feliz.

El tocador está lleno de maquillaje que supongo que deberíamos tirar pero decido quedarme con el colorete rosa que mi madre ponía en sus mejillas; lo hago sobre todo por el olor, porque era el que aspiraba cada vez que le daba un beso.

Tristan se dirige al armario y en la puerta de éste se encuentra colgada la chaqueta de piel marrón que mi padre usaba. Él la toca, casi con delicadeza, como si fuera algo demasiado preciado.

— Puedes quedártela — le digo, sobresaltándole — . Era su favorita, ¿recuerdas?

Asiente con la cabeza, mientras sigue observándola.

— De verdad, Tristan, es tuya.

— ¿Estás segura? ¿No quieres quedártela?

— Hay muchas cosas aquí que puedo quedarme. Además, a ti te quedará mucho mejor.

Y él sonríe, agradecido. Sé que esto también está siendo difícil para él y me alegro de que podamos hacerlo juntos, de que podamos estar sanando una parte de nuestros pasados el uno junto al otro.

Encontramos fotografías, montones de ellas que ambos guardaban debajo de la cama, y las observamos durante horas; intentando recordar el momento exacto en el que ocurrió cada escena. En algunas yo soy muy pequeña, en otras, mis padres están tan jóvenes como nosotros ahora y hay otras tantas en las que incluso sale Tristan, con su pelo revuelto y sus tristes ojos.

Los recuerdos siguen poniéndome triste pero también, de alguna forma, consiguen aliviarme; hacen que me sienta algo más feliz al saber que, a pesar de todo, son momentos que he vivido, que he tenido el placer de hacerlo.

Nos quedamos observando una fotografía en especial, una en la que salimos Tristan y yo mirándonos el uno al otro. Ni si quiera sabíamos que mi padre estaba captando aquel momento; tan solo estábamos sentados en el porche y ambos sonreímos tanto que, a pesar de ser una imagen, es capaz de transmitir la felicidad que seguramente sentimos en ese momento.

— ¿Por qué crees que hizo esta foto? — me pregunta Tristan, con la mirada llena de nostalgia.

— No lo sé — respondo, porque es cierto — . Supongo que le gustó verte sonreír. Por aquel entonces, no lo hacía tanto.

Él se queda en silencio, observando la fotografía.

— ¿Alguna vez te has preguntado como hubieran sido las cosas si todo hubiese sucedido de otra forma? — le pregunto, provocando que él me mire. Lo cierto es que no sé que espero obtener de su respuesta, ni si quiera tengo claro el por qué le he hecho esta pregunta.

Tristan asiente con la cabeza.

— Sí, aunque supongo que no debería hacerlo — contesta — . Al fin y al cabo, el pasado no se puede cambiar. Creo que el estar continuamente pensando en lo que podría haber pasado, tan solo trae más dolor.

Tiene razón y aún así, no creo que ninguno de los dos dejemos de hacerlo nunca.

— Hay que aceptar lo que pasó y continuar viviendo — murmuro, deseando que fuera tan fácil como decirlo.

— Bueno, eso es lo que hemos estado haciendo todo este tiempo, ¿no? — dice, todavía mirándome — . Continuar viviendo.

— No lo sé, Tristan, creo que yo llevo años anclada en este lugar y en lo que sucedió. No sé si a eso se le puede llamar vivir.

Vuelve a quedarse en silencio, creo que me está mirando pero yo he vuelto a mirar la fotografía que sigue delante nuestra.

— Quizás, en otra vida, las cosas hubieran sido distintas. Quizás en esa vida no nos hemos separado y tus padres están bien.

— Pero a nosotros nos ha tocado esta vida — respondo, casi con amargura y, después, vuelvo a la imagen — . Lo cierto es que no recuerdo la última vez que sonreí de esta forma... pero si sé que fue contigo.

Después, me agarra de la mano y ahí nos quedamos, sentados en el suelo de la antigua habitación de mis padres, viviendo una vez más en el pasado, pensando en todo lo que podría haber sido y no fue.

Supongo que un poco más de dolor no nos matará.

Tiempo atrás, le pedí a Tristan que no rompiera mi corazón. Siempre tuve la sensación de que, si alguna vez las cosas salían mal entre nosotros, sería por él, porque creía firmemente que yo jamás hubiera sido capaz de dejarlo.

Y ahora estoy a punto de hacerlo.

Nunca he sido buena con las despedidas; prefiero desaparecer antes de tener que decir adiós a alguien. Así que cuando Joe me dijo que tendríamos que hacer una cena antes de que cogiera el autobús a la mañana siguiente, estuve a punto de decirle que no. No creía ser capaz de decir adiós pues, la cosa con las despedidas, es que, en ocasiones, no podías saber cuando sería la próxima vez que verías a esas personas.

Pero aquí estoy sentada, quizás por última vez en mucho tiempo, en la mesa donde tantas veces he comido con ellos en estos meses. Y el ambiente no parece triste, sino todo lo contrario; todos hablan de manera animada, como siempre, como si este tan solo fuera uno de los tantos encuentros que tenemos por delante. Creo que se han puesto de acuerdo para hacer de este un momento alegre y bonito, y supongo que, sobre todo, lo hacen por Tristan.

— No no olvidarás, ¿verdad? — dice Miles en un momento de la noche, haciendo así que todas las miradas se posen en mí. En un primer momento pienso que tan solo está bromeando, pero veo cierta seriedad en su mirada.

— Por supuesto que no, Miles — me apresuro en contestar — . Nunca podría olvidarlos.

Me parece ver como su rostro se relaja un poco aunque éste no tiene la alegría que lo caracteriza. Está algo más serio y un poco más apagado.

— ¿Y qué harás al volver? — me pregunta Rita y yo tan solo puedo encogerme de hombros.

— Supongo que lo iré viendo.

Creo que iré a ver a mi tía y le daré las gracias, porque nunca se las he dado. Quizás ya no tenga sentido alguno el hacerlo, pero supongo que necesito hacerlo ahora más que nunca, que necesito que sepa que sé que esto no ha sido fácil para ninguna de las dos y que le agradezco que, a pesar de todo, siempre haya estado conmigo.

Y creo que también iré a hablar con Leo; al fin y al cabo, se lo debo. Tengo que darle una explicación, quiero que sepa que no hay nada de malo en él, que tan solo soy yo. Quiero verlo y desearle lo mejor, desear que encuentre una persona que pueda arreglar lo que yo he destrozado.

Después, seguiré viviendo; trataré de hacerlo ahora de la mejor manera.

Los ojos de Rita parecen haberse llenado de lágrimas y ella parpadea con rapidez, mirando hacia otro lado.

— No pongas esa cara, Rita — habla Joe ahora, de manera calmada — . Olivia va a volver, sabemos que lo hará. No hagamos de esto una triste despedida.

Creo que a él tampoco le gusta decir adiós.

Entonces, miro a Tristan, que está sentado a mi lado. Esta vez ha elegido el asiento de al lado, no el de en frente, y su silla está todo lo cerca posible de la mía. Hay una sonrisa en sus labios pero yo me fijo en sus ojos, los cuales siempre son sinceros conmigo; sé como se siente, quizás porque nunca podrá engañarme o porque, en realidad, me siento de la misma manera que él.

— ¿Quieres que salgamos fuera? — le pregunto, en un susurro, y los demás hacen como si no hubieran escuchado nada, continuando con su conversación.

Él me mira, creo que una parte de él quiere decir que no, alargar el momento que inevitablemente está a punto de llegar, pero también parece querer pasar un tiempo conmigo a solas así que, al final, acaba asintiendo con la cabeza.

Salimos fuera, por la puerta trasera del restaurante, y durante un rato ninguno dice nada. Tristan está fumando, apenas me mira, y yo necesito que lo haga aunque también lo temo; no creo estar preparada para sentir su mirada.

La luz de las farolas iluminan la noche y también iluminan su rostro, que luce tan perfecto como siempre.

Al final, no sé de donde reúno las fuerzas necesarias para comenzar a hablar.

— Necesito que me digas que estoy haciendo lo correcto al irme — le pido, acercándome a él.

Tristan tarda unos segundos en responder, segundos que parecen horas.

— Es lo correcto — dice, tras un suspiro — . Pero, que sea lo correcto, no quiere decir que no me esté rompiendo el corazón.

Lo peor es que, después de decir aquello, sonrío un poco, casi como para quitarle importancia a todo esto, para no hacerme sentir tan mal. Pero me siento horrible.

— También estoy rompiendo el mío — le aseguro, porque necesito que sepa que esto tampoco está siendo fácil para mí.

— Entonces, estás rompiendo el corazón de ambos al hacer esto y aún así, vas a hacerlo de todos modos.

Y tiene razón, quizás por eso tengo que quedarme callada, porque aún no tengo ni idea de si estoy eligiendo la opción correcta pero lo que sí sé, sin ninguna duda, es que estoy eligiendo la más dolorosa.

— Nunca pretendí hacer esto — murmuro — . Nunca quise hacerte daño.

— Lo sé.

Después, lo miro:

— Pero sé que si me quedo, el daño será aún mayor — y es la verdad, y necesito que él lo entienda. Necesito que sepa que, si me estoy yendo, es porque de verdad le quiero... aunque no

parezca tener sentido alguno.

Tristan vuelve a sonreír, tan solo un poco, demasiado triste.

— Estaría dispuesto a correr el riesgo, ¿sabes? — responde, alzando la vista y mirándome a los ojos; los suyos brillan, aunque tan solo puede ser consecuencia de las lagrimas que hay tras ellos.

Habla de manera rendida, como si ya hubiera aceptado la derrota pero, aún así, quisiera seguir luchando... aunque tan solo sea un poco más, por última vez.

De nuevo, el silencio nos envuelve y su cigarrillo se consume.

— Me has hecho muy feliz en este tiempo, Tristan — y no puedo permitir que todo lo que quiero que sepa muera en mi garganta — . Nunca creí que podría volver a disfrutar de la vida de este modo y tú me has hecho ver todo de manera distinta; me has hecho ver que aún hay cosas bonitas y que no todo está perdido — suelto un suspiro; quizás yo también he aceptado la derrota pero, de todos modos, le digo: — Me has devuelto a la vida, por muy exagerado que suene, así ha sido.

Sin embargo, no parece agradecido por mis palabras, aunque tampoco puedo culparlo por ello. Entiendo que no quiera fingir que todo esto no le está doliendo.

— Entonces, ¿cual es el problema?

— El problema es que no puedo depender de ti para ser feliz... no puedo hacerte responsable de esta carga.

La expresión en su rostro no cambia, pero tampoco aparta la mirada de mi.

— No sería una carga para mi. Nos hacemos felices el uno al otro, Olivia... no veo que es lo que está mal en eso — pero quiero creer que si lo ve y creo que, al igual que yo, sabe que las cosas no deben ser así. Al menos, no del todo.

Ahora yo doy un paso hacia él, me acerco, y sujeto su mano. Cuando entrelazo sus dedos con los míos, vuelvo a pensar en que debería quedarme pero, quizás por lo bien que se siente, es por lo que no debo hacerlo.

— Creo que tengo que aprender a ser feliz por mi misma.

— Olivia...

— Es la verdad, Tristan — digo — . Tengo que solucionar todas las cosas que hay dentro de mi y quizás tu debas hacer lo mismo. Creo que hemos vivido anclados en el pasado durante mucho tiempo y siento que, si me quedo aquí ahora, viviremos en éste durante el resto de nuestras vidas.

Se muerde el labio y creo que no quiere decir lo siguiente, pues prometió no volver a pedirme que me quedase pero, supongo que no puede evitar soltar:

— Pero este es tu lugar.

Y suspiro; porque no solo este es mi lugar, sino que él también lo es.

— Sé que lo es. No hay otro sitio que ame más que este... pero, si me quedo, sería por ti.

Tristan no responde y me gustaría saber que es lo que está pensando ahora, pero no puedo. Así que, continúo hablando.

— Y puede que funcionase durante los primeros meses. De hecho, creo que iría genial, pero... ¿y si las cosas después no salen bien?

— ¿Por sólo puedes pensar en todo lo que podría salir mal?

— Porque las cosas salen mal muchas veces, Tristan. Casi siempre — le recuerdo — . ¿Qué pasa si algún día te mueres?

Él se echa a reír y lo cierto es que me parece aliviador escuchar su risa, a pesar de que no hay ninguna broma en mis palabras.

— La verdad es que no tengo previsto morirme pronto, Olivia.

— Sabes a lo que me refiero — respondo, pero también estoy sonriendo un poco. Después, vuelvo a mirar sus ojos — . ¿Qué pasaría si algún día dejas de sentir lo mismo?

— Eso no va a pasar — asegura con rapidez.

— No lo sabes, Tristan. Y te digo lo que pasaría: me destrozaría, me dejaría totalmente rota y, entonces, estar aquí volvería a no tener ningún sentido.

Él da un paso hacia atrás, alejándose un poco más de mi y creo que ya lo echo de menos.

— Entonces, deja de decir que lo estás haciendo por mi — y esta vez hay cierta frialdad en su voz, aunque no parece enfadado — . Di que lo estás haciendo por ti, porque tienes miedo de todo; de lo que pueda salir bien y de lo que pueda salir mal. Simplemente... tienes miedo, y estás haciendo todo esto porque crees que vas a sufrir en un futuro y prefieres hacerlo ahora.

Y no quiero que tenga razón pero, quizás, si que la tiene un poco.

— Creo que lo estoy haciendo por los dos — aunque a estas alturas, ya no tengo nada claro — . Te quiero, Tristan. Te quiero tanto... pero no confío en mí. No confío en que algún día, quizás cuando mejor estemos, no vaya a arruinar todo... porque sé como soy.

— Yo también sé como eres.

— No, tú conoces a la Olivia de hace años... pero hay muy pocas cosas de ella en mí ahora. No me conoces del todo.

— ¡Pues déjame hacerlo! Déjame que te conozca del todo y que, aún así, siga gustándome cada parte de ti.

La súplica que hay en su voz me destroza y daría lo que fuese por no estar provocando esto, por no tener que complicar todo siempre, pero supongo que así es como soy.

— En estos momentos, no soy buena.

Creo ver comprensión en su mirada, o quizás es que lo que deseo. Después, su mano roza mi mejilla, con suavidad, y junta su frente con la mía. Él ha cerrado los ojos y sus labios están apretados, quizás así para evitar derrumbarse o para no seguir suplicando por algo que ambos sabemos que no sucederá.

— Para mi siempre serás buena — musita y abre los ojos — . Pero, lo entiendo. Lo entiendo, Olivia — y no es consciente del alivio que siento al oírle decir eso, del peso que ha quitado de mis hombros.

Entierro mi rostro en su pecho y dejo que me abrace durante unos segundos, sabiendo que no encontraré nunca un lugar tan cálido y seguro como éste.

Cuando vuelvo a mirarlo, acuno su rostro con mi mano.

— Hubiera sido bonito si hubiese podido funcionar.

Y todavía con nuestras frentes chocándose, susurra:

— ¿Sabes? Me gusta pensar que existe un futuro para nosotros, un futuro en el que simplemente podamos plantar flores juntos mientras escuchamos alguna canción.

Tengo que sonreír, a pesar de que también noto una rápida lágrima deslizarse por mi mejilla.

— Parece una vida bonita — murmuro, tan solo esperando que de verdad exista. Creo que nos lo merecemos, ¿no?

Y, durante un momento, cierro los ojos y creo que, al hacerlo, me estoy asomando a una especie de ventana, una en la que nos veo a Tristan y a mi, tal y como estamos ahora... sin embargo, tan solo hay felicidad en nuestros rostros. Yo le estoy diciendo que voy a quedarme y él sonríe tanto, tan feliz, que no puede evitar lanzarse hacia mi. Me besa, me abraza, me eleva por los aires y sigue besándome.

Después, volvemos al restaurante con los demás y seguimos con el resto de la cena, sabiendo que no sería la última, que ésta se repetiría al día siguiente y al otro y al otro...

Me veo trabajando en el restaurante.

Nos veo a Joe y a mi cocinando cada día; uniéndonos cada vez más.

Nos veo a Rita y a mi; ella me habla de su hija y yo le hablo de mis padres y, de esta manera, creo que conseguimos sanarnos un poco la una la otra.

Veó el verde campo donde Miles y yo paseamos en bicicleta, riendo a cada rato.

Me veo asistiendo a la boda de Anne junto a Tristan; él me dice que estoy preciosa y después disfrutamos del resto de la velada con los demás, tal y como hicimos esa noche en el bar.

Seguimos encontrándonos, formando de nuevo esa amistad que, en realidad, creo que nunca se perdió.

Y, sobre todo, está Tristan.

Comparto mis días con él, bailando las canciones que reproducimos en la radio.

Nos veo meses después, en verano, él poniendo una flor en mi cabeza mientras el sol le da directamente en el rostro.

Nos veo años más tarde, viviendo en la misma casa donde mis padres lo hicieron, igual de enamorados que ellos una vez estuvieron.

Veo el jardín lleno de flores que Tristan ha plantado y a un niño correr por éstos.

Nos veo más mayores, más cansados, el paso del tiempo ha arrugado nuestros rostros, pero él sigue mirándome de la misma forma que siempre.

Entonces, cierro esa ventana y vuelvo a la realidad, al presente. Me pregunto si esa es la vida a la que estoy renunciando al marcharme.

Y tan solo espero que, después de hacer esto, todo sea para mejor.

Epilogo.

Y si mis deseos se hicieran realidad, hubieras sido tú [...] Pero habría sido bonito, si tú hubieras sido el indicado.

Taylor Swift - The 1

Unos cuantos meses después.

Cuando salgo de la clase, hace tanto frío en la calle que tengo que ponerme la bufanda, esa que tan solo había traído por si acaso. Comienzo a andar, dirigiéndome hacia casa, hacia mi piso. La tarde está nublada y hace ya varios días que no sale el sol.

Espero a que el semáforo se ponga en verde y, cuando lo hace, cruzo el paso de peatones; el aire golpea mi rostro con cierta fuerza y siento un gran alivio cuando por fin entro en el portal.

Creo que nunca llegaré a acostumbrarme al frío.

Voy hacia el buzón, esperando tan solo encontrar algo de publicidad que acabaré tirando a la basura... pero no es eso lo que encuentro.

Hay una carta.

Un sobre blanco con el sello de Valenia.

Y el nombre de Tristan esá escrito en ella.

La carta se cae de mis manos, como si tan solo el haber leído su nombre me hubiera vuelto débil... y, es que, así ha sido. Creo que nunca dejará de tener ese efecto en mi, no importa el tiempo que pase; le entregue mi corazón una vez y supongo que lo hice con la condición de que nunca me lo devolviera.

Así que, vuelvo a coger el sobre y subo corriendo hacia casa, porque no puedo esperar a abrirlo.

Entro por la puerta y tiro la bufanda al suelo, ahora tengo tanto calor que tengo que ir corriendo a abrir las ventanas. Paso por delante de las fotografías que he colgado en mi salón; las paredes antes habían estado vacías pero ahora se encuentran llenas de recuerdos, de momentos bonitos que no quiero olvidar. En algunas están mis padres y en otras Anne con los demás. Por supuesto, también aparece Tristan, tanto su versión joven como la actual. Y a todos éstos se suman los rostros de Joe, Rita y Miles.

La verdad es que me hacen sentir menos sola; como si, de esta forma, supiera que soy querida en algún lugar, que hay personas a las que importo.

Y tengo que tomarme unos cuantos segundos antes de comenzar a leer pues, tan solo ver la irregular y pequeña letra de Tristan, ya ha hecho que mi pulso se acelere. Me parece gracioso el hecho de que siga teniendo la misma letra que cuando tenía diecisiete y tan solo imaginarlo concentrado, intentando escribir de la mejor manera posible para que a´si se entiendan todas sus

palabras, me hace sonreír.

Así que comienzo a leer.

Hola, Olivia.

Quizás te parezca raro que te esté escribiendo y espero que no esté cometiendo un error al enviarte esto, pero... bueno, supongo que no he podido evitarlo. Descubrí tu dirección hace un tiempo, fue Miles quien me la dio pero, no te enfades con él, pues tan solo quiso ayudarme. Llevo meses escribiéndote cosas que nunca llego a enviarte y creo que ahora he reunido el valor suficiente para hacerlo. No te pido que me respondas de vuelta y ni si quiera te pediría que leyeras el resto de la carta, pues creo que te estoy escribiendo esto de manera egoísta pues es algo que, simplemente, necesito hacer. Por mi, para sentirme mejor.

Espero que las cosas te estén yendo bien en la ciudad y espero que el sol esté saliendo todos los días, porque sé bien lo poco que te gustan los días nublados.

Creo que te gustaría estar al corriente de todas las cosas que han pasado desde tu marcha, aunque quizás esto tan solo sea una excusa que estoy creando para así enviarte esta carta.

Así que, allá voy:

Anne está esperando un hijo, aunque supongo que eso ya lo sabes. No para de acariciarse la barriga y, el otro día, le puse una de las canciones favoritas de tus padres y ella juró haber sentido una pequeña patada. Eso me hizo feliz y sé que a ti también te haría feliz saberlo.

Esther está ayudando a Anne con todo y está convencida de que sus hijos serán mejores amigos. No me cabe duda de que será así.

No sé muy bien que está sucediendo con Ross y Layla pero han comenzado a ir agarrados de la mano a todas partes, lo que me parece bastante bonito. Quiero decir, ya era hora, ¿no?

Salgo con ellos una vez a la semana; vamos al bar de Ross y pasamos ahí el rato. También han conocido a Miles y creo que los cuatro están un poco enamorados de él, aunque supongo que a todos nos pasa lo mismo al conocerlo. Nos acordamos mucho de ti, tienes que saberlo.

Y hablando de Miles: le encantó la guitarra de tu padre. No se separa de ella. Cuando la toca, durante un momento, casi creo verlo a él... aunque, si somos sinceros, tu padre no era tan bueno con ella. Miles dice que echa de menos los paseos en bici contigo y no para de hablar de lo increíble que eres. Te echa de menos. Comenzó a salir con una chica nueva pero, al parecer, tampoco salió bien... no se lo he dicho pero creo que aún sigue enamorado de aquel chico con el que se fue en año nuevo. Me pregunto que es lo que les habrá pasado, pero él nunca quiere hablar de ello.

Rita sigue con sus dulces; ha aprendido nuevas recetas y está deseando que las pruebes. Siempre me pregunta si creo que te gustará esa nueva tarta que ha creado y yo le aseguro que sí, que tan solo te gustará porque lo ha hecho ella. Ha estado un poco desanimada estos días y creo que es porque se acuerda de su hija... aún le cuesta hablar de ello. Intentamos animarla todo lo que podemos aunque ambos sabemos que, en ocasiones, no pasa nada por estar un poco mal de vez en cuando, siempre y cuanto sepas que no tiene que ser eternamente.

Joe nos contó que estás asistiendo a clases de cocina y no te haces una idea de lo orgulloso que se siente; dice que le has prometido que nos enseñarías todos esos platos nuevos que estás aprendiendo y lo cierto es que ninguno podemos esperar. Dice que no le divierte tanto cocinar y que echa de menos hacerlo contigo y sé que, de vez en cuando, os escribís y eso me pone muy contento. Me alegro de que puedas contar con él y que él pueda contar contigo.

Por cierto, tienes que saber que le he hecho un nuevo tatuaje y me da algo de miedo porque creo que ya no va a parar nunca.

Y creo que también tienes que saber que te echo de menos, Olivia.

El mundo no se detuvo cuando te marchaste pero lo cierto es que, a mi,

los días me pesan un poco más desde entonces, como si me costara seguir el ritmo a todo. Y supongo que, ahora que te estoy hablando de mi, tengo que decirte que estoy bien. Me está yendo bien sin ti, de verdad, pero sé que me iría mucho mejor contigo. No te puedo mentir.

A veces pienso en el día en el que te fuiste y trato de imaginar otro final, trato de hacer las cosas distintas. Creo que debería haber luchado más y, de vez en cuando, me gusta atormentarme con ese pensamiento, con el que no hice lo suficiente. Te mentí esa noche, mentí cuando te dije que entendía lo que estabas haciendo... porque, en aquel momento, no lo hice. Pero quise que te fueras tranquila. Sin embargo, ahora creo que lo entiendo; no hubiera querido que te quedaras tan solo por mi. Quiero que estés bien y, una vez que lo estés, desearía que siguieras queriendo estar conmigo. Pero quiero que tú seas tu primera opción, no puedo serlo yo.

Y espero que estés consiguiendo ser feliz por tu cuenta y que por fin te estés dando cuenta de que mereces esa felicidad. Mereces una vida llena de cosas buenas, Olivia, y espero que acabe sucediendo y que tú dejes que ocurra. Eso me haría feliz a mi también.

Por último, me gustaría hablarte de las flores: creo que cuidar de ellas hace que me sienta más cerca de ti y tan solo quería recordarte que tienes que volver para verlas, porque lo prometiste, ¿recuerdas? No importa cuando lo hagas; puedes tardar meses o años, tómate todo el tiempo que quieras, yo seguiré cuidándolas y seguiré aquí.

Así que vuelve, Olivia, vuelve por las flores y vuelve también un poco por mi, porque creo que debo decirte que, no importa el tiempo que pase, siempre vas a ser tú.

PD: te dejo una fotografía del jardín para que la cuelgues en tu salón. Las flores están casi tan bonitas como tú.

Con mucho cariño, Tristan.

